

NUEVOS HECHOS \* NUEVAS IDEAS  
XXXIII

**PABLO KRISCHE**

**EL ENIGMA  
DEL MATRIARCADO**



*Revista de Occidente*  
M A D R I D

NUEVOS HECHOS \* NUEVAS IDEAS

XXXIII

PABLO KRISCHE

EN COLABORACIÓN CON MARÍA KRISCHE

# EL ENIGMA DEL MATRIARCADO

ESTUDIO SOBRE LA PRIMITIVA  
ÉPOCA DE ACCIÓN Y VALIMIEN-  
TO DE LA MUJER

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN POR  
RAMÓN DE LA SERNA

*Revista de Occidente*

Avenida de Pi y Margall, 7

Madrid

---

Copyright by  
*Revista de Occidente*  
Madrid / 1930

---

*El presente trabajo es la primera elaboración crítica de cuanto contiene de importancia—hasta hoy—la literatura sobre el problema del matriarcado.*

*Dado el gran interés que generalmente inspira este problema—nuestra época presencia un movimiento universal de emancipación femenina—, esperamos que la obra llegue oportunamente a los lectores.*

*P. K.*

# I

## INTRODUCCIÓN

UNO de los fenómenos más curiosos en la historia de la civilización es el *matriarcado*, cuya existencia fué desconocida hasta la segunda mitad del siglo anterior. Ya el más antiguo de los historiadores, Herodoto, «padre de la historia», habla de Estados o señoríos de mujeres (ginecocracias), las legendarias repúblicas de Amazonas. Y también refiere las extrañas costumbres de determinados países, como Licia y Egipto, donde aparecía invertida la división del trabajo entre los sexos, y donde no llevaban los hijos el nombre del padre, sino el de la madre. En aquellos países dedicábase el hombre, principalmente, a las labores domésticas, mientras la mujer ejercía su actividad fuera del hogar. Estas cosas se consideraban como curiosidades históricas, excepciones misteriosas de la común norma social.

Tanta mayor hubo de ser la impresión que produjo la obra del jurista basilense y fundador de las investigaciones sobre derecho comparado, Juan Jacobo Bachofen, intitulada *El matriarcado*, y publicada en 1861. Con aplicación verdaderamente asombrosa había tenido en cuenta Bachofen todas las referencias de contenido mitológico que acerca del tema se encuentran en la literatura antigua grecolatina. Sobre el cimiento de este inmenso material, depurado con genial agudeza psicológica, afirmó Bachofen su «teoría del matriarcado». Según ella, la humanidad vivió primitivamente en comercio sexual irregular (teoría de la promiscuidad). En las hordas de la humanidad primitiva mezclábanse al principio hombres y mujeres obedeciendo al capricho y a la ocasión. No existía la familia paterna de nuestros días; antes bien la promiscuidad

produjo la familia materna, ya que la paternidad era desconocida o incierta, mientras que la maternidad estaba documentada en la evidencia del parto. Según Bachofen, esta es la causa de que todos los pueblos y razas hayan pasado, primero por la promiscuidad primitiva y luego por la fase de la familia materna, del matriarcado. Esta fase, empero, coincide con la de los mitos y la adoración de espíritus y demonios; es una fase de salvajes instintos primordiales y, al mismo tiempo, llena de un simbolismo fantástico y de un acentuado arraigo en la tierra. Por entonces surgió la primitiva deidad maternal, la Tierra omnimaternal, en la forma de Demeter y otras diosas análogas. Tras larga lucha—que se refleja en algunos de los mitos más conocidos, como la fábula de Orestes—erigióse sobre el matriarcado el patriarcado, que estableció un orden social más elevado, sustituyendo la razón al instinto. Con ello efectúa la humanidad el tránsito del amanecer del mito al resplandor claro de la historia. Y en el lugar de la deidad omnimaternal y de los temibles demonios de la noche, hizo su aparición Febo-Apolo, el dios del sol y de la luz.

Esta teoría de Bachofen sobre el matriarcado tiene una gran elocuencia biológica y gozó de general aceptación en los estudios de etnografía y sociología, al final del siglo pasado; sobre todo al observarse que, en los pueblos salvajes inferiores, es frecuentemente ignorada la relación entre los actos de la generación y del nacimiento, desconociéndose, por lo tanto, la paternidad.

El más calificado representante de la teoría de Bachofen fué el sabio americano Morgan, cuya obra *La sociedad primitiva*, fué publicada en 1877. El contenido de esta obra fué utilizado en el libro de Federico Engels sobre el *Origen de la familia* y divulgado de esta manera por la literatura socialista alemana e internacional.

Sólo a principios del siglo actual tuvo lugar un cambio de criterio en el problema del «matriarcado». A consecuencia de concienzudas investigaciones, verificadas sobre los pueblos cazadores, que viven en infimo estado de civilización, los australianos, comprobóse, con certeza absoluta, que entre ellos no existía el matriarcado primitivo.

Investigaciones posteriores de modernos sociólogos, sobre

todo, las de Enrique Cunow y Federico Müller-Lyer, han demostrado que el fenómeno del matriarcado aparece con mayor fuerza en un determinado momento de la evolución, precisamente al comienzo de un período de estabilización sedentaria, cuyos representantes son los primeros agricultores. De interés candente para el problema del matriarcado han sido los recientes trabajos, tan estimados, del Dr. M. y M. Vaerting, que defienden en su teoría pendular un sistema alternativo de predominio masculino y femenino, en el curso de la evolución social humana. Con ello se ha despertado tal interés por el libro de Bachofen—ya agotado hace tiempo en su segunda edición de 1897—, que hoy se considera esta obra como una de las más codiciadas piezas de bibliófilo, en el mercado librero, habiendo llegado a alcanzar precios superiores a los cien marcos.

Si bien puede decirse de ella que está anticuada, precisamente en sus conclusiones, por los recientes progresos de la investigación sociológica y psicológica, hay que lamentar, con todo, que hasta hoy no se haya utilizado en ningún trabajo moderno—ni aun en el de los Vaerting—desde un punto de vista riguroso y crítico, el material reunido por Bachofen. Por primera vez, en el presente trabajo, me propongo cumplir este propósito. También hemos querido incorporar a la obra cuanto de importancia se ha escrito hasta hoy sobre la época del matriarcado.

Los medios actuales de investigación crítica, sociológica y psicológica, nos permiten acercarnos ahora al enigma del matriarcado con una probabilidad de éxito que no era asequible a Bachofen hace sesenta años. Y, precisamente, porque hoy podemos ahondar más que Bachofen no llegamos, como él, a una presunta solución completa y clara.

Sabemos muy bien que la teoría de Bachofen—un matriarcado general, primitivo, anterior al patriarcado—es inexacta. Hemos ampliado notablemente la esfera de los hechos referentes al matriarcado, superando el procedimiento de Bachofen, que trabajó sobre todo con elementos mitológicos tomados de la antigüedad. Pero no hemos llegado, con todo, a una solución completa, sino que, como siempre sucede en las investigaciones de índole natural o social, hechas a concien-

cia, tras de rasgar algún velo, hemos tropezado con nuevos enigmas.

Se ha conseguido, sin duda, aclarar en algunos puntos la «sociedad matriarcal»; pero aún subsisten oscuridades que incitan a nuevos estudios.

Tanto más cuanto que en los tiempos de emancipación femenina que vivimos, la época del matriarcado debe contarse entre los problemas sociales de la actualidad.



## II

# LA MUJER COMO CLASE DIRECTORA EN LOS TIEMPOS DEL MATRIARCADO

(ÉPOCA CLÁSICA DE LA CULTURA FEMENINA)

### 1.

#### *Hipótesis etnológica de la época primitiva matriarcal.*

LA vigencia general del matriarcado en los tiempos primitivos de la humanidad ha sido defendida y lo es todavía— como hemos indicado antes—por etnólogos de fama. Esta preponderancia evolucionó, las más veces, hacia un acusado predominio del sexo femenino sobre el masculino. Se fundamenta este criterio en el hecho de que el hombre primitivo ignoraba la relación entre la concepción y el nacimiento y desconocía la significación de la cópula como causa de la concepción en la mujer. Para conocer la maternidad basta la observación. Pero como es indispensable la deducción para llegar al conocimiento de la paternidad, sólo prevaleció en los tiempos primitivos (según afirma, con Klaatsch, aún F. v. Reitzenstein en su trabajo sobre la mujer en los pueblos salvajes, publicado en 1923) la conexión entre madre e hijo, el «matriarcado», siendo el matrimonio y la familia formas muy posteriores. Según Reitzenstein, «el hombre de los tiempos primitivos ignoraba en absoluto que la cohabitación fuese la causa necesaria del embarazo. Creía, por el contrario, que no existía entre ambas cosas la menor relación. Consideraba el coito simplemente como un ejercicio agradable. En cuanto a la procedencia de los hijos, creía que éstos tenían un origen exterior

y que la madre los recibía de fuera ya como seres completos. Y es porque el hombre primitivo no podía comprender la verdadera conexión; pues sólo era capaz de aplicar su pensamiento a espacios de tiempo muy breves; y así se explica que, al ver a una mujer embarazada, no pudiese inferir que la causa de esta transformación fuese una cohabitación verificada unos cinco meses antes del momento en que el embarazo se hacía visible, ya que no estaba unido este momento con el acto de la cohabitación por ningún proceso continuo».

En realidad, el pensamiento de los pueblos salvajes está dominado absolutamente—como han demostrado Levy-Brühl y Graebner—(1) por lo instintivo, por las excitaciones emocionales del momento. Los primitivos son sencillamente incapaces de un pensar lógico, objetivo, que, tras una observación positiva y precisa, establezca conexiones de causa y efecto.

Si bien existen numerosos testimonios de investigadores, según los cuales es desconocida de los pueblos salvajes la relación entre el acto de engendrar y el de nacer, no existiendo, por tanto, la paternidad—mientras que la maternidad es conocida por el hecho del parto—, parece, sin embargo, que esta cuestión es todavía discutible. Pues, por otra parte, hay también testimonios de investigadores afamados—como Westermarck—, según los cuales no existe ningún pueblo que no tenga el conocimiento de la paternidad. Desde el punto de vista sociológico debe hacerse notar ante todo que indudablemente ha habido un momento en que el hombre no conocía la citada conexión; pero que las miles de centurias en que el hombre vivió una vida de cazador—vida por la que han pasado todos los pueblos primitivos—han debido traer por consecuencia (aun teniendo muy en cuenta el pensar fantástico del primitivo) el conocimiento de la relación entre el acto de engendrar, el embarazo y el parto. Estos momentos son muy próximos en muchos animales y la semejanza de procesos y actitudes ha debido sugerir deducciones evidentes, fácilmente aplicables al hombre. Con todo, se comprende desde el punto de vista sociológico que no cristalizaran tan pronto estos con-

(1) Véase de este autor: *El mundo del hombre primitivo* (Biblioteca de la *Revista de Occidente*).

ceptos de una manera diáfana, y que, tanto a causa del pensar fantástico mítico, como de la sugestión producida por la evidente relación entre la madre y el hijo, apareciesen como creadores de las nuevas vidas, unas veces, los demonios; otras, los totems; otras, también las madres. En este caso, cabe desde luego fácilmente señalar pueblos que se hallan en esta fase de la evolución, como ejemplos de desconocimiento de la relación entre el acto de engendrar y el de nacer.

Cree Reitzenstein que al período más antiguo, en el cual la procreación era un misterioso enigma, siguió otro período que se caracteriza por suponer que el semen humano sirve de primer alimento al germen, es decir, que la cohabitación del hombre es como una preparación para la recepción del embrión. A este período seguiría inmediatamente un tercero, el período «del conocimiento», que llega hasta nuestros días. La cohabitación se considera ciertamente como ineludible; pero los hijos se atribuyen, sin embargo, a la naturaleza, que se sirve, casi siempre, de mediadores sílfeos (cigüeña, grulla, ibis, garza, canguro, etc.). Según Reitzenstein, nuestro pensamiento religioso se halla aún en la última fase de este período, en cuanto que aceptamos la creencia de que el alma viene de las manos de Dios. Indudablemente es esta creencia un residuo del pensar mítico que rigió en precedentes fases evolutivas y tiene con ellas una correspondencia causal. Pero Reitzenstein omite decir que al tercer período siguieron otros dos: el de la maternidad consciente y el de la paternidad consciente. El sentimiento de la identidad con el hijo empezó a manifestarse en la época del matriarcado y siguió abriéndose paso con toda energía en la época del patriarcado. E, incluso llegó a ser el sueño de pueblos enteros el que su descendencia fuese numerosa «como las arenas del mar» (Antiguo Testamento); ambicionóse convertir el propio linaje en la raíz de un gran pueblo, y este anhelo llegó a ser contenido de toda predicción feliz. O bien se aseguraba la sucesión de las generaciones, a la manera de los indos y los chinos, estableciendo como deber religioso la obligación de engendrar un hijo.

Por los documentos escritos de la antigüedad sabemos con toda certeza que se consideró primeramente a la madre como creadora de la nueva vida y transmisora del alma; pero que

después se atribuyó al padre esta facultad. Ya en tiempos de Esquilo era considerado el padre como único creador y la madre como simple sustentadora y nutridora del germen.

La hipótesis de los etnólogos sobre el matriarcado primitivo se reduce, en lo esencial, a la obra fundamental de Bachofen, que tan justificada sensación produjo en su tiempo y que fué la primera en estudiar a fondo el curioso fenómeno del matriarcado en los tiempos más antiguos. Defiende Bachofen la opinión de que, al principio, en la fase inferior de la existencia humana, reinaba completa promiscuidad sexual y se practicaba el coito públicamente como (según su interpretación) hacen los animales que viven en manada. Para probar esta idea se apoya en testimonios de autores griegos que hablan de comunidad de mujeres y ayuntamientos públicos. De los masagetas que habitaban la Rusia meridional, dicen Herodoto y Estrabón que tenían las mujeres en común y practicaban la unión públicamente.

De los mosinecos escitas escribe Diodoro: «Los soldados de Ciro decían que fué este el pueblo más salvaje que encontraron en su marcha; que los hombres cohabitaban con las mujeres a la vista de todos.»

Nicolás Damasceno nos habla así de los liburnios escitas: «Los liburnios tienen las mujeres en común y crían a los niños en común también hasta los cinco años. Al sexto año los reúnen, buscan el parecido con los hombres, de acuerdo con él, los reparten y dan un padre a cada niño. Quien así recibe un niño de la madre, lo considera como hijo suyo.» También refiere Nicolás la propiedad común de las mujeres y los niños entre los galactófagos y sardolibios.

Por recientes excavaciones realizadas en el antiguo territorio escítico de la Rusia meridional, sabemos que los escitas no eran, como pretendían los griegos, un pueblo bárbaro e inculto, sino que poseían una cultura muy desarrollada, mucho más antigua que la griega, a la que los escitas enseñaron probablemente bastantes cosas, entre ellas la preparación de los metales. En las anteriores noticias se trata probablemente de costumbres matriarcales incomprensibles por los griegos, como la poliandria, etc. De modo que parece equivocada la opinión helénica sobre la inferioridad cultural de los escitas.

También de los auseros etiópicos cuenta Herodoto que «se servían de las mujeres en común y se ayuntaban a la manera de las bestias, sin hacer vida doméstica con ellas». De los gindauos africanos nos dice el mismo autor que «sus mujeres se ponen una cinta después de cada ayuntamiento y que es considerada como la más excelente aquella que ha sido amada por el mayor número». Estrabón nos habla de la poliandria de los árabes, que tienen todos una mujer y entre los cuales los hermanos cohabitan con las hermanas y también con la madre. (1) Este abuso del derecho conyugal habría suscitado luego la oposición de la mujer, trayendo por consecuencia el predominio femenino.

Bachofen sostiene, pues, el siguiente proceso evolutivo: «El matriarcado, mientras se atiende solamente a fijar la precedencia materna, unilateral, del hijo, es derecho natural; no es extraño, por lo tanto, al estado de libre promiscuidad sexual y es tan antiguo como el género humano mismo. La soberanía de la mujer (ginococracia) que está vinculada al matriarcado y que pone la autoridad de la familia y del Estado en manos de la madre, es, en cambio, de origen posterior y de naturaleza absolutamente positiva.» (Bachofen, pág. 18.) Esta concepción de Bachofen fué generalmente aceptada y mantenida hasta que—por motivos que veremos—la sociología reciente vino a derrocarla. En los testimonios de los autores griegos trátase evidentemente de fenómenos incomprensidos de poliandria y de cultos eróticos, que no fueron extraños, incluso más tarde, a los griegos. La etnología moderna desconoce, en todo caso, absolutamente la promiscuidad, aun entre los primitivos inferiores. También es errónea, según demuestra Alverdes, la hipótesis de Bachofen, quien supone general la promiscuidad entre los animales que viven en manadas. Antes bien, pueden establecerse, en todos los animales gregarios, multitud de grupos con lazos sexuales determinados.

Al criterio de Bachofen se adhiere un autor tan leído como Julio Lippert, quien en su *Historia de la familia* establece tres fases en la evolución de la familia: 1.<sup>a</sup>, época de la sucesión materna; 2.<sup>a</sup>, período del patriarcado; 3.<sup>a</sup>, familia monógama.

Al punto de vista de Bachofen—que ha sido aceptado ge-

neralmente hasta hace poco y es en verdad impresionantemente—adhirióse también el famoso etnólogo americano Lewis H. Morgan, en su libro *La sociedad primitiva*. Esta obra logró importancia fundamental en la literatura socialista, que dedicaba atención preferente a la presunta existencia de formas comunistas ideales en los tiempos primitivos. A la opinión de Morgan se adhirió a su vez Federico Engels, en su libro *Origen de la familia*. En el libro de Engels se basa la obra de Augusto Bebel, *La mujer y el socialismo*. Todos estos autores defienden el criterio expuesto primeramente por Bachofen, esto es, el predominio general de las mujeres durante la época del matriarcado primitivo.

En el año ochenta del siglo pasado, el etnólogo finlandés E. Westermarck expuso un punto de vista opuesto al de Bachofen. Westermarck manifiesta—entre otras cosas—que junto a muchos pueblos primitivos que sólo reconocen la procedencia materna, hay otros—en número no inferior—que reconocen la procedencia paterna. Es asimismo sorprendente el dato que nos comunica acerca de la creencia de ciertos pueblos primitivos de Nueva Gales del Sur, que tienen por cierto que el hijo «procede únicamente del padre y que la madre no hace sino sustentarlo».

Mientras tanto ha ido desarrollándose extraordinariamente la reciente etnología; no sólo por sus métodos de investigación (que se han adecuados a la manera objetiva, sin prejuicios, de las ciencias naturales) sino por las recopilaciones y elaboración de materiales auténticos. Pero las viejas ideas conservan un arraigo enorme—sobre todo si se ofrecen al sentido común con especial evidencia—; y así vemos que el doctor Lasch, en la *Etnología ilustrada*, de Buschan (1908), defiende todavía la opinión de que «la forma matriarcal de la familia es indudablemente la más antigua», «aunque ciertamente no puede rechazarse de manera absoluta la posibilidad de que tengan una antigüedad muy remota las formas patriarcales y aún puedan considerarse como primarias». Pero sólo las nuevas y exactas investigaciones realizadas sobre la vida de los pueblos llamados primitivos, que aún existen y se mantienen en la fase inferior—como los bosquimanos, negritos, etc., y, sobre todo, los australianos—han venido a dar

el golpe de gracia a la vieja concepción de Bachofen sobre el matriarcado primitivo.

## 2.

*Hipótesis sociológica: ni matriarcado ni patriarcado en la época primitiva, sino línea de horda y más tarde línea materna.*

Los etnólogos que, como Klaatsch, Reitzenstein, Westermarck y otros, consideran estos problemas sobre todo desde el punto de vista de las ciencias naturales, dejan indecisa la cuestión de si es primario el matriarcado o el patriarcado, o la discuten con insuficiente rigor crítico. Frente a ellos han logrado, en cambio, mayor claridad otros investigadores que, como Cunow, Müller-Lyer, Eildermann, consideran la cuestión desde un punto de vista predominantemente sociológico.

Donde con mayor evidencia puede observarse el estado primitivo de la humanidad—según hace notar Eildermann acertadamente—es entre los autóctonos del continente australiano, cuya densidad de población es escasísima. Aquí ha realizado muy concienzudas investigaciones directas y personales H. Cunow. Es esencial el siguiente hecho, al que Cunow concede gran importancia: «Es un hecho innegable que la línea de sucesión femenina se encuentra sólo entre las tribus australianas que han conseguido un grado de evolución más alto y han llegado al establecimiento de ligas totémicas. En cambio, en todas aquellas tribus que no tienen alianzas sexuales o en las cuales éstas se hallan en período de iniciación encontramos el llamado patriarcado» (propriadamente la línea paterna o, mejor dicho, la línea de horda). No halló Cunow al principio eco ninguno; pero poco a poco algunos etnólogos fueron admitiendo el nuevo criterio de que, en los tiempos primitivos, son desconocidas tanto la sucesión paterna como la materna y la línea materna no aparece hasta una época de más alta evolución, quedando, pues, los pueblos menos evolucionados atenuados a la línea paterna o línea de horda. En la horda gobiernan los hombres, porque tienen en su mano el agente productivo principal, la caza. La línea de horda es, pues,

prácticamente, línea paterna, aunque no sea en ella conocida la paternidad, que no existe todavía.

Müller-Lyer defiende un punto de vista semejante en su conocida obra sobre la familia. Dice en ella sobre el origen del patriarcado y el matriarcado lo siguiente: «Al principio se creyó que el matriarcado era una institución primaria, de la que más tarde surgió el patriarcado. Se fundaba esta creencia, sencillamente, en el hecho de que la descendencia materna es evidente, mientras que la paternidad supone una inferencia de que es incapaz el hombre primitivo. *Mater certa, pater incertus*. Además se ha comprobado con certeza que, en épocas sin duda muy posteriores, el matriarcado evolucionó hacia el patriarcado, a saber: en las fases superiores de la barbarie. Pero esto no es motivo para creer que, en tiempos anteriores todavía, no haya existido el patriarcado antes del matriarcado.

Sabemos ahora, por el contrario, que en la horda aislada no existen ni patriarcado ni matriarcado; ni pueden existir. Perteneciendo tanto el padre como la madre a la misma horda o clan, no tiene sentido la cuestión del grupo a que pertenezca el hijo. En ningún pueblo, que viva en hordas aisladas, se ha encontrado, por lo tanto, hasta ahora la menor huella de matriarcado. Es, pues, bien claro, que en ningún caso podemos considerar al matriarcado como institución originaria. No pudo surgir hasta que la exogamia llevase a la unión entre hordas o clanes...

Pero entonces, ¿qué es lo que primero surge: el matriarcado o el patriarcado?

La unión de hordas puede acontecer de dos maneras: primero por asociación de hordas antes separadas, extrañas y enemigas entre sí. Segundo, por división de una horda en dos o varias, como consecuencia de su crecimiento. En el primer caso (en la asociación), la exogamia nacerá del robo de mujeres, y de aquí se derivará la línea de horda paterna. En el segundo caso, cuando una horda se divida y las partes queden, desde un principio, en pie de paz y en mutuo comercio, puede fundarse la exogamia en el cambio de mujeres, pero también en el matrimonio de servidumbre; y en este último caso, puede el matriarcado ser la consecuencia inmediata de la exogamia. Una unión de hordas puede basarse, por consiguiente, tanto



sobre un fundamento patriarcal como matriarcal. ¿Cuál fué, empero, el camino que en realidad siguió la evolución? No podemos decirlo, por ahora, con seguridad.»

Que el matriarcado es una institución relativamente tardía demuéstranlo, según Müller-Lyer, no sólo las circunstancias de vida vigentes entre los aborígenes australianos, sino también aquellas en que viven las tribus de los indios norteamericanos. Aquí puede observarse exactamente cómo con el tránsito de la fase superior de los pueblos cazadores a la de los agricultores, la línea paterna se transforma en línea materna, instituyéndose entonces una organización matriarcal, que más tarde evoluciona nuevamente hacia una acusada época patriarcal.

Según Müller-Lyer es, pues, el matriarcado, sólo un fenómeno transitorio, al que precedió cierto patriarcado—es decir, la denominación según el nombre general de la horda primero y según el padre después—y al que sucedió un patriarcado inequívoco. Müller-Lyer atribuye la institución del matriarcado esencialmente a influencias económicas, que determina en tres direcciones:

1.<sup>a</sup> «La mujer se hizo sedentaria antes que el hombre. Mientras el varón se ausenta, a menudo, durante semanas enteras a causa de sus expediciones de caza y guerra y continúa la vida vagabunda, que llevaba en el período de los cazadores, la mujer permanece en casa y constituye, a medida que la domesticidad gana en continuidad e importancia, el elemento estable de la familia y de toda la organización de la parentela. Ya a causa de los hijos tiende más la mujer a la vida sedentaria que el hombre.»

2.<sup>a</sup> «La mujer es la que inicia la agricultura. Ya entre los cazadores consistía la división del trabajo por sexos, en que el hombre había de proporcionar los alimentos de origen animal y la mujer los de origen vegetal. Esta forma de división del trabajo se conserva por de pronto aun después de instituída la agricultura. La antigua recolectora de plantas es también la primera trabajadora del campo. Los hombres, generalmente, apenas se ocupan del cultivo de las plantas que, en su mayor parte, está exclusivamente atendido por las mujeres. Y como los resultados de la caza son mucho más inseguros que los de la agricultura, la mujer adquiere la preponderancia; ella es

ahora el elemento predominante económicamente, el centro de la vida económica, en torno al cual gira el hombre como un planeta alrededor del sol.»

3.<sup>a</sup> «A esto hay que añadir el matrimonio de servidumbre. Siendo la mujer la primera en establecerse sedentariamente, mientras el hombre continuaba su vida móvil y vagabunda, el hombre, para casarse, hubo de trasladarse adonde la mujer estaba y no la mujer adonde el hombre estaba. Porque siendo la mujer un valor económico mayor que el hombre, el clan prefería desprenderse del hombre que de la mujer, pues el interés del clan no puede ser trocar un elemento superior de trabajo por otro inferior. Si el hombre quiere, a pesar de todo, llevarse a la mujer, deberá compensar al clan y comprarla o servirla. La compra no es fácil, porque en esta fase de la cultura existe todavía muy poca riqueza. Ahora bien, desde el momento en que el hombre se presta a servir a la mujer, habrá de trasladarse al clan de ésta, la cual tiene entonces en su mano, por la elevación de las «arras», es decir, por la prolongación del tiempo de servidumbre, el poder de aumentar el tiempo de sujeción del hombre y aun hacer ésta permanente. Mas si, por otra parte, el hombre y la mujer permanecen cada uno en su clan, se considera al hombre simplemente como un apéndice de la familia materna.»

En su nuevo trabajo sobre *La historia primitiva del matrimonio*, dice Cunow, entre otras cosas:

«¿Qué motivo pudo mover a los miembros de la horda primitiva a plantear la cuestión de la descendencia de los hijos? No existen todavía nombres de familia, ni tampoco nombres totémicos (nombres de la consanguinidad o del clan). Sólo hay el nombre de la horda. Y éste lo llevan todos los miembros de la misma de igual manera, tanto hombres como mujeres. El niño se convierte en miembro de la horda, en nuevo «compañero», sencillamente por el hecho de nacer. Ningún motivo existe para tomar en consideración la descendencia.»

La forma más antigua del patriarcado no significa, pues, como acabamos de ver, que los hombres en esa época quisieran poner en primer término su paternidad, conscientes de ella. Para comprender rectamente las cosas hay que tener pre-

sente la lenta evolución de los tiempos primitivos. Es Eildermann quien, hasta ahora, la ha expuesto más a fondo, basándose en una investigación muy sagaz, aunque indudablemente constructiva en muchos aspectos. Según él, obtenemos la clave de tantos y tan peculiares fenómenos, reconociendo y considerando a fondo los momentos económicos, únicos decisivos en el orden social humano.

En las primeras hordas que existieron—de unos cincuenta individuos—hay que diferenciar el grupo de los hombres adultos, que practican la caza y forman una corporación de cazadores (comunidad de productores), y la horda completa, que constituye una comunidad de consumidores.

Por lo general, en el territorio de caza de una horda abundaba una determinada especie animal. Los cazadores más hábiles y activos adquirieron poco a poco una especial destreza en la caza de este animal. Al principio se establecieron ciertas reglas de distribución, según las cuales a todo miembro de la horda le correspondía determinada parte del animal cazado. Más tarde la especialización de la caza en el grupo de cazadores trajo un cambio de situación, por la cual el resto de los hombres aptos para la caza, pero que no pertenecían al grupo de los cazadores especializados en la persecución del mismo animal, se vieron obligados a buscar distintos territorios de caza, para poder ofrecer otros alimentos a cambio del botín de los cazadores especialistas. Se especializaron, pues, en otra dirección y se vieron obligados a separarse de la antigua horda, ya que el territorio de la nueva res estaba en otros lugares, donde abundaba su caza y que ellos se reservaron. Así tuvo lugar, por motivos económicos, una división de la horda primitiva. A los miembros de cierto grupo de cazadores dieron los otros grupos, con quienes hacían sus cambios, el nombre del animal que les servía de alimento. Si se dedicaban a la caza del canguro, por ejemplo, les llamaron gentes del canguro.

Este es, según su interpretación, el origen de los «totems». Al principio, era usual un nombre general de la horda. Pero después, los miembros de un grupo cinegético determinado tomaron el nombre del animal que les servía de alimento. Así fué la comunidad de productores el origen de la asociación totémica o del clan. La preponderancia económica en estos clanes

estaba, naturalmente, en manos de los cazadores. Al principio, decidían los cazadores más fuertes y hábiles la distribución del botín. Más tarde, cuando aprendieron a estimar la experiencia de los viejos, cuando empezaron a cuidar a los enfermos y a enterrar a los muertos, sucedió que los ancianos ya inútiles para la caza se solidarizaron sobre la base de la necesidad y conquistaron el predominio frente a los cazadores activos. Así, pues, los varones ejercieron el dominio dentro de la asociación totémica: primero, los fuertes; después, los viejos. Una consecuencia natural de esta preponderancia económica y de la significación del animal nutricio fué que también todos los niños y las mujeres correspondientes fueran designados con el nombre del totem (animal nutricio).

Así llegamos al resultado esencial de que, originariamente, en la sociedad primitiva, no rige ni la sucesión materna ni la paterna, sino una sucesión hórdica (totémica); la cual, viendo los hombres como cazadores, en pleno proceso productivo, aparece prácticamente como sucesión paterna, aunque nada tenga que ver con la paternidad consciente.

Mientras el animal-totem seguía abundando en el territorio de caza de una horda, continuó el sistema rígido de la línea paterna. Pero cuando el animal-totem empezó a escasear, se comprende que los hijos de madres pertenecientes a otros totems no fueran nombrados por el nombre del padre, sino por el de la madre, y fueran asignados al totem materno, llegando a ser así para los suegros—que siempre tenían varias mujeres—, cuando éstos envejecían, proveedores de otros—y distintos—animales nutricios. Esta evolución, en efecto, estaba en el interés de los ancianos. Los padres perdieron toda influencia sobre los hijos, cuya educación pasó por completo a manos de los viejos y fueron designados por el nombre de otro animal, por el nombre del totem materno. Así se explica, según Eildermann, que los pueblos con sucesión materna sean, generalmente, los que han alcanzado un más alto grado de evolución.

A este lento establecimiento de la sucesión materna precedió la exogamia. Primero se formaron clases por edades en la horda primitiva, cuidando los más viejos—que eran quienes dominaban—de que todos los hombres jóvenes figurasen como hi-

jos suyos, con obligación de mantenerlos. Por eso se consideró a los niños como «menores», a los «padres» como obligados a mantenerlos y a los «abuelos» como derechohabientes a la manutención. Esta división económica fué mantenida muy rigurosamente, en su propio interés, por los viejos. Ningún viejo podía descomponer esta clasificación económica casándose con una mujer joven; ningún hombre joven, casándose con una vieja. Como el hijo tenía obligación de mantener al suegro, el padre daba de buena gana su hija a un hombre de otro totem, para recibir de él carne distinta; y así se afianzó la costumbre de tomar mujer de otro totem. Esta es la exogamia. Los más viejos elevaron a ley la exogamia, por su interés en ampliar la base de aprovisionamiento; y así surgieron aquellas complicadísimas prohibiciones de matrimonio, que sólo permitían uniones entre los pertenecientes a la misma clase—en la división de clases por edad—y entre miembros de distintos totems. La conclusión de esta evolución, basada particularmente en motivos económicos, fué la sucesión materna, con la cual se conseguía ampliar la adquisición de alimentos.

En todo caso, podemos decir, como conclusión, que frente a la hipótesis de los etnólogos naturalistas, frente a la hipótesis del matriarcado primitivo, está la demostración aportada por las más modernas investigaciones sociológicas, según las cuales originariamente no regía en la sociedad el matriarcado, sino que éste se instituyó a consecuencia de la evolución, siendo el predominio masculino vigente y decisivo en la horda primitiva.

El matriarcado propiamente dicho se inicia cuando la cultura inestable de los cazadores se transforma en la cultura sedentaria de los agricultores. Desde siempre estaba la mujer, como recolectora de frutos, en estrecho contacto con la tierra y sus productos: las plantas. Cuando los progresos debidos a la mujer—cultivo de la tierra, tejido y alfarería—arrebataron poco a poco el predominio económico al hombre cazador y dieron a la mujer, como elemento productor, la preponderancia económica, tuvo lugar esa transformación, única hasta hoy en la historia de la cultura, que convirtió a la mujer en la clase directora de la sociedad humana y trajo por consecuencia una época clásica de la cultura femenina que, aunque de

corta duración, dejó hondas huellas tras de sí, cuyos restos se han mantenido hasta nuestros días.

### 3.

#### *Complemento psicológico de la hipótesis sociológica del matriarcado.*

Esta fundamentación exclusivamente económica de las organizaciones sociales, infinitamente complicadas, de los primitivos—defendida por Müller-Lyer, Cunow y, más ampliamente, por Eildermann—no es, por sí, bastante para proporcionar un completo esclarecimiento de los hechos. Pero tiene sobre los intentos de interpretación exclusivamente biológica la ventaja grande de una síntesis sistemática, que toma en cuenta suficientemente el factor más importante de la sociedad: el factor económico.

Obtendremos un complemento adecuado de esta síntesis, si, al mismo tiempo, consideramos la peculiaridad psicológica del primitivo, su disposición predominantemente afectiva y ese miedo enorme que influye con enorme poder de sugestión sobre toda su existencia. La neurosis de angustia, que en verdad es común patrimonio de todos los primitivos, el temor a las fuerzas incomprendidas del mundo exterior, que el primitivo percibe estremecido, condujeron pronto a esa concepción que consiste en ver el mundo lleno de fuerzas mágicas y de demonios y que—de acuerdo con la antigua creencia animista—hace del totem (originariamente animal nutricio) el demonio imperante y le convierte en antepasado del clan. Así se explican esas ideas acerca del origen de los niños que, según la creencia de algunas tribus, son engendrados por penetración del totem en las mujeres. Por eso evitan éstas los lugares solitarios, temerosas de que en ellos las sorprenda el totem.

Según Somlo, en la tribu australiana de los Arunta, el hijo no recibe el nombre del padre ni el de la madre, sino el del demonio (o totem) del lugar donde la mujer advirtió su embarazo por primera vez. También Klaatsch refiere que «la australiana cree que el hijo adviene a su cuerpo cuando per-

cibe dentro de sí los primeros movimientos del nuevo ser. Y ¿de dónde viene? Pues viene de algo exterior, de un animal, de un pájaro, de un lagarto, que se deja ver entonces casualmente». Esto dice el naturalista Klaatsch. Es claro que el primitivo no piensa en un animal, sino en el demonio, que está en más íntima relación con su clan, es decir, en su totem, que persigue constantemente a las mujeres para fecundarlas.

Estas relaciones especiales del demonio con las mujeres han contribuído, naturalmente, a que se adjudicara muy pronto a la mujer un puesto en el culto. Es, en todo caso, sorprendente que ya entre los cazadores inferiores representen a veces las mujeres el papel de hechiceras. En las creencias mágicas de los primitivos desempeña importante papel la sangre; hasta el punto de que en la época animista de los cazadores inferiores se la considera como asiento y depositaria del alma. Por eso las hemorragias menstruales de las mujeres dieron motivo para complicar la naturaleza femenina con ideas supersticiosas. Las mujeres son seres heridos por los demonios. El afianzamiento de la sedentariedad dió aún mayor intensidad a esta conexión de la mujer con las cosas religiosas, con el culto. Y si bien los defensores del matriarcado originario se equivocaron al pretender que existió una primitiva época matriarcal, sin embargo, vieron muy acertadamente la íntima relación de la mujer con el culto, que se inicia al comienzo de la estabilización sedentaria.

Lippert observa oportunamente:

«El culto, en su forma más simple, consiste en granjearse el favor de los espíritus, que rodean al hombre, por medio de ofrendas y acciones que les son gratas, indispensables casi, según el criterio más pueril. En la fase inferior de la vida no puede el hombre elegir grandemente para satisfacer su impulso benéfico. El hambre y la sed son los estímulos más frecuentes en él. La satisfacción de los mismos es su mayor goce. Acordes con esto son las exigencias que los espíritus hacen al hombre infantil.

Mas ¿quién pudo satisfacer antes sus deseos con mayor continuidad? ¿Quién granjearse antes el favor de esos espíritus, inclinados al mal, y ganarlos permanentemente para la protección de la casa, sino la madre? Ella es la que guarda

constante el lugar del culto en la casa; ella prepara diariamente con desvelo la escasa comida. La fortuna del cazador es inconstante. También el varón requería a los espíritus al comer; y cuando había tenido suerte les «sacrificaba» lo mejor, la sangre caliente de la pieza cobrada o del enemigo. Pero esto sólo sucedía en festines poco frecuentes; este era un culto muy secundario. En constante relación benéfica con los espíritus de la casa permanecía sólo la mujer, en la fase del matriarcado. Y desde entonces es ella la mantenedora y cultivadora de la educación piadosa en el hogar. El temor sagrado a los objetos de su culto pasó a encarnarse en ella misma, unas veces en el sentido más hermoso, otras en el más lamentable.

No practica el hombre desinteresadamente el culto. Quiere ganar el favor de los espíritus, para que le sirvan y le auxilien, para que le revelen lo oculto y misterioso. Quiere atraer su vasta sabiduría y visión, para obtener de ella utilidad. Y los espíritus satisfacen esos deseos; si no hablan al hombre de manera inmediata, instrúyenle al menos por medio de signos convenidos; y aun llegan a penetrar en su cabeza—cuando merced a las ofrendas se muestran benígnos—y piensan en ella sus pensamientos, en beneficio del hombre. La mujer, durante largo tiempo y con tradicional fidelidad, ha cultivado como ama de la casa todas estas relaciones, antes de que el hombre se dejara cautivar también en el lar, sede de los dioses propicios.»

Según Ploss, la causa de que «a pesar de toda clase de humillaciones conquistase la mujer relativamente pronto un lugar predominante, es su particular disposición psíquica, su más fácil excitación nerviosa y la preponderancia en ella de afectos y sentimientos». Hoy sabemos cuán anticuada ha quedado esta opinión, generalmente compartida en otro tiempo por médicos y antropólogos. En realidad, los motivos psíquicos se encuentran en otro terreno y pueden estimarse propiamente sólo como complemento de las causas económicas, que son decisivas sobre todas las demás. En otro lugar lo reconoce el mismo Ploss, refiriéndose al «esencial fenómeno cultural de la mujer en el hogar» y señalando que todos los pueblos alcanzan con la institución de la agricultura un nivel superior, en la evolución de su cultura histórica, desde la fase de los



pueblos cazadores y pescadores; y que con este paso se relaciona un cambio en la situación de la mujer». Ya Virchow ha apreciado debidamente lo que esta revolución supone para la situación de la mujer, cuando escribe: «Entonces obtuvo la mujer en el centro de esta vida doméstica la posición más digna e influyente, lo cual por sí sólo basta para caracterizar el nuevo estado de cultura, que ahora se inicia. La mujer tiene en su mano la administración de las riquezas acumuladas; ella decide la medida y la forma de su empleo y es responsable del mantenimiento de la familia sobre la base del producto de la cosecha.»

En dos direcciones, se manifiesta, respecto de lo psíquico, la nueva posición obtenida por la mujer: como guardadora del fuego doméstico y como madre.

Hasta los albores de la edad primitiva, cuando el hombre aprendió, poco a poco, a servirse del fuego, llega la idea mágica del demoníaco elemento, que ejerce su influjo sobre los mismos animales. La mujer conquista un lugar elevado como guardadora, cuidadora y conservadora del fuego doméstico, centro mágico de todo acampamento, que tan señaladamente se destaca en la creación de la primitiva diosa del fuego doméstico en diversos pueblos (romanos, griegos, etc.). Así se convirtió la mujer en mantenedora del culto, que, como tal culto de la preponderancia económica y del abastecimiento, no sólo fué consecuencia mecánica de la preeminencia económica de la mujer, sino que advino condicionado por circunstancias psíquicas previas y por la tradición milenaria de la mujer, guardadora del fuego en el campamento remoto.

La carga sexual crea un estado psíquico que identifica a la mujer, más que al hombre, con los lugares de reposo, con los períodos transitorios de sedentarismo, con el fuego del campamento, centro de la existencia estable. Estado psíquico que, como veremos, acompaña al destino de la mujer e influye en él profundamente, hasta nuestros días.

Un segundo motivo, también psíquico, que nunca perdió por completo su eficacia, ni en los períodos de mayor rebajamiento y que siempre contiene, en germen, la posibilidad de exaltación de la mujer, es la maternidad. Aun en los tiempos más rudos del predominio masculino han existido sagrados

de maternidad; y podemos observar constantemente cómo en todo el destino de la mujer supone la maternidad un camino para el valimiento. Así se comprende que en la época en que la mujer conquistó transitoriamente la preponderancia económica, no fuese en realidad la mujer, sino la madre la que representaba el papel decisivo. Esta época no creó en realidad un Estado de mujeres, ni un derecho femenino; ni una preeminencia femenina, sino un matriarcado.

## 4.

*Teoría del predominio masculino originario, de H. Schulte-Vaerting.*

En su obra sobre la teoría sociológica de la descendencia, dice H. Schulte-Vaerting, entre otras cosas, que en casi todas las especies animales aparecen—en condiciones extraestatales—más machos que hembras y que probablemente sucedió lo mismo con el hombre, antes de la institución del Estado, es decir, en los tiempos primitivos y en la época del hombre primitivo. Los individuos del sexo masculino, predominantes por el número, fundan el Estado y lo gobiernan en sus comienzos. El predominio unisexual tiene por consecuencia una tensión excesiva del poder y el agotamiento del sexo que lo ejerce, trabajando y teniendo en su mano la responsabilidad. Esto provoca la exaltación lenta al poder del otro sexo. En el período de transición ocasionado por el paso del poder de uno a otro sexo, surge una época de igualdad de derechos. Un proceso evolutivo político íntegramente cumplido tiene—como demuestra el carácter de los Estados existentes en el reino animal y en el hombre—al principio y al fin dos épocas distintas de predominio masculino, una época de predominio femenino en el medio y dos épocas de igualdad en los períodos de transición (teoría pendular).

1. Predominio de los machos (ejemplo: Estado humano).
2. Igualdad (no existe ejemplo conocido).
3. Predominio de las hembras (ejemplo: Estados de hormigas y abejas).

4. Igualdad (ejemplo: Estado de termes).

5. Predominio de los machos (no hay ejemplo conocido).

Schulte-Vaerting cree, por lo tanto, que en la época primitiva de la humanidad y en los tiempos posteriores, cuando todavía no habían llegado las hordas humanas a la institución de Estados, el predominio del varón se mantenía en la naturaleza, no ordenada en orden de Estado, gracias a la superioridad numérica natural del sexo masculino.

## 5.

### *Hipótesis del matriarcado en la teoría de los círculos culturales (morfología de la cultura) establecida por León Frobenius.*

Una curiosa hipótesis del matriarcado—distinta de todas las demás—defiende el famoso explorador de África, León Frobenius, en la teoría de los círculos culturales fundada por él. Dicha hipótesis está establecida especialmente sobre la base de sus observaciones en tierra africana.

La teoría de los círculos culturales logra sus resultados merced a un curioso método estadístico y cartográfico. Regístranse en mapas los sitios en que se comprueba la existencia de determinadas particularidades de costumbres, habitación, alimentos, indumentaria. Sobre la base de este material estadístico, procúrase averiguar la nota peculiar de ciertos grupos, su extensión y el camino que recorre, llegando así a fijar determinados círculos culturales y seguir su propagación sobre la tierra.

La ventaja de este sistema estriba en que se reúne un enorme material y, por su ordenación geográfica, se ponen de manifiesto conexiones que antes no habían sido vistas. El gran mérito de León Frobenius consiste en haber, como nadie hasta ahora, lanzado luz sobre el *África incógnita*—salvo Egipto—y hecho revivir el conocimiento totalmente extinguido de las culturas milenarias en esta parte del mundo.

El gran inconveniente del sistema de investigación de la teoría de los círculos culturales consiste, a mi modo de ver, en

que, al igual de las investigaciones por papeletas en ficheros, se utilizan los sillares aislados del material sin suficiente examen crítico de sus particularidades y, sobre todo, se atiende demasiado poco a la evolución. El método de Frobenius tiene en cuenta ciertamente, con gran amplitud, las influencias climatológicas y, por lo tanto, el proceso de producción; pero no ve en éste más que la presencia constante del clima, de la tierra, no el proceso que se desarrolla en lo íntimo de la sociedad humana sobre esa presencia inalterable; no tiene, pues, bastante en cuenta lo genético, el devenir económicamente condicionado de las culturas.

La parte débil del método establecido por la teoría de los círculos culturales se evidencia al comprobar que, al cabo de infatigable rebusca de indicios morfológicos (peculiaridades morfológicas), fracasa frente a los problemas genéticos (del devenir). Como Spengler, considera también Frobenius toda cultura como un organismo cerrado, que sigue un proceso semejante al de las plantas: nacimiento, madurez, muerte. «La cultura vive y respira, se mueve, observada desde fuera, tal vez como el flujo y el reflujo; pero en su intimidad sigue el ritmo del nacimiento, la madurez y la muerte, como cualquier otro ser orgánico. Hay en ella edades y está ligada a la tierra.»

En equivalencia al crecimiento, florecimiento y muerte de todo organismo, distingue Frobenius también en la cultura— a la que considera como un organismo—tres períodos: prepolar (de iniciación), polar (de florecimiento) y postpolar (de muerte). La cultura prepolar se encuentra hoy tan sólo en los territorios litorales, entre los hombres errantes (bosquímanos, australianos). En ella los hombres se sienten «identificados con la naturaleza circundante, y forman, como ésta, hordas sin más orden que el puramente animal de machos y hembras. No existe, pues, todavía, matriarcado ni patriarcado».

El segundo período, el período polar, representa espacial y temporalmente una cadena, con cuatro episodios diferenciables:

1. La polaridad primitiva en Occidente.
2. Los gérmenes de las culturas superiores en el litoral del Océano Pacífico.

3. La cultura superior asiática occidental-continental.

4. La cultura posterior (tránsito a la civilización) de la Europa meridional y occidental.

En el primer episodio tiene lugar una división polar de la cultura. En Occidente surge el matriarcado, con sorprendentes uniformidades: amazonas, hetairismo legal, pignoración de los varones, servidumbre masculina... En las tierras poderosas del Asia interior y de África, surge el patriarcado. En contradicción con la índole sensual y centrípeta del matriarcado, es el patriarcado de índole trascendente y centrífuga. El matriarcado emigró a las tierras meridionales del litoral asiático; el patriarcado hizo cuajar el segundo episodio, el nacimiento de los mitos sobre la creación del mundo, el florecimiento de la mitología. Mientras la mujer se crea eruptivamente su posición, el varón avanza en evolución lenta; y ésta es la causa de que el matriarcado no haya sido suprimido por él, sino inflexionado, incorporado. Al matriarcado primitivo, en el cual los hijos heredan a la madre, sucedió el matriarcado posterior donde el hermano de la madre aparece como heredero y donde el sacerdote máximo o soberano toma por esposa a la hermana.

Mientras en el primer episodio de la cultura polar se contraponen los hombres en los dos grupos de estructura patriarcal y matriarcal, formando tribus patriarcales o matriarcales, en el segundo episodio, en la cultura cosmogónica, aparecen tribus de orden jerárquico. Al mismo tiempo tiene lugar una oscilación del péndulo de la cultura, que, de los territorios de la costa surasiática, va al Asia continental del oeste y a las costas del Egeo, desde Roma a Francia e Inglaterra. Sigue el tercer episodio de la formación religiosa, que da al pueblo carácter de nación. El cuarto episodio trajo «la aplicación de la religión a la construcción de la historia del hombre». A la segunda fase del matriarcado en el segundo episodio corresponde, en el tercer episodio de la nación, la tercera forma del matriarcado tácito. La mujer, en servidumbre, se crea—sin que el hombre lo advierta—«el imperio de la madre.»

La cultura postpolar, que viene después, hace cuajar la época ascendente de la personalidad. Esta se halla condicionada primero patriarcalmente; pero merced a la acción de las muje-

res, muestra también un matriarcado que continúa haciendo sentir sus efectos.

Así se expresa León Frobenius en su último trabajo sobre *Matrimonio y matriarcado*.

En trabajos anteriores ha manifestado extensamente su criterio sobre el contraste entre el matriarcado y el patriarcado, basándose en sus investigaciones en África.

Junto al principio del crecimiento orgánico y de la muerte de la cultura, defiende la teoría de los ciclos culturales otro principio, el de una polaridad primaria o contraposición de culturas, desde los tiempos más remotos. Y considera, por tanto, el matriarcado y el patriarcado como ciclos culturales opuestos desde un principio y que no se asimilan, aunque penetren uno en otro. Cada uno florece, envejece y muere por sí. Frente a la cultura del patriarcado, más activa, es la cultura del matriarcado la que camina a su muerte.

Ambas formas polares primordiales de la cultura, tanto la matriarcal como la patriarcal, son consideradas por Frobenius como determinadas por su relación con la tierra. La una, la matriarcal, se dirige hacia el interior de la tierra como las raíces de las plantas. Por eso la llama Frobenius ctónica. La otra, la patriarcal, tiene la tendencia a crecer sobre la tierra, como el brote de las plantas. Frobenius la llama telúrica. La cultura ctónica era, según él, la cultura que en la época glacial se extendía de Francia al Sahara y que aparece en el Norte de África como cultura matriarcal de los camitas.

Expresamente califica Frobenius de cuento de niños la línea de evolución sociológica, sustentada hasta ahora, y que es: cazador-pastor-agricultor. Frente a este proceso defendido por sociólogos y etnólogos coloca él una entidad primordial, esencial, una cultura preconstituída ya en su aparición primera. Según Frobenius, la cultura ctónica (matriarcal) procede de la «habitación en la tierra; el hombre cava en la tierra su mansión, su lecho, su silo. El guisado de los alimentos se hace primero en hoyos, después en hornos de barro. Lentamente, muy lentamente, se desprende de su radical enraizamiento y se orienta hacia una vida de raíz ramínea. Y no pasa de ahí en su primordialidad». Se inicia con el animal doméstico, la carne, la sangre, la cría de ganados, la adherencia al

espacio. Establece castas superpuestas y constituye la base de todos los antiguos pueblos del Sahara y del África septentrional (África menor).

La segunda cultura polar primitiva se contrapone a la ctónica, y es la cultura telúrica, base de todos los pueblos de la estepa (Zega). Es la vieja cultura de Etiopía, cultura patriarcal, con cultivo de la tierra; es un crecimiento arquitectónico sobre la tierra. «El hombre duerme en un lecho sostenido por estacas, vive en una casa sustentada sobre estacas y guisa sus alimentos en un hornillo con pies. En lo social rige el más viejo... Y toda esta cultura se consagra a la planta, desde el penoso trabajo de la tierra a la alegría dionisiaca... Ilimitada es la tierra, como el campo de labor, como el campo de labranza que rodea el cortijo del clan. Un sentido grande, desmesurado, de lejanía, es propio de todos los hombres de la cultura telúrica.»

Es evidente que estas afirmaciones tienen mucho de artificiosas construcciones mentales, sin base de observación. Aunque concedamos a Frobenius que también los nómadas criadores de ganado están vinculados a sus territorios de pasto y no trashuman a capricho, hemos de añadir, sin embargo, que su existencia económica está justamente menos limitada que la del agricultor, atado a la tierra y atenido a una superficie de cultivo, con más estrechas lindes que la pradera del nómada. En oposición a todas las observaciones atribuye Frobenius la estructura matriarcal a los ganaderos, cuando en realidad ésta aparece siempre con la introducción de la agricultura. Los fenómenos matriarcales, que se observan en los pueblos ganaderos, son, como veremos, patentes restos de épocas agrícolas anteriores. Mientras, por una parte, caracteriza acertadamente algunas singularidades como matriarcales (línea materna, elección del marido por la mujer, derecho de propiedad y de herencia de la mujer), otras singularidades, por el contrario, que él califica de matriarcales, son típicamente patriarcales, como la exigencia de la doncellez, por ejemplo.

Así se produce un verdadero *mare magnum*; lo que nada de extraño tiene, si se considera el método con que se acarrear los sillares de semejantes construcciones, método que consiste

en la acumulación estadística de notas, sin el menor cuidado de valoración crítica.

Es indudable que puede comprobarse incuestionablemente la línea de evolución—por Frobenius calificada de leyenda—que se sigue clara y evidente en el desarrollo del proceso de producción—desde la existencia errante de los cazadores a la agricultura sedentaria y al establecimiento de la aldea y de la ciudad—. En cambio, las peculiaridades morfológicas, reunidas por una estadística sin norma crítica, aparecen, en realidad, más como un cimiento que incita a construcciones fantásticas, que como el rastreamiento gradual del devenir humano, sobre la base de la línea evolutiva, comprobable, seguida por el proceso de producción.

## 6.

*Las notas más importantes de una sociedad organizada matriarcalmente.*

Debemos a los Vaerting la primera exposición de los caracteres que definen los típicos estados matriarcales y los típicos estados patriarcales. Les debemos el conocimiento de una serie de curiosos fenómenos, que son reconocidos hoy como peculiares de las situaciones matriarcales.

En sus trabajos arrancan los Vaerting del punto de vista—único razonable—de que sólo en circunstancias exactamente iguales es lícito comparar los sexos; es decir, los hombres en el estado de predominio masculino con las mujeres en el de predominio femenino, o los hombres en el estado de predominio femenino con las mujeres en el de predominio masculino, o ambos en un momento de completa igualdad de derechos entre los dos sexos. Éste es también el criterio que yo he mantenido en trabajos anteriores. Basándose en sus investigaciones sobre la vida de los pueblos, que tienen todavía vigente el matriarcado o conservan acusados restos de matriarcado, llegan a la conclusión muy notable de que la estructura psíquica, que hasta ahora viene siendo considerada como característica de la mujer, está «condicionada en sus líneas cen-



trales por el Estado masculino, y encuentra su paralelo exacto y cumplido en el carácter masculino, bajo el Estado de mujeres» (o, mejor dicho, en situaciones matriarcales).

Su mayor mérito consiste en que, junto a los caracteres principales del orden matriarcal, defendidos y conocidos hasta ahora, han destacado una gran cantidad de notas peculiares, resultantes de ellos, como propias de los dos sexos en oposición al predominio masculino; y han demostrado que, hasta ahora, han sido desfigurados estos fenómenos desde el punto de vista—lleno de prejuicios—del predominio masculino.

Los principales caracteres del orden matriarcal son, en primer lugar, la línea materna, es decir, la costumbre de adscribir los hijos a la madre y al clan de la madre; el rechazar, en cambio, todo parentesco del padre con sus hijos; el derecho preponderante de propiedad de las mujeres junto a la propiedad común (comunismo) del clan; la herencia de la madre a los hijos, especialmente a las hijas, y la herencia de rango y título de caudillo al hijo de la hermana y no a los propios hijos.

Junto a estos principales caracteres de las situaciones matriarcales, han determinado los Vaerting otros fenómenos peculiares de las situaciones matriarcales, pero que tienen siempre su equivalencia en el sexo contrario, cuando se trata de situaciones en donde predominan los varones. Nos ofrecen, pues, una serie de tales características accesorias o, mejor, integrantes—consecuencias naturales del orden matriarcal—en lo sexual, lo social, lo físico, lo psíquico y lo ideal.

a) *Esfera sexual*.—Debe hacerse notar, en lo referente a la esfera sexual, que en la época del matriarcado la mujer aparece como la parte solicitante en el amor y exige del hombre la obediencia en el matrimonio y la castidad matrimonial; en cambio, reclama para sí libertad sexual, derecho exclusivo al divorcio y al repudio, derecho a castigar al hombre en caso de adulterio y estima en mucho la castidad prematrimonial del hombre, prefiriendo y pidiendo, aun en avanzada edad, hombres jóvenes. Se burla del celibato en el sexo contrario, igual que hace el hombre en la época de predominio masculino. Es típico, además, del orden matriarcal, la equiparación del hijo legítimo con el natural, pues la madre puede documentar su

maternidad por el parto. En cambio, durante el predominio masculino, es desposeído el hijo natural ante el legítimo, porque si el hombre por medio de la reclusión, la vigilancia o la castidad matrimonial de la mujer, exigida por las costumbres, se garantiza la paternidad de los hijos de la mujer propia, carece, en cambio, de garantía que le asegure la paternidad de los hijos naturales. En el orden matriarcal considérase permitida la destrucción de la vida en germen; porque la mujer, que domina, reclama el derecho a actuar sobre su propio cuerpo. En cambio, esta destrucción se considera como un crimen en el Estado de los varones; porque aquí el destino principal de las mujeres es procurar una sustitución suficiente a la pérdida de varones que sufre el Estado en la guerra.

El orden matriarcal conoce tan sólo indicios de prostitución masculina, ya que, por motivos físicos, el hombre sólo puede actuar sexualmente de manera restringida, mientras que la mujer puede hacerlo ilimitadamente, sin peligro de agotamiento. Es, en cambio, la prostitución femenina fenómeno típico del Estado de hombres, pues el hombre no considera a la mujer solamente como reproductora, sino también como objeto de placer. El ideal de belleza en el Estado matriarcal es el hombre. En el Estado patriarcal es, por el contrario, la mujer.

En la organización matriarcal se exige al hombre pudor sexual; al revés de lo que sucede en la organización patriarcal. Una cosa han pasado por alto los Vaerting, en sus consideraciones sobre el elemento sexual; y es que si, en las formas sociales donde tiene preponderancia la mujer, ésta manifiesta la tendencia a reducir, a estrechar la vida del varón, como hace hoy el varón con respecto a la mujer, en cambio hay que reconocer que la sociedad matriarcal nunca llegó a imponer un vínculo tan exclusivo al varón—un hombre para una mujer—, como el que más tarde el sistema del patriarcado impuso a la mujer. En los pueblos salvajes organizados matriarcalmente encontramos prohibiciones matrimoniales, que imponen fuertes y complicadas restricciones sexuales. Pero se aplican igualmente al hombre y la mujer. Algunas veces las prohibiciones sexuales de la estructura totémica impiden el comercio sexual con los cuatro quintos del sexo contrario; pero casi siempre son posibles relaciones entre grupos y nun-

ca se llega a un aislamiento metódico del varón, que sea comparable con el que lleva a cabo la época patriarcal al recluir y vigilar a la mujer. La causa de todo esto debe buscarse, en parte, en el hecho de que el matriarcado no haya llegado, generalmente, a un absoluto predominio femenino; la mujer no detentó nunca el poder en la misma medida en que lo ejerció más tarde el hombre. Pero también existen, en parte, fundamentos biológicos. La maternidad es cierta y segura, la paternidad incierta e insegura. A la mujer puede no importarle que sus hijos sean de un mismo padre o de diferentes padres. En cambio, el hombre quiere tener la garantía de que sus hijos son, efectivamente, todos suyos. Por eso su tendencia a vigilar y encerrar a la mujer es mucho más acusada que la tendencia de la mujer a ligar al hombre a su única personalidad. La mujer puede permitirse una mayor generosidad, porque su fuerte instinto maternal no se siente ofendido por las relaciones del hombre con otras mujeres. Naturalmente representan también un papel importante los celos sexuales; los cuales, en las situaciones que llamamos restos de matriarcado, en los antiguos pueblos cultos, han creado formas semejantes a los del patriarcado posterior. Puede en todo caso objetarse que el sentimiento de la paternidad nunca ha sido tan instintivo como el sentimiento de la maternidad, y que hasta hay científicos como Jodl, Nemilow y otros, que niegan toda raíz natural al sentimiento de la paternidad. No podemos estudiar aquí esta importante cuestión a fondo. La mayor parte de los investigadores defienden, sin embargo, el criterio opuesto. En la actitud respecto de los hijos, existen ciertamente diferencias entre el hombre y la mujer, diferencias que están dadas por la diversidad corporal y por estar más altamente solicitada la mujer por los intereses de la especie. Pero sería contrario a todo sentido psicológico el considerar toda la cultura patriarcal, con sus acusadas características, sólo como algo basado en necesidades económicas.

Cuando predominan las mujeres, éstas «no tienen ningún interés en la castidad de sus compañeras de sexo», y les es indiferente su sentimiento del pudor. En el Estado de los hombres, en cambio, la influencia de éstos hace que el pudor en las mujeres sea más fuerte que en los hombres. En la organi-

zación matriarcal, el hombre es principalmente objeto sexual. Al contrario de lo que en el Estado de los hombres acontece; en éste se adjudica ese papel de objeto sexual a la mujer. Por eso la mujer establece el culto fálico (adoración del miembro viril), mientras que en el Estado de los hombres es típico el culto de Venus.

También pertenece a la esfera de lo sexual la circuncisión de las niñas, que parece ser una costumbre imitada de la circuncisión de los niños en la época del patriarcado, o introducida, por motivos semejantes a los de esta época, en la sociedad matriarcal. La circuncisión de las niñas está muy extendida en países de sociedad matriarcal o en donde quedan acusados restos de ésta, a saber: en Egipto, entre los malayos, los itelmenes de Kamtschatka, así como entre los negros del delta del Níger, cuyas costumbres evidencian fuertes restos de matriarcado. Las referencias sobre la circuncisión de las niñas en Nubia, entre los galla, etc., parecen obedecer a una confusión entre circuncisión y cosimiento.

La poligamia es típica institución patriarcal. La poliandria lo es asimismo del matriarcado. (Constituyen en esto una excepción los todas, pueblo patriarcal de pastores.)

b) *Esfera social.*—Es característico del orden matriarcal el comunismo económico en la estructuración del clan. Tan pronto como—más tarde—se introducen las ideas de propiedad, aparece la mujer en el matriarcado con derecho exclusivo a la misma. Lo contrario sucede en el Estado de los hombres. En situaciones matriarcales corren de cuenta de la mujer las ocupaciones de fuera de la casa, correspondiendo, en cambio, al hombre las labores domésticas y el cuidado de la familia. En el Estado de los hombres, éstos pretenden, por el contrario, que a la mujer le toca quedarse en casa y que el trabajo fuera del hogar es ocupación viril. «Al alimentar al sexo dominado, asegúrase el sexo dominante poder y libertad.» La clase y el clan a que el niño pertenece (nacionalidad) vienen determinados, durante el predominio femenino, por la clase y el clan de la madre. Al contrario, en el Estado de los hombres, por la clase y nacionalidad del padre. Entre los niños se da preferencia al sexo predominante. En el Estado matriarcal celébrase el nacimiento de las niñas más que el de los niños.

los cuales, a veces, son muertos. En el Estado de los hombres reina mayor alegría cuando nacen niños, y en condiciones primitivas de existencia, tiene lugar la muerte o el abandono de las niñas indeseadas (China). El matriarcado conoce los caudillos, reyes y sacerdotes femeninos. El patriarcado sólo los admite masculinos.

Debe advertirse que en ninguna parte, ni en las sociedades matriarcales existentes, ni en las históricas, están los cargos públicos exclusivamente en manos de las mujeres. Pero a las afirmaciones de Vierkandt, que pretende que el matriarcado «no supone, en general, un mayor predominio de las mujeres sobre los hombres, sino más bien un influjo más fuerte de los parientes masculinos de la mujer sobre el marido y sus deudos», hemos de replicar con los testimonios de numerosos investigadores, que refieren el gran influjo de las mujeres en las tribus organizadas matriarcalmente. Es cierto, sin embargo, que el hermano de la madre, sobre todo, representa siempre un papel especial (avunculado) y que este influjo del hermano de la madre es, como Vierkandt señala acertadamente, un fenómeno típico del matriarcado.

También Malinowski formula el matriarcado consecuente diciendo: que la mujer continúa la línea de sucesión, pero que los hombres de la línea femenina la representan en cada generación. O con otras palabras: que el poder y la representación de una familia se manifiesta en los hombres de cada generación, mientras la mujer la prolonga por medio de la reproducción fisiológica.

Según Frobenius, el avunculado es una forma amortiguada del matriarcado. Puede considerarse, por lo tanto, como una involución.

c) *Estera física*.—La participación preponderante de la mujer en el proceso de producción, endurece el cuerpo femenino en la época del matriarcado, llegando la mujer a igualar al hombre—antes superior—y aun a superarle en fuerzas físicas. El hombre, en cambio, se ablanda con el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos. Lo contrario rige en el Estado de los hombres. El sexo que no participa preponderantemente en el proceso de la producción, tiene más vagar, es objeto de pretensiones amorosas, representa el ideal de la belleza, siente

la atracción del adorno y del afeite corporales y la ambición de indumentarias variadas, que acusen lo erótico. En cambio, el sexo que domina y trabaja, prefiere una indumentaria práctica y uniforme. Por eso el orden matriarcal establece el indumento femenino uniforme y el vestido masculino variado; al revés de lo que sucede en el Estado de los hombres. Con el fin de debilitar al sexo dominado, se llega, a veces, hasta la mutilación de las niñas en los típicos Estados patriarcales (China), mientras el predominio femenino conoce ejemplos de mutilación de niños (Libussa en Bohemia).

d) *Esfera psíquica*.—Cuando el hombre representa el ideal de belleza, durante el predominio femenino, atribúyese principalmente la inteligencia a la mujer. En cuanto a la aptitud guerrera son distintos los pueblos por diversas causas—siendo causas de producción y de técnica, de clima y también de raza las más importantes—. En los matriarcados guerreros, es la mujer animosa y valiente (mujeres de Dayak, guerrilleras de Dahomey, amazonas). En el Estado guerrero de varones, lo son éstos. Sólo una diferencia hacen notar los Vaerting como fenómeno de excepción y es que, en el matriarcado, se considera el temor a la muerte como algo digno de estimación, porque bajo la influencia de la psique femenina la vida es estimada como lo máspreciado. Por el contrario, «se considera vergonzoso en el Estado de los hombres el temor a la muerte y se estima como virtud su desprecio». Es típica del Estado masculino la sentencia de los mercaderes de Bremen: *navigare necesse est, vivere non est necesse*. (La navegación es necesaria, la vida no es necesaria.)

e) *Ideología*.—En los tiempos del matriarcado se inicia poco a poco un proceso religioso en el que los demonios y las deidades suelen ser del sexo femenino. Como las ideologías nacen siempre lentamente de las circunstancias económicas, la creación de un mundo de deidades femeninas es siempre un fenómeno tardío de las épocas matriarcales y se prolonga y mantiene largamente—con otros restos matriarcales—en la época del Estado masculino, en el que, poco a poco, surgen las deidades masculinas en el lugar de las femeninas; con excepción de las deidades eróticas, por los motivos que ya hemos dicho.

Hasta aquí llegan en lo esencial los trabajos de los Vaerting sobre las peculiaridades del predominio masculino o femenino y las características de las situaciones matriarcales. Las particularidades mencionadas no se encuentran siempre íntegras en las tribus organizadas matriarcalmente, sino que a veces concurren como elementos discutidos, accesorios y poco esenciales (así, la tendencia al adorno en el hombre; la fuerza física de la mujer, equivalente a la del hombre; el trabajo activo doméstico de los hombres, que, por otra parte, suelen conservar su antiguo oficio de cazadores, y que, como guerreros, toman exclusivamente a su cargo la defensa de la tribu). Muchas de estas particularidades mencionadas las encontraremos en los ejemplos, al tratar de los pueblos matriarcales y de los que conservan fuertes restos de matriarcado.

## 7.

*La situación general de la mujer en la fase matriarcal de los agricultores inferiores.*

Como la época en que el hombre vivía en estado de naturaleza—la época de la vida errante y de la captación natural de los alimentos—, también la titulada de barbarie, desde el sedentarismo hasta la cultura de ciudad, ha pasado por distintos grados de evolución, que diferenciaremos como sigue: agricultores inferiores con matriarcado definido y orden social de clan (constitución de clan), agricultores medios (instauración del patriarcado) y agricultores superiores (familia patriarcal en lugar del clan). Esta clasificación tripartita, establecida por Müller-Lyer, se caracteriza menos por la variación de la técnica en la captación artificial de los alimentos y por el desarrollo de la agricultura—en esto las diferencias son pequeñas—que por la fuerte variación que sobreviene en la estructura de la sociedad. Müller-Lyer llama fase alta del parentesco a la de los agricultores inferiores; fase tardía del parentesco a la de los agricultores medios, y fase primaria familiar a la de los agricultores superiores. En todas las épocas de los más remotos tiempos, en que el hombre vivía en estado

de naturaleza, es decir, a partir del origen primero, el grupo generador social era no la familia, sino el círculo de los consanguíneos, el clan, que alcanzó su más alto desarrollo con la exaltación de la mujer en los agricultores inferiores. En oposición al orden matriarcal, que adquiere cada vez mayor vigencia con el clan, desarrollóse más y más, como reacción del varón contra el matriarcado, la familia, tendiendo a constituirse como base de la articulación social. En lugar de la consanguinidad aparece el grupo formado por las mujeres, hijos y nietos, con los afines por casamiento, alrededor del *pater familias*. Es la gran familia patriarcal con jefe y señor varón. Parece haber sido general la constitución originaria de la sociedad sobre la base del clan; así como también la gradual disolución del clan por la familia. Pero no se ha conseguido averiguar todavía si, en este proceso de transformación, el paso se hizo siempre por un orden de clan matriarcal. Por mucho que los motivos sociológicos y los psicológicos fundamenten el superior valimiento de la mujer en la época de introducción de la agricultura—que económicamente constituye un progreso notable—, es, sin embargo, perfectamente posible que no en todas partes lograra conquistar la mujer una mayor libertad durante esta revolución, la cual pudo cumplirse sin cambio esencial en la situación de dependencia femenina. Precisamente si consideramos cuán fácil es a los que tienen el poder en sus manos—apoyados sobre la tradición, la herencia y la costumbre—permitir a los dominados la adopción de los progresos técnicos, sin perder ellos el control sobre los valores de producción, evitando, con táctica hábil, la unión de los elementos productores y la formación por éstos de un frente único, comprenderemos que la revolución sociológica y psicológica de las mujeres tuviera escaso éxito de permanencia, y que una vez conseguida la transformación económica, los verdaderos autores y mantenedores de la nueva economía—las mujeres—saliesen con las manos vacías y hubiesen de seguir soportando como amos a los representantes del sistema económico desplazado.

En todo caso es sorprendente el hecho de que no encontremos demasiados representantes de un orden matriarcal acusado.



Observamos además que éste sólo alcanza una corta duración, de modo que tenemos muchos más ejemplos de pueblos con restos evidentes de una antigua época de matriarcado, que de pueblos que conserven todavía en época histórica una organización claramente matriarcal. Duró poco la sorpresa del varón, acostumbrado a dominar. El varón se rehizo pronto y acertó a recobrar, en tenaz lucha, su antiguo rango de señor. La época del matriarcado—esa época clásica de la cultura femenina—tuvo corta vida; pues las condiciones sociológicas indispensables para una equiparación estable y productiva de los derechos entre los sexos no estaban dadas todavía. No había llegado aún a la madurez la estructura social, condicionada por el dominio y la servidumbre.

Los ejemplos más importantes de una cultura matriarcal, combinada con la agricultura, son los agricultores indios de Norteamérica, los agricultores malayos, micronesios y neozelandeses, así como los pueblos pescadores en su fase media.

En todos estos pueblos es la mujer la proveedora activa de los productos más importantes para la vida. Ella siembra, planta, prepara las plantas, hace la recolección y se encarga de la conservación de los víveres indispensables. Hila y teje los vestidos, trama los petates, fabrica las vasijas. Por eso se impone su consejo en las cuestiones capitales de la vida, que puede juzgar—pues está en el centro de los procesos de producción decisivos—mejor que el hombre dedicado a su viejo oficio vagabundo de cazador o pescador. La voz y el voto de la mujer adquiere así preponderancia en el consejo. Veremos—en ejemplos particulares—cómo se desenvuelve esta fase clásica de la cultura femenina en distintos lugares y en tiempos distintos.

## 8.

*Situación de la mujer en las tribus de organización matriarcal existentes aún en época reciente.*

- I) *Fase del matriarcado entre los agricultores inferiores.*
- A) *La mujer entre los agricultores inferiores de Occidente.*

a) *Indios agricultores de Norteamérica.*

El ejemplo clásico de una organización basada en el principio de la consanguinidad—es decir, en el clan—y llevada al más alto desarrollo, es la confederación fundada, según la tradición, en 1570 por Hiawatha, y que constó primero de cinco y después de seis tribus iroqueses. «La Liga de las cinco naciones», llamada también «Liga iroquesa», desarrolló el sistema del clan con una amplitud que nunca más volvió a conocerse.

Mientras los indios occidentales de Norteamérica se encuentran aún en la fase de los cazadores, los aborígenes de los territorios del Atlántico—desde la costa del Golfo de México hasta los grandes lagos—han llegado ya a la estabilización sedentaria, afincamiento en aldeas y cultivo del maíz, la calabaza, las habas, el tabaco, etc. Son éstos: los iroqueses, establecidos en otro tiempo en el Estado de Nueva York y territorios próximos; las tribus de habla algonkin (obschibwes, delawares, mohicanos, etc.), establecidas en el litoral; la mayoría de las tribus del Golfo de México, como los creeks o maskoki (muskogee), establecidas en otro tiempo en los actuales Estados de Alabama, Georgia y Florida; los hurones o wyandotts, afines y vecinos de los iroqueses, que vivían junto a los grandes lagos (de donde viene el nombre de lago Huron); los tshirokes o cherokees, pertenecientes a las tribus del Golfo e igualmente afines a los iroqueses y establecidos al sur de éstos; los shawnee, establecidos en ambas orillas del Ohío; los natchez del bajo Mississipí, y los indios pueblos, establecidos en los Estados meridionales de Texas, Nuevo México y territorios septentrionales mexicanos. Ocupan una posición distinta las tribus sioux del alto Missouri, que practican ya la horticultura y que, al contrario de las demás tribus nómadas sioux, han adoptado la línea materna al afincarse en estabilización sedentaria (especialmente los minitaris). De algunas de estas tribus tenemos abundantes noticias sobre la situación de la mujer.

Una posición intermedia ocupan los pahni (pawnee) semi errantes, semi sedentarios, entre el Missouri y las Montañas Rocosas. Las mujeres pahni practican la agricultura.

1. *Las tribus missouris (mandanos, minitaris, crows, pahnis).*—Entre las tribus del Missouri—en tránsito de la fase

de los cazadores a la fase de los agricultores—que pertenecen a los pueblos de las praderas, clasificados generalmente entre los cazadores superiores, cambió la economía original por influjo y penetración del cultivo de la tierra, que venía del este. Con los aperos de labranza adoptaron también—siguiendo el ejemplo de las tribus del este—las habitaciones estables y el sedentarismo, aunque sólo durante el verano. En los otoños la vida sedentaria era abandonada volviendo a la antigua vida de cazadores en tiendas de cuero.

En algunas de estas tribus, que entraron en contacto con los indios orientales, agricultores y organizados matriarcalmente, ejerció gran influjo, sin duda, la alta posición que la mujer ocupaba en esas tribus.

A ello alude, por ejemplo, la danza de las cabelleras, de los minitari, de la cual nos da la última publicación ilustrada de Herman Dengler, *Indianer*, un trasunto contemporáneo con su descripción.

Esta danza de las cabelleras es una danza de mujeres. Cuelgan de altas pértigas las trenzas de los enemigos vencidos—llamadas escalpes—, que son el trofeo guerrero de los indios de Norteamérica. Durante la danza, las mujeres llevan, además de las pértigas con las trenzas, el atavío guerrero de los hombres, y danzan por un lado, mientras por otro bailan los hombres, muy adornados y pintarrajeados. Cantan éstos alternativamente con las mujeres, acompañándose con caracas y redoble de tambor y dejan oír gritos de scalpe y guerra, que transforman en trémolos, golpeándose rápidamente la boca con la mano.

Si recordamos que las danzas de los cazadores inferiores—como la famosa danza corrobora de los australianos—son ejecutadas por hombres exclusivamente y que las mujeres suelen estar excluidas de ellas, bajo penas graves, aún como espectadoras, debemos suponer que esta danza de los minitaris testimonia ya un valimiento de la mujer esencialmente superior.

También el hecho de que rija ya la sucesión materna entre los minitaris—según testimonio de Morgan—hace suponer una más elevada situación de la mujer, consecuencia del progreso introducido por la forma sedentaria de vida y en el que influyó la mujer como cultivadora de la tierra. Tanto entre los

mandanos como entre los minitaris, upsarokas o crows, regía—según hace notar Morgan—la sucesión materna. Demuestran, por otra parte, las costumbres matrimoniales vigentes entre los crows y observadas en unas cuarenta tribus de indios, que nos hallamos en una fase intermedia, en la cual, introducido ya el matriarcado, no llega, sin embargo, todavía la mujer a una situación de superioridad, observándose fuertes restos de la época de los cazadores y su esclavitud femenina. Así cuando un crow se casa con la hija mayor de una familia, adquiere derecho a poseer todas las hermanas como concubinas, tan pronto como alcanzan la pubertad. Puede renunciar a este derecho; pero puede, desde luego, exigir que se lo reconozca el clan, si en ello se obstina. También existía la costumbre de hacer adoptar por la suegra a las mujeres prisioneras de otras tribus, para servirse luego de ellas como concubinas. Es, en cambio, de carácter matriarcal la herencia de la propiedad. La propiedad de las mujeres pasa, después de su muerte, a los hijos: pero la del hombre pasa al clan materno. Subsisten entre ellos, sin embargo—como oposición al influjo matriarcal—, las ligas de hombres. Los varones se dividían en clases de edad (Buschan) como en las tribus claramente cazadoras (superiores) de las praderas.

Debemos atribuir también a influjo matriarcal la curiosa costumbre de los mandanos y minitaris—mencionada por Ratzel—de que algunos hombres se vistan de mujeres y hagan todos los trabajos domésticos femeninos. Las mujeres estaban presentes a los juegos y danzas con que se celebraba la «pipa de la paz» (kalumet); mas no debían intervenir en los cantos. En cambio, tenían voz en el consejo, como los demás. Y aun encarnaban a santos y representantes del alto espíritu (Manitou).

También pertenecen finalmente a las tribus del Missouri los pawnees, que se encuentran asimismo en la fase de tránsito a la agricultura. Un concepto matriarcal ya muy desarrollado indica entre ellos el sacrificio de una muchacha, ofrecido en honor de la diosa de la fecundidad, adorada en la estrella de la tarde (Venus), sacrificio que tenía lugar todas las primaveras—según Dengler—y por última vez se celebró el 22 de abril de 1838. Según la mitología totémica sólo han de sa-

crificarse seres que se conceptúen encarnaciones de la divinidad. El carácter groseramente materialista, que antes se atribuía al sacrificio como ofrecimiento de alimento y bebida a la diosa y cuyos ritos singulares y extraños parecían incomprendibles, ha sido satisfactoriamente interpretado en estos últimos tiempos por Robertson Smith y, sobre todo, por la interpretación psicoanalítica de Freud. Según esta interpretación, tuvo lugar en los tiempos primitivos entre los hombres—como entre los animales gregarios—una encarnizada lucha entre la juventud masculina llegada a su nubilidad y los hombres más viejos; y esta lucha tuvo por objeto la posesión de las mujeres. Puestos de acuerdo los hijos, mataban al padre. Cuando más tarde los sentimientos de ternura hacia el padre se hicieron más eficaces, este primitivo drama pasional fué seguido, sin duda, del más profundo arrepentimiento y se concibió el propósito de no repetir jamás el acto terrible, concertándose una alianza, según la cual fuera sacrificado y devorado solemnemente un animal—el *totem* que daba el nombre a la tribu—como encarnación del padre. Por eso se consideran en todas partes las víctimas animales y humanas (la novia del Nilo en el Egipto matriarcal) de los sacrificios como encarnaciones de la deidad, a quien son ofrecidas y que necesita esas víctimas para su eterno rejuvenecimiento. Estas representaciones místicas, relacionadas muchas veces con el sacrificio de una deidad filial, en memoria de la primitiva rebelión de los hijos contra los padres—rebelión que se reproducía al llegar a la pubertad cada nueva generación—desembocaron después en el culto oriental de los hijos dioses (culto de Adonis, de Attis, de Orfeo) y de allí pasaron a los misterios cristianos de la eucaristía y del sacrificio de Cristo, hijo de Dios.

Es típico que el ser sacrificado sea una niña y no un niño en los pueblos organizados matriarcalmente. Entre los pawnees se hacía el sacrificio de la muchacha colocándola desnuda sobre unos maderos, bajo los cuales ardía una breve llama. Dos guerreros le sostenían los brazos en alto y con la mano que les quedaba libre le acercaban una tea encendida bajo las axilas. Tan pronto como la tea entraba en contacto con la víctima, los guerreros reunidos en torno disparaban

sus flechas y la mataban instantáneamente. En seguida arrancaban las flechas del cuerpo y cortaban la carne, caliente aún, en pedazos, depositándola en azafates y echándola en los campos recién sembrados. El cacique tomaba un trozo y lo estrujaba hasta extraer la sangre, que dejaba caer sobre la semilla del maíz, para fecundarla. Todos los guerreros seguían su ejemplo.

2. *Los iroqueses.*—Al principio componían la liga iroquesa las cinco tribus siguientes: los onondagas, los oneidas, los mohawks, los kayugas y los senekas. En 1722 fueron admitidos también los tuskarora, que habían sido expulsados de la Carolina del Norte. La liga sostuvo durante un siglo terribles guerras destructoras contra sus afines los hurones (wyandotts) y fué también un peligroso enemigo para los blancos durante largo tiempo. Conocemos exactamente su estructuración, gracias a la obra clásica de L. Morgan, que vivió largo tiempo en una *reservation* del Estado de Nueva York con los últimos supervivientes de los iroqueses, llegando a ser adoptado por ellos. Sus investigaciones lograron también proyectar luz sobre la antes enigmática constitución de los clanes primitivos griegos y romanos.

La base de la liga iroquesa estaba formada por el clan iroqués, o sea la totalidad de los consanguíneos por sucesión femenina. El padre, que procedía siempre de un clan distinto del de la madre, no era considerado como pariente de los hijos, los cuales permanecían en el clan de la madre y recibían el nombre totémico de la madre.

Los miembros del clan tenían los siguientes derechos y deberes:

1. Derecho a elegir sus caudillos de paz (*sachems*) y de guerra.
2. Derecho a destituirlos.
3. Obligación de no casarse dentro del clan.
4. Derecho a heredar la propiedad de los miembros fallecidos.
5. Obligación mutua de auxilio, defensa y expiación de los agravios recibidos (venganza de sangre, etc.).
6. Derecho a nominar a sus compañeros de clan.
7. Derecho a la adopción de extranjerós por el clan.

El clan tenía, además:

8. Un cementerio común; y

9. Se reunía en consejos a los que asistían todos los miembros adultos y en los cuales las mujeres vestían igual que los hombres.

En la época del mayor florecimiento constituían el consejo de la liga 50 *sachems*. En las tribus estaban representados nueve clanes (*totems*): lobo, oso, tortuga, castor, ciervo, beca-da, garza, anguila y halcón. Todos los miembros tenían iguales derechos y los *sachems* carecían de privilegios. Los clanes tenían viviendas comunes hasta para veinte familias y su economía doméstica se regía por una organización comunista. Sólo las mujeres cultivaban la tierra y disponían de las reservas de víveres. Ellas hacían los vestidos, atendían a las labores domésticas y a la crianza de los niños, mientras los hombres se dedicaban a la caza, a la pesca y a la guerra. Toda comunidad doméstica tenía un jefe femenino que, con las madres, disponía los matrimonios. El hombre permanecía en la casa materna y sólo de cuando en cuando buscaba a la mujer, a la que debía de entregar una parte de su botín de caza, siendo despedido si no lo hacía. Ambos cónyuges podían separarse a voluntad. Si tenían hijos, permanecían éstos con la madre. En la familia heredaban sólo las hijas. A los hijos se les asignaba únicamente lo necesario para su sostenimiento. Las mujeres, por lo tanto, tenían siempre el poder en sus manos. Así dice Lafiteau: «Toda la autoridad del país está en manos de las mujeres; a ellas pertenecen las tierras y sus productos, ellas son el alma de los consejos, deciden sobre la paz y la guerra y administran el fisco o tesoro público. A ellas han de entregarse los prisioneros. Ellas disponen los matrimonios. Bajo su dominio están los hijos y su sangre determina la sucesión.»

Ségún Parkmann, acostumbraban las mujeres iroquesas a reunirse en consejos propios, cuyos acuerdos eran propuestos al gran consejo de la nación, que los tomaba en cuenta para sus decisiones.

Naturalmente, debemos considerar los testimonios antiguos de los viajeros con gran cautela crítica. Pues no se había perfeccionado todavía en su tiempo el proceso inductivo de la

investigación, único seguro. Y se juzgaban todos los fenómenos con el prejuicio del punto de vista unilateral de las costumbres europeas y bajo la influencia del concepto cristiano del mundo. Así, esos viajeros, caían fácilmente en errores y tendían a describir sucesos extraños, pintorescos y sensacionales. Lafiteau ha exagerado incuestionablemente—bajo la influencia del prejuicio de la cultura masculina—la preponderancia de las mujeres. En todo caso no se puede hablar de un predominio de las mujeres entre los iroqueses, como hacen los Vaerting, pues tanto las mujeres como los hombres tenían voz y voto en los consejos, y la preponderancia económica que la agricultura y sus productos proporcionaba a las mujeres era compensada por la fuerza guerrera de los hombres. Sin embargo, es evidente que la influencia de la mujer era en algunas cosas mayor que la de los hombres. En la esfera de lo sexual los hombres célibes estaban sujetos a muy rígidas condiciones: no podían hablar públicamente con las muchachas y eran casados por sus madres. Las cuales, según Waitz, adjudicaban a menudo un hombre joven a una mujer de edad, hecho tan típico del punto de vista sexual del matriarcado como típico es del patriarcado el matrimonio del hombre de edad con una mujer joven. La afirmación de los Vaerting de que sólo existían deidades femeninas entre los iroqueses, es inexacta.

Según Andrés Lang y Ehrenreich, tanto los iroqueses como los algonkines creían en una fuerza mágica, que ejerce su influjo sobre la naturaleza. Llamábanla los iroqueses Orenda (femenino) y los algonkines Manitou (masculino), «el gran espíritu». Al mismo tiempo figuraba entre los iroqueses como el ser más alto y venerable el Taronhiawagon, «sostenedor del cielo» (masculino). Como criadores del mundo figuraban, además, dos mellizos enemigos, los benéficos Joskeha (femenino) y Tawiskaron (masculino), en los cuales se simboliza más tarde la contraposición del sol y la luna, de la luz y la sombra. Vemos, pues, que la mitología iroquesa tiene deidades femeninas y masculinas y que el ser más alto y venerable es masculino. Por otra parte encontramos manifiesto en el espíritu femenino de la naturaleza el fuerte influjo de la mujer, así como también en la victoria del mellizo femenino Joskeha.



El hecho de que, por el contrario, los algonkines, también matriarcalmente caracterizados, adoren a Manitou, el gran espíritu, indica que en esta época advienen al culto deidades masculinas y femeninas, con carácter femenino y masculino más o menos acusado, como consecuencia de una situación inestable de mayor o menor valimiento femenino.

En todo caso no responde a la realidad la afirmación de los Vaerting de que en la época del predominio femenino (?) tuvieran sólo las mujeres el derecho electoral. Los caudillos eran elegidos por las asambleas del consejo del clan, en las cuales tenían voz y voto hombres y mujeres. El hecho de que —tal vez por influjo de las mujeres, según dice Morgan— no se eligiera jefe al hombre más apto «para que éste no se arrogara un poder excesivo», siendo, pues, los caudillos masculinos más que nada depositarios de un dominio aparente, es un fenómeno frecuente en la organización democrática pura y ha sido muy discutido, justamente, por los demócratas. Dicho fenómeno obedece a un estado de democracia imperfecto y poco experimentado y se justifica en casos de extrema dificultad.

Es inexacta, por otra parte, la opinión de Meiner—ajena al fundamento sociológico del matriarcado—, según la cual, a causa de las envidias de los notables, «que no toleraban que se atribuyera dignidad principesca a ninguno de su clase, se prefirió otorgarla a una débil mujer». Los caudillos iroqueses eran siempre hombres.

3. *Los hurones (wyandotts)*.—Los wyandotts, totalmente aniquilados por sus afines los iroqueses, tras un siglo de guerras destructoras, estaban, como éstos, organizados matriarcalmente. Según Powell, las mujeres tenían incluso «el régimen político en sus manos. A la cabeza de cada liga totémica figuraban cuatro jefes femeninos, elegidos por las presidentas de las comunidades domésticas. Estas cuatro mujeres nombraban al caudillo de la paz y administraban con él la comunidad totémica». La tribu constaba de 11 clanes o totems. En el gran consejo figuraban, por lo tanto, 44 mujeres y 11 hombres; de modo que siempre tenían las mujeres mayoría de votos. La familia del que mataba a una mujer tenía que ofrecer 40 presentes, esto es, más que si el muerto fuese un varón (30 presentes), «por ser la mujer la parte más débil (?) y depender de

ella la reproducción y multiplicación de la familia». (Parkmann). Según Müller-Lyer existían caudillos femeninos también entre los narraganset, que habitaban en Rhode Island y pertenecían a las tribus de habla algonkin. También había jefes femeninos entre los potawatami, establecidos al sur de los grandes lagos y pertenecientes a las tribus algonkines, y entre los creeks, que vivían al norte de la Florida. Pero opongo a esta opinión una actitud muy escéptica, pues junto a los mencionados cita también Müller-Lyer a los winnebegs, pertenecientes a las tribus sioux, entre los cuales, como cazadores superiores—de la situación de inferioridad de cuyas mujeres tenemos testimonios unánimes—, es imposible una costumbre semejante. Se trata aquí precisamente de una de esas noticias equivocadas, tan frecuentes, que son aceptadas sin crítica y pasan así de obra en obra.

Hemos de hacer notar que tan singulares testimonios de observadores dignos de crédito, como los que poseemos sobre la constitución de los wyandotts, testimonios que tan claramente acusan el predominio femenino, presentándolo casi como una especie de iniciación o preludio de un verdadero Estado de mujeres, son algo único, sin ejemplo en otros pueblos. Aquí el valimiento de la mujer, que se observa muchas veces en la época del matriarcado, ha llegado a constituir un predominio evidentemente excepcional y que, por serlo, no puede de ninguna manera considerarse como documento justificativo de un proceso general de la evolución, de un forzoso período general en el cual mandasen las mujeres e incluso llegasen a formar un verdadero Estado.

4. *Las tribus algonkines (obschibwes, delaware, mohicanos, etc.)*.—Los obschibwes, pertenecientes al gran grupo de las tribus de habla algonkin, han proporcionado a la etnología una expresión técnica que, poco a poco, ha pasado al léxico de la literatura mundial. En el dialecto obschibwe significa *totem* el nombre y símbolo del primitivo fundador mítico y espíritu protector del clan. Suele ser, por lo regular, un nombre de animal. La expresión se aplicó a fenómenos semejantes de otros pueblos y se dió generalmente el nombre de totemismo a esta forma de organización.

Los delaware son considerados—según Morgan testimonia

abundantemente—por todas las demás tribus algonkines como una de las tribus más antiguas y llamada por eso de los *abuelos*. Entre ellos existe la sucesión femenina. Cuando muere un caudillo (*sachem*) no le sucede su hijo, sino su sobrino. También los extinguidos mohicanos—pertenecientes también a este gran grupo de tribus—se regían por la línea femenina. Y, asimismo, los *menominus*.

Los algonkines eran unos de los pueblos económicamente más adelantados de América. A causa de su avanzado sedentarismo, sufrieron especialmente en las luchas con los colonizadores, disminuyeron notablemente en número y se hicieron cortijeros sedentarios. Como consecuencia de este cambio de vida y bajo el influjo de los intrusos europeos, adoptaron algunas tribus la sucesión paterna.

Así los *obschibwes*, entre los cuales regía originariamente la línea femenina, adoptaron, poco a poco, la sucesión paterna. Lo mismo hicieron los *potawattamies*, los *otawas*, los *creeks* y las tribus del *Mississipí* (los *miamis*, *shawnees*, *sacks* y *foxes*). En estas cuatro últimas era comúnmente adoptado el hijo por el clan del padre; pero el matriarcado originario se mantenía, sin embargo, vigente, en el hecho de que el padre no tenía voz en la determinación del clan a que pertenecía el hijo. Dicha determinación llevábanla a cabo matronas autorizadas especialmente por el clan, y que intervenían en la nominación de los hijos, con derecho a decidir sobre el nombre (del clan) que había de dárseles.

Existen noticias referentes a los *obschibwes* y que aluden a una definida época matriarcal entre ellos. *Kohl* habla de sus mujeres y dice que no sólo intervenían en los consejos, sino que tomaban parte en la guerra. Numerosos cantos heroicos y leyendas indias se refieren a las famosas profetisas y magas de los *obschibwes*.

Entre los *potawattamis* asumían las mujeres—según *Müller-Lyer*—la dignidad de caudillos.

5. *Los creeks o muskogee, choktas y cherokees*.—Hay que incluir también entre los agricultores del este a los *creeks* o *muskogee*. Entre ellos tenían las mujeres dignidad de caudillos, según *Müller-Lyer*. Este autor atribuye también—y en el mismo lugar—esta costumbre a los *winnebagos*, que habían

introducido ya la sucesión paterna. Por esta causa no parece muy digna de crédito su afirmación. Según Waitz, tenían entre ellos derecho a la dignidad de caudillos tanto los hombres como las mujeres. Según M. Vaerting, existía entre ellos la costumbre matriarcal de que fuese el padre principalmente encargado del cuidado de los hijos. Este magisterio se consideraba tan insustituible que, muerto el padre, la madre mataba al hijo póstumo. Estas noticias no son, sin embargo, suficientes para constituir—como dicen los Vaerting—un ejemplo de «Estado de mujeres». También es erróneo incluir la tribu de los winnebagos entre los «Estados de mujeres», pues ya existía entre ellos la sucesión paterna. Regíanse por la línea femenina las tribus del Golfo; además de los creeks los choktas, chikasas y cherokees y, probablemente también, los seminolas.

Entre ellos actuaban las mismas circunstancias que entre las tribus algonkines. Bajo el influjo de la civilización europea, introdujeron—según Morgan—la herencia de padre a hijo en lugar de la herencia por el clan materno. Tenemos la referencia de un chokta, que declaró al misionero doctor Cyrus Byington († 1869), que deseaba hacerse ciudadano de los Estados Unidos, para que a su muerte pasara su propiedad a manos de su hijo y no al clan materno. También se eludía esta última obligación, cediendo en vida la propiedad a los hijos. «Muchas tribus de indios poseen ahora una respetable riqueza en animales domésticos, casas y tierras de propiedad individual. Entre los propietarios se ha generalizado la costumbre de ceder en vida la propiedad a los hijos, para eludir así el derecho del clan a la herencia. El aumento de la propiedad privada suscitó la oposición de los hijos al derecho de herencia del clan materno; y en algunas tribus, entre ellas los choktas, se anuló hace poco tiempo la antigua disposición y se reconoció el derecho exclusivo a la herencia a los descendientes del fallecido (masculino). Se llegó a esto sustituyendo por un sistema político el sistema de clan; se estableció un consejo elegido por sufragio y una autoridad de varones en lugar de la antigua administración por los caudillos. Según la costumbre antigua, no heredaba la mujer del marido, ni éste de aquélla. La herencia de la mujer se repartía entre sus hijos y, a falta de éstos, entre sus hermanas.»

No es claro el pasaje anterior. Evidentemente el clan materno era el propietario y hacía la repartición según la línea hereditaria matriarcal. La posición social de la mujer quedó, naturalmente, lesionada con el cambio de régimen.

6. *Los natchez*.—Un papel especial y extraño representaba la tribu—lingüísticamente aislada—de los natchez, que eran exclusivamente agricultores y vivían próximos a la desembocadura del Mississipi. Entre ellos—según Bosse—, las hijas de la estirpe solar del caudillo, podían tomar tantos amantes como quisieran. Todos estos amantes debían seguir las a la tumba. Este reducido pueblo, lleno de extrañas peculiaridades, poseía un verdadero culto al sol, como los egipcios. Puede suponerse que entre ellos la posición de la mujer fuera igualmente privilegiada que en Egipto.

7. *Los indios pueblos (hopi)*.—De todas las tribus norteamericanas los que poseen la agricultura más adelantada son los hopi, de la tribu de los schoschones. Los hopi, cuyo nombre significa pueblo de urbes, habitaban en las mesetas de Nuevo México, Arizona y el Utah meridional, y vivían desde tiempos remotos en veintiséis aldeas peculiarmente construídas. También se les da el apodo de «moki», aunque son generalmente conocidos por el nombre de indios pueblos (indios de las aldeas o pueblos). Aún viven en las mismas casas que habitaban cuando fueron descubiertos en 1540-42. La tradición general entre los indios pueblos—de que descienden de una «abuela» común—, alude a una originaria estructura matriarcal. Habitan en grandes «casas» que constituyen una especie de fortaleza y están compuestas de numerosas celdas, como de colmena, siendo accesibles sólo por troneras en los tejados, a los que suben por medio de escalas. Se asemejan a las ruinas prehistóricas de los primitivos indios pueblos, ruinas que se extienden sobre un territorio mucho más vasto y están construídas en los taludes pétreos de las enormes hendiduras (cañones) que forman los lechos de los ríos, ciudades abandonadas que constituyen hoy una de las más conocidas atracciones del turismo. Los indios pueblos habían construído ya canales de riego antes de la época española.

Entre estos indios está en vigor la constitución totémica (de clan) con sucesión materna. Cuentan los hopi sesenta cla-

nes, y sus afines los zuñi, siete. La existencia de ligas de varones, dedicadas principalmente a las ceremonias religiosas, demuestra que no se mantiene el orden puramente matriarcal y que estos indios se encuentran en el período de tránsito a la constitución patriarcal.

Adaptáronse gradualmente a los indios pueblos los navajos, que venían del norte y pertenecían, originariamente, a las tribus cazadoras de los athapaski. Pero estos navajos fueron menos agricultores. Tomaron de los indios pueblos el pastoreo con rebaños de ovejas, introducido por los españoles, y se convirtieron en criadores de ganados.

b) *Pueblos salvajes agricultores de Sudamérica (tupi, caribes, aruak).*

Los restos prehistóricos encontrados en capas antiquísimas del suelo sudamericano, demuestran que aquí se remonta la existencia del hombre—como en Centroeuropa y Sudáfrica—a la época más remota. Es interesante el hecho de que no se hayan encontrado en Norteamérica hallazgos semejantes. Fundándose en la correspondencia de los esqueletos, se supone que los patagones, fueguinos y gês (botocudos)—que viven aún en la fase elemental evolutiva de los cazadores inferiores—son los descendientes directos de aquellos pueblos prehistóricos. De estos escasos y poco extendidos representantes de la población aborígen se distingue el gran conjunto de las tribus indias sudamericanas, que se encuentran en todas partes dentro de la fase de la agricultura inferior. Constituyen, evidentemente, una raza unitaria con los indios norteamericanos, y se sitúan, como éstos, por sus características raciales, entre la caucásica (facciones) y la mongólica (color amarillo tostado de la piel). Como las lenguas de los indios sudamericanos no muestran el menor parentesco con las de los indios de Norteamérica, se supone que ya en época muy remota emigraron de su patria originaria—que, a juzgar por la constitución de la piel, debió estar en la zona templada—a Sudamérica por el istmo de Panamá, de origen terciario, procedentes de las regiones centrales norteamericanas. Ehrenreich sitúa «el escenario

donde se llevó a cabo la diferenciación de los pueblos», en las zonas esteparias del sur, en la meseta brasileña, en las tierras montañosas entre el Orinoco y el Amazonas, y en las punas andinas, donde, por diferentes modos, tuvo lugar un proceso evolutivo que llegó a la cultura urbana. De aquí emigraron numerosos pueblos a las tierras bajas tropicales, cuyo sistema hidrográfico, ampliamente ramificado, dió lugar a un gran triángulo entre los Andes, el Orinoco, el río Negro, afluente septentrional del Amazonas, y el Madeira, afluente meridional, triángulo que constituye un inmenso territorio de unidad cultural, con los caracteres propios de la fase de los agricultores inferiores. Está ocupado, principalmente, por indios pertenecientes a tres grandes familias lingüísticas: tupi, caribe y aruak. Al sur del Amazonas habitan los tupi, a los cuales pertenecen los guaraníes. Entre éstos fundaron los jesuitas, en los siglos xvii y xviii, un Estado teocrático-comunista. También están ahí los kaiugná, los juruna (a orillas del Xingu), los tupi centrales (apiaká), los tupi occidentales (chiriguanos) y los guaráys (junto al Madeira). Al norte del Amazonas habitaban, originariamente, las tribus aruak, que con el tiempo fueron desalojadas, en parte, por los caribes, que venían fugitivos del sur. El núcleo principal de los caribes habita hoy en las Guayanas (británica, francesa y holandesa). También en el territorio de las fuentes del Xingu se encuentran caribes (bakairi) junto a los aruak. Su base económica es el cultivo de la tierra y especialmente—lo que constituye un trabajo en verdad admirable—la elaboración de la raíz venenosa de la yuca. Esta planta, de la familia de las euforbiáceas (*manihot utilissima*), tiene raíces ricas en almidón, de las que se extrae el veneno por procedimientos complicados. Mientras los varones se dedican a la tala de un sector de bosque, derribando los árboles con hachas de pedernal y quemando los troncos del desmonte («rosa»), ocúpase la mujer en introducir los tallos nuevos en la tierra abonada con la ceniza de la madera. También se ocupa la mujer de la recolección de las raíces y de su elaboración, que se lleva a cabo de la siguiente manera: primero se raen, se ponen a remojo, se desmenuzan, se exprimen en cedazos de cesta o de estera y, por último, se secan al sol, con lo que pierden su actividad venenosa. Además

de la raíz de la yuca cultivan las mujeres la batata, el ignamo, las habas, la caña de azúcar, el tabaco y plantas industriales (algodón, arundináceas). Cultivan además, desde época remota, los árboles frutales, como lo demuestra la circunstancia de que la palmera pupunka (*guilelmia speciosa*), que constituye la base de la alimentación frutal del indio, sólo se reproduce por medio de esquejes, como sucede con todas las antiguas plantas de cultivo. No viven todavía en aldeas, sino que, como la mayoría de los agricultores inferiores—con la excepción de los karayá, que tienen aldeas alineadas—, habitan en cortijos aislados; si bien algunos tienen viviendas de clan (uanpé). Hasta ahora tenemos sobre ellos escasos datos, y esta es la causa de que los autores de obras sobre el matriarcado, como Müller-Lyer, Cunow, etc., apenas los tengan en cuenta. Se sabe que varias tribus aruak tienen un sistema de clan, definitivamente estructurado, con totemismo y sucesión materna. Sabemos también que existe el matriarcado en una serie de tribus en las cuales pertenece el hijo a la familia de la madre, pasa el hombre al clan de la mujer, hereda la dignidad de cacique el hijo de la hermana y ocupa posición preeminente el hermano de la madre. Según recientes noticias, la posición de la mujer parece generalmente buena, como sucede en las situaciones matriarcales. La mujer no es, ni mucho menos, la bestia de carga que las antiguas descripciones de los viajeros nos representaban. Los cortijos del clan constituyen una especie de comunidad rural, regida por un caudillo.

Su agricultura desarrollada demuestra que se encuentran ya estas tribus en la fase de tránsito de los agricultores inferiores a los superiores. Practican las tribus caribes—entre otras—la extraña costumbre de la covada—el varón se acuesta cuando la mujer da a luz—, que es un fenómeno típico del tránsito de la agricultura inferior a la superior.

## B. La mujer entre los agricultores inferiores del Oriente.

1. *Tribus malayas (khasi, menang-kabau, dayaks)*.—Debemos tener presente la evolución gradual de la cultura malaya y la forma de expansión de sus distintas fases, si queremos



emitir un juicio sobre la situación de la mujer en ella. Encontramos originariamente la antiquísima cultura malaya, que ya conocía la preparación del bronce, la aplicación del bambú (cerbatana) y el tejido de telas con dibujos cuadrados. A las características sociales de esta cultura pertenecía, según Volz, la compra de la novia, el patriarcado y, por lo tanto, una situación de inferioridad para la mujer. También existía la división en *sukus* (literalmente: barrios rurales) o clanes, regidos en un principio patriarcalmente. El más fuerte influjo que recibió esta antigua cultura malaya fué, con el transcurso del tiempo, el hinduismo de la India anterior (preparación del hierro y del algodón, cultivo del arroz en campos irrigados, uso del arado, religión y mitología), mientras que el mahometismo, aunque pasó más tarde de la India al archipiélago malayo, no llegó a profundizar y constituye más bien un barniz a flor de piel sobre la antigua cultura malaya hindú. Los malayos—rama de la raza amarilla—salieron en tiempos muy remotos del interior del Asia y, pasando sobre la India, tomaron posesión del archipiélago malayo, habitado originariamente por los indoaustralianos (negritos). Con la antigua cultura india tomaron los malayos probablemente el matriarcado, que es característico de todo el archipiélago; a no ser—cosa que me parece más probable—que el matriarcado estuviese ya esencialmente iniciado cuando la inmigración de los malayos agricultores. El mahometismo posterior lo ha combatido sin descanso. Hace un siglo tuvo aún lugar en la Sumatra occidental la llamada guerra *padrie*, que fué una lucha por el matriarcado, que se ha mantenido obstinadamente contra el mahometismo. Donde más arraigado queda es entre las tribus que permanecieron en la fase de los agricultores inferiores, sobre todo las de la costa occidental de Sumatra, las del interior de la misma Sumatra y de Borneo. Vamos a ocuparnos ahora sólo de estas tribus malayas, que se mantienen en la fase de la agricultura inferior.

Donde más ampliamente desarrollado está el matriarcado es—según Volz—entre los *khasi*, en la isla malaya de Assam. Entre ellos la propiedad de la tierra se halla en manos de las mujeres, se adora solamente a los antepasados femeninos de la tribu y el sacerdocio está reservado exclusivamente a las

mujeres. Aparece aquí, por lo tanto, la mujer no sólo en condiciones iguales a las del hombre, sino con privilegios; de modo que puede hablarse de un predominio femenino o ginecocracia, bien que—debido a la elemental forma de la estructura social—no pueda hablarse de un verdadero Estado de mujeres. Veremos que estos ejemplos de verdaderos gobiernos femeninos son muy raros.

Hace aún pocos decenios reinaban circunstancias muy extrañas en el territorio de Menang o Menang-Kabau, en la Sumatra occidental. Este imperio abarcaba todavía en el siglo xv toda la parte media de Sumatra y es considerado como la patria de origen—en sentido estricto—de los malayos. De aquí partieron las expediciones que en 1160 dieron la Sumatra oriental, Singapur y Malaca a los malayos. G. A. Wilken nos ha descrito el estado de cosas en Menang-Kabau hacia 1880. La máxima unidad administrativa está constituida por el distrito (*negari*) que se divide en aldeas—*kotas*—, subdivididas a su vez en varios *sukus* o clanes. Estos clanes tienen acusado carácter materno y ocupan cada uno un lugar especial en las aldeas, llamado *kumpulan rumah*. Los habitantes de uno de estos *kumpulan rumah*, dirigidos por una madre, practican una extensa solidaridad. Un malayo la describía a Wilken, diciendo: «los habitantes de un *kumpulan rumah* son miembros de una familia, tienen una cúspide y una raíz (la madre primitiva), tienen en común las deudas y los créditos y comparten la honra y la vergüenza». Marido y mujer no pueden pertenecer al mismo *suku* y permanecen cada uno en su *kumpulan rumah*. El matrimonio no tiene, pues, por consecuencia la habitación en la misma casa. La vida matrimonial se reduce a las visitas que el marido hace a la mujer. Durante el día la ayuda en los arrozales y la acompaña a comer. Así al menos se hace en los primeros tiempos. Más tarde son menos frecuentes los encuentros diurnos y el marido va sólo de noche a casa de la mujer, donde, si es un fiel esposo, permanece hasta la mañana. Esta forma de matrimonio se llama *sumandó*. El marido y la mujer no forman una familia. El marido sigue perteneciendo a su *suku*, y la mujer, con sus hijos, al suyo. *Samandai* son «los que tienen una madre, es decir, los miembros del clan materno». Aquí, como entre los *khasi*,

está todo dominado por el clan materno, o sea, el grupo de los consanguíneos por la línea materna. El jefe del clan materno, que incluye a la madre con sus hijos y nietos, no es, empero, la madre, sino—entre los malayos y también en otros pueblos—siempre el hermano mayor de la madre. Sólo en casos de excepción—como entre los khasi—se transforma el antes uniforme predominio masculino en un predominio femenino completo. Generalmente no es completamente eliminado el hombre de la dirección de los grupos sociales, que son al mismo tiempo grupos de comunidades consanguíneas. Y así como siempre es un hombre el que está a la cabeza del clan, es de suponer que se hayan conservado otras costumbres de la antigua época de los cazadores, particularmente las relacionadas con el ejercicio de la caza, que es practicado todavía, principalmente, por el varón. La inversión de los oficios, que suponen los Vaerting, no ha llegado nunca en realidad a practicarse de un modo completo. Sin duda, es exacta, nueva y meritoria la indicación de los Vaerting de que con el creciente valimiento de la mujer, suele ésta adoptar los hábitos antes propios del sexo masculino dominante, de modo que debemos hablar más bien de características peculiares de la clase predominante y no de características masculinas o femeninas (aproximación a las teorías marxistas). Sin embargo, no hay que olvidar que la ley de la inercia (factor sociológico conservador) se hace sentir siempre con mucha obstinación en la sociedad humana; y precisamente en los usos y costumbres. A esta ley principalmente debemos atribuir el hecho de que en ninguna parte se desarrolle un orden radical y ampliamente femenino. La duración, relativamente breve, de la época matriarcal, ha contribuido también a que la vigencia femenina no logre plena culminación y a que se haya impuesto pronto nuevamente la tónica anterior del predominio masculino.

Entre los malayos de Menang-Kabau, donde el matriarcado alcanzó un especial desarrollo, el padre natural (biológico) no tenía el menor derecho sobre los propios hijos; pero podía, en cambio, ser como hermano mayor el cabeza del clan, que se componía de la madre, de sus hermanas y los hijos de éstas. Esta situación del hermano de la madre (avunculado), que siempre se observa en la organización matriar-

cal, es síntoma evidente de que la mujer no consiguió imponer por completo su predominio. Así, en el clan materno malayo, que constituye una vivienda, están los hijos con sus madres, los tíos, las tías, las abuelas, las tías abuelas, procedentes todos de la misma madre y se titulan «*sabuah parui*» (literalmente: «los del mismo vientre»). El cabeza es el hombre más viejo del clan, generalmente el hermano mayor de la abuela o madre. La herencia de una mujer pasa a sus hijos y a falta de éstos a sus hermanos y hermanas. En cambio, la herencia de un varón no pasa a sus hijos, sino a sus hermanas. Sólo de la madre heredan los hijos—no tratándose de bienes comunes del clan (tierra, casa)—títulos, dignidades y bienes. Todos los miembros de un *suku* tienen los mismos derechos. Sobre los asuntos de la aldea decide el consejo de los más ancianos miembros de los clanes, es decir, un consejo de hombres que eligen también al jefe del distrito (*negari*).

Estas circunstancias trajeron, naturalmente, por consecuencia un total cambio en la situación de la mujer, en relación con la vida de la antigua época de los cazadores. La mujer conquistó una posición más elevada y considerada. Con razón hace notar Müller-Lyer:

«Con la introducción del matrimonio empezó la lucha histórica entre hombre y mujer, lucha que aún continúa, que es diaria y constante entre millones de combatientes y que probablemente durará hasta encontrar su término en la equiparación de los sexos. En esta lucha ha sido la mujer casi siempre la parte vencida. Sólo en la fase alta del parentesco alcanza la antigua esclava de los pueblos cazadores una posición, que no ha vuelto a conquistar en toda la evolución posterior de la cultura y que la puso, en algunos pueblos, por encima del hombre. En esta fase presenciamos el espectáculo de la mujer que se adueña del poder en la familia—el matriarcado—y aún existen casos aislados en que la mujer alcanza el predominio político, la ginecocracia.»

También disfrutaba la mujer de una situación considerable entre los temibles *dayaks*, las tribus malayas de Borneo. Aquí no sólo viven en pie de igualdad los hombres y las mujeres, sino que muchas veces es la mujer la que da el tono y tiene en sus manos la decisión. Según Schwaner, «conceden

grandes derechos a las mujeres y no es raro que éstas dominen en la casa y sobre tribus enteras con energía viril, incitando a expediciones bélicas, en las que ellas mismas toman parte a la cabeza de los varones combatientes. En muchas reuniones de los consejos deciden en realidad las mujeres por el influjo preponderante que saben ejercer sobre los hombres. Pero no les es permitido intervenir como oradoras». El sobrino y sucesor del famoso colonista inglés Sir James Brooke, Charles Brooke, que intervino en las luchas intestinas de los sultanes y en 1841 fundó un sultanato propio en el nordeste de Borneo, nos dice, basándose en sus observaciones de largos años, que las mujeres dayak poseen muy buenas—y aun encantadoras—cualidades. «En muchos casos son más hábiles que sus maridos en las cuestiones políticas y los hombres suelen seguir con frecuencia su consejo en cosas importantes.» A la cabeza de la población lingga, en el nordeste de Borneo, estaban—según sus noticias—dos ancianas muy distinguidas, que hacía años ejercían el gobierno.

Es digno de mención el hecho siguiente: entre los malayos de estructura matriarcal clara, se puede comprobar que en la vida sexual dan el tono las mujeres y piden de los hombres el sacrificio de dolorosas operaciones, que tenían por fin aumentar las sensaciones de la voluptuosidad femenina. Precisamente en la esfera de lo sexual se confirma la nota, ya señalada por los Vaerting, de que la clase predominante, sea varón o hembra, explota por igual manera al sexo sometido para aumentar su propio goce. A medios verdaderamente extraordinarios recurre el hombre—cuando predomina—para obtener de la mujer un rendimiento máximo como objeto de placer (enseñanza de distintas formas de coito, cosimiento, etcétera). Una réplica—aunque no tan desenfrenada y ruda—de estas cosas hallamos en ciertas peculiaridades de los malayos matriarcales, que han llegado a practicarlas influidos y provocados por las mujeres. Sobre esto escribe Ploss:

«Para aumentar el goce de la mujer durante el coito por medio de un fuerte estimulante, muchos dayaks se atraviesan el glande del miembro viril con una aguja de plata, de arriba abajo. Dejan dentro la aguja hasta que sana la canal así formada. Antes de la cópula se articulan en ese sitio un aparato

bien sujeto, que produce un fuerte roce en el tabique vaginal, aumentando notablemente el goce sexual de la mujer. Los objetos que se introducen en esa canal artificial son distintos: varillas de latón, de marfil, de plata y aun de bambú.» Algunas de estas varillas tienen aberturas en sus extremidades, a las cuales se sujetan atadijos de cerdas. Este aparato se llama *ampallang*. «La mujer recurre a una forma simbólica para dar a entender al hombre su deseo de que se proporcione un *ampallang*. El hombre encuentra en su plato de arroz una hoja arrollada de betel que contiene un cigarro, cuyo largo da la medida del *ampallang* deseado.» También escribe sobre esto Miklucho-Maclay: «Es probable que esta operación dolorosa y hasta peligrosa—pero que tiene por resultado un aumento del goce sexual, especialmente en las mujeres—haya sido inventada, con todos sus aparatos, por las mujeres mismas o para las mujeres. En todo caso, su uso se mantiene por la exigencia insistente de las mujeres, que rechazan a los hombres que carecen de la perforación necesaria para la sujeción del aparato excitante. En cambio, son buscados y especialmente apreciados por las mujeres los hombres que tienen varias perforaciones de esta clase y pueden utilizar varios aparatos.»

Esta costumbre está evidentemente muy extendida entre los malayos de las clases inferiores. Los alfares de la Célebes septentrional utilizan aparatos semejantes y aún más complicados, llamados *kambiong* o *kambi*, y se atan, además, al miembro—como una especie de collar hirsuto—el borde del párpado de un chivo, con las pestañas, que se erizan por el uso. De los *batta*, en Sumatra, dice Hagen que sus curanderos ambulantes hacen una operación que consiste en introducir piedrecitas (llamadas *persimbraon*) y pedacitos de oro o plata de tres aristas en la piel del miembro, con lo cual—una vez curado—aumentan la excitación de la mujer durante el coito. También refiere Meyer que los malayos de Borneo se perforan el miembro con un alambre muy fino de latón, alambre que va enroscado y extendido en los extremos en forma de cepillo. Vaughan Stevens menciona el hecho de que, en épocas anteriores, los *orang temia* de Malaca se introducían en el miembro perforado un pedacito de madera con dos botones, uno de los cuales se atornillaba una vez introducido el aparato.

Otros medios emplean los habitantes de las Islas Aru, entre Célebes y Nueva Guinea, al sudoeste de la Nueva Guinea occidental. Aquí se circuncida a los niños, procurando que se les formen arrugas en la parte superior de la piel. Esto tiene por objeto exclusivo, según dice Riedel: «Aumentar la sensación de voluptuosidad de la mujer durante la cópula.» También en la isla de Serong o Ceram vecina por Occidente y situada entre Célebes y Nueva Guinea, está en vigor esta costumbre ante la petición insistente de las muchachas elegidas por los jóvenes que han llegado a la pubertad. Dichas muchachas «desean aumentar por este medio la voluptuosidad del coito».

Esta costumbre de los malayos se extendió a los pueblos cercanos. Lindschoten observó en Pegu (Birmania) que algunos hombres llevaban en la extremidad del miembro viril cascabeles del tamaño de una nuez y que en China se emplumaban algunos el miembro con plumas de ave y en Java se lo envolvían con tiras de piel de cabra. Estos curiosos usos de los malayos matriarcales son, en todo caso, un ejemplo típico del influjo de la mujer; pues en nada se manifiesta tan desenfrenadamente el predominio de un sexo como en las cosas sexuales.

El hecho de que estas costumbres sólo se observen en el centro trópico-asiático de la organización matriarcal, mientras en el primer centro matriarcal de que hemos tratado (los agricultores indios del este norteamericano) no se advierten semejantes fenómenos en ninguna parte, procede evidentemente de las condiciones climatológicas, completamente distintas en ambos territorios.

En el clima tropical, cálido y sofocante del archipiélago malayo, alcanza la pasión sexual un punto férvido. Tal sucede siempre en las regiones tropicales, escenario de las más fuertes pasiones. Una vegetación opulenta proporciona a los habitantes de estas zonas alimentación abundante. La tierra cultivada da un producto de ciento por ciento. La agricultura exige poco tiempo. Así el largo vagar y el clima excitante traen por consecuencia la intensificación de la sexualidad. Muy distintas son las circunstancias de clima en la zona templada de los Estados norteamericanos del este, con sus vera-

nos cálidos y sus fríos inviernos. El sostenimiento de la vida exige un trabajo fatigante, que neutraliza la excitación sexual. Es evidente que deben tenerse en cuenta, además, las características raciales. Todos los conocedores de los indios norteamericanos los describen como una raza sexualmente poco acusada y nos dicen que la pasión amorosa es poco menos que desconocida entre ellos. Su educación persigue el estoicismo y tiene como aspiración suprema el heroísmo guerrero, considerando las manifestaciones sexuales como cosa afeminada y despreciable y concentrando toda la pasión en la guerra y en la caza. Este carácter se aplica especialmente a las tribus norteamericanas de cazadores; pero siguió manteniendo su vigencia en el período de los agricultores. Además de los caracteres raciales contribuyeron también a estas peculiaridades las circunstancias económicas, la índole del difícil proceso de producción. La caza exigía mucho esfuerzo. Antes de la llegada de los españoles no había caballos que facilitaran la persecución de los enormes rebaños de bisontes. Más tarde mermaron éstos, aumentando su esquivez. La vida de los indios norteamericanos desconoce en suma el vaho cálido, húmedo, aguijoneante, de los campos tropicales. Desconoce esa existencia de constante vagar. Carecen, por tanto, los indios matriarcales de Norteamérica, de la nota sexual desenfrenada, que es tan característica del matriarcado malayo.

2. *Los nikobareses.*—Según Vogel es indudable que los habitantes del archipiélago Nikobar—situado en el Océano Índico al sur del archipiélago Andamán y al noroeste de Sumatra—pertenecen también a los pueblos organizados matriarcalmente. Volz los incorpora a los indoaustralianos, que representan en todas partes la capa inferior, la cultura ínfima. A esto hay que oponer el testimonio de Vogel, según el cual practican la agricultura, la cría de ganados y están organizados matriarcalmente, ya que entre ellos el marido se traslada a la choza de los padres de la mujer, lo que da a entender de manera indudable que se aplica a los hijos la línea materna. Los nikobareses constituirían, por lo tanto, una excepción entre los indoaustralianos, que permanecen en otros sitios en la fase inferior de los cazadores. Es, por otra parte, posible que aun poseyendo una cultura superior pertenezcan a la raza



primitiva indoaustrialiana, ya que por su contacto con los malayos en sus pequeñas islas han podido tomar la cultura de éstos en vez de huir a lo más tenebroso de la selva, como han hecho en otras partes los indoaustrialianos ante la invasión de la cultura malaya.

Vogel atribuye la posición notablemente favorable de la mujer entre los nikobareses a que «son entre ellos poco frecuentes los nacimientos de niñas». Lo cual, naturalmente, es una suposición errónea. Las mujeres son muy consideradas y las muchachas tienen derecho a rechazar los pretendientes que no les agradan. Disfrutan las mujeres de completa libertad; se pasean libremente como los hombres y gozan como madres del respeto y cariño de sus hijos. La noticia que da Vogel de que las muchachas reciben una dote, debe entenderse en el sentido de que a la joven pareja le asigna el clan materno cierto número de cerdos, nueces de coco y árboles *pandang*. La mujer encinta queda, así como su marido, libre de toda clase de trabajos. Este es un típico fenómeno matriarcal. «Cuando aparecen, todo es alegría en la choza; se mata para ellos el mejor cerdo y, generalmente, se pide a la mujer—lo que también parece tener carácter matriarcal—que siembre un poco de semilla en el huerto, pues de ella se espera una especial fecundidad.

3. *Los isleños de las Palaos (Micronesia) y de Mortlock (Carolinias)*.—Mencionaremos—con los malayos—como pueblos de pura organización matriarcal a los habitantes de algunos grupos de islas de la Micronesia (pequeñas islas al este de las Filipinas), como los isleños de las Palaos. En las islas Pelewo, Palaos, que están situadas al norte y próximas al archipiélago malayo y al oeste de las Carolinas, han sido observados por Kubary, Semper y Bastian verdaderos clanes maternos. Éstos están dirigidos por un jefe masculino (*Rupack*) y por otro femenino (*Rupakeldel*). Las mujeres, que ellos llaman «madres del país», están altamente consideradas, tienen «una influencia decisiva en la dirección de los asuntos del Estado» y gozan en muchos aspectos de una situación de verdadero privilegio, social y político, sobre los hombres. Por esta razón es recibido con mayor alegría el nacimiento de una hija que el de un hijo. La mujer no es sólo la cultivadora, sino la

propietaria de las valiosas plantaciones en que se cría principalmente el taro, una especie de patata dulce.

Grosse y Cunow nos dan noticias parecidas del grupo Mortlock, de las Carolinas, situado al este de las Palaos.

El insulto a una mujer obliga—según F. Ratzel—a pagar la misma multa que por una muerte. Y si el autor del insulto no puede pagarla, tiene que huír. Nadie puede hablar públicamente de la mujer de otro, ni nombrarla. (Esto se corresponde con la costumbre patriarcal de los cafres.) Las mujeres tienen derecho a determinados tributos y cuidan de los adornos en las fiestas, en las cuales ejecutan danzas sagradas, cuyo sentido permanece incógnito a los hombres y sólo es explicado por las mujeres. Se prohíbe rigurosamente a los hombres acercarse a los sitios donde se bañan las mujeres. Sólo los amigos y los amantes pueden estar allí, pero bajo la protección de sus amantes y las amigas de éstas. Se considera, en cambio, «mugul» (inconveniente) que el hombre ponga de manifiesto sus relaciones íntimas con la mujer. La muchacha que, antes de los doce años, no ha encontrado marido, va—según Ratzel pretende erróneamente—de prostituta a la casa de una asociación de hombres (bai). Pero lo que esta costumbre pone en evidencia es realmente la libertad sexual reclamada por la mujer. El mismo Ratzel nos dice que las mujeres casadas no se niegan «a alimentar a las prostitutas del bai». La herencia sigue la línea femenina. Cuando un hombre muere, hereda el hermano del fallecido la casa y la propiedad.

También Kubary hace notar, de modo característico, que «las costumbres son muy libres». Esto quiere decir que Kubary, situado en el punto de vista de la cultura masculina, considera la preponderancia de la mujer en la vida erótica como inmoral y peligrosa. Un ejemplo notable cita, a este respecto, Finsch, refiriéndolo a las islas Carolinas—próximamente a las Palaos y a su este—y especialmente a la isla Ponape, la mayor de las Carolinas orientales. Aquí las muchachas se alargan artificialmente los labios genitales; pero no como entre los hotentotes africanos para que el hombre obtenga así una mayor intensidad voluptuosa, sino para proporcionársela a sí mismas. Obligan al hombre a prácticas va-

riadas y todas ellas encaminadas a aumentar su voluptuosidad. Con absoluto desconocimiento de la cuestión prorrumpen Ploss en gritos de indignación casera a este respecto: «Cuan- to más baja es la cultura de un pueblo, más frecuentes son la concupiscencia y la lujuria animal. Algunos pueblos primiti- vos se sirven de medios excesivos para excitar la voluptuosi- dad femenina.» He aquí un juicio harto superficial. La varie- dad y la incrementada intensidad del goce sexual no consti- tuyen una característica de los pueblos primitivos (cazadores inferiores), sino más bien un síntoma de cultura avanzada que ha conseguido aligerar la pesadumbre de la lucha por la existencia. Mucho más variados y desenfrenados son, por otra parte, los medios que para aumentar la intensidad volup- tuosa del varón se emplean en la historia de las costum- bres—que es, en nueve décimas partes, historia del predomi- nio masculino—, medios que el hombre impuso o enseñó a la mujer. Precisamente la tan ponderada «civilización» de la cultura masculina conoce en esto infinitas variedades; tantas y tales que los primitivos ejemplos de épocas menos avanza- das palidecen ante ellas; y son perversiones que con mayor fa- cilidad caen en el plano de lo moralmente vituperable por ser desconsideradamente impuestas a las mujeres, objeto de ex- plotación sexual, mientras que los procedimientos de excita- ción erótica de los pueblos primitivos tienen un origen más espontáneo y responden a una voluntad de goce más ingenua. No debe, tampoco, olvidarse, que las cosas sexuales entre los primitivos son consideradas no como algo prohibido, sino como algo natural y evidente por sí mismo. Otro tanto puede decirse, en general, de todo el Oriente, cuyo punto de vista en estas cuestiones es radicalmente opuesto al de la hipócrita máscara prohibitiva oficial y a la concupiscencia—no por oculta menos desenfrenada—del Occidente incomparable- mente más corrompido.

Por otra parte, las mujeres menstruantes eran considera- dos—según Mertens—como impuras en las islas Marianas, Carolinas, Marshall y Gilbert. Miklucho-Maclay observó en la isla carolina Jap, que las mujeres, durante el período, se recluyen en una choza alejada de la aldea y son consideradas como impuras.

Y esto no es síntoma de una situación de inferioridad de la mujer, como lo demuestra el hecho de que la mujer represente un papel socialmente importante y aun decisivo en estas islas.

4. *Pueblos de las Indias orientales organizados matriarcalmente.*—Antes de que se propagara la religión védica de la naturaleza en la India—propagación que tuvo lugar hacia 1500 a. de J. C.—, regía una igualdad general entre el hombre y la mujer. Hay muchos indicios que nos permiten suponer que—como veremos más tarde—, en tiempo aún anterior, hacia el año 2000 a. de J. C., fueron introducidas costumbres matriarcales por los arios, que vinieron del noroeste. Por lo general, tuvo lugar un tránsito rápido a la cultura patriarcal. Pero se han conservado en algunos lugares las antiguas costumbres matriarcales.

a. *Los garos de Assam.*—El territorio de Assam que no fué conquistado por la Compañía de las Indias hasta 1824-26, está situado al nordeste de la India y al norte de Birmania, y une la India anterior a la India transgángética. Aquí están establecidos los garos. De ellos dice Dalton: «sus tribus están divididas en clanes matriarcales que se designan con el nombre de maharis (guarda de la mujer). No reciben nada de la herencia paterna. A juzgar por sus usos sociales debió ser, en otro tiempo, su gran legislador, una mujer. Los hombres se encargaban de la mayor parte de los trabajos rudos y de servir en la guerra. No se sustraen, pues, los más fuertes, a sus deberes naturales. Pero en otros aspectos dependen por completo de las mujeres». Según le Bon: «entre los garos ejercía antiguamente el poder en todos los clanes una mujer. Ahora lo ejerce un hombre, el *laskar*, que es generalmente elegido entre los más ricos propietarios de esclavos. Pero necesita siempre la conformidad de las mujeres y tiene que contar con sus consejos».

Según Ratzel, entre los garos rigen claramente el derecho femenino de herencia y el típico matrimonio de servidumbre, propio del matriarcado. El yerno entra como un nuevo miembro en la casa y clan de su mujer, y los hijos pertenecen a la madre. Los jóvenes se conocen preferentemente sin mediación de los padres, en los mercados, que se instalan en los templos

hacia el año nuevo. Aquí viene el galán y hace sus proposiciones matrimoniales a la elegida, que puede aceptarlas o rechazarlas. La aceptación cierra el noviazgo. Los novios van a casa de los padres de la novia, donde por escrito se otorga el contrato matrimonial. El marido debe vivir de siete a diez años con los suegros. Después de este tiempo está libre de volver solo a su casa paterna.

Ya empiezan, sin duda, a manifestarse influencias patriarcales en la fórmula del ofrecimiento del primer hijo como presente a los padres del marido y del segundo a los padres de la mujer.

Hay también referencias que hablan de poliandria entre los garos, es decir, que una mujer tiene varios maridos. (Rousselot.)

Así como la poligamia es siempre típica del predominio masculino, la poliandria lo es, por el extremo contrario, del sistema matriarcal, que evoluciona hacia un predominio femenino claramente acusado. Si bien no en todo régimen matriarcal aparece la poliandria, es, empero, su aparición siempre un síntoma evidente de situaciones matriarcales, con vigencia femenina fuertemente arraigada.

b. *Los pani-kooch*.—Según Müller-Lyer rigen también costumbres matriarcales en la tribu hindú de los pani-kooch. Sobre ellos escribe Dalton: «Cuando una mujer muere, se reparte su propiedad entre las hijas. Y cuando un hombre se casa, vive con su suegra y obedece a los mandatos de ésta, así como a los de su mujer.»

c. *Los kulus*.—El sistema matriarcal se ha conservado con bastante pureza, según Rousselot, en la tribu de los kulus, establecidos en el Himalaya occidental. En este pueblo tiene la mujer varios maridos, y es una mujer la cabeza de la comunidad. «Las mujeres administran la propiedad, que los maridos trabajan y cuyo producto les entregan. Sólo ella dota a los hijos y les adjudica su propiedad como herencia.»

También Ujfalvy refiere que entre los kulus viven de cuatro a seis hombres con la misma mujer, y que estos hombres son siempre hermanos. «Los hijos hablan de un padre más joven y de un padre más viejo. Cuando uno de los maridos ve los zapatos de uno de sus hermanos ante el aposento del tálamo, ya sabe que no debe penetrar en él.»

5. *Las tribus de Formosa (Hainan).*—Según las últimas investigaciones de la inglesa Janet Mac Govern, reina un verdadero régimen de matriarcado entre las tribus de la isla Formosa, situada frente a China y ahora perteneciente al Japón. Así entre los *paiwans* es una mujer la que tiene la dignidad de caudillo, que heredan sus hijas. Otra tribu, la de los *taiyals*, elige, generalmente, como caudillo a una sacerdotisa, cuyas prácticas rituales han conseguido especial éxito en la expulsión del demonio de la lluvia o en la predicción de una caza feliz. Mientras los hombres se dedican todavía a la caza, las mujeres trabajan la tierra con un azadón primitivo de mango corto, y siembran así mijo, patatas dulces y tabaco. También saben preparar el vino, y tienen en su poder exclusivo los principales productos de la alimentación y el consumo. Guardan en silos la cosecha de mijo, que ellas solas administran. En algunas tribus está rigurosamente prohibido a los hombres penetrar en el barrio de los silos. Las disputas en los clanes son poco frecuentes; y las que sobrevienen, quedan conciliadas por la reina o sacerdotisa mayor. La prostitución es desconocida entre ellos, y el adulterio es castigado con la muerte, tanto en el hombre como en la mujer; lo que supone un comienzo de igualdad de derechos. Tanto los cotos de caza como las tierras de labor, son propiedad común del clan. Naturalmente, rige la línea materna.

En la isla de Hainan, cercana a la costa meridional de China y al oeste de Formosa, rige el matriarcado—según Walter—en la tribu de los *lit-si*. Aquí «son las mujeres las que dicen la última palabra en todas las cuestiones, y los hombres se someten sin apelación. Las mujeres practican la agricultura, mientras los hombres se dedican a la caza».

6. *Tribus matriarcales primitivas en China.*—Que en tiempos remotos existió también en China el matriarcado—del cual aún subsisten restos—lo veremos más adelante. Recientemente ha descubierto una expedición de la Sociedad Geográfica Americana, dirigida por F. R. Wulsin, una tribu china primitiva, organizada aún matriarcalmente, la tribu de los *to-runs* en la China occidental, en el apartado territorio de las fuentes del Hoangho (Río Amarillo). Los periódicos dieron la noticia bajo el título arbitrario y equívoco: «Descu-

brimiento de un Estado de amazonas en China.» En esta tribu mongólica ejercen las mujeres verdadero señorío, basado en el primitivo matriarcado. Las mujeres viejas ostentan las más altas dignidades. Como es escaso el terreno cultivable, existe la costumbre de verificar matrimonios con más de un marido y matrimonios temporales. Estos matrimonios duran seis meses, seis semanas o seis días. Los descendientes consideran como su padre al hombre que la madre les señala. A los otros maridos se les considera como «tíos» de los hijos. Naturalmente, rige aquí también la línea materna. No existen nombres de familia y a cada uno se le conoce por hijo o hija de esta o de aquella madre. Sólo las mujeres pueden comprar y vender o sólo puede hacerse comercio con autorización suya. Pero la iniciación del tránsito al patriarcado se revela en el hecho de que rija entre ellos, como en otras tribus mongólicas, la «elección del sombrero». Consiste en que cuando un hombre encuentra a una mujer en el recinto del templo, puede arrebatarse el sombrero, con lo cual la dama se convierte temporalmente en su mujer. Hombres y mujeres fuman una hoja parecida al tabaco.

II. *Fase del matriarcado entre los pescadores medios.*— Entre los habitantes del litoral la base de la alimentación no está en la tierra, sino en el mar. La evolución no siguió naturalmente el mismo curso que va del cazador al agricultor, sino que se desarrolló dentro del propio proceso de la producción pesquera, mantenido sobre su misma base. Aquí los progresos técnicos de la pesca fueron los que determinaron el fundamento económico de los cambios sociales, que tuvieron lugar en este medio especial productivo, siguiendo—es digno de notarse—fases parecidas a las de la evolución del clan entre los agricultores. La causa de ello hay que buscarla—según ha señalado luminosamente Müller-Lyer—en que, dadas circunstancias especialmente propicias, la pesca ejerció sobre la cultura un influjo semejante al de la agricultura. Estas circunstancias propicias se dan principalmente en las costas septentrionales del Océano Pacífico, americanas y asiáticas, donde, en determinadas épocas, aparece el salmón con tal abundancia que se produce un verdadero exceso de primera materia alimenticia. Esto induce a los pescadores nómadas a transitorias

estabilizaciones sedentarias. En estas épocas es la mujer—como entre los cazadores superiores—la primera que toma a su cargo el trabajo de la pesca y la preparación del pescado, mientras el hombre, generalmente, se ausenta en expediciones de caza y guerra. Así surge la fase cultural de los pescadores inferiores—equivalente a la de los cazadores superiores—, en la cual la mujer, según ya hemos dicho, participa en el proceso productivo de la pesca—que fué gradualmente ganando en preponderancia—y va creándose una situación más favorable que la de los tiempos anteriores de caza errante y de pesca ocasional. El padre concede de mala gana su hija, porque ésta le es útil. Y de aquí nace—como tránsito al matriarcado—entre los pescadores medios el ya descrito matrimonio de servidumbre, en que el yerno sin bienes trabaja para el suegro. El progreso técnico de la pesca trae como consecuencia—de manera semejante a lo que sucede en la agricultura—el aumento de las reservas alimenticias. Esto hace necesario el comercio que—como en la agricultura también—hace surgir de la sociedad matriarcal una sociedad patriarcal.

a) *Los itelmenes (kamtschadales), guilyekes y goldes.*—Entre los aborígenes asiáticos se encuentran los itelmenes o kamtschadales que habitan la península de Kamtschatka y que en 1910 ya sólo sumaban 4.000 almas. Cuando se les descubrió, estaban en la fase de los pescadores medios. Junto a ellos se cuentan también a los guilyekes y los goldes entre los aborígenes asiáticos, que son pescadores sedentarios. El doctor Byhan pretende que, como algunos ribereños sedentarios de los yaks orientales, eran originariamente pastores y que a causa de las epidemias, las tempestades, etc., perdieron sus rebaños y se hicieron pescadores por necesidad. Los yaks tuvieron ocasión de hacerse con nuevos rebaños; pero los itelmenes, guilyekes y goldes no pudieron hacer lo mismo y siguieron viviendo como pescadores. Es difícil resolver la cuestión de si pasaron de la fase errante de los cazadores a la existencia sedentaria de los pescadores o si hubo un período intermedio en que fueron criadores de ganados. Es también posible que no la necesidad, sino la circunstancia excepcionalmente propicia de la fácil obtención de la primera materia alimenticia (debida a la aparición en los ríos de masas enormes de salmones), les



moviera a establecerse sedentariamente. Por lo menos hay que suponer que las mujeres tenderían al sedentarismo, dedicándose activamente a la pesca, cuyo producto les proporcionó un predominio económico sobre el hombre, que persistía en su tendencia errabunda. Así se explica también que los itelmenes pertenezcan a las tribus en que rigió durante algún tiempo un régimen matriarcal muy acusado, dando lugar a que los Vaerting, utilizando antiguos datos, recurrieran, con frecuencia excesiva, a este pueblo, para robustecer su tesis del Estado de las mujeres. Debemos las noticias sobre la estructura matriarcal de esta tribu—considerada entonces como una curiosidad—a los viajeros de la segunda mitad del siglo XVIII. Cuando los visitó el americano Kenan, estaba ya disuelto el régimen matriarcal bajo la influencia de los europeos, de tal manera, que Kenan sólo encontró: «un respeto hacia los deseos y propósitos del bello sexo mucho más caballeresco de lo que podía esperarse de su estado social». G. W. Steller ha publicado una descripción más amplia, y ésta ha sido utilizada, entre otros, por Meiners en su obra sobre la historia del sexo femenino. (Es característico, por otra parte, el hecho de que todavía en 1908 se refiera B. Stern a los kamtschadales utilizando el relato de Meiners, como si las circunstancias no hubieran cambiado desde entonces.) Según Steller, vivían en 1760 los kamtschadales en ostrogs (clanes) de 200 a 300 personas. Estos clanes eran tan numerosos porque los hombres ingresaban, al casarse, en el clan de la mujer.

«Cuando un itelmen quiere casarse, tiene que servir al padre de ella.» Y este servicio dura de uno a cuatro años. «Pero—escribe Meiners—cuando la muchacha desdeña a un pretendiente, no la obliga el padre a casarse o a entregarse y todo el trabajo ejecutado por el pretendiente en casa de su presunto suegro, queda perdido, sin que pueda recurrir ni solicitar compensación. Ni aun en el caso de que una muchacha sea propicia a su novio puede éste, ni el padre de ella, fijar el día de la boda. La costumbre del pueblo sólo concede al padre el poder de dar al yerno autorización para que se apodere de su hija aprovechando la mejor oportunidad. Y el novio no tiene más remedio que buscar esa oportunidad, poniendo a contribución la integridad de su salud o de su piel. Si la muchacha

hace la melindrosa, entonces fracasan generalmente los primeros intentos de una posesión por la fuerza, pues la novia llama a gritos a todas sus amigas, las cuales, con las manos y las uñas, impiden que el pretendiente logre su propósito. Y le castigan por su apresuramiento y audacia.»

Esta noticia, por su fundamento sociológico, parece más probable que la de Klemen, según el cual las mujeres son la parte solicitante y se entablan verdaderas batallas entre ellas por el amor de los hombres.

Una vez aceptado, el novio tenía—según Steller—«que abandonar a sus padres e ir a vivir en casa del padre de la mujer, convirtiéndose en su criado, si quería conseguir a la hija». «Con este sistema de matrimonio se alcanza el primer grado del régimen femenino y del avasallamiento de los hombres, porque éstos han de lisonjear constantemente a las mujeres y vivir para agradarles, tendidos a sus pies.» (Meiners.) «Cuando los hombres cometen alguna falta para con sus mujeres, éstas no sólo les niegan las caricias conyugales, sino el tabaco, que es para el kamtschadal más indispensable aún que el aguardiente. La satisfacción de esta necesidad y la benevolencia de las mujeres no las consiguen los hombres por la violencia, sino por medio de las más serviles y constantes súplicas y lisonjas.» (Steller.) «Aman a sus mujeres de tal manera, que son sus siervos dóciles. La mujer manda en todo y guarda todo lo que vale algo. El hombre es su cocinero y trabaja para ella.» «... Sin embargo, no son los hombres celosos; tienen relaciones ocultas con muchas mujeres y muchachas ajenas, a las que son muy aficionados. Pero tienen que mantener muy secretas estas relaciones, a causa de los grandes celos de sus mujeres; a pesar de que éstas reclaman para sí la mayor libertad en todo, codician el amor de otros hombres, son insaciables y de tal manera vanidosas, que es considerada como la más feliz la que puede exhibir mayor número de amantes.» No se estima, pues, la doncellez en lo más mínimo; al contrario. Steller ve en esto, más que nada, una sexualidad indomable y una moral abyecta, propias de esta raza. Pero, en realidad, se trata simplemente de la inversión de lo que son las cosas durante el predominio masculino. En las épocas primitivas de la antigüedad y de la Edad Media—épocas de cultura

marcadamente masculina—, había mujeres que apreciaban el virtuosismo adquirido por el hombre en el trato con otras mujeres en cosas sexuales, exactamente igual a como lo aprecian—según Mainers—los varones kamtschadales en sus mujeres: «La mayor gloria de una muchacha soltera es tener un número extraordinario de amantes, a quienes haya otorgado sus favores. Una muchacha de éstas tiene tanta más esperanza de contar con el amor de su futuro esposo cuanto más palpable sea la prueba que su experiencia amorosa pueda dar.» Refiriéndose a esto, en otra parte, dice Meiners desaprobando: «las kamtschadales no son menos desvergonzadas que sus maridos y no sólo practican, como éstos, públicamente y hasta en presencia de niños, los placeres más contranaturales, sino que se entregan públicamente a las caricias de sus maridos y amantes, sin el menor pudor, como hacen las bestias irracionales. Su sensualidad es tan indomable y bestial, que se entregan a todos los hombres, de modo que, según Steller, son las mujeres de todos los hombres, como los hombres son los amantes de todas las mujeres».

Estas noticias, aunque en sí respondan a la realidad, son muy discutibles en su interpretación, si se tiene en cuenta que, según las modernas investigaciones, una desenfundada promiscuidad de sexos—sobre todo en una fase avanzada de la evolución—no ha sido nunca observada entre los pueblos primitivos no contaminados por la civilización. La libertad sexual de la mujer es en sí algo muy distinto del desmedido desfreno descrito por Steller. Como entonces había sido ya conquistado el país por los cosacos, hay que suponer que éstos abusaron de la inofensiva e ingenua sexualidad de las mujeres y que, por medio del aguardiente, a que no estaban habituadas, vencieron las últimas resistencias y provocaron una rápida degeneración con sus orgías alcohólicas. Esto ha sucedido en todas partes cuando la escoria de Europa ha entrado en contacto con los pequeños pueblos, jóvenes y libres, de ingenua sexualidad.

Claro síntoma de que tenían un régimen matriarcal es, en cambio, el hecho de que fuera permitido entre ellos el aborto provocado. La propiedad estaba—según Steller—en manos de las mujeres exclusivamente. Hállase esto en abierta contra-

dicción con el hecho de que, en la vida doméstica, representa el padre un papel decisivo—como prueban los usos matrimoniales—y de que el yerno fuera su criado. Tampoco puede asegurarse que hicieran solos los hombres todo el trabajo doméstico. Sin duda, Meiners dice que «los hombres toman a su cargo ocupaciones con las que otros salvajes se considerarían deshonrados. Los hombres de Kamtschatka no sólo guisan, como los lapones, sino que hacen dócilmente todos los trabajos que les mandan sus mujeres». Pero es probable que se tratara más de una colaboración de los dos sexos en el trabajo que de una división inversa de éste. Pues Steller dice en otra parte: «Durante la pesca reman juntos en las canoas. Los hombres pescan, las mujeres cortan los peces en trozos, los limpian y destripan, los cuelgan, los secan, y reúnen el pescado seco. Y en ello trabajan todos, niños y viejos (!)...» Esta provisión la tienen «constantemente vigilada y dispuesta». Más adelante dice Steller que además de la crianza de los hijos «tienen las mujeres tan diversas ocupaciones, que puede atribuírseles más inteligencia que a los hombres, como así es en realidad». En cambio, los Vaerting cometen un error increíble atribuyendo a Meiners el supuesto de que no era posible mover a la mujer kamtschadale, ni aun con los mayores ofrecimientos, a que lavara y cosiera para los cosacos; de donde los Vaerting deducen: «esto era en Kamtschatka labor propia de hombres». Pero Meiners añade: «la única manera de obtener estos servicios era la compensación amorosa». La repugnancia de las mujeres por estos trabajos debe buscarse más bien en la indolencia general, propia de los pueblos que trabajan por temporadas (época del salmón) de trabajo concentrado. Esta indolencia se encuentra hoy todavía entre los que practican oficios con temporadas de intensivo trabajo y temporadas intermedias de reposo. El trabajo principal de la pesca, ejecutado en colaboración con los hombres, trajo por consecuencia un endurecimiento corporal de la mujer, que hace decir a Ploss-Bartels: «Privadas de todo garbo femenino, las mujeres kamtschadales sólo se diferencian de los hombres por los órganos genitales. Las mujeres se parecen tanto a los hombres que a primera vista es imposible distinguir las.» Los Vaerting consideran esto como una prueba documental de su

teoría de que el cuerpo de la mujer se masculiniza en las situaciones de predominio femenino y, en cambio, se ablanda y debilita en las situaciones de predominio masculino.

También pertenecen a los pueblos pescadores sedentarios del nordeste asiático los guilyekes (6.000 almas) y los goldes (3.500 almas), establecidos al norte de la isla Sajalin y en la desembocadura del Amur. Son mestizos de mongoles y ainos. Carecemos de noticias especiales sobre la situación de la mujer entre ellos.

b. *Los paumari en el Brasil tropical.*—Los indios que viven en el territorio tropical de los bosques, en el Brasil, están en la fase de los agricultores inferiores. Son verdaderamente excepcionales las circunstancias en que se mantienen los *paumari*, que viven exclusivamente de la pesca, sobre balsas especiales movibles, en las lagunas del río. Entre ellos rige un sistema matriarcal, semejante al que hemos descrito al tratar de los tupi.

III. *Casos de matriarcado en otras fases de la evolución.*—En general, el verdadero matriarcado es—por los mencionados motivos económicos—un fenómeno típico de la fase de evolución de los agricultores inferiores. Pero esta regla tiene también excepciones, que demuestran que no son los motivos económicos exclusivamente la condición necesaria para la aparición de este fenómeno; aunque en términos generales pueda atribuirseles la más decisiva influencia. Excepcionalmente, encontramos verdadero matriarcado entre los gitanos, pueblo nómada de pastores. Y parece también que el extraño pueblo de los licios, en el sur del Asia anterior, estaba organizado matriarcalmente, aun hallándose ya en la fase de la cultura urbana.

a. *Los gitanos.*—El extraño pueblo de los gitanos, extendido por toda Europa en errantes peregrinaciones y que cuenta unos 500.000 individuos—que se llaman a sí mismos rom o manusch (hombre)—, no procede de Egipto, sino de la India septentrional. Su lengua tiene el mayor parentesco con el *pakai* del Hindukusch. Probablemente abandonaron hacia el año 1000, después de J. C., su patria de origen, pasaron a Persia y Armenia y vagaron durante largo tiempo por el Asia Menor griega, dispersándose al fin. Una parte pasó a Siria,

Egipto y África del Norte, llegando hasta el Sudán. La otra parte entró en Europa. Los gitanos hicieron su aparición en el siglo xiv entre los rumanos y serbocroatas. De Rumania pasaron a Rusia meridional, Hungría, Bohemia, Alemania, Polonia, Finlandia, Escandinavia y España. Del territorio serbocroata fueron a Eslavonia, Italia y Francia. De modo que se cuentan hoy trece grupos distintos de gitanos, con dialectos propios. En indumentaria, alimentación y confesión religiosa externa, se adaptan al país en donde viven, y a veces se establecen, sedentariamente, en la linde de las ciudades. (En Hungría y Serbia están sedentarizados a la fuerza.) Pero la mayoría continúan, aun hoy, su vida errante en carros; y aun después de muchos años de sedentarismo, recaen siempre en su antigua existencia vagabunda. Su constitución social no es, como pretende Volz, patriarcal. Los gitanos sedentarios adoptan, con otras muchas exterioridades, también algunas costumbres del medio patriarcal en que viven. Pero originariamente, y aun hoy, los gitanos nómadas de Hungría y los Balkanes (todavía poco influídos por el medio circundante) son marcadamente matriarcales. Según Wlislöcki, «el gitano húngaro errante, tan pronto como toma mujer, tiene que unirse a la tropa—es decir, al clan—a que la esposa pertenece. En el clan a que el marido pertenece por nacimiento, el tal es considerado, después de su matrimonio, como unidad, como persona; pero en realidad pertenece ya, tanto él como sus descendientes, sólo al clan de su mujer. Si, por ejemplo, Pedro, del clan A, se casa con María, del clan B, pertenecerá al clan B; pero se le contará como miembro del clan A hasta su muerte. Sus hijos, en cambio, pertenecen al clan B y no son considerados como parientes próximos por el clan A, y pueden casarse en éste, aunque no les es lícito elegir mujer entre las hermanas de su padre».

Wlislöcki explica esta costumbre diciendo que la mujer aporta de su clan una valiosa dote (tiendas, carros, caballos y herramientas), y los miembros del clan desean vigilar la conservación de los bienes que la mujer aporta, puesto que son al mismo tiempo bienes del clan.

Esta es, naturalmente, una explicación por completo equivocada; pues la dote de la mujer debe considerarse como un

indicio del predominio masculino. Es, por otra parte, falso hablar de dote en la mujer gitana. Entre los gitanos nómadas todo es propiedad del clan materno, y el joven marido es adoptado por el clan y ha de trabajar, en adelante, como los demás del clan, para atender a las necesidades comunes. E incluso puede suponerse que algunas tropas de gitanos, especialmente ricas, pidan dote al joven gitano que se casa, pues habiendo bastantes pretendientes pueden elegir e imponer condiciones.

También Wlislöcki certifica el papel decisivo que la madre de la tribu desempeña entre los gitanos de Siebenbürgen.

«Extraña y digna de mención es la circunstancia especial—que encontramos entre los cultos (?) y casi nunca entre los incultos—de la gran consideración que se guarda a las mujeres viejas. La muchacha gitana es considerada como una niña hasta su casamiento; y la joven casada no alcanza tampoco especial consideración entre sus compañeros de tribu, antes al contrario es tolerada casi como un mal necesario (?). En cambio, la matrona disfruta de una estimación y una influencia que se manifiestan en todas las ocasiones—de índole interna y externa—, no sólo por parte de su clan y comunidad, sino por parte de toda la tribu. El fallo y la opinión de una de estas matronas tiene mayor vigencia que la sentencia más sabia del woywod. Consecuencia de esta consideración que disfrutaban las matronas entre los gitanos es que se las considere y acate como jefes del clan.»

De origen matriarcal es, sin duda—como recientemente pudo comprobarse en un debate judicial—, la costumbre que existe entre las tribus de gitanos, establecidas junto a Berlín, de que un hombre que después de su matrimonio encuentra a un pariente—mayor en edad—de su mujer, debe disculparse ante él por haber ingresado al casarse en su parentela (clan). El clan de la mujer es, pues, para él, algo superiormente considerado, ya que está obligado a manifestarle su consideración.

No ha sido posible, hasta ahora, una explicación satisfactoria del obstinado arraigo que el matriarcado tiene en el pueblo pastor y nómada de los gitanos. Sólo es permitido suponer que fueron originariamente sedentarios y que de aquella época procede su organización matriarcal. Pero entonces resulta tanto más sorprendente su nomadismo posterior. Los

gitanos constituyen un enigma, hoy lo mismo que cuando hicieron su aparición, hace medio milenio. De un pueblo que tal vez haya sido sedentario durante centurias, ha surgido el pueblo vagabundo por antonomasia, único en su instinto inestable, la raza entregada a la pasión de la vida errante.

b. *Los licios, en el Asia Menor del suroeste.*—Según los testimonios que poseemos, parece que un extraño pueblo, los licios, mantuvieron—por motivos hasta ahora desconocidos—una organización matriarcal ya en la fase e la cultura urbana, fase en la cual—como demostraremos más adelante—suele ser ya superado el régimen matriarcal. Este pueblo, probablemente indo-germánico, que habitaba la parte suroeste (atravesada por la sierra del Tauro) de Asia Menor, defendió obstinada y celosamente sus características nacionales y sólo fué subyugado por Ciro, el gran conquistador persa. Ya Bachofen señaló el matriarcado de los licios, al aludir a las descripciones de Herodoto, según las cuales la madre tenía respecto del hijo la misma autoridad, única y decisiva, que tiene el padre en el Estado de los varones. Bachofen empieza su famosa investigación sobre el matriarcado con esta sentencia: «Toda investigación sobre el matriarcado debe tomar su punto de partida en el pueblo licio, del que poseemos los testimonios más seguros y los más ricos en contenido.»

El filósofo e historiador griego Heraclides Ponticus (hacia el año 340 a. de J. C.), que ya conocía la rotación de la tierra sobre su eje, dice de los licios que «no tienen leyes escritas, sino sólo costumbres no escritas y que, desde antiguo, están regidos por mujeres».

El típico orgullo viril ha gustado en todo tiempo de considerar las más leves desviaciones del solo dominio que considera lícito y le agrada—el predominio sobre las mujeres—como «heroísmo en zapatillas», como un gemir bajo el yugo de la dominación femenina.

Mayores visos de autenticidad tienen las noticias del muy verídico historiador Herodoto (hacia el año 500 a. de J. C.), que en sus largos viajes llegó también a Licia poco después de la victoria de Ciro. Es digno de notar el hecho de que de todos los pueblos entonces conocidos (en la fase de la cultura urbana) fuera el licio el único donde rigiese la línea materna. Le

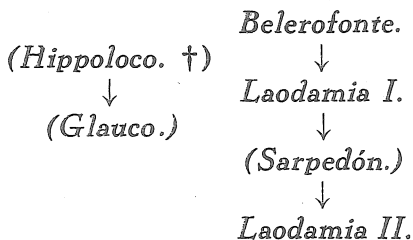


llamó la atención de tal modo, que escribió sobre él detalladamente: «Tienen una extraña costumbre, que no posee ningún otro pueblo: toman el nombre de la madre y no del padre. Pues si preguntamos a un licio quién es, nos dirá su estirpe por la línea materna, enumerando las madres de su madre. Y si una ciudadana se une a un esclavo, son considerados los hijos como legítimamente nacidos; pero si un ciudadano, aunque sea prócer, toma por mujer a una extranjera o a una concubina, los hijos son considerados como ilegítimos.» Estas noticias de Herodoto han sido confirmadas al ser descifrados los extraños restos de la lengua licia (inscripciones en los sepulcros tallados en roca viva). También otros autores nos dan noticias de esa costumbre—extraordinaria naturalmente para el resto del mundo patriarcal—de la línea materna entre los licios. Así escribe Nicolás Damasceno: «Los licios honran más a las mujeres que a los hombres. Toman el nombre de la madre y la herencia pasa a las hijas, no a los hijos.»

Es también muy curioso el mito licio, según el cual el héroe y rey Belerofonte sería el fundador del matriarcado licio. Tiene importancia única este mito, pues confirma el resultado de las modernas investigaciones sobre los primitivos, a saber: que antes del matriarcado existía el predominio masculino y que lo originario no es el matriarcado.

Según este mito, Belerofonte expulsó a las amazonas y al bandido Quimero. A pesar de ello no recibió del rey Jobates la recompensa ofrecida y pidió venganza a su padre Poseidon (dios del mar), que inundó toda la Licia. Sólo ante las súplicas de las mujeres hizo refluir las ondas del mar, «doblegándose ante el símbolo de la fecundidad maternal». De tres hijos que engendró en la hija del rey Jobates, Filonoë-Cassandra, fuéronle arrebatados los dos varones por los dioses. No le sucedió su nieto Glauco, hijo de su hijo fallecido, Hippoloco, sino su hija Laodamia y el hijo de ésta, Sarpedón. Según otro mito, transmitido por Eustatio, no fué el nieto de Belerofonte, Sarpedón, quien le sucedió en el gobierno, sino la hija de éste, que, como su abuela, se llamaba Laodamia.

La genealogía sería, según esto:



(La sucesión de los monarcas queda indicada por los nombres entre paréntesis.)

Mencionaremos, finalmente, la costumbre licia—igualmente alusiva al matriarcado—que cita Plutarco: «Cuentan los licios que su legislador ordenó a los ciudadanos que siempre que guardaran luto se pusieran vestidos de mujer.»

Es también interesante el hecho de haberse encontrado epitafios sepulcrales licios, en los cuales sólo es mencionada la madre. Otras inscripciones designan a los inhumados como *ἑπομήτριαι*, o sea hijos de la misma madre. En diferentes ocasiones se mencionan también como figuras centrales de los misterios introducidos por Lycos—el fundador patrio—a las deidades maternas Demeter y Kora-Persefone.

Hemos de reconocer aquí—como en el caso de los gitanos—que no tenemos explicación satisfactoria del hecho—desconocido incluso en los casos de más obstinada persistencia de restos matriarcales—de que precisamente entre los licios se haya mantenido, dentro de la cultura urbana, un verdadero matriarcado con línea materna, derecho de herencia y predominio femeninos. Tal vez investigaciones posteriores logren poner claridad en esta cuestión. Mientras tanto, hemos de contentarnos con reconocer que, como sucede con los gitanos, nos hallamos ante una fuerte peculiaridad nacional, ante una estructura especial que hizo seguir a este pueblo un camino distinto de la vía normal.

Generalmente, la posición influyente de la mujer no se mantiene de manera tan decisiva en la siguiente fase de evolución de los agricultores medios. Aquí empieza ya a debilitarse el valimiento femenino y el destino de la mujer acaba finalmente en una nueva dependencia al servicio del hombre.

Pero durante largo tiempo se conservan aún restos del an-

tiguo matriarcado, los cuales reclaman una mayor importancia en nuestra exposición y tienen para el estudio del destino de la mujer un valor mucho mayor que el corto sueño de libertad en la primera fase agrícola.

Pero antes de dedicar nuestra atención a esos restos del matriarcado y a la cuestión general del significado que el matriarcado pueda tener en la evolución de la humanidad, vamos a considerar brevemente el curioso fenómeno de las «amazonas», que durante mucho tiempo se ha considerado como la más radical forma de predominio femenino, como verdadero Estado de mujeres, en el cual no sólo éstas dominan, sino que llegan a no tolerar en su Estado a ningún varón. De modo que no sólo estaríamos en presencia de un predominio unisexual dentro de una sociedad bisexual, sino que tendríamos una social radicalmente unisexual.

## 9.

*Presuntos Estados de mujeres en la India.*

Antiguos escritores de viajes nos hablan de Estados de mujeres en la India. También Meiners nos refiere que en la costa malabar de la India oriental está extendida la polian-dria, que heredan las hijas y las primas y que varias reinas «ejercen, según todas las apariencias, un poder sin límites». Como entonces se desconocía la existencia del matriarcado, Meiners atribuye estos fenómenos de predominio femenino a degeneración de los hombres. Así habla de lugares de la India donde «dominan las mujeres y sólo suben al trono reinas».

En otro lugar habla de las reinas de un supuesto reino de Attinga, que no podían casarse, pero sí tomar cuantos amantes quisieran. «Generalmente componen su serrallo los más hermosos mancebos de la Corte.» Los hijos de estas reinas sólo tenían el rango de nobles y únicamente las hijas podían aspirar a la sucesión al trono. Estos testimonios incomprobables no son de ninguna manera suficientes para deducir de ellos la existencia de verdaderos Estados de mujeres. Los modernos investigadores sólo han comprobado la existencia de

situaciones matriarcales entre los aborígenes, que viven en las fases inferiores de la evolución y en las apartadas tribus de las montañas.

Mientras no poseamos datos más exactos sobre semejantes Estados de mujeres, hemos de suponer que se trata más bien de Estados con fuertes restos matriarcales, entre los que queda en vigor el caudillaje femenino.

## 10.

*Supuestos Estados de mujeres en África.*

Ya los antiguos autores griegos habían fantaseado sobre presuntos Estados de mujeres, situados al sur de Egipto.

Verdaderos cuentos espeluznantes nos refiere Meiners—basado en las relaciones del misionero italiano Cavazzi, que vivía hacia el año 1650—sobre el pueblo de los «gager», cuya situación y existencia real me ha sido imposible averiguar en las modernas obras de etnología. Parece que, según las citadas referencias, los gager hicieron grandes conquistas bajo el mando de sus reinas y recibieron una legislación y una constitución de manos de una de ellas, constitución «que no parecía escrita por humanos y menos por una mujer, sino por una tigresa». Ordenaba esta reina matar y devorar a todos los enemigos, prescribía la muerte de toda mujer que pariese en el campamento, así como la de los varones recién nacidos, de los gemelos y de los enfermizos. En presencia de todo su ejército, echó a su propio hijo—niño de pecho—en un almirez, le descuartizó y mandó que se preparase con su cuerpo, triturado y mezclado con aceites y hierbas, un unguento que, según ella, la hacía invulnerable. Según el testimonio de algunas negras, que bautizó Cavazzi, mantúvose durante muchos años esta costumbre de triturar a los hijos varones recién nacidos. La reina prohibió también el consumo de carne de mujer. Sin embargo, sus guerreros no cumplían esta orden y se reservaban para sus festines gran cantidad de muchachas, cuya carne estimaban sobre todas las cosas. Aun en el caso, poco probable, de que este cuento fantástico del misionero italiano res-

ponda a la realidad, no se puede decir—como hacen los Vaering—que los gáger sean un ejemplo de Estado de mujeres. Esta historia serviría tan sólo como ejemplo de una tiranía loca, representada en este caso por la figura de una mujer. Faltan datos indispensables para probar la existencia de un régimen matriarcal, y el solo hecho de que los guerreros de la reina se reservasen muchachas para sus festines bastaría a demostrar que no puede tratarse de un Estado matriarcal, donde la vida femenina está protegida sobre todas las cosas.

Es, pues, un error hablar de la existencia demostrable de Estados de mujeres en la India y en África.

## 11.

*Las sibilas como representantes de la antigua sociedad matriarcal.*

Veremos más adelante cuán acusados son los restos de la época matriarcal prehistórica en los tiempos primeros en que los pueblos entran en la historia. Y hemos de considerar como tales la varia presencia de sacerdotisas, profetisas y pitonisas. Un curioso fenómeno de este género, el de las sibilas—que aparece por todo el mundo antiguo antes de su ingreso en la historia—, hemos de considerar aquí. Sobre las sibilas existe un trabajo moderno admirable del Padre Halusa.

Las sibilas eran adivinas legendarias que desempeñaron importante papel en los primeros tiempos de la tradición. El historiador romano M. T. Varro, enumeraba diez sibilas: la pérsica, la líbica, la délfica, la cimérica, la eritrea, la samia, la helespóntica, la frigia, la tiburtínica y la cumana o romana. Todas ellas son representantes de aquellas tierras de la antigüedad, que han conservado, hasta bien avanzada la historia, restos especialmente acusados de anteriores épocas matriarcales. Miguel Ángel, el artista del Renacimiento, ha representado en los famosos frescos de los techos de la Capilla Sixtina del Vaticano, en Roma, estas diez sibilas conocidísimas, que tanta importancia tuvieron en el culto de la antigüedad. Pero

éstas eran sólo las diez sibilas más veneradas. El P. Halusa menciona además una serie de otras sibilas con sus nombres: Dafne, Atenais, Herofila, Sabba, Gergitia, Erifila, Sambete, Marpesia, Helissa, Piton, Faella, Elissa, Tennis, Meroï, Analtea, Demo, Makedo, Abbunea, Balkis y Nikanea. Además de éstas eran veneradas, según la tradición—dice el gramático latino Servio—, una sibila asirio-babilónica, una troyana, una tesalia, una cretense (llamada *Europea*), una judía, una sarda, una egipcia, una epirota, una rodia y una nórdica. También aquí se manifiestan claramente las tierras en que han persistido los más fuertes restos—comprobables—de una época matriarcal anterior.

Las sibilas más famosas eran la erytrea, de Erytra, cerca de Troya, en Asia Menor, y la romana o cumana, que se llamaba Demo y que, según la tradición, vivía en una gruta próxima a Cumas (en la Italia meridional), donde imaginaban los romanos que estaba la entrada del infierno. Según la leyenda, esta sibila hizo su aparición en el siglo VIII a. de J. C. y sus vaticinios se propagaron entonces por todas las tierras de la cultura egipcio-greco-babilónica. Varias veces hizo oferta de la compilación de sus oráculos a los reyes romanos. A cada repulsa de éstos a las reiteradas ofertas, exigía doble precio por los oráculos disminuídos en la mitad. Esto desconcertó a los reyes, hasta que, finalmente, el rey Tarquino el Soberbio adquirió, a la tercera oferta, el resto de tres libros por 300 monedas de oro, en vez de los 12 libros ofrecidos por 100 monedas la primera vez.

Estos libros se guardaron en el Capitolio y eran consultados en todas las cuestiones públicas. Sus vaticinios se referían—según el apologista de la Iglesia, Lactancio († 330 después de J. C.), y según una referencia de la égloga cuarta de Virgilio—al destino del pueblo romano, al porvenir del Estado, al restablecimiento del antiguo orden, al dominio absoluto de Roma sobre la tierra y al augurio de una próxima edad de oro en la humanidad.

Probablemente se trata de una falsificación de los sacerdotes. Es interesante el hecho de que al mismo tiempo poco más o menos—622 a. de J. C.—, una falsificación parecida de los sacerdotes—el hallazgo de las leyes de Moisés en el templo

de Jerusalén (Deuteronomio)—haya representado un papel semejante también en la historia de la cultura.

Los libros sibilinos se perdieron más tarde. Los «oráculos sibilinos» que aún existen hoy en versos griegos, son falsificaciones de los gnósticos, procedentes de los siglos II y III después de J. C. Representaron entonces un papel muy importante; fueron considerados como oráculos divinos por varios Padres de la Iglesia, y es interesante el hecho de que, entre otros San Jerónimo, alabara el don divinadorio de las sibilas, considerándolo como una recompensa a su virginidad. De los 15 libros se han conservado 12. En los primeros tiempos de la Iglesia representaron un gran papel en la lucha contra el paganismo y el judaísmo; y esta importancia suya en el movimiento cristiano de los primeros siglos, así como el aprecio por los Padres de la Iglesia, les aseguró—a ellos y a las sibilas de que son verbo—un puesto de honor en la Iglesia católica. Constituyen, juntamente con el culto a la madre de Dios, uno de los más persistentes restos de la primitiva cultura matriarcal que ha conservado la Iglesia católica, establecida, por otra parte, sobre los fundamentos del espíritu totalmente patriarcal del judaísmo bíblico.

La posición de las sibilas en la Iglesia Católica constituye, por lo tanto, uno de los más curiosos documentos justificativos de la influencia obstinada y persistente que los primitivos fenómenos matriarcales ejercen aún en la época moderna.

## 12.

### *Estados de mujeres con exclusión de los varones (?) (Amazonas).*

a) *Las amazonas en la antigüedad griega.*—En la tradición griega representan un gran papel las amazonas (que quiere decir mujeres sin pechos), pueblo compuesto sólo de mujeres, que no toleraban entre ellas a ningún varón y que constituían un Estado organizado para la guerra y el bandillaje, regido por una reina.

Tenemos referencias de estas amazonas en varias versio-

nes de las antiguas fábulas, como la leyenda de Hércules y la *Iliada*. El noveno de los diez trabajos fabulosos de Hércules consistió en llevar al rey de Esparta, Euristeo, el tahalí de la reina de las amazonas, Hipólita. Según la fábula de Hércules vivían las amazonas junto al río Termodon, en Capadocia, en la costa meridional del Mar Negro. Procuraban la procreación manteniendo—sólo con este fin—relaciones ocasionales con los hombres de los pueblos vecinos. Conservaban a las hijas que nacían de estos contactos y mataban a los hijos o los enviaban a sus padres. Educaban a sus hijas para la caza y para la guerra y les quemaban un pecho o los dos—según dice el autor griego Diodoro Sículo, que vivía en la época del nacimiento de Cristo—cuando las niñas llegaban a la pubertad. Esta práctica tenía, según se cree, el fin de permitirles manejar el arco sin dificultad. Como veremos más adelante, tratase aquí de un rito matriarcal. La reina Hipólita llevaba un cinturón, que le había sido regalado por el dios de la guerra Arés. Refiere, significativamente, la fábula, que la reina sintió tal inclinación hacia el héroe Hércules que, encendida de amor, quiso regalarle el cinturón. Pero la enemiga mortal de Hércules, la esposa de Zeus, Hera, que perseguía sin descanso a Hércules, hijo ilegítimo de su infiel marido, azuzó a las amazonas. Así estalló la batalla de las amazonas, infinitas veces representada por los artistas y en la cual venció Hércules a las más famosas amazonas, recibiendo el tahalí de manos de Hipólita. Según la fábula de Teseo, Hipólita desposó al joven rey ateniense (Teseo) que había acompañado a Hércules en su expedición contra las amazonas. Para ello se introdujo secretamente en el navío del héroe. Tuvo de Teseo un hijo, Hipólito. Quisieron las amazonas vengar este rapto y arribaron por mar a Atenas, teniendo lugar una encarnizada lucha en la ciudad, en la cual pereció Hipólita, peleando al lado de su esposo Teseo contra sus antiguas amigas. Después de una lucha indecisa, concertóse la paz y las amazonas abandonaron el campo.

Refiere la *Iliada* que el rey de Troya, Príamo, contó a Helena cómo, de muchacho, ayudó a sus aliados contra el ataque de las «víragos amazónicas». También refiere que éstas, en su expedición contra los frigios, fueron vencidas por



Belerofonte, héroe corintio legendario. Según la *Eneida* del poeta latino Virgilio, las amazonas, conducidas por su reina Penthesilea, ayudaron a los troyanos contra los griegos. Este episodio ha sido dramatizado por H. von Kleist haciendo revivir el amor que la antigua fábula supone entre Teseo e Hipólita, en el nuevo amor de Penthesilea hacia el héroe griego Aquiles. Hasta Alejandro Magno llega la fábula de las amazonas. Se refiere que este rey fué visitado por la reina de las amazonas Talestris y que Alejandro la hizo madre.

También Herodoto, que siempre es muy de fiar, habla de este enigmático pueblo de mujeres. Pero se refiere tan sólo a un grupo disperso de amazonas, que fueron hechas prisioneras en la batalla de Termodon y que después de la muerte de los griegos en los navíos, fueron empujadas hacia los escitas. Aquí cometieron traición a sus costumbres y se unieron en matrimonios estables con jóvenes sármatas, que las sedujeron mediante hábiles solitudes.

Ya en la antigüedad se consideraban estas noticias con escepticismo. El geógrafo griego Estrabón, que nació en el año 63 antes de J. C., dice en un pasaje que las amazonas vivían al pie del Cáucaso; pero pone en duda la posibilidad de semejantes ejércitos de mujeres. El escritor griego Palaefatos llega a decir que se trata de varones pertenecientes a pueblos bárbaros, que, porque usaban faldas largas como las de las mujeres tracias y «se sujetaban el cabello con una cinta, afeitándose la barba, fueron insultados por el enemigo llamándoles mujeres».

Pero es curioso el hecho de que precisamente en el Cáucaso hayan aparecido mujeres guerrilleras durante el siglo XVIII, y las llamaban amazonas y se les atribuían grandes expediciones de conquista en épocas remotas. En su historia de las amazonas, cuenta el abate Guyon que un P. Archangelus Lambertini le había escrito que durante su estancia en el Cáucaso, en la Corte del príncipe Dadian de Mingrelia, llegaron noticias escritas del ataque de un ejército de mujeres a los suanes y caratcholi—igualmente pueblos caucásicos—y que se habían encontrado muchas mujeres entre los muertos. También le llevaron al príncipe Dadian armas de esas amazonas muertas. Estas noticias han sido confirmadas por los hallazgos sepul-

crales que ha obtenido Federico Bayern en el territorio de Kasbek, en el Cáucaso. Entre otras cosas se descubrió en Aul Stepan-Zminda «el tesoro de Stepan-Zminda», compuesto de un gran número de joyas, las cuales, por su forma, debieron pertenecer a mujeres que guerreaban a caballo, a amazonas.

Ya en 1887 supuso Carus Sterne que todas estas fábulas de amazonas en la antigüedad son descripciones de ginocracias (señoríos de mujeres, Estados de mujeres). Consecuencia natural y lógica es que estos Estados de mujeres tuvieran deidades femeninas, y no, como cree Sterne, que la lucha con las amazonas haya sido una disputa entre las deidades de las amazonas—la madre tierra y la diosa luna—con el dios Sol del predominio masculino. La sustitución de las deidades femeninas por las masculinas tuvo más bien lugar en la época de la decadencia del predominio femenino.

Además del Cáucaso y de las costas del Mar Negro, que era el extremo septentrional del mundo conocido entonces, también la tierra fronteriza meridional de África era (según noticias del citado Diodoro Sículo, comunicadas a éste por Dionisio) un territorio habitado por amazonas. «En la parte occidental de la Libia, al extremo del mundo, parece que ha vivido un pueblo regido por mujeres. Éstas hacían la guerra, se comprometían al servicio militar durante un determinado espacio de tiempo y, mientras duraba éste, debían abstenerse de todo trato con los hombres. Una vez transcurridos los años de servicio, podían reunirse con los hombres para la reproducción de su estirpe. Se reservan, sin embargo, los cargos públicos y la administración general. Los hombres viven allí como entre nosotros las mujeres; llevan una vida doméstica y obedecen a las disposiciones de sus esposas; no toman parte en la guerra ni en los negocios del Estado, que pudieran engeirlos y alzarlos frente a sus mujeres. Recién nacidos son entregados los hijos varones a los hombres, que los alimentan con leche y otros alimentos cocidos, según la edad. A las niñas se les queman los pechos con el fin de que las mamas no lleguen a erguirse en la época de la pubertad; pues se consideraba impedimento notable para el manejo de las armas el que sobresalieran los pechos del cuerpo. A causa de esta falta de pechos, los griegos llamaban amazonas a esas mujeres.»

Antes de proceder a un examen crítico de estas fábulas sobre las Amazonas, consideremos brevemente las noticias de pueblos semejantes de mujeres en la Edad Media y en la época moderna.

b) *Noticias sobre Amazonas en la Edad Media.*—Es significativo el hecho de que las noticias sobre Amazonas en la Edad Media procedan de los árabes, herederos de la cultura y la ciencia griegas. G. Jacob ha sacado a la luz estas historias de los antiguos autores árabes. Según Tartuschi, la ciudad de las mujeres se encuentra en el mar occidental. Allí carecen los hombres de poder y las mujeres practican la equitación y hacen la guerra. «También tienen esclavos. El esclavo se introduce de noche en la habitación de su ama, permanece toda la noche con ella, se levanta al primer albor y sale secretamente, cuando comienza el día. Si una mujer pare un hijo, le mata en el acto; si pare una hija, la deja vivir.»

También el famoso viajero árabe Ibrâhîm ibn Jâcûb escribe que: «al oeste del Rûs está la ciudad de las mujeres. Las mujeres poseen tierras y esclavos y son fecundadas por sus criados y, cuando una de ellas pare un hijo, le mata. Practican la equitación y hacen la guerra».

Según F. von Reitzenstein también el autor árabe medieval Magrizi habla de Amazonas entre los *bedscha* o *bedja* africanos, que vivían entre el alto Egipto y Abisinia y cuyos descendientes actuales, los *bischarin*, vagan como tribu nómada (camítica) entre el Mar Rojo y el Nilo. Era costumbre suya que «las lanzas fueran fabricadas por las mujeres en determinado lugar, en el que no podía vivir y al que no podía acercarse ningún hombre, a no ser que quisiera comprar lanzas». Con este motivo entraban en contacto con los hombres. Si les nacía un hijo, le mataban en el acto. A las hijas las dejaban vivir.

En el mencionado libro de Guyon hace notar el traductor alemán Krünitz, que hacia el año 1000 después de J. C., había también noticias de un pueblo de Amazonas en la Europa septentrional. Al final de la historia de la Iglesia de Adamus Bremensis (hacia 1070), se habla de un pueblo compuesto sólo de mujeres, que vivía en las orillas del mar Báltico. Según un pasaje del *Globus* (de Schlegel), existen también entre los chi-

nos antiguas referencias a tres pueblos de mujeres: uno al oeste, otro al sur y otro al este de China.

c) *Noticias sobre las amazonas en la época moderna.*— Cuando se ensancharon enormemente los límites del mundo conocido, en la época moderna, los viajes de los descubridores de América y de las Indias Orientales dieron a conocer nuevas noticias de Estados de mujeres en estos apartados territorios. Un caudillo indígena contó en el año 1539 al conquistador español Francisco de Orellana, que en las orillas del gran río habitaban indias belicosas, ejercitadas en la guerra con arco y flecha; que vivían separadas de los hombres, cultivaban campos propios y eran visitadas anualmente por los varones de una tribu vecina, reservando de la descendencia ocasionada por este contacto sólo las hijas y entregando los hijos a sus padres.

Esta tribu salvaje de las *tampuyas* estaba, pues, organizada totalmente sobre la base del matriarcado. A Orellana le impresionó, sobre todo, el hecho de que los cargos públicos estuvieran en manos de las mujeres. En memoria de la fábula griega de las amazonas, bautizó el río llamado Marañón por los aborígenes con el nombre de Río de las Amazonas, que aún lleva.

En un lugar aún más internado del río, le repitieron la misma noticia, de manera semejante. Llamaban aquí a las mujeres conia-pu-yara (mujeres grandes). Cuando los españoles continuaron remontando el río, fueron atacados por indios, entre los cuales había mujeres que, evidentemente, dirigían el ataque. En el siglo XVIII, enseñaron los indios al viajero francés La Condamine amuletos de nefrita, que llamaban piedras de las amazonas, y que pretendían haber recibido de manos de las *congnon-tainsecuma*, es decir, de las mujeres sin hombres. También Rodríguez, que hace cincuenta años viajó por el gran río, nos habla de las amazonas. Oyó contar que practicaban el culto de la luna, se reunían junto al lago Yacyuaruá y extraían de su fondo esas figurillas (piedras de las amazonas, *muirákitans*), que regalaban después a los hombres, con quienes tenían comercio. Rodríguez encontró, efectivamente, en sus excavaciones del lago Yacyuaruá, además de cascós de vasijas, figurillas y pedazos de nefrita, de los que se

deducía que allí habían sido fabricados. Hoy son sólo los uaupés—que viven en el Yamundá—los que saben hacer estas muirákítans, que son exactamente iguales a las excavadas por Rodríguez. Aún hoy acompañan a los uaupés sus mujeres en las expediciones de guerra; y Rodríguez cree que ellas son las Amazonas sudamericanas de la antigua tradición.

También buscó sus huellas el viajero Schomburgk, a quien habían hablado mucho de las Amazonas. No encontró rastro de su existencia, y atribuye el origen de las noticias que sobre ellas circulan al carácter belicoso de las mujeres de algunas tribus.

No tienen nada que ver, por otra parte, con el verdadero problema de las Amazonas, las así falsamente llamadas que forman las tropas de parada y escolta de algunos caudillos africanos, como el de los monomotapa en el Congo y el rey del Dahomey. También han circulado a veces noticias inexactas sobre países de Amazonas, como las que dió Chalmers, que creyó haber hallado el famoso reino de las Amazonas en la isla de Mailinkolo, junto a Nueva Guinea, porque encontró allí sólo mujeres. Luego se averiguó que los hombres habían ido a la tierra firme, para trabajar en las plantaciones, y que por eso sólo había mujeres en la isla.

Es poco clara la actitud de Reitzenstein ante las noticias que hay de las Amazonas. Por una parte señala el hecho de que siempre que tropezamos con la «sociedad de mujeres», es decir, con el régimen matriarcal, encontramos también huellas de una anterior existencia de Amazonas. Por otra parte dice que de las fábulas griegas «todo lo que sacamos en consecuencia es que en el territorio del Cáucaso existían pueblos entre los cuales había mujeres que formaban grupos armados, independientes y que no contraían matrimonio». De otras noticias, según las cuales también en Lituania se señaló la existencia de mujeres guerreras, opina que—de acuerdo con los más recientes testimonios—se trata, generalmente, sólo de casos aislados de hembras belicosas. Y, finalmente, la noticia de que en Nuevo Mecklemburgo tiene derecho la mujer rica a fundar casa y a ser considerada como hombre, le sirve de base para afirmar que la clave de las fábulas sobre las Amazonas ha de buscarse en el hecho de que «la hija de un padre, que no

tiene hijos varones, puede ser educada como hijo y entregada en matrimonio al que logre vencerla o la consiga con lucha y riesgo».

d) *Deducciones de las fábulas sobre las amazonas.*—Las anteriores noticias no son suficientes, ni mucho menos, para formarse una idea clara de las realidades en que se fundan estas tradiciones, en gran parte fantásticas. Merece señalarse, en primer lugar, el hecho de que todas estas noticias, tanto las de la antigüedad como las de la Edad Media y las de los tiempos modernos, se refieren a pueblos que viven en el límite extremo del mundo conocido en cada época. No se trata tampoco de referencias directas de testigos irrecusables, sino de repeticiones de tercera y cuarta mano.

Las noticias de la antigüedad y de la Edad Media suelen corresponder bastante bien con las características propias del régimen matriarcal. En cambio, las de tiempos modernos son completamente fantásticas. Se ha fantaseado, entre otras cosas, de las amazonas del Báltico, que daban a luz niñas o niños hermosísimos con cabezas de perro, y que quedaban embarazadas al bañarse. En todo caso los indicios claramente matriarcales de las fábulas de la antigüedad y de las narraciones—seguramente imitadas de aquéllas—de los autores árabes, aluden a pueblos, cuyos hábitos matriarcales, exagerados por la fama, impresionaron a los griegos, organizados ya patriarcalmente.

Bachofen relaciona íntimamente a las amazonas con el matriarcado. «Sólo relacionada con el matriarcado y el ejercicio guerrero propio de éste, puede concebirse la institución de las amazonas en Asia y África como un fenómeno inteligible.» En las fábulas de las amazonas, con todos sus adornos, ve Bachofen una realidad histórica. Cuando en un pueblo los hombres han sido aniquilados en la lucha, las mujeres se ven obligadas a recurrir a las armas; «derrámanse por toda el Asia anterior hacia la Hélade, Italia, Galia, huestes de doncellas aguerridas, que repiten en estas partes del mundo lo que África, al parecer, había presenciado, ajena a aquellos acontecimientos nórdicos». Mientras tanto otras mujeres, cansadas de la larga ausencia de los maridos, se unen a esclavos y extranjeros, como hicieron las lacedemonias y las griegas en tiempos de la guerra de Troya.

Tiene todo esto un cariz fantástico y ni aun como cosa probable podría aceptarse. Es ciertamente posible que en algunos pueblos matriarcales las mujeres no sólo tuvieran predominios, como los que hoy vemos en tribus de este régimen, sino que—invirtiendo el orden del estado masculino—se erigieran en caudillos y defensoras de la propiedad de la tribu y aun tomaran parte en expediciones de conquista. Las referencias modernas del Brasil no tienen, en cambio, la menor relación con esos hábitos amazónicos y deben interpretarse en el sentido de una gran belicosidad de las mujeres—como de los hombres—en las tribus organizadas matriarcalmente en el territorio del Río de las Amazonas. O que, como resto de un antiguo régimen matriarcal, hayan mantenido la actitud bélica y la camaradería guerrera de los hombres. No se encuentran, en cambio, en parte alguna pruebas irrecusables de que las Amazonas hayan constituido efectivamente Estados y de que—como los hombres en sus imperios de rapiña—hayan hecho expediciones de conquista, destruyendo y fundando ciudades. Que las Amazonas erigieran ciudades, como Éfeso, es una leyenda sin ningún fundamento.

## 13.

*El lenguaje femenino como creación especial del régimen matriarcal.*

Para terminar quisiera considerar brevemente un extraño fenómeno, hasta ahora desatendido y que constituye probablemente una creación muy notable del régimen matriarcal.

Refiere B. Adam—según Ratzel—que los caribes, tribus indias antiguamente esparcidas por la parte septentrional de Sudamérica, hablan una lengua mixta que procede por el lado paterno del galibi y por el lado materno del arauaki. Ciertas formas sólo son empleadas entre sí por los hombres y por las mujeres, respectivamente. Es digno de notarse que prepondera la influencia materna en la lengua arauaki.

Reitzstein demuestra con interesantes ejemplos que en la fase de tránsito del período matriarcal al patriarcal, las mujeres formaron sociedades femeninas de resistencia contra el

creciente poder de los hombres. Esas sociedades, que toman un lenguaje femenino propio, deben considerarse como típicas de la época de extinción del matriarcado y persistieron hasta bien entrada la época histórica del predominio masculino.

Ehrenreich, sobre todo, ha señalado detalladamente el hecho de que en algunas tribus tienen las mujeres un lenguaje especial. Encontró este lenguaje femenino, por ejemplo, entre los indios Carayá del Río Araguaya, en el Brasil, y entre los guaicuros (del Chaco) y los chiquitanos. Es verdad que sólo pocas palabras son totalmente distintas y que la mayor parte tienen únicamente diferencias dialectales. Así llaman los hombres al maíz «mahi» y las mujeres «maki». Algunas palabras son completamente distintas y el lenguaje de las mujeres es evidentemente el más antiguo, con formas plenas y sonoras. (El padre llama a la hija *dee*; la madre *deo*).

Es característico el hecho de que este lenguaje femenino no sea una nota exclusiva de los indios brasileños organizados matriarcalmente, sino que exista también entre los representantes típicos del régimen matriarcal, los malayos. Aquí se ha desarrollado de tal manera—según Reitzenstein—el lenguaje femenino, que ningún hombre es capaz de comprenderlo y las mujeres ponen el mayor tesón en inventar nuevos sistemas que sólo dan a conocer al grupo de sus amigas más íntimas.

Las mujeres se sirven frecuentemente de un lenguaje especial en los misterios femeninos, a los que no deben asistir los hombres. Tal sucede entre los suaheli. Pero un lenguaje femenino propio no es siempre indicio de anteriores situaciones matriarcales. Nada tiene que ver con el idioma femenino propiamente dicho—idioma que procede de anteriores situaciones matriarcales—la costumbre vigente en algunas tribus de régimen patriarcal extremo, que prohíben a las mujeres determinadas expresiones, bajo las más severas penas, de modo que se ven obligadas a inventar expresiones especiales.

Flora Kraus ha reunido los distintos lenguajes femeninos en un trabajo, del que desgraciadamente sólo una referencia poseo. Es notorio que F. Kraus ha juntado al mismo tiempo los verdaderos lenguajes femeninos de origen matriarcal con las formas originadas por la prohibición del uso de determi-



nadas expresiones, según la costumbre patriarcal. Para Flora Kraus son motivos psicológicos los que predominan en la formación de los lenguajes femeninos: motivos de decencia, motivos de pudor primitivo, que llevaron a las mujeres a eludir determinadas cosas y palabras o a velarlas con expresiones incomprensibles para los hombres.

Pero esta explicación me parece desacertada. El verdadero lenguaje femenino de origen matriarcal es evidentemente un instrumento de lucha de las mujeres contra los hombres, un medio para imponer la situación singular de la feminidad, como lo han sido siempre los lenguajes secretos, «sagrados», de las castas sacerdotales predominantes. Un papel semejante representan aún hoy en el rito de las Iglesias católica y griega, el latín y el griego antiguos, frente a la gran masa de creyentes iletrados.

Completamente distinto es el caso de que en algunas tribus patriarcales los hombres prohíban a las mujeres pronunciar ciertos nombres, especialmente los nombres de los parientes masculinos. La causa de esta costumbre patriarcal debe buscarse en los celos, en la absoluta voluntad de posesión que anima al hombre, y al mismo tiempo también en la antigua superstición tradicional que establece una estrecha conexión mística entre el nombre de una persona y la persona misma. Así los magos australianos, para matar al enemigo de su cliente, pronuncian su nombre y disparan una flecha en la dirección del sitio donde se encuentra. Los muchachos australianos, tras el renacimiento en la ceremonia de la pubertad, reciben un nuevo nombre, con la prohibición de volver a pronunciar el antiguo. En todos los pueblos que viven en estado de naturaleza, el nombre vale como algo íntimamente unido a la persona, como algo dotado de una fuerza mística.

Por eso los cafres patriarcales prohíben terminantemente a sus mujeres pronunciar una palabra que tenga la menor relación con el nombre de uno de sus cuñados. Entre los zulús está prohibido pronunciar el nombre del abuelo o del suegro o de los hijos de éste. Esto rige hasta para las sílabas del nombre. Si un cuñado se llama Munya, por ejemplo, la mujer no debe pronunciar ningún nombre que contenga las sílabas «mun» y «ya». La palabra «mkoiya», soltero, deberán susti-

tuir la por otra expresión. Parece que en este ejercicio ponen a contribución las mujeres zulús mucha fantasía.

También entre los kirguises asiáticos se considera—por los mismos motivos—inconveniente que la mujer pronuncie el nombre de sus parientes masculinos. Como el nombre de éstos suele estar tomado de los nombres de cosas y animales, impónese a la mujer una difícil tarea.

#### 14.

### *Restos de la época matriarcal en fases posteriores de la evolución.*

Hemos visto cómo al ser sustituida la vida errante inicial por la vida sedentaria, surgió una época de predominio de la mujer, la estructura matriarcal de los agricultores inferiores. Veremos más adelante por qué motivos hubo de ser de tan corta duración esta «gran época femenina» en el proceso total de la evolución, y por qué tan pronto el hombre impuso nuevamente—y esta vez con mayor conocimiento de causa—el régimen patriarcal y el predominio masculino. Muchos investigadores llegan incluso a la opinión de que en este momento es cuando se inicia la verdadera esclavitud de la mujer. Me propongo demostrar que este punto de vista es equivocado y que en esto—como en todo—la evolución sigue su curso en forma de espiral, es decir, que en todo progreso persistente, por fuerte que sea la reacción posterior, nunca cabe volver al antiguo estado de cosas. El tránsito del hombre errante al hombre sedentario supone, sin duda, el giro y el cambio de mayor importancia y persistencia que registra, hasta hoy, la evolución de la humanidad. Veremos, por tanto, que las consecuencias de este acontecimiento, así como las huellas de la cultura matriarcal, que surgió con él, no pudieron nunca ser totalmente eliminadas en tiempos posteriores y que, en forma de restos de matriarcado—como hemos indicado ya—, representan un papel más importante en la historia general de la cultura que los pocos ejemplos de verdadero régimen matriarcal

que han podido ser suficientemente probados histórica y científicamente.

Como ya en la prehistoria representan un papel muy importante la agricultura y la cultura urbana, estos restos matriarcales imponían, seguramente entonces, ya su vigencia. Antes de considerar estos ejemplos, trataremos del origen de la época agricultora en los tiempos prehistóricos.

### I. *Restos de matriarcado en la época de la agricultura y en los comienzos de la cultura en la prehistoria.*

a) *Origen de la época agrícola en los tiempos prehistóricos.*—La mayor parte de la existencia prehistórica del hombre—que se dilata en miles de siglos—transcurrió en la fase primitiva de la vida del cazador. El lapso de tiempo que corresponde exclusivamente a la parte más reciente de ese humano amanecer, infinitamente largo y de cuya importancia estamos muy lejos de tener plena conciencia—época que nos ha dejado testigos infalibles en los restos de cráneos y utensilios hallados—, transcurrió principalmente bajo el signo de la cultura del cazador. Testimonio de ello son no solamente los utensilios de piedra, que se componen exclusivamente de fragmentos de armas dispuestas para la caza (puntas de venablos, flechas, piedras arrojadizas, cuchillos), sino también los huesos o partes de huesos de animales, encontrados junto a los restos humanos y las figuras de animales (osos, ciervos, búfalos, caballos salvajes, mamuts) representadas en las paredes de las cavernas y en los utensilios, que se clasifican, en parte, muy dentro del paleolítico, es decir, decenas de milenios antes de nuestra época.

Las consecuencias de esta línea evolutiva ha procurado extraerlas el psicoanálisis, haciéndonos ver cuanto queda aún en nosotros de aquellos tiempos «primigenios», largos infinitamente, de humanidad crepuscular. También los poetas han intentado captar intuitivamente el hálito, vivo aún, de aquellas épocas remotas. Por eso atrae el mito siempre a la poesía. Poco a poco empezamos hoy a adoptar una actitud nueva, que tiende a lograr una valoración más clara y concluyente de

esta época primitiva, infinitamente larga, y un conocimiento de sus consecuencias aún vigentes.

Las primeras huellas de la agricultura prehistórica son—según yo creo—los ornamentos vegetales grabados sobre huesos en los hallazgos franceses de la época Grimaldi, es decir, del paleolítico posterior, hace unos 12.000 años. Mientras los dibujos de tiempos anteriores representan únicamente animales de caza, estos adornos aluden por vez primera a un contacto intenso con las plantas, que sólo la agricultura y no la caza es capaz de provocar.

Tal vez haya que fechar, sin embargo, la introducción del cultivo de la tierra y el sedentarismo—que con ella se inicia—en época muy anterior. Son muy sorprendentes, en efecto, los hallazgos de ídolos femeninos, como la famosa estatuilla de piedra calcárea de Willendorf, en Austria, llamada *Venus de Willendorf*, en terreno aurignacense del paleolítico posterior (hace unos 15.000 a 40.000 años), el pequeño torso de marfil de la llamada *Venus de Brassempouy*, así como las estatuillas de mujeres embarazadas, talladas en el metatarso de un mamut y encontradas en Predmost (Moravia). Figuras semejantes nos son conocidas por los sepulcros premicénicos de Grecia y también por los del Egipto antiquísimo. Igualmente se han encontrado figuras en arcilla, de mujeres en cucullas, procedentes de la cultura cretense antigua de Knossos—hace unos 5.000 años—. En todas estas tierras existía el matriarcado—en tiempos señalados por la tradición—y constituía la más antigua representación de la deidad—como sucede siempre en las sociedades matriarcales—el culto predominante de una diosa madre. Podemos, pues, considerar estos ídolos femeninos como indicios de una época matriarcal. Pero el matriarcado surge siempre con la estabilización sedentaria—o está condicionado por ella—en el tránsito de la cultura de los cazadores a la agricultura. Si partimos, pues, del hallazgo de ídolos prehistóricos femeninos, podríamos situar la introducción de la agricultura, en la Centroeuropa prehistórica, en una época anterior a la nuestra de 40.000 años.

Pero esta deducción parece aventurada por los siguientes motivos: señalemos, en primer lugar, las interesantes observaciones de M. y M. Vaerting, según las cuales, si por una par-

te en el Estado de los hombres se da preferencia a las deidades masculinas y en el Estado de las mujeres a las femeninas, prefiriéndose, en cambio, las deidades del sexo contrario, muy acusadas sexualmente, como representantes del culto sexual. Por eso en el Estado de las mujeres en Egipto se encuentran las representaciones fálicas desmesuradas del miembro viril, y en los Estados de hombres se da el culto de Venus con representaciones sexualmente acusadas de la diosa del amor—Afródita o Venus— (Grecia y Roma posteriores). Ahora bien, esos ídolos prehistóricos femeninos, esas Venus de Willendorf y de Brassempouy, con sus pechos enormes y sus muslos amplios y rotundos, tienen fuertemente acusada la sexualidad. Hay que suponer, sin embargo, que son más bien representaciones del Ser Supremo que no símbolos de un culto sexual, pues la fuerte alusión a la maternidad en dichos ídolos, acentuada con la insinuación de la gravidez, debe demostrar que más probablemente se trata de deidades de una época matriarcal que de ídolos de un culto sexual en época del patriarcado.

También una estatuilla de marfil de 14,7 centímetros de altura—la más bella de todas las figuras conocidas de la fase media de la Edad de piedra—encontrada recientemente en la caverna de Nideaux, cerca de Lespugue, en la Dordoña, acentúa fuertemente los pechos, las caderas y el vientre, es decir, la maternidad. Herbert Kühn opina, sin embargo, que ni ésta, ni otras parecidas figuras, son representaciones de una diosa-madre. Acerca de los hombres de esta época dice: «Así como el idioma de sus formas está totalmente orientado hacia este mundo, ligado a la tierra y a ras de ella, así también es intrascendente el espíritu de donde surge. El hombre que creó este arte era un cazador, recogía las plantas, buscaba la alimentación animal y vegetal. Desconocía la agricultura, la cría de ganados, la alfarería, el sedentarismo. Su arte refleja el instante, lo momentáneo, lo repentino. Un arte así no puede proceder nunca de una época apartada del mundo, mística... Un arte así está atado y trabado por mil ligaduras a la vida abigarrada. Es la vida misma... De la forma de los enterramientos se deduce que el hombre de esta época desconocía, al parecer, la idea de una vida después de la muerte. El muerto

continuaba viviendo para él como un hombre vivo, como un muerto vivo» (?).

A pesar de no haber pruebas indudables de la existencia de la agricultura, en ese período, opónese al criterio de Kühn el hecho de que no se hayan encontrado en igual número figurillas humanas masculinas y femeninas. Kühn parece tener demasiado poco en cuenta las investigaciones sociológicas y psicoanalíticas a que nos hemos referido. Deben haber existido motivos que movieran la fantasía de los artistas primitivos de aquellos tiempos a ocuparse con preferencia de la figura maternal. Hemos hablado ya del descubrimiento de Freud sobre el drama del parricidio en la horda primitiva; éste fué sustituido al cabo por una nueva organización, que rechazaba el parricidio y condenaba el deseo sexual de los jóvenes hacia las mujeres de las generaciones anteriores (las madres). No es imposible que los ídolos maternos sean signos evidentes de este nuevo pacto, indicios anticipados de una época matriarcal, que se inauguró no sólo económicamente con el sedentarismo gradual bajo la guía materna, sino psíquicamente también con la santificación fervorosa de las madres, antes ansiosamente codiciadas.

Semejante combinación verosímil hace también aparecer menos sorprendente el hecho de que los dibujos conocidos del paleolítico posterior—época de la Venus de Willendorf—sean exclusivamente representaciones de animales de caza, lo que indicaría todavía una preponderancia del ejercicio de la caza en este tiempo. También estaría de acuerdo con la anterior combinación el hecho de que aparezcan en la misma época dibujos de chozas hechas sobre la figura de un bisonte. El hombre que construye chozas ha rebasado ya la época de la vida errante, pues sólo pueblos sedentarios—o en fase inicial de sedentarismo—se ocupan de la construcción de chozas.

Pero queda siempre—hay que recordarlo—la falta de utensilios agrícolas de aquellos tiempos; y no es segura la posibilidad de deducir con certeza del hecho de los ídolos femeninos su explicación según Freud y de los dibujos de chozas, la introducción de la agricultura en aquella época, que se aleja 40.000 años de la nuestra. Como prueba irrecusable considero—según ya he dicho—el ornamento vegetal sobre adornos

de marfil, que aparece en el paleolítico posterior, hace unos 12.000 años. También son, por otra parte, de esta época figuras de mujeres como el relieve en piedra calcárea de Laussel en Francia—una mujer con un cuerno y con indicios evidentes de maternidad.

La alfarería—con el cultivo de la tierra y el tejido—es la tercera e importante conquista técnica de la mujer. No aparecen restos de ella hasta la fase media de la edad de piedra—hace 5.000 a 10.000 años—en Centroeuropa y hasta los hallazgos de la cultura llamada de los Kjökkenmöddinger (en danés «restos de cocina»), cultura de pescadores y tribus costeras. Los primeros utensilios agrícolas, que aportan una prueba indudable de la existencia del cultivo de la tierra, pertenecen al neolítico posterior—hace más de 5.000 años—, a la época de las construcciones palafíticas.

De la colonia palafítica del lago Feder, cerca de Schussenried, en Württemberg, son los primeros utensilios para el cultivo de la tierra, fabricados con astas de ciervos, y el primer molino de cereales, compuesto de una gran piedra algo cóncava, con la correspondiente piedra redonda para la trituración del grano, es decir, una especie de molino a brazo, como el que todavía está hoy en uso entre los pueblos negros. Los primeros arados centroeuropeos—que indican el tránsito de la primitiva agricultura femenina de cava a la agricultura del arado, practicada por los hombres—fueron encontrados en restos de la llamada época de la cerámica de hace unos 4.000 años. De la misma época, en la cual la agricultura de cava y arado ha pasado ya al primer término de la producción, proceden también los primeros torteros hallados en Centroeuropa, como testimonio del hilado y el tejido introducidos por la mujer. En la edad del bronce, muy posterior (1800 años antes de J. C.), aparecen las hoces, como nuevos testimonios de la agricultura. Si se puede, pues, dudar de que los ídolos femeninos de hace 40.000 años sean prueba de una época de matriarcado y con ello de la iniciación de una época agrícola, en lugar de la cultura del hombre cazador, vigente en la anterior época primaria de miles de siglos, en cambio los indicios más antiguos y claros de sedentarismo (dibujos de chozas y ornamentos vegetales) se refieren a época de 12.000 años (paleolítico

posterior) anterior a la nuestra y los indicios terminantes (molino de mano y pico) al neolítico de hace 5.000 años. No es, por lo tanto, imposible que ya en el paleolítico tuviera lugar en Centroeuropa aquel cambio—el más importante en la sociedad humana—que originó el tránsito del hombre errante al hombre sedentario, con la participación preponderante de la mujer. Esta transformación trajo consigo también un cambio en el destino de la mujer, cambio que podemos imaginar semejante al que tiene lugar en los ejemplos que pueden observarse hoy todavía del tránsito de la vida de los cazadores superiores a la de los agricultores inferiores.

b) *Orígenes prehistóricos de la cultura urbana.*—Las más viejas culturas urbanas se extienden hasta muy dentro de la época prehistórica. Sus orígenes han llegado hasta nosotros o por medio de tradiciones fabulosas (Atenas, Roma) o descubiertos por excavaciones. A pesar del valor que los mitos tienen hoy para la moderna psicología, a la que suministran sedimentos de impresiones, sucesos y estados psíquicos de la época primaria, como puntos de referencia de importantes procesos vitales en el hombre prehistórico, no nos ofrecen, sin embargo, una base de tan suficiente autenticidad para la consideración de la existencia material, económica y social, como nos la ofrecen las excavaciones, especialmente si se encuentran en ellas restos de monumentos escritos y se logra descifrar éstos.

Se cuenta la historia a partir de la época en que los documentos reiterados y las obras de los historiadores transmiten a las futuras generaciones los sucesos más importantes. Según los distintos lugares hay que fijar el origen de la historia en diversas épocas. Más lejos que ninguna en el pasado arranca la historia de Egipto, que es conocida relativamente desde el siglo XIII antes de J. C. En general rige el siglo V antes de J. C. como principio de la época histórica en la antigüedad, iniciada por la obra histórica de Herodoto «el padre de la historia», que vivió hacia el año 500 antes de J. C.

La prehistoria es, en cambio, la época de que sólo nos hablan los mitos, los restos descubiertos por las excavaciones y las partes más antiguas de las ciudades más antiguas.

Entre estas dos épocas se sitúa un período de tránsito,



constantemente ampliado por los progresos de las investigaciones arqueológicas y por las excavaciones, un período de antigua cultura urbana en el cual carecemos de referencias continuas sobre los sucesos, pero de cuya vida nos informan fragmentariamente—si logramos descifrarlas—las inscripciones sobre piedra, inscripciones de templos y documentos tallados en piedra.

Las culturas urbanas más antiguas, que seguramente se extienden por milenios dentro de la prehistoria, son, con la egipcia—que se inició, según cálculos actuales, hacia el año 3300 antes de J. C.—, la cultura minoica de Creta, que cae igualmente hacia el año 3000 a. de J. C., la primera cultura urbana de Mesopotamia, la de los sumerios, predecesores de los babilonios (igualmente hacia el 3000 a. de J. C.), la cultura micénica en Grecia (unos 2000 años a. de J. C.), y la cultura de los etruscos en Italia, aproximadamente contemporánea de la anterior. Es también muy antigua la cultura urbana en la India. Se calcula que la invasión de los indogermanos tuvo lugar en el segundo milenio a. de J. C. Hacia el 1500 a. de J. C. desarrollóse en la India, como producto de una cultura urbana, la religión védica de la naturaleza, y las construcciones más antiguas de templos, como los de la Isla Elefanta frente a Bombay, se sitúan en una época que retrocede al año 1000 antes de J. C. Particularmente antigua es, según Poznansky, la cultura boliviana (¿10000 años?). Son, en cambio, relativamente jóvenes las notables culturas (que se desarrollaron completamente aisladas de otras culturas más antiguas) mexicano-centroamericanas de los aztecas, mayas y toltecas; pues América, desde su contacto con Europa, después de su descubrimiento por Colón en 1492, ha pasado gradualmente de la era prehistórica a la histórica. Según Selser, los mayas, que construyeron esas formidables ciudades de templos, cubiertas hace siglos por la selva yucateca, tenían 600 años antes de la llegada de los españoles, es decir, unos 900 años después de J. C., una escritura jeroglífica perfecta; de modo que el comienzo de la cultura urbana entre los mayas se sitúa en la época de 500 a 1000 después de J. C. Más antigua es, probablemente, la cultura de los legendarios toltecas, de la que han sacado a luz muchos restos las excavaciones. Las exploraciones arqueoló-

gicas, que en los últimos años se han llevado a cabo con gran actividad, han extendido considerablemente el campo de la cultura prehistórica urbana y han descubierto una serie de pueblos con cultura urbana, como los hititas del Asia Menor, de cuya existencia nada se sabía anteriormente.

c) *La mujer en la cultura prehistórica de la ciudad.*— Desgraciadamente, no han avanzado las investigaciones arqueológicas lo necesario para que podamos apreciar, con garantía suficiente, la situación de la mujer en la cultura urbana prehistórica. Serían necesarios, por otra parte, algunos años de investigación especializada y de elaboración del material literario-arqueológico para lograr, por medio de un concienzudo análisis, extraer las deducciones que pueden quizá sacarse ya hoy. Como hasta ahora no se ha realizado este trabajo, he de limitarme, mientras tanto, a algunas indicaciones que he obtenido de mis conocimientos en estas investigaciones. Haremos notar, en primer lugar, que cuanto a nosotros llega por medio de documentos escritos, procede absolutamente de la cultura urbana ya desarrollada; y precisamente las huellas más antiguas de establecimientos urbanos carecen de semejantes documentos escritos.

Tenemos abundancia de documentos escritos, como las escrituras cuneiformes asirio-babilónicas sobre ladrillos, los jeroglíficos cincelados en piedra, las escrituras de los papiros egipcios, las palmas hindús. Por ellos podemos conocer la vida de la mujer en esa época. Pero esos documentos pertenecen en su mayoría al último período de tránsito de la época prehistórica a la histórica.

Pero frecuentemente nos permiten hacer deducciones basadas en la descripción de las antiguas tradiciones y así obtenemos alguna luz sobre épocas anteriores.

Es sorprendente el encontrar en esta época fuertes restos de los tiempos matriarcales, como sucede entre los egipcios. También se encuentran indicios de una época de tránsito del matriarcado al patriarcado, en la cual vivía la mujer en pie de igualdad con el hombre, o en la que, por lo menos, era respetada.

Este hecho es uno de los principales documentos justificativos en que se fundamenta el criterio de los Vaerting, de que

el predominio femenino no sólo se observa transitoriamente en la cultura primitiva de los agricultores inferiores, sino que, se manifiesta también en culturas superiores y aun en las culturas urbanas altamente desarrolladas. Y, realmente, hay que reconocer que existe una sorprendente diferencia entre la duración y la extensión, tanto de las costumbres matriarcales como de la influencia de la mujer, en las más antiguas culturas urbanas, comparadas con la duración del restante matriarcado en general. Veremos, en efecto, cómo el patriarcado se introduce en el lugar del matriarcado, rebajando a la mujer a la condición de sierva, en la fase de los agricultores medios de una manera ya apreciable; y de una manera concluyente en la fase de los agricultores superiores, establecidos en colonias rurales. Sabemos, por el contrario, de modo terminante, que en algunas de las más antiguas culturas urbanas se guardaba hacia la mujer una actitud de respeto, y muy fuertes restos de matriarcado se han conservado hasta muy entrada la época histórica. Esto se refiere especialmente a Egipto y Esparta; pero también a Babilonia, la India y otras antiguas culturas. Entre los predecesores prehistóricos de los babilonios, los sumerios y acadianos, representaba la mujer un papel respetable, ya que, según Hommel, en los textos conservados precede siempre la madre al padre y la esposa al marido. Aún en tiempos de *Ciro* (550 a. de J. C.), en el tránsito a la época histórica, estaba en vigor entre los babilonios, como veremos, un régimen de igualdad entre el hombre y la mujer.

En la India era la mujer—según *Jaccoliot*—igual al hombre, en la época védica, en que debemos situar los principios de la cultura urbana. Se llamaba—con típica forma matriarcal—a la sacerdotisa «la madre universal». También en la cultura védica de la ciudad era todavía la mujer la compañera del hombre en la guerra y en el sacrificio, y sólo el posterior movimiento patriarcal del *bramanismo* impuso definitivamente el sistema patriarcal y la implacable esclavitud de la mujer.

También en las más antiguas capas culturales de las excavaciones cretenses en *Knossos*, han sido encontrados ídolos femeninos, semejantes a los de la edad de piedra, que aluden al culto de las deidades maternas y, por lo tanto, a una época matriarcal.

Müller-Lyer ha desatendido, evidentemente, esta diversidad evolutiva. En todo caso, tienen razón los Vaerting al afirmar que las situaciones matriarcales no se dan solamente en la época de los agricultores primitivos, como quiere Müller-Lyer en su exposición, orientada principalmente desde el punto de vista económico. Por otra parte, los Vaerting van demasiado lejos—como demostraré—al defender una serie alternativa de Estados de hombres y de mujeres en el transcurso de la historia de la humanidad (teoría pendular).

Los pueblos accesibles hoy a nuestra observación manifiestan, efectivamente—de acuerdo con la tesis de Müller-Lyer—, una rápida disolución del régimen matriarcal, basada en el predominio económico del hombre, que se inicia prontamente. No se conocen en ninguna parte de la humanidad actual casos de culturas superiores con matriarcado. La dificultad está en el hecho de que esas culturas urbanas, que, según parece, manifiestan restos de matriarcado mucho más fuertes que los de las culturas urbanas actuales, pertenecen a la prehistoria o a la más antigua fase histórica, y la mayoría a la época de tránsito de la prehistoria a la historia; y las escasas y deficientes noticias—difícilmente comprobables—que tenemos impiden comprobar si, en realidad, se trata de verdaderas circunstancias matriarcales.

Por ahora yo veo, por mi parte, en el material existente el indicio de fuertes restos matriarcales. También es esto sorprendente si se compara con los pueblos primitivos de nuestros días, entre los cuales la vigencia matriarcal retrocede con mayor rapidez.

Según mi opinión no son todavía suficientes nuestros conocimientos actuales para explicar esta diversidad en la persistencia del matriarcado. Como veremos, puede observarse, además, entre los pueblos en estado primitivo, un diverso grado de fuerza en la vigencia del matriarcado. Los maoris de Nueva Zelanda—agricultores intermedios entre la fase media y la superior, pero que no poseen cultura urbana—conceden a la mujer una situación buena. En las islas Tonga, en cambio—donde los naturales se encuentran en la misma fase de cultura—, está ya la mujer completamente esclavizada.

Puede, desde luego, asegurarse que el curso normal de la

evolución está condicionado por el proceso de producción y que en toda fase de agricultura altamente desarrollada desaparece siempre el matriarcado. Esto nos lo demuestran las observaciones llevadas a cabo en los pueblos actuales. Posibles desviaciones de esta norma, reflejadas por noticias de los más antiguos tiempos, difícilmente podrán—dada su insegura fundamentación—conmover esta concepción. Al futuro, con su mejor conocimiento, le queda reservado explicar las diversidades de la evolución. Yo sólo me atrevo a insinuar una indicación.

En las más antiguas culturas urbanas se trata siempre de territorios privilegiados por la feracidad de su suelo, como la cuenca del Nilo (Egipto), la del Éufrates y el Tigris (Babilonia), la del Ganges (India), donde las inundaciones creaban grandes extensiones de terreno excepcionalmente fértil. Pero fueron necesarios verdaderos alardes técnicos, para aprovechar esta fertilidad: construcción de presas, canales de irrigación, diques. Había que realizar un trabajo formidable, con una enorme concentración de esfuerzo. Y así el desarrollo de la técnica de la producción—que siempre se dilata en largos espacios de tiempo—se verificó aquí con una precipitación semejante a la de la vertiginosa industrialización de la Europa occidental en el siglo xix. Resultó que la superestructura ideológica de esa revolución económica, harto rápida, no pudo seguir la misma marcha, como la hubiera seguido, de ser el progreso lento y reposado. Así se explica que se conservaran obstinadamente durante el precipitado proceso de evolución, en estas primeras culturas urbanas, las ideas y costumbres primitivas de la época del matriarcado. Queda confirmada esta teoría por el hecho de que en las antiguas culturas urbanas puede observarse aún cómo los clanes, reunidos en distintos barrios de la ciudad y teniendo propiedad común de clan o de estirpe, formaron las llamadas hermandades o asociaciones de distrito, que constituyeron la subdivisión básica de la tribu, en la fase evolutiva de tránsito al Estado. Así, según Grote, en el Ática estaban establecidas cuatro tribus, con tres hermandades cada una, es decir, asociaciones locales de clanes, con doce distritos, de treinta clanes cada uno, que más tarde se reunieron (merced a Teseo, según la fábula) para constituir la ciudad de Atenas. En

Roma había concentradas primitivamente tres tribus con trescientos clanes (gentes). Un proceso semejante se puede seguir en la antigua cultura mexicana. En cambio, esta formación queda tan alejada en las culturas antiquísimas urbanas—como la de Egipto, la de los sumerios, etc.—, que no ha sido posible descubrirla hasta ahora. El clan se mantuvo, pues, vivo en una alta fase de la cultura, mientras que en el proceso lento de la evolución queda totalmente sustituido por la familia patriarcal ya en las primeras fases de la cultura.

Así, pues, en el curso precipitado de evolución que siguieron las más antiguas culturas urbanas, surgieron formas diferenciadas de comunidad, con fuerte participación del clan y de la mujer, que representaba en el clan un papel importante. En cambio, cuando el curso fué lento y gradual, predominó la forma familiar en la estructura de la tribu al constituirse en Estado y con ella la orientación patriarcal, que impidió el influjo de la mujer.

Es, por lo tanto, explicable que precisamente en los antiguos pueblos cultos encontremos todavía notables restos de régimen matriarcal.

II. *Restos de matriarcado en los antiguos pueblos cultos.*—Fué Bachofen el primero en señalar el hecho de que, al ingresar en la historia los pueblos de la antigüedad, encontrábase en ellos numerosos restos de la época prehistórica matriarcal. Ha atribuido épocas matriarcales a Licia, Atenas, Creta, isla de Lemnos, Egipto, India, Tibet (Asia central), las comarcas griegas de Orcomenos, Minia, Elis, Lokris, Mantinea, isla de Lesbos y las tierras montañosas de la Cantabria española.

Su libro es un trabajo extraordinariamente profundo y erudito, que elabora un enorme material, sacado de los escritos de la antigüedad, especialmente de la fábula. Como reunión de materiales tomados del mito helénico, este libro seguirá siendo durante mucho tiempo todavía la obra básica, en todo cuanto se refiere al problema del matriarcado, a pesar de que tanto la elaboración como la exposición pueden considerarse como anticuadas y utilizan, sin suficiente valoración crítica, toda clase de datos y documentos para defender determinadas teorías. Se echa de menos especialmente el punto de

vista sociológico y la conexión del mito clásico con los mitos de los pueblos primitivos, conexión que ha establecido por primera vez Morgan. El material que poseemos actualmente sobre el matriarcado es, pues, más amplio que el de Bachofen, quien se limita casi exclusivamente a la mitología griega. Este defecto se pone en evidencia, sobre todo, en las manifestaciones de Bachofen sobre las costumbres matriarcales egipcias. En este punto sus ideas son completamente insuficientes y anticuadas.

Así defiende Bachofen la irregularidad originaria en el comercio sexual de la horda primitiva (teoría de la promiscuidad), a la que habrían seguido un matriarcado primario y un patriarcado posterior. En otro lugar hemos expuesto por qué esta sucesión—aún hoy aceptada frecuentemente—es errónea (pág. 17).

Después de Bachofen han ampliado otros—como Müller-Lyer y especialmente Matías y Matilde Vaerting—el material existente. A continuación consideramos brevemente—desde un punto de vista crítico—los más importantes datos comprobables sobre restos de la época matriarcal, que encontramos en la historia desde sus principios hasta nuestros días.

### *Cultura griega.*

Nos ocuparemos, en primer lugar, de algunos restos de la época matriarcal prehistórica, que encontramos diseminados por todo el mundo helénico, antes de dedicar nuestra atención detalladamente a algunos Estados griegos. Entre los indicios de interés general está el hecho de que en Creta, la más antigua tierra madre de la cultura griega, representan originariamente las diosas el papel más importante, como demuestran los numerosos ídolos femeninos excavados. Demeter, la madre universal, una de las más antiguas deidades de los griegos, procede de Creta. Es característico—desde el punto de vista matriarcal—el hecho de que Demeter, según Diodoro, signifique la «legisladora», porque suyas fueron las primeras estipulaciones de derecho.

Las deidades veneradas preferentemente han pertenecido

siempre al sexo que en el momento predominaba. Al mismo tiempo que las primitivas deidades maternas griegas, alude indudablemente a un período matriarcal prehistórico la gran importancia que se atribuía a las videntes, profetisas y sacerdotisas, según referencias de las más antiguas épocas homérica y prehomérica. Mencionemos tan sólo las sacerdotisas en el bosque antiquísimo de Dodona (Epiro), al que se acudía considerándole como oráculo profético, así como la sacerdotisa llamada Pitonisa, que actuaba en el santuario de Delfos, santuario profético y que llegó a ser posteriormente el más famoso de la Grecia Central. Debemos citar igualmente a Cassandra, la profetisa infausta de los griegos ante Troya.

Según Herodoto, donde más tiempo se mantuvo el culto de la diosa universal Demeter fué entre los arcades del Peloponeso, que no pudieron ser desalojados por los dorios.

a) *Atenas*.—Si es cierto que encontramos clanes paternos en la más antigua historia de Atenas, en cambio la designación de «homogalaktes» (sustentados con la misma leche) dada a los compañeros de clan, alude a la procedencia de estos clanes de otros maternos prehistóricos. También la palabra «hermanos» (adelphos), es decir, de la misma matriz (delphys), es indudablemente de origen matriarcal. El mito de Orestes, que procede de tiempos prehistóricos, pone claramente de manifiesto el tránsito del matriarcado al patriarcado. Según esta fábula, Orestes mató a su madre Clitemnestra, quien en complicidad con su amante Egisto, había asesinado a su esposo Agamenón, repatriado tras diez años de ausencia en la guerra de Troya. Según el derecho matriarcal, es Orestes un criminal digno de maldición, pues, de acuerdo con sus leyes, está ligado sólo a la madre por la consanguinidad, no al padre. Se hace, pues, responsable de la más terrible deuda de sangre. Según el derecho patriarcal, en cambio la ley de la vindicta sangrienta exige que venga la muerte del padre en su asesino, ya que el patriarcado le considera ligado al padre por la consanguinidad.

En la tragedia *Las Euménides*, de Esquilo, se pone claramente en evidencia este conflicto entre el matriarcado y el patriarcado. Las Erinnias, diosas de la venganza, representan el antiguo matriarcado. Apolo y Atenea representan el nuevo



patriarcado. Aquellas persiguen a Orestes después del asesinato de su madre. Con una de ellas sostiene Orestes el siguiente diálogo:

«Orestes.—¿Por qué no has perseguido a mi madre en vida?»

Erinnia.—No era consanguínea del hombre a quien mató.

Orestes.—Pero yo, ¿dices que soy de la sangre de mi madre?»

Erinnia.—Responde, cruento, ¿no te llevó en su seno acaso? ¿Reniegas de la sangre querida de tu madre?»

El dios-sol Apolo representa, por el contrario, con la misma decisión, al patriarcado, cuando dice:

«Apolo.—No es la madre la creadora del hijo, como suele creerse. Es sólo la sustentadora del germen nuevo. Sólo el padre puede crear; la madre custodia algo, que es una prenda a ella confiada. Y la devuelve incólume a su dueño, si un dios no la aniquila.»

Como prueba de ello apela a la diosa Palas Atenea, que nació, sin madre, de la cabeza de su padre Zeus.

A lo cual replican las Erinnias:

«Has derribado los poderes de tiempos remotos.»

Cuando aparecen los jueces, inicia Atenea—la diosa sin madre—la sentencia absolutoria, depositando la primera su voto. Y el coro de las Erinnias canta, dolorido:

«¡Oh nuevos dioses! La vieja ley y el derecho antiquísimo... los abolís, los arrancáis de mi mano.»

Es característico de la ausencia del punto de vista sociológico, en el método de trabajo de Bachofen, el hecho de que éste haga suyo el criterio del poeta Esquilo—representante parcial del patriarcado—en sus *Euménides*. El antiguo matriarcado representa en las Erinnias a los poderes oscuros, ctónicos, subterráneos, que prodigan la vida y la muerte, pues la mujer simboliza la tierra, es materia terrenal... En cambio el nuevo patriarcado representa los poderes resplandecientes (Apolo) y celestes (Zeus). Por eso en su interpretación de las *Euménides* de Esquilo formula Bachofen el siguiente juicio: «El derecho material, cuyo punto central constituye el matriarcado, ha hecho víctima a la humanidad de tantos sufrimientos y pruebas, que la humanidad se vió impulsada, al cabo, a subordinarse a una ley más elevada y pura. Sólo cuando ésta llegó a imponerse, surgieron en clara perspectiva la paz, la felicidad y la prosperidad.»

Un punto de vista completamente opuesto adopta Müller-Lyer en su consideración sociológica. Según este autor, el nuevo patriarcado trae consigo tiempos duros. «Los tiempos de la fraternidad y de la igualdad primitivas se han ido para siempre... La humanidad pierde la educadora suave y amable... y se pone en manos de un nuevo maestro, duro y tosco, que, con látigo férreo, la empuja por sendas escarpadas... El poder demoníaco de la riqueza, de la propiedad (privada)..., ha llevado a término esta revolución.»

Ambos puntos de vista son parciales: el de Bachofen por su exclusivismo psíquico y el de Müller-Lyer por su exclusivismo económico.

El moderno método sociológico de observación, con síntesis de las condiciones económicas y psíquicas, nos lleva a resultados completamente distintos. Es cierto que el aumento intensivo de los contenidos de consciencia, logrado por el progreso del proceso técnico de producción, trajo por consecuencia una iluminación, tras los albores de la existencia mítico-fantástica, de la angustia y subordinación. Pero también estos más fuertes contenidos de conciencia, con su enriquecimiento psíquico, condujeron, a través de los duros tiempos, a una sociedad de clases, que se desarrolló brutalmente con la servidumbre de los muchos en beneficio de los pocos, que alcanzaron el poder y la riqueza.

Hay, además de la de Orestes, otra fábula griega más antigua y menos conocida. Es la fábula de Alcmeón que menciona Sófocles en su *Electra*. Era con frecuencia situada por los griegos junto a la de Orestes y procede igualmente de la época de tránsito del matriarcado al patriarcado, aunque es más antigua, puesto que en ella no logra el patriarcado un triunfo decisivo.

Según esta fábula, Anfiraos vivía a cubierto de las persecuciones de los hermanos de su esposa Erifile, en un lugar escondido que ésta le había proporcionado. Pero Adrasto, hermano de Erifile, regaló a ésta un collar rutilante y ella traicionó a su esposo y se entregó al seductor, insensible al dolor del marido. (Matrimonio entre hermanos, como lo había en el Egipto matriarcal y como el celebrado entre Zeus y Hera.) Anfiraos, que presiente su muerte, acompaña a los siete en

su marcha sobre Tebas y es tragado por la tierra con su carro. Su hijo Alcmeón venga la perdición de su padre y mata a la infiel Erifile. Contra él se alza la tierra (símbolo del matriarcado) y le castiga con la locura. En busca de auxilio, acude Alcmeón a Apolo (representante del patriarcado), que le promete la salvación si logra poner su planta sobre un suelo que no existiese en el momento de su acción. Alcmeón se refugia en una isla de fango formada por el río Aquelaos, en el Epiro. Sólo entonces cede la demencia en él. Le persigue, sin embargo, el matriarcado ofendido y una mujer le lleva a la perdición. Su mujer Callirhoe le impulsa a marchar a Fegia, donde elige por esposa a Alfesibea, siendo muerto por los hermanos de ésta, Temenos y Arion.

También el mito de Leda tiene su origen en los tiempos matriarcales.

Zeus está encendido de amor por Némesis (Erinnia, diosa de la venganza, idéntica a la madre tierra); pero es desdeñado por ella. A su ruego toma Afrodita—que protege toda unión—la forma de un águila y persigue a Zeus, quien, transformado en cisne, se refugia en el regazo de Némesis, ayuntándose con la durmiente. Ésta pare después un huevo que Hermes (Mercurio) lleva a Esparta y pone en el regazo de Leda sedente. De él nace Helena, la más hermosa de las mujeres, que es considerada como hija de Leda.

En el huevo simboliza generalmente el mito griego la maternidad. Las mujeres lunares paren huevos.

También es un resto de anteriores fases matriarcales la prohibición—que prevaleció largo tiempo aún en la época patriarcal—de contraer matrimonio con la hermanastra de línea materna, siendo en cambio permitido el matrimonio con la hermanastra procedente del mismo padre. Bachofen ha aludido también—por vez primera— a una noticia del padre de la Iglesia San Agustín (354-430 después de J. C.). Según una antigua narración, sucedió un doble milagro en tiempos del primer rey fabuloso de Atenas, Cécrops, a quien se atribuye la construcción de la Acrópolis: al mismo tiempo surgieron de la tierra un olivo y un manantial. Consultado el oráculo délfico, declaró que el agua representaba al dios del mar, Poseidón, y el olivo, a la diosa de la sabiduría, Atenea. Los

ciudadanos debían decidir cuál de las dos deidades había de dar su nombre a la ciudad. Entonces convocó Cécrops una reunión de ciudadanos, hombres y mujeres, pues era costumbre entonces que las mujeres tomaran parte también en los consejos públicos. Votaron los hombres por Poseidón y las mujeres por Atenea... y como había una mujer más, venció Atenea. Esta fábula demuestra que a un antiguo matriarcado siguió una época de igualdad de los sexos. Y el hecho de que fuesen declarada diosa tutelar de Atenas una deidad femenina, por los votos de las mujeres, indica que en aquel período de tránsito el influjo de las mujeres era todavía importante en las cosas del culto, tan propensas a la perduración conservadora.

De un suceso semejante nos habla el geógrafo griego Estrabón—que vivió del 63 a. de J. C. al 23 después de J. C.—, según una antigua descripción de Eforos. Durante una guerra entre los tracios (pelasgos) y los beocios, pidieron consejo estos últimos al oráculo de Dodona, en el antiguo Epiro (Albania), y recibieron la respuesta de que su empresa sería feliz si en la guerra se conducían como impíos. Sospecharon los beocios que la sacerdotisa se mofaba de ellos, en beneficio de los pelasgos, afines de origen con la adivina. Y encolerizados, la arrojaron al fuego. (Si el oráculo era falso, recibía la sacerdotisa el justo castigo; si era verdadero, podía considerarse el hecho como la acción impía por ella exigida.) De las tres sacerdotisas de Dodona, las dos que quedaron debían dictar la sentencia de justicia sobre este hecho. Pero los beocios arguyeron que en ninguna parte del mundo es costumbre que dicten justicia las mujeres. Entonces fueron añadidos dos jueces masculinos. Estos dictaron sentencia absolutoria; las mujeres, condenatoria. La igualdad de votos se interpretó como triunfo de los absolventes. Desde entonces los beocios no reciben el vaticinio en el bosque sagrado de Dodona por boca de mujeres, sino de hombres. Con razón considera también Bachofen este mito como un ejemplo típico del tránsito del antiguo matriarcado al nuevo patriarcado.

En Delfos, la pitonisa está sentada sobre un trípode, encima de una hendidura de la roca, de la cual emanan vapores narcóticos. Los balbuceos de la sacerdotisa, transida por las emanaciones, son interpretados en versos de sentido oscuro.

En Dodona, en cambio, interpretaban las sacerdotisas el porvenir, por el rumor de los robles, árboles sagrados del dios padre Zeus. Pero en Dodona se consideraba como originario el principio maternal, que era la noche oscura y misteriosa, de la cual surge el día, como el hijo Zeus nace del oscuro seno materno, y el roble del regazo de la tierra. La «madre sobrepaja al varón que surge, como hijo, de su oscuro seno a la luz del día». (Bachofen.)

Bachofen ve otro ejemplo de tránsito del matriarcado al patriarcado en el mito—que tiene también a Atenas por escenario—de la lucha entre el Estado femenino de las amazonas y Teseo, fundador de la nueva ciudad patriarcal. Más tarde se considerará esto como «el mérito insigne a que se hace acreedora Atenas, frente a toda la Hélade», iniciando la transformación patriarcal de la cultura griega. Se considera a Teseo como fundador del matrimonio y de la familia patriarcal.

Alude también Bachofen a otros varios indicios de un primitivo matriarcado en el Ática. Al primitivo santuario de Delphinium (δελφίνας: matriz) envían los padres todos los años a sus hijas. En la fiesta de las Oskoforias predomina la mujer y los adolescentes se adornan y visten con indumento femenino.

Es oportuno mencionar también aquí la noticia de Plutarco, en su vida de Solón, que refiere la revuelta del reaccionario Kylon, el cual, en el año 630 a. de J. C., quiso restaurar la monarquía (tiranía) en Atenas. El arconta Megaclés convenció a los conjurados, que se habían refugiado en el templo de Atenea (Partenón), para que se presentasen al tribunal llevando en la mano un hilo, que previamente habrían atado a la estatua de Atenea, con lo que seguirían estando bajo la protección de la diosa. Al pasar frente al templo de las Erinias (diosas matriarcales), se rompió el hilo. Interpretóse esto en el sentido de que la diosa les rehusaba su protección y fueron todos lapidados y acuchillados, menos los que buscaron refugio en el aposento de sus mujeres. En efecto, las madres ocupaban entonces el lugar de Atenea y el pueblo temió cometer un atentado contra la diosa.

También en una fábula, de que nos habla Herodoto, está simbolizada la victoria final del patriarcado en Atenas. Los

atenienses habían permitido a los habitantes de Epidauró (ciudad de la Argólida, en el Peloponeso oriental) que tallaran en la madera de dos de sus olivos sagrados las imágenes de sus deidades maternas Damia y Auxesia. A cambio de ello harían sacrificios anuales a Atenea. Los epidauró fueron vencidos por los eginetas, que robaron las estatuas y se negaron a devolverlas. Entonces Atenas declaró la guerra a Egina. Pero en ella perecieron todos los hombres, menos uno, que llevó la triste nueva a Atenas. Las viudas de los caídos le rodearon y le mataron con los broches de sus mantos. El horror que produjo este hecho fué causa de que se prohibiera a las mujeres usar broches y que se les prescribiera, en lugar del vestido dórico de corte viril, sobre las rodillas, el indumento femenino jónico (oriental) largo y ondulante. Evidentemente en esta fábula se trasunta el proceso del avasallamiento de la mujer bajo el patriarcado y el apartamiento de la posición espartana (dórica) de la mujer, con su fuerte matiz matriarcal.

Hay que atribuir también origen matriarcal, como Bachofen ha hecho ver por vez primera, al uso del huevo como símbolo del óvulo materno originario, en los misterios órfico-báquicos, etc. Como signo de que son hijos de la misma madre, llevan los famosos Dióscuros, los mellizos Cástor y Pólux, hijos de Leda (Némesis), que los parió en un huevo, el sombrero oval (pileo), cada uno la mitad del huevo de que proceden. En el óvulo materno originario se simboliza todavía durante largo tiempo la idea de la libertad e igualdad de todos los hombres. Por eso, al dar la libertad al esclavo, se le ponía sobre la cabeza rapada el sombrero oval, como símbolo del retorno a aquella libertad que «por naturaleza corresponde a todos los frutos de la madre primera».

Sabemos por las excavaciones que las deidades eran predominantemente femeninas en las épocas prehistórica y prehistórica, como siempre sucede en la sociedad matriarcal. Todavía en Homero resalta claramente el predominio de la diosa, pues triunfa el bando que cuenta con la protección de Atenea. También alude a un origen matriarcal el hecho de que se atribuya la sabiduría a una diosa. Incluso en su lucha contra el dios de la guerra, Arés, vence Atenea en Homero.

A pesar del aumento que experimenta el predominio mas-

culino, mantúvose, naturalmente, durante algún tiempo, con esta ideología, un fuerte influjo de la mujer en la ciudad que tenía a Atenea por diosa tutelar. Plutarco, en su noticia sobre el proceso de alta traición incoado contra el caudillo ateniense Foción (muerto en 318 a. de J. C.), triunfador primero contra Filipo de Macedonia, con quien después se avino, refiere que se citaban todavía entonces en Atenas a los hombres y las mujeres para estos procesos. Hasta el año 300 a. de J. C. aproximadamente se conservó, por lo tanto, este resto del antiguo poder político de la mujer. Pero estos residuos de matriarcado estaban sumergidos en el gran mar del predominio masculino y tutela femenina; hasta el punto de que, ochenta años antes de Foción, el poeta cómico Aristófanes declara en una de sus comedias que el señorío de las mujeres es la única cosa que no ha existido todavía en Atenas. Se había olvidado, pues, por completo—400 años a. de J. C.—la época del matriarcado y nadie era ya capaz de interpretar los restos que de él habían quedado en la vida social.

b) *Esparta*.—Los restos de matriarcado son en Esparta mucho más acentuados que en Atenas. Esparta era preponderantemente conservadora y agraria y en ella se conservaron obstinadamente, merced a la carencia de comercio y navegación, las primitivas costumbres de una cultura agrícola poco variable.

Así refiere Plutarco que una griega, que envidiaba a una espartana, por la consideración que ésta inspiraba, le dijo: «Sois las únicas mujeres que domináis a vuestros maridos.»

Pronta en la réplica, contestó la espartana:

«¡También somos las únicas que traemos hombres al mundo!»

Cuenta igualmente Plutarco que los espartanos, como los egipcios, llamaban a sus esposas «sus señoras».

Los Vaerting ven en esto la prueba de un Estado espartano de mujeres. Pero un sociólogo no tomará jamás semejantes manifestaciones en un sentido absoluto, sino relativo. Es natural que los atenienses—entre los cuales había perdido ya la mujer por completo la libertad—vieran en la situación más digna de la mujer espartana, un predominio sobre los hombres. No de otro modo un espíritu radicalmente feudal y conserva-

dor verá en los más modestos derechos logrados por el obrero «una funesta imposición del populacho» y los rehusará y combatirá encarnizadamente. El apelativo «señora» se ha usado frecuentemente, y hasta con exceso, en épocas del más acusado predominio masculino.

Recordemos tan sólo los tiempos de la regencia de un Felipe de Orleans y del reinado de un Luis XV, en Francia, aquella época de tan acentuado predominio masculino, en que los hombres, que gobernaban exclusivamente, por la ley y la costumbre, se complacían en nombrar retóricamente a la mujer galanteada o la amante, *maîtresse* (ama, señora).

Mucho más importante considero otra noticia de Plutarco, según la cual, las mujeres eran propietarias exclusivas de los bienes; y, de acuerdo con la ley de Licurgo, el adulterio era menos castigado en la mujer que en el hombre. Esta referencia de Plutarco viene apoyada por el hecho histórico de que, con ocasión del gran intento de reforma de uno de los últimos reyes de Esparta (Agis III, que murió 240 a. de J. C.), la madre y la abuela del rey renunciaron a sus grandes propiedades en beneficio del Estado (según Roth). Por lo tanto, las mujeres tenían propiedades, en efecto. Pero no exclusivamente, sino al mismo tiempo que los hombres; pues se dice además que Leónidas, el correinante de Agis III y Agesilao, tío de éste, así como otros muchos personajes, tenían grandes propiedades.

Pero las referencias de Plutarco demuestran, al menos, que la influencia matriarcal se dejaba sentir todavía fuertemente en algunas instituciones.

Por lo que se refiere a los testimonios de los antiguos autores, hay que tener en cuenta algo que es aplicable a toda clase de fuentes históricas, hasta la época moderna, y que, refiriéndolo a cuantos casos parecidos puedan presentarse, vamos a considerar brevemente.

Nunca pondremos precaución suficiente en la utilización de las fuentes históricas, aun tratándose de exposiciones documentales. Al principio los historiadores, que muchas veces eran narradores parciales y más bien compiladores sin espíritu crítico que investigadores de visión rigurosa, mezclaron con abigarramiento leyendas, tradiciones y sucesos reales. Más



tarde la investigación histórica, la que verdaderamente mereció entonces este nombre, con Mommsen y Ranke, se basó excesivamente en documentos de presunta confianza. La nueva dirección de Lamprecht se preocupó de una más honda consideración de las circunstancias culturales concomitantes y de las condiciones previas. Y sólo la investigación materialista de la historia logró valorizar exacta y metódicamente las condiciones reguladoras económicas y, sobre todo, las referentes a la técnica de la producción. Si, por lo tanto, el gran historiador griego Plutarco, que vivió del 60 al 120 después de J. C., mezcla, según costumbre, en sus 46 conocidas vidas paralelas de griegos y romanos famosos, la leyenda, la tradición y los sucesos reales hasta cierto punto fundamentados y garantizados, y dice en su descripción de la situación de Esparta durante la época de Licurgo, entre otras cosas, que las espartanas eran las únicas mujeres que dominaban a los hombres, debemos acoger esta noticia con toda clase de precauciones.

Son, pues, especialmente valiosos los testimonios de estos historiadores cuando refieren ciertos caracteres singulares o sucesos excepcionales, que no llevan el cuño de la invención y la fantasía. De estos caracteres singulares puede hacerse luego un análisis y obtenerse una síntesis con los modernos medios de investigación sociológica. Carecen, en cambio, absolutamente de significación los juicios generales de valor y las sentencias morales. Uno de esos juicios sin valor es, para nosotros, la observación de Plutarco sobre las mujeres espartanas.

Las noticias de Plutarco sobre Esparta, que hemos mencionado ya, y las que mencionaremos más adelante, tienen para los Vaerting el valor de una prueba de que Esparta, en la época de su mayor florecimiento, es decir, hasta los tiempos de Leónidas, era un verdadero Estado de mujeres, y que sólo la parcialidad y la prevención de los historiadores, imbuidos de cultura masculina, ha podido velar esta realidad. No pretendo ciertamente aminorar el mérito de los Vaerting; pero reconociendo el valor de sus investigaciones particulares, me parece excesiva su afirmación de que se haya mantenido en Esparta, hasta bien avanzada la época histórica, un verdadero Estado de mujeres con cultura urbana. Se olvida que Esparta, en la época todavía fabulosa de su legislador Licurgo (850 an-

tes de J. C.), tenía ya una constitución típica de Estado masculino, con dos reyes, un consejo de ancianos (se llamaban gerontes y no gerusae, como se hubieran llamado, de ser mujeres) y los cinco inspectores, que a su vez vigilaban a los reyes (los cinco eforos). Sobre la vida de los recién nacidos decidían los ancianos (hombres). Según su sentencia, los niños enclenques eran precipitados por una angostura del monte Taygeto. Observemos que en ninguna parte ha establecido la sociedad matriarcal semejantes costumbres, que lesionan el más fuerte de todos los instintos humanos, el instinto maternal de la mujer, que acaba de ser madre. A los siete años se separaba a los hijos totalmente de las madres y se hacían cargo de ellos los establecimientos educativos del Estado. Esto también se opone a los hábitos de la época matriarcal, en la que suelen estar fuertemente constituídas las comunidades familiares y de clan. Los hombres asumían la dirección y la vigilancia de todo el organismo educativo y se inculcaba a los niños la obediencia y el respeto hacia los hombres mayores (casados). Por lo demás perseguíase, con los procedimientos más excesivos de endurecimiento, el hacer de los niños hábiles guerreros. Los hombres tenían el derecho de castigo sobre los niños. También se perseguía el endurecimiento de la juventud femenina, para obtener de ella vigorosas madres; pero no se les aplicaba tanto rigor como a los niños, ni las flagelaciones públicas que los muchachos habían de soportar sin una queja. No encontramos, pues, la inversión típica del verdadero Estado de mujeres: el endurecimiento físico de éstas y la enervación de los hombres. El fin que se perseguía era un fortalecimiento general de ambos sexos, de los futuros guerreros y de las futuras madres. Por eso en Esparta practicaban desnudos los ejercicios gimnásticos tanto los hombres como las mujeres. La desnudez masculina estaba, por otra parte, también en Grecia en vigor. Pero sobre la «desvergüenza» de la desnudez femenina en los ejercicios gimnásticos, se expresa indignado el poeta trágico ateniense Eurípides:

«Nunca encontrarás en su casa a las hijas de Esparta;  
Se mezclan con los hombres jóvenes.  
Despojadas de sus vestidos, desnudas las caderas  
Para la misma lucha. En verdad, me parece  
Semejante conducta ignominiosa.»

También ha de atribuirse a esta tendencia a la sencillez y al fortalecimiento físico el peinado uniforme, que prescribía la ley a las jóvenes espartanas, así como también el indumento—tanto de hombres como de mujeres—opuesto a todo adorno y halago. Como consecuencia de esta educación de las jóvenes, fundada en el endurecimiento físico, «la mujer—advier-te muy justamente Margarita Weinberg—no podía representar en la vida del pueblo espartano un papel subalterno; estaba criada para la belleza fuerte, con carácter viril. Tampoco le debía faltar sentido de la propia dignidad y espíritu activo, que encontraría ocupación apropiada cuando los hombres estuviesen en campaña y dejasen el gobierno en sus manos». A causa de las frecuentes ausencias de los hombres, por las constantes guerras, aumentó gradualmente la influencia de las mujeres en las cosas públicas, pues junto con los ancianos inútiles para la guerra constituían ellas la clase directora, frente a los esclavos y los extranjeros, que carecían de los derechos de ciudadanía. Por eso intervinieron intensamente en las cuestiones públicas. Plutarco refiere detalladamente el hecho de que, con motivo del mencionado conflicto—sólo de 200 años anterior—entre Agis III y Leónidas, «unas mujeres se pusieron de parte de Agis (el reformador) mientras otras se dirigieron a Leónidas para que hiciera fracasar los planes de Agis, pues estas mujeres veían en el régimen de igualdad una amenaza a su prestigio, a su poder y a sus riquezas... La masa del pueblo se puso entonces del lado de Agis...» De lo anterior se colige, sin duda, la intervención de la mujer en las cuestiones políticas; pero no, como deducen los Vaerting, la dirección política femenina o su predominio parcial o exclusivo, esto es, el Estado de mujeres.

Es, por otra parte, característico de la cultura masculina algo en que los Vaerting no reparan o no mencionan, por lo menos: que los jóvenes no podían casarse hasta los treinta años. Es, en efecto, típico de la cultura masculina el comercio

sexual y el matrimonio con mujeres jóvenes; así como es típica la elección del hombre joven por la mujer, cuando ésta logra imponer su preponderancia. También se opone a la tendencia propia del matriarcado predominante la costumbre del raptó de la novia, costumbre típica del predominio masculino, costumbre que se introduce y mantiene en todas partes donde el hombre ha conseguido hacer de la mujer su esclava. Tampoco mencionan esta costumbre los Vaerting. Para lograr la abstención y la moderación en la esfera sexual, debía mantenerse secreta la comunidad del matrimonio a los ojos de los camaradas del esposo y de los deudos de la esposa. Esto se opone, empero, al criterio del predominio femenino. La mujer está fisiológicamente dotada para un comercio sexual mucho más intenso; y ya hemos visto el papel importantísimo que representa la satisfacción intensiva del instinto sexual, en los lugares en donde la mujer impone su mando. Como el hombre vivía exclusivamente en camaradería, no existía, en realidad, verdadero matrimonio. Algo parecido hemos encontrado en la época matriarcal, cuando el clan materno aparece en primer término. Pero no tenemos noticia de una estructura de clan materno en Esparta.

Las anteriores circunstancias evidencian, en todo caso, un carácter cultural masculino muy acentuado en el Estado espartano. También es elocuente en este sentido el culto preponderante de las deidades masculinas en Esparta. Cuando los dorios, cuyos principales representantes son los espartanos, invadieron el Peloponeso, hacia el 1104 a. de J. C., suprimieron en todas partes—según Herodoto—el culto de la madre universal, Demeter, e introdujeron sus dioses.

Tanto más es comprensible, empero, que sorprendiera la situación de la mujer en este pequeño Estado sin par, cuyo único fin era crear hombres aptos para la guerra y robustas paridoras. En efecto, esa situación era mucho más privilegiada que en los Estados vecinos, menos belicosos. Hemos dado ya la explicación sociológica de este hecho. Según ella, nos aparece Esparta con el carácter peculiar de un Estado masculino; pero que, a causa de la persistencia de su riqueza agraria, mantuvo en grado mucho más alto los restos de la época matriarcal, que el progresivo mundo circunstante de los Estados

comerciales. Ayudó muy especialmente a la conservación de los restos matriarcales en Esparta el hecho de que, en parte, encajaran admirablemente en el plan eugénico del Estado, que se proponía sobre todo la crianza de robustas madres y de hombres aptos para la guerra. Como demuestran M. y M. Vaerting, rige en la sociedad matriarcal—como en la patriarcal—una moral doble. Sólo cuando la mujer da la pauta, reclama para sí libertad sexual y exige la fidelidad conyugal del hombre. El fin principal de la mujer espartana consistía en la producción de una raza físicamente fuerte, en traer al mundo niños saludables, promesa de buenos guerreros futuros. Con este fin eugénico exclusivo se avenía muy bien la libertad sexual y de elección, por parte de la mujer, que regía en el antiguo matriarcado. Según la descripción de los autores antiguos, que sólo podían manifestarse desde el parcial punto de vista de la época patriarcal, existía en Esparta la costumbre de que un hombre, físicamente débil, pidiese a un amigo más fuerte que engendrara en su mujer un hijo, del que él era considerado como padre. Extrañaba grandemente a los demás pueblos que permitiera esto la costumbre espartana, pues los otros pueblos defendían la más rigurosa vigilancia de la mujer, para garantizar así la propia paternidad. Efectivamente, tenía la mujer espartana derecho a buscar fuera del matrimonio—con el objeto de asegurarse una descendencia robusta—un hombre físicamente aventajado. El historiador E. Mayer deduce de este hecho que la poliandria era una costumbre espartana. Pero la mayoría de los testimonios demuestran que el matrimonio único regía en Esparta y que sólo se permitía—en oposición al criterio patriarcal predominante en otras partes—con fines eugénicos a la mujer una libertad sexual, desconocida fuera de Esparta. Mas no pudiendo interpretarla como resto de una época matriarcal anterior, se condenó esta costumbre como inconcebible degeneración, y se la estigmatizó, desde el típico punto de vista del orgullo masculino, calificándola de ignominiosa sumisión del hombre.

La misma falta de comprensión se revela en las palabras del filósofo griego Aristóteles (384-322 a. de J. C.), representante característico de la cultura ática, antípoda de la espartana (lacedemonia): «Los pueblos combativos y belicosos, como

son los lacedemonios, caen siempre bajo la dominación de las mujeres.» La historia de los pueblos guerreros evidencia—puede decirse que en cada una de sus páginas—precisamente lo contrario.

El mismo valor hemos de dar a las noticias de Plutarco, que dice que en Esparta no existían adúlteros, siendo, en cambio, desconocida la fidelidad conyugal de la mujer y considerándose incluso como honroso el adulterio femenino. Si, en efecto, las leyes de Licurgo favorecían claramente a la mujer, en lo referente al adulterio, hay que tener en cuenta que este privilegio, resto de la época matriarcal, se mantuvo únicamente porque se compadecía perfectamente con el más alto sentido de la eficacia eugénica. El mismo sentido podemos atribuir a la afirmación del poeta ateniense Eurípides (484-406 a. de J. C.) de que la espartana, si lo deseaba, podía no conducirse casta y virtuosamente. Este juicio es según el código de las costumbres atenienses; pues la virtud espartana exigía precisamente que una mujer hermosa, es decir, fuerte y saludable, abasteciera al Estado de hijos tan robustos como fuese posible, sin importarles que éstos fueran matrimoniales o extramatrimoniales. Desde su punto de vista patriarcal esto parecería, naturalmente, a los atenienses un execrable desenfreno. Por eso condena Platón en sus escritos los vicios de las espartanas y Nicolás Damasceno refiere indignado que la mujer espartana tenía derecho a hacerse fecundar por el más hermoso, es decir, por el más fuerte de los ciudadanos o de los extranjeros. Sobre todo el filósofo Meiners (fines del siglo XVIII) ha protestado violentamente en su *Historia del sexo femenino* contra la inmoralidad de las espartanas y contra las leyes antinaturales de Licurgo, «que convertían a mujeres y doncellas en hombres y mancebos». Dice también que si las otras griegas encomiaban la vida feliz de las espartanas, esta inversión del orden sexual, establecido por Dios, era una dicha aparente y sólo posible entre hombres degenerados; como siempre es síntoma cierto de decadencia moral la autoridad de las mujeres en pueblos «nobles», pero «corrompidos» (!) A esta opinión sobre «la autoridad de las mujeres en Esparta» hay que darle naturalmente el mismo valor que a los desahogos de Plutarco y Aristóteles. En un tono despectivo semejante se ha expre-

sado siempre el orgullo viril, al referirse a las instituciones de libre feminidad. Los defensores de la cultura masculina y los enemigos de la concesión de igualdad de derechos a la mujer suelen calificar aún hoy al hombre, que aboga por la independencia femenina, de hombre débil y afeminado, de siervo sexual de la mujer.

Que la libertad sexual de la mujer no es siempre indicio seguro de un Estado de mujeres y de predominio femenino, puede verse también en los modernos intentos de eugenesia propugnados por el fanatismo racial germánico, que no está lejos de aprobar la igualdad de derechos de la mujer y aun el privilegio femenino. Hace años hablaron los periódicos de una «Liga de Midgard», cuyos miembros, tanto mujeres como hombres, habían de ser de raza pura auténtica, de tipo germánico, tener ojos azules y ser rubios, altos y esbeltos; proponíanse fundar colonias eugénicas, en las que los hombres y la mujeres podrían elegir libremente la pareja más adecuada y cambiarla a voluntad. El hecho de que los jóvenes célibes fueran objeto de burlas en Esparta no debe considerarse como prueba de un Estado femenino, según pretenden los Vaerting. Es más bien indicio de la tendencia eugénica vigente en este pueblo; aunque sea, por otra parte, exacta la observación de que el celibato suele ser objeto de burlas en el sexo dominado. (La vieja solterona es un producto del Estado masculino.) Se pretendía en Esparta, por encima de todo, utilizar hasta el límite máximo la potencia generadora de los hombres; y siendo aproximadamente igual el número de individuos de cada sexo, se consideró el matrimonio por parejas como el medio más adecuado. Por eso perdían los célibes en Esparta el derecho de ciudadanía y se les obligaba a desfilar desnudos alrededor del mercado, en determinados días, entonando una canción, en que ponían en evidencia su propia ignominia y reconocían sufrir un castigo merecido. Encontramos siempre una tendencia semejante en los estados masculinos, cuando los problemas referentes al mantenimiento del vigor corporal pasan a primer término. Al iniciarse la decadencia romana, por ejemplo. Ya César (100 a 44 a. de J. C.) había establecido recompensas para el matrimonio y Augusto (63 a. de J. C. a 14 después de J. C.) dictó severas leyes contra el celibato y la falta de hijos.

Defendió estas leyes contra las murmuraciones de los «balleros» en un discurso inflamado en que decía: «Traicionáis a la patria y la dejáis desierta y estéril... Una vida sin mujer y sin hijos decís que os permite moveros libremente, ir adonde queréis y cuando queréis. Mas no pensáis que con ello no sois más que los bandidos y los animales salvajes.» Esto, en una época en que aún regía el patriarcado en Roma y en que apenas iniciaba la mujer su lucha por una mayor independencia. Hasta los tiempos del emperador Claudio, en el siglo III después de J. C., no fué suprimida la tutela que sobre la mujer ejercían los consanguíneos masculinos.

Ha de considerarse no como prueba y ejemplo de un Estado femenino, sino como consecuencia evidente del fin procreativo, que predominaba en el Estado espartano, el hecho de que se equiparase el hijo natural al legítimo, y aún más el hecho de que el hombre considerase como propio el fruto de la unión de su mujer con otro hombre, así como que las mujeres se mostrasen orgullosas de los hijos que había engendrado en ellas un hombre hermoso fuera del matrimonio— como Timea, la esposa del rey Agis, se mostraba orgullosa del hijo que en ella engendró Alcibíades, el ídolo de los griegos, hambrientos de belleza—. Naturalmente, el fin procreativo predominante trajo por consecuencia el que no llegara a implantarse en Esparta la prostitución, esa funesta práctica del régimen patriarcal, causa de la esterilidad y la más temible amenaza para todo principio eugénico. Es, pues, muy exacta la observación de Plutarco de que los mercaderes de prostitutas no iban a Esparta, porque no había allí negocio para ellos. Los Vaerting tienen razón al decir que la prostitución de la mujer es desconocida en las situaciones matriarcales, las cuales apenas conocen principios de prostitución masculina, y que la prostitución de la mujer es un producto típico del predominio masculino. Pero la ausencia de prostitución femenina en Esparta no es por eso una prueba de la existencia de un Estado espartano de mujeres. En definitiva, es difícilmente aceptable la tesis de los Vaerting, que consideran como indudable realidad la existencia de un régimen femenino en Esparta, aun en los tiempos de Leónidas. Los datos históricos son escasos y en parte poco claros. Se nos presenta, por el



contrario, Esparta, desde el punto de vista sociológico, como un típico Estado masculino, en sus organizaciones y en la administración del Estado, desempeñada exclusivamente por los hombres, y así como en el peculiar carácter del fin procreativo dominante.

Mas porque este fin eugénico no era posible lograrlo con la mujer del harén, débil y mimada, de una cultura masculina no organizada para la procreación y requería una mujer corporalmente endurecida y por lo tanto necesariamente libre y resistente; porque, además, el fundamento radicalmente agrario de la producción conservó obstinadamente en su carácter los restos primitivos de la época matriarcal, resultó esta extraña—única, podríamos decir—estructura social del Estado espartano en la época protohistórica: un acusado predominio masculino, un Estado de carácter guerrero, de presa, y al mismo tiempo el fenómeno excepcional de una peculiar independencia de la mujer, como resto de una época matriarcal prehistórica.

c) *Megara*.—Evidentemente tuvieron también su época matriarcal la ciudad de Megara, situada en el Istmo—próxima a Corinto—y su colonia Calcedón, en el Bósforo, frente a Bizancio. El culto telúrico de Ceres (diosa de la agricultura, madre tierra) constituía el punto central de la religión megárica. Primeramente se adoró a Ino-Leucotea, en cuyo santuario se pedía salvación para los hijos de los hermanos. Como ciudad dórica contribuyó también Megara fuertemente a la conservación de las costumbres matriarcales. En la colonia de Calcedón poseían las mujeres casadas y las viudas una especial independencia. Por eso se decía de ellas que cuando hablaban con extraños o con jueces, sólo acostumbraban a velar una mejilla. También la madre universal Demeter era venerada de antiguo en Megara y tenía allí su templo. Sólo más tarde se introdujo el culto de Apolo.

d) *Creta*.—Creíase antes que era Creta el centro de la cultura primitiva griega prehelénica, la sede de la más antigua cultura en suelo griego, desde donde irradió a toda Grecia. Las últimas excavaciones han demostrado—según el discurso pronunciado por el profesor Karo-Halle, en sesión de la Sociedad alemana de antropología, en 1925, sobre «La pre-

historia del Egeo»—que no existen en el Egeo restos del paleolítico y que los del neolítico aparecen en dos centros de cultura completamente independientes entre sí: el uno en Creta y el otro en la Grecia central y septentrional (Micenas y Orcomenos). En Creta se han encontrado utensilios de cobre y objetos egipcios y babilónicos del año 3000 a. de J. C. Se sitúa la época del florecimiento cretense entre los años 2000 y 1500 a. de J. C. Son numerosas las relaciones que se evidencian entre Creta y Egipto y el Asia anterior. La cultura micénica se manifiesta, en cambio, completamente independiente, sin la menor relación con Creta, en sus grandes centros de Micenas y Orcomenos, de los siglos XIV y XV a. de J. C. La cultura micénica procede del norte y constituye la raíz de la cultura griega posterior.

En la época del ingreso de Creta en la historia, había desaparecido ya el matriarcado, pero prevalecían aún algunos restos. Todavía en la Creta histórica estaba en uso la expresión: «Creta, mi *matria* querida.» Aelian y Platón refieren como curiosidad el hecho de que los cretenses digan «*matria* querida». Claramente matriarcal es también el más antiguo culto cretense, el de la madre universal, Demeter, culto que tuvo su origen en Creta, desde donde se propagó a las ciudades griegas. Según Diodoro: «en la isla fecunda de Creta, en el barbecho tres veces arado, ejerció Demeter el amor con Jasios; la diosa inmortal con el hombre mortal». Como todas las fábulas semejantes sobre el comercio entre diosas y hombres mortales (Tetis, madre de Aquiles, diosa del mar y Peleo), es ésta también un resto de la época matriarcal, en que preponderaba la mujer. Jasios no tiene más papel que el de fecundador, «y una vez cumplida su misión de momento, desaparece inmediatamente de la escena» (*Bachofen*, pág. 34). Igualmente matriarcal es el mito cretense del nacimiento de Zeus que surge del seno maternal de Rhea. En esta fábula cretense, pasa el padre Cronos por completo a segundo término. El Zeus cretense sólo tiene madre y es, característicamente, mortal; en Creta se enseñaba su sepulcro. En el ciclo fabuloso del rey cretense Minos, representan las mujeres el papel principal: su madre Europa, que es raptada por Zeus en forma de toro; su esposa Pasifae que pare al hombre toro, al minotauro; su hija

Ariadna, que conoce la salida del laberinto, y sus hermanas Fedra, Gorgo y Baltes. (Fedra que se casa con Teseo, intenta, inútilmente, seducir a su hijastro Hipólito, le acusa injustamente ante Teseo y se ahorca cuando Hipólito muere.) En el mito cretense es sustituido el matriarcado por el elemento masculino de las fuerzas naturales, que se representa especialmente en forma de toro. (Bajo esta forma rapta Zeus a Europa.)

Con especial claridad nos hace ver el mito cretense cómo todas las grandes maternidades telúricas llevan una doble existencia: como tierra y como luna. Con la introducción del patriarcado iníciase un tránsito gradual del culto de la luna al culto del sol, en tres fases, apareciendo primero la deidad masculina como fuerza viril de la naturaleza, después como toro lunar y, finalmente, como toro solar. En un principio oculta el mar húmedo el falo fecundante; después, el toro es símbolo de la luna, que envía rayos generadores (signo lunar al lado del toro), y al fin se convierte en toro solar (Dionysos griego con cabeza humana y cuerpo de toro).

Según Teodoro Däubler, el museo cretense de Herakleion contiene pinturas murales (frescos) del palacio primitivo de Minos, en Knossos, donde puede verse claramente: «que la mujer debió llegar a una situación de valimiento extraordinaria y tal vez de derecho». (Tenemos una interesante visión cultural de la Creta matriarcal, en la época de tránsito del matriarcado al patriarcado, en la obra de Mereschkowski, *Tutancamen en Creta*. Munich, 1926. Allgemeine Verlag-sanstalt.)

e) *Lemnos, Lesbos y Samotracia*.—A situaciones matriarcales primitivas en la isla de Lemnos, situada frente a los Dardanelos, alude la famosa fábula del crimen de las mujeres lemnias, que Apolodoro cuenta de la siguiente manera:

«Se embarcaron primeramente para Lemnos los argonautas bajo Jasón. No había entonces hombres en la isla, en la que dominaba Hipsipila, hija de Thoas. La causa de ello era la siguiente: las lemnias habían descuidado el culto de Afrodita y la diosa las castigó con dysomía (privación del atractivo erótico femenino). Para huír de ellas, uniéronse los hombres con jóvenes prisioneras de la Tracia vecina. Irritadas las

lemnias por esta humillación, asesinaron a sus padres y esposos. Sólo Hipsipila ocultó y amparó a su progenitor, Thoas. Por eso dominaban entonces en Lemnos las mujeres. Con ellas se mezclaron los argonautas a su llegada. Hipsipila compartió con Jasón el tálamo y nacieron de esta unión Ennaeos y Nebrofonos.»

Ingenuamente nos ofrece esta fábula un admirable trasunto del proceso sociológico de evolución, en sus resultantes psíquicas. La mujer agricultora, que empieza a preponderar económicamente, se rebela contra el hombre y queda sustituida la dominación masculina por el predominio de la mujer. Pero ésta pierde con ello los encantos eróticos femeninos. Aunque domine, pronto volverá a ser la sierva del hombre y su subordinada: que tal es el destino de las mujeres. Las lemnias dan a sus hijos el nombre paterno; el amazonismo y el matriarcado han sido ya superados. Hipsipila misma se mostrará más tarde madre abnegada. Reaparece en Nemea, en la Argólide (Peloponeso) como aya del hijo del rey Arquemoros. Un oráculo le había prohibido dejar al niño sobre el suelo. Entonces lo ocultó en una opulenta mata de hiedra, donde le mató el dragón de las fuentes. En memoria de Arquemoros e Hipsipila premiábase al vencedor de los juegos nemeos con una corona de hiedra.

Además de Lemnos las islas de Lesbos y de Samotracia formaban también entre los lugares que figuraban como escena de la fábula de las amazonas o de una antigua «dominación de mujeres». La ciudad de Mitilene, en Lesbos, es designada como ciudad de amazonas y es el principal centro del culto órfico matriarcal. Que la mujer tuvo una posición importante en Lesbos, a diferencia del papel oscuro que representaba en Atenas, como administradora doméstica, dedicada a la crianza de los hijos y sin participación en las cosas públicas, demuéstalo la gran poetisa griega Safo, nacida en Erebos, en Lesbos (600 a. de J. C.), y celebrada como la décima musa. Es característico que se le atribuya la perversión erótica del amor entre mujeres, llamado también amor lésbico. Así como en las ligas de hombres y en la cultura unilateral masculina (como es la cultura patriarcal de Grecia) adquiere gran auge el amor entre hombres (pederastia), igualmente en las

situaciones matriarcales con predominio y asociaciones femeninas, aparece el amor entre mujeres.

De Samotracia nos dice el mito que la amazona Myrina, sorprendida por una tempestad, consagró la isla yerma a la madre de los dioses, dándole el nombre de Samotracia, que quiere decir isla sagrada.

Han existido de antiguo, indudablemente, relaciones entre la Lesbos matriarcal y Egipto. A ellas alude la extraña conexión entre el mito de la reina egipcia Berenice—hermana y esposa del rey—y el mito lesbio. Según la fábula, ofreció Berenice sacrificar su cabellera después de la victoria de su esposo. La cabellera fué transportada a las estrellas (constelación de Berenice) como símbolo eterno del amor de la esposa. También es indicio de matriarcado el dato de que las doncellas lesbias podían disponer libremente de su dote, aun en caso de divorcio o muerte del marido, sin que fuera lícito a los parientes masculinos alegar ningún derecho.

f) *Magna Grecia (hérnicos, lócridos epizéfricos). (Colonias helénicas de Italia).*—Naturalmente, las formas matriarcales, o sus restos, se propagaron a las colonias griegas fundadas en Italia en época muy antigua y que, en conjunto, llamamos Magna Grecia. De los hérnicos dice Macrobio que llevaban calzado solamente el pie derecho y que entraban en combate con el pie izquierdo descalzo. Como ha demostrado luminosamente Bachofen, se considera siempre en los misterios el lado izquierdo como símbolo de la maternidad y el lado derecho como símbolo de la paternidad. Así en las procesiones egipcias de Isis llevaban los sacerdotes imágenes de la mano izquierda de la diosa; se creía asimismo que las niñas procedían del testículo izquierdo y entre los Machlys matriarcales de Libia, se sacrificaba (según Plinio) el pecho izquierdo. Fundándonos en estas noticias, hemos de considerar como dudosa la versión de que las Amazonas se quemaban el seno derecho. Esta noticia pudiera obedecer a una falsa interpretación de la época patriarcal posterior, que considerase equivocada la versión tradicional de que se quemaban el seno izquierdo, explicando desde un punto de vista práctico el hecho de quemarse el seno derecho, que dificultaba a las mujeres la acción de tender el arco y el manejo de las armas. La acti-

vidad deportiva actual tan intensa de la mujer, demuestra, sin duda, que los senos no constituyen, en modo alguno, impedimento para los ejercicios corporales. Hasta ahora todas las explicaciones materialistas y prácticas de los fenómenos míticos se han revelado totalmente equivocadas y superficiales. Yo estoy convencido de que la fábula originaria se refería al seno izquierdo de las amazonas, que éstas se quemaban como sacrificio a la tierra madre; pero que las épocas patriarcales posteriores, no sabiendo explicar el fenómeno, lo consideraron como una tradición errónea y sustituyeron el seno izquierdo por el derecho, buscando así una interpretación que pareció evidente al hombre, pues se avenía con la falta o penuria de aptitud física de un tipo de mujer degenerado, con protuberancias grasas y senos colgantes.

En todo caso, la costumbre del pie izquierdo descalzo de los hérnicos alude a que éstos «se reconocían como vástagos y adoradores de un gran principio femenino de la Naturaleza» y demuestra que pertenecían originariamente a los pueblos maternos.

También pertenece a la Magna Grecia la ciudad marítima de la Italia inferior situada en el promontorio Zefirion y llamada por ello Lócride Epizefirii. De sus habitantes nos dice Bachofen que, según Polibio, «atribuían toda su gloria y esplendor a su ascendencia femenina y no a la masculina», y que entre ellos ejercían el culto en los sacrificios, no los manebos, como entre los sículos, sino las jóvenes de los cien linajes nobles. Como madre primigenia consideraban los lócridos a Afrodita, a cuyo culto se entregaban las doncellas.

El más antiguo linaje de la tierra maternal de la Lócride, el del rey fabuloso Opus, se remonta a la Protogeneia. La Lócride era llamada «matria» y a los hijos se les daba el nombre de la madre. La reina era venerada religiosamente por su esposo, por sus hijos y por todo el pueblo. Consideraba invulnerable a aquél a quien ella protegiese. Ejercía la más alta magistratura.

Es famosa, sobre todo, la reina de los feacios, Arete, que concilió la disputa entre Jason y Medea. (Los feacios, que habitaban en la isla de Corfú—Scheria—, eran afines de raza con los lócridos y los lelegos.) También es de origen matriarcal la

fábula del perro como guía de la colonia entre los lócridos. El perro es el animal típico del ciclo de cultura amazónico. También alude al matriarcado lócrido el mito de la competencia délfica en la cítara (lira) entre el lócrido Eunomos y el rregino Ariston.

Ariston pidió a los délficos, que como él adoraban a Apolo (patriarcado), que se pusieran de su parte. Eunomos ponía en duda la aptitud de los rreginos para la competencia en el canto, pues entre ellos hasta las cigarras eran mudas. Quedó vencedor finalmente Eunomos, pues al rompérsele una cuerda descendió una cigarra y compensó el tono que faltaba. La cigarra aparece en numerosos testimonios como representación de la maternidad de la tierra (de donde la creencia de que procrea en la tierra) y de la ascendencia materna unilateral. Este mito significaría, por lo tanto—calificado repetidas veces de incomprensible por Bachofen—, el triunfo del matriarcado lócrido sobre el patriarcado rregino.

g) *La Élide*.—La Élide es el territorio del Peloponeso situado al oeste de Esparta, en la más grande depresión de la península, por lo que también se le llama Élide cóncava. Sobre la historia primitiva de los dorios (espartanos) ha hecho, por vez primera, Otfried Müller—uno de los famosos *Siete de Gottinga*—investigaciones fundamentales. Los habitantes de la Élide estaban bajo el influjo absoluto de Esparta.

Su dialecto es casi igual al espartano. En el culto de la Élide representaban las diosas—como en el de los minios, de que hablaremos más adelante—un papel muy importante. También encontramos entre ellos muchos de los restos matriarcales conservados por los espartanos.

El mito de la Élide venera a la madre Molione y celebra la abnegación con que contribuyen las mujeres a la maternidad por el país.

Según Pausanias—según nos dice Bachofen en la pág. 217 de su obra—, el rey Augias había encomendado la defensa de su país contra Hércules al tesalio Anarínkeos y a los hijos de Aktar, Eurytos y Kleatos. Contra ellos nada podía Hércules. Por eso les sorprendió, tendiéndoles una emboscada cerca de Kleonai, cuando iban a los juegos ístmicos. La madre Molione siguió, incansable, las huellas del asesino; prohibió, final-

mente, a los habitantes de la Élide su participación en los juegos ístmicos, y amenazó a quien desobedeciera su mandato con la maldición maternal. Después de una segunda campaña de Hércules, las mujeres de la Élide, a cuya mayor parte les habían raptado los maridos, se entregaron a maridos temporales, prometiendo a Atenea, si este ayuntamiento era fecundo, dedicarle un templo bajo el nombre de «Madre Atenea».

«Así como Molione protege el país por medio de sus hijos contra Hércules, y es ella la que toma a su cargo la venganza del crimen y lanza la maldición acatada en todos los tiempos, así también son las matronas de la Élide las que, con el sacrificio de su castidad, piden auxilio a la gran madre uránica contra el enemigo de todo poder femenino, contra Hércules.»

Menciona también Pausanias el antiguo consejo de las dieciséis matronas de la Élide, que desempeñaban la más alta magistratura en las contiendas públicas. Las mujeres desempeñaron igualmente durante mucho tiempo todavía servicios especiales en el culto. También califica Bachofen de matriarcal el viejo mito del rey Oenomaus que ordenaba la muerte de todos los pretendientes de su hermosa hija, Hippodamia, que fueran vencidos por él en la carrera de carros. Pero esta interpretación de Bachofen es errónea.

Sólo podríamos calificar de matriarcal esta fábula, si fuera la hija misma la que interviniese en la lucha, entregándose como esposa al que la venciera (Brunhilda). Pero en la forma descrita parece tratarse más bien de una fábula patriarcal, de un ejemplo—al igual que otros muchos—de la lucha de los tiempos primitivos entre los padres y los hijos púberes para apoderarse de la mujer codiciada por todos.

Tiene carácter matriarcal, sin embargo, el hecho de que Hippodamia, la hija, sea heredera de la corona; pues en las antiguas situaciones patriarcales sólo los hijos heredaban el poder. En aquellos tiempos son siempre indicio de costumbres matriarcales las mujeres que heredan y ocupan tronos. Una cosa muy distinta es la costumbre de la época patriarcal posterior (nueva época), en la que llega a ser tan esencial la conservación de la propiedad privada y en que está tan fuertemente acusado el sentido de la comunidad familiar que, a



falta de hijos, heredan las hijas los títulos y propiedades (María Teresa).

El esposo de Hippodamia, Pelops, fué después el introductor del patriarcado heráclida-apolíneo. En la estirpe de Pelops es reconocida la línea de sucesión masculina. Se considera también a Pelops—por quien Poseidón se consumía en nostalgia amorosa—como representante del Eros patriarcal masculino, lo mismo que Hércules en su amor por Hylas.

h) *Mantinea*.—Probablemente existieron también costumbres matriarcales en la antiquísima ciudad de Mantinea, en la Arcadia oriental. En ella vivía una de las más famosas mujeres griegas, Diótima, celebrada por Sócrates, y cuyo nombre dió el poeta alemán Hölderlin a su ideal femenino. Los griegos la relacionaban estrechamente con Safo, y Sócrates dice de ella (en el Simposion platónico): «Poseía la ciencia del vaticinio y una alta sabiduría en muchas otras cosas; procuró a los atenienses, en un tiempo, cuando llevaban diez años de hacer sacrificios para aplacar la peste, la detención de la epidemia, y me enseñó el arte de amar.» Mantinea estaba, por otra parte, en íntima relación cultural con Samotracia. De la madre universal Demeter proceden los misterios (τελετή) llevados por mujeres a Arcadia y comunicados a mujeres exclusivamente.

i) *Orcómenos (minios)*.—Orcómenos era la ciudad antiquísima de los minios fabulosos, que habitaban al noroeste del lago Copais, y a los que se atribuían relaciones remotas con la cultura egípcia (como a Creta, Micenas y Atenas). Otfried Müller ha estudiado la posible relación primitiva entre los egipcios y los minios que, según la fábula, refieren el origen de su cultura a un rey de nombre semejante (Menes o Min en Egipto, Minias en Orcómenos). Según Müller, es sorprendente la semejanza entre la geografía de Egipto y la de Orcómenos: «el Melas se desborda como el Nilo; el lago Copais está cubierto por las mismas islas flotantes que los lagos interiores de Egipto»; a ambos les es común el tejido de telas, practicado de antiguo, y la adoración de la anguila. Como hemos dicho ya, las más recientes excavaciones han demostrado que la cultura griega septentrional no manifiesta relaciones con Creta ni con Egipto. Se la considera, por el con-

trario, completamente independiente. El gran parecido con Egipto procede precisamente de la semejanza—muy exactamente vista por O. Müller—de las condiciones previas en la técnica de la producción.

Pero lo que para Otfried Müller constituye, junto a la causa principal del «parentesco primitivo», sólo un fenómeno concomitante: la semejanza de las condiciones naturales, esto precisamente es para el concepto sociológico moderno la causa originaria determinante: el fecundo desbordamiento de un río y su aprovechamiento para la agricultura. Esta semejanza de condiciones de producción traen por resultado formas sociales semejantes; entre ellas un fuerte carácter matriarcal.

Es característico el hecho de que rigiera en Orcómenos como culto principal el de las carites, las diosas griegas de la gracia: Aglaïa (esplendor festival), Eufrosyne (alegría) y Talía (dicha vital), las gracias de los romanos.

Un profundo significado tenía además entre los minios el culto de Demeter-Europa, la madre universal, que es mencionada unas veces como nodriza de Trefonios, el dios del agro, y otras veces como su madre. También aparecen como deidades de los minios Kora o Persefone, la hija de Zeus y de Demeter, más tarde esposa del dios de la muerte Hadés, y la diosa serpiente Herkina. A ambas se las conjuraba al mismo tiempo que a Zeus. A la última se la menciona también como hija de Trefonios y como primera sacerdotisa de Demeter en Lebadeia y más tarde como la misma diosa Demeter-Herkina. Es igualmente digno de mención el hecho de considerar a Demeter como fundadora de la agricultura.

Menciona Bachofen, como prueba de un antiguo matriarcado entre los minios, el mito de las hijas de Minias, con sus escenas de canibalismo. Según Plutarco, las hijas de Minias, Leucipa, Arsinoë y Alkatoë, durante un arrebató de locura sintieron el deseo de comer carne humana. Echaron a suerte entre sus hijos y correspondió a Leucipa entregar a su hijo Hipeos para ser descuartizado. Sus maridos «fueron llamados psoloeis (ψολοίαι) porque llevaban vestiduras manchadas como signo de dolor y de duelo; pero a ellas se las llamó aiolieiai (Αιολείαι), que quiere decir crueles, criminales, y así llaman todavía los orcómenos a todas las mujeres de este linaje. Y to-

dos los años, en la fiesta de Agrionía, son expulsadas y perseguidas por el sacerdote de Baco, con la espada en la mano. El sacerdote tiene incluso el derecho de matar a la que alcanza, lo que efectivamente hizo en mi tiempo el sacerdote Zoilus». Este hecho tuvo, empero, una consecuencia funesta, pues Zoilus se vió atacado por una úlcera, leve al principio, pero que empezó después a devorarle de tal modo que se pudrió vivo, muriendo de una muerte miserable. La misma ciudad de Orcómenos sufrió por ello grandes daños y castigos; por lo cual se desvinculó de la familia aquella el sacerdocio, eligiendo en adelante como sacerdote al más digno entre todos. Ovidio nos da el complemento del mito, diciéndonos que después del hecho, tocó Hermes con su caduceo a las hermanas, convirtiéndolas en una corneja, en un murciélago y en un mochuelo. Antonia hace notar además que sólo tuvo lugar el tránsito al orgiasmo báquico, cuando el dios abandonó la forma de muchacha, en que se apareciera a las hermanas, transformándose ante ellas en un toro, un león y una pante-ra—animales adscritos a Baco—y haciendo manar leche y néctar de su boca.

El mito muestra claramente, en orden sucesivo, tres períodos y situaciones en Orcómenos: la primera época amazónica, con el asesinato de los niños; la introducción del culto báquico—igualmente matriarcal—con orgías eróticas y sacrificios cruentos; y la tercera época, que se inicia con la supresión del antiguo sacrificio de sangre. Siempre es matriarcal el culto de Dionysos (Baco), pues éste no se revela a los hombres, sino a las mujeres. Sólo las mujeres celebran las fiestas de Baco como fiestas fálicas, llevando un enorme miembro viril. El dios sólo acepta sacrificios de mujeres. Al mismo tiempo se evidencia la conexión del misterio báquico con el principio maternal: «Llaman las mujeres de la Élide y de la Argólide, para que venga de las olas—al dios de pies de toro, que venga y las fecunde.» A muchas mujeres otorga su favor: a Semele, a Ariadna, a Aridela, a Nicea, a Altea, a Aura, a Pelene, a Beroë y a Semele-Luna, la madre universal que da a luz el huevo. Por mandato de Zeus es educado Baco, al principio, como una niña. «Todas las grandes deidades femeninas, todas las madres de la naturaleza, espléndidas y sustentadoras, tienen

contacto con él, a veces en desposorio sagrado.» «Como Liber, ofrece él a Libera el huevo, de que él mismo surgió con presencia incontenible, Eros de la naturaleza nunca en reposo.» «Dionysos se revela primeramente a la mujer, que es la primera que le reconoce y acepta, y le impone con la espada o con la doctrina. En la mujer funda Dionysos su señorío; a ella otorga su favor y de ella recibe su servicio.» «A la mujer ha desvelado y confiado el misterio de su religión.» «Todavía en las descripciones de las bacanales romanas se hace notar expresamente la exclusión de los hombres.»

Síntoma típico de matriarcado es el hecho de que las mujeres maduras reclamen hombres jóvenes. A esta exigencia de las mujeres pone fin el nuevo patriarcado. Dionysos es sacrificado y le guardan duelo las mujeres que le habían lacerado y comido por mandato de los hombres.

También en este mito encontramos el tránsito del culto báquico matriarcal al patriarcado. Este tránsito viene preparado por la eliminación del elemento instintivo orgiástico en el culto de Baco. Baco se transforma en dios lumínico, en Bacchus Uranius, siendo sustituido por el dios patriarcal de la luz, inmaterial completamente: por Apolo.

j) *Carios y milios (leleges)*.—También han existido en tiempos antiguos situaciones matriarcales—según Bachofen—en Caria, en el extremo suroeste de Asia Menor, región vecina a Licia, el país típico del matriarcado y atravesada por el famoso río Meandro.

Dice la fábula que los jonios mataron a los padres y hermanos de las mujeres carias, tomando a éstas por esposas. Pero ellas juraron—de madres a hijos—no nombrar nunca por su nombre a los hombres, ni comer con ellos. Esta fábula pone de manifiesto la independencia de la mujer, que, viviendo bajo el matriarcado, se encontró convertida en sierva del conquistador jonio.

En relación inmediata con los carios están los leleges o milios, llamados así por Lelex o por su hijo Milos, en cuyo linaje—según Estrabón—hereda la hija el poder. Éstos fundaron el santuario de Hera en la isla de Samos. Reinas famosas de los leleges fueron las hermanas Artemisa y Ada, que vivían unidas en matrimonio con sus hermanos. De ellos nos

dice Estrabón: «Hekatomnus, el rey de los carios, tenía tres hijos, Mausolo, Hidrico y Pixodaro y dos hijas; de las cuales la mayor, Artemisa, tenía por esposo al hermano mayor, Mausolo; y la más joven, Ada, estaba casada con el segundo de los hermanos, Hidrico. Mausolo, que tenía el poder, murió sin hijos y dejó el gobierno a su esposa, que le erigió el *mausoleo*. Muerta ella, a consecuencia del hondo dolor que le produjera la pérdida de su esposo, subió al trono Hidrico y, como muriera de resultas de una enfermedad, le sucedió su esposa Ada. Ésta expulsó a Pixodaro, el último hijo de Hekatomnus, quien acudió al sátrapa persa, invitándole a compartir el poder. Entonces murió Pixodaro también y quedó el persa dueño único del gobierno. Él fué quien, en unión de su esposa Ada, hija de Pixodaro y de la capadocia Afneis, defendió la ciudad de Halicarnaso contra Alejandro, que la sitiaba. Ada, la hija de Hekatomnus, que había expulsado a Pixodaro, acudió a Alejandro con la súplica de que le devolviera el poder, que le había sido arrebatado, ofreciendo de su parte toda clase de ayuda y colaboración, asegurando que el pueblo entero estaba de su lado y entregando Alinda, donde ella misma vivía. Alejandro alabó el hecho y nombró reina a Ada.»

En el matrimonio predomina la madre, y goza de gran veneración la madre universal Demeter.

También es indicio de matriarcado el hecho de que entre los carios sea el perro animal sagrado; pues el perro suele estar preferentemente adscrito a deidades femeninas—Diana, Mana Geneta, Hekate, Isis—, particularmente en la fase amazónica del matriarcado, como Bachofen llama a la más antigua época matriarcal.

Vemos, pues, extendido el matriarcado por todos los pueblos primitivos prehelénicos de Grecia y del Asia Menor griega. Las migraciones constantes, que inician la historia, sólo están aclaradas en parte. Desaparecen y reaparecen estos pueblos con distintos nombres. Pero los restos de su cultura matriarcal se han conservado frecuentemente en la cultura helénica patriarcal posterior.

k) *Lidia*.—En el Asia Menor occidental, en el territorio situado detrás de la Siracusa actual, habitaban los lidios, pueblo indogermánico perteneciente al ciclo cultural griego, y uno de

los pueblos cultos, cuyo florecimiento se sitúa en la época prehistórica. El reino de Lidia alcanzó su mayor extensión bajo el monarca fabuloso Creso, cuya riqueza es aún hoy proverbial. Creso fué vencido en el año 546 a. de J. C. por el rey de los persas, Ciro, cuya vida pertenece, igualmente, más al mito que a la historia. Lo que sabemos de los lidios procede, sobre todo, de los historiadores griegos Herodoto y Estrabón. Herodoto, «el padre de la historia» (500-424 a. de J. C.), cuya veracidad es de antiguo conocida, visitó Lidia en el curso de sus grandes viajes, unos cien años después de la caída de Creso. Entre otras cosas nos habla de un gigantesco mausoleo, que compara con las enormes pirámides de Egipto y de Babilonia, y que, según las inscripciones vistas en él por Herodoto, había sido construído por mujeres. Esta leyenda alude indudablemente a una época anterior, si no de Estado de mujeres, de predominio femenino cuando menos. Pero he de observar que se trata de un caso único. No es imposible que Herodoto, que sólo dominaba la lengua jónica, haya sufrido una confusión y se trate de un monumento construído bajo el gobierno de alguna reina—como los jardines colgantes de Semiramis, en Babilonia—por esclavos masculinos y arquitectos. Dice además: «Entre los lidios y entre casi todos los demás bárbaros, avergüenzase mucho un hombre cuando se le ve desnudo.» El sexo predominante inculca siempre preferentemente el pudor sexual en el sexo dominado—como han hecho notar los Vaering por vez primera—al exigir su castidad, que es la que origina el pudor.

Cuenta también Herodoto que entre los lidios rige una división del trabajo invertida, que el hombre hace el trabajo doméstico y la mujer trabaja fuera del hogar; y que son las mujeres las que buscan a los hombres.

Refiriéndose a los lidios, hace notar Klearch: «El llegar a estar dominados por las mujeres es siempre consecuencia de la rebelión violenta del sexo femenino contra afrentas que se le han hecho. Entre los lidios fué Onfalia la que ejerció, la primera, esta venganza e impuso a los hombres la dominación femenina.»

Las noticias de Herodoto aluden a una época matriarcal prehistórica de los lidios. No se encuentra en estas noticias

una prueba de que Lidia fuese un verdadero Estado de mujeres, como tampoco se encuentra en las de Estrabón que, entre otras cosas, cuenta que los lidios se rizaban el pelo y la barba, se frotaban los dientes, se recortaban las uñas y llevaban joyas de oro, y que las lidias sostenían y pagaban amantes cuando lo deseaban (principios de prostitución masculina). Por otra parte, Estrabón (nació en 63 a. de J. C.), que viajó por Lidia hacia la época del nacimiento de Jesucristo, sólo nos refiere tradiciones y leyendas. Nada decisivo puede decirse con tan escasas fuentes. En todo caso muestran los lidios restos indudables de una época matriarcal prehistórica.

### Roma.

Son numerosas las referencias a una época matriarcal prehistórica en Roma. Según Giraud-Teulon, se daba en Roma el nombre de patricios = hijos de padre, a la clase predominante, porque ésta se había organizado en forma de patriarcado, cuando aún reconocía el matriarcado la clase dominada, los plebeyos, cuya gran protectora era, característicamente, la diosa Ceres. En el concubinato romano antiguo ve Bernhöft el matrimonio matriarcal de ayuntamiento, en oposición al matrimonio perfecto de los patricios.

También Wolfgang Sorge considera la organización del concubinato romano como un resto de matriarcado. A diferencia de la manceba griega, la *pallake*, que vivía—con otras—como esclava del varón, era la concubina romana, la *paetex*, compañera libre y única del hombre. Estaba ciertamente fuera del derecho sagrado y ciudadano, pero no bajo el dominio del hombre. Y los hijos pertenecían sólo a la madre.

También tiene probablemente su origen en la época matriarcal el papel importante que representaban las vestales, las sacerdotisas vírgenes de la diosa del hogar, Vesta, que a través de todas las fases de la acusada época patriarcal romana, disfrutaron de una situación especial y de la veneración general. Con el ingreso en el *atrium Vestæ* quedaba la vestal libre de tutela. Tenía derecho a legar su propiedad, según su voluntad. Se utilizaba preferentemente el templo de Vesta para

guardar testamentos y documentos. También pueden comprarse restos de una época matriarcal anterior, tanto en el culto femenino de la *Bona Dea*, como en el papel que la mujer romana, la matrona, desempeñaba en la educación de los hijos.

Como ha hecho notar, entre otros Bader, en los más antiguos tiempos de Roma se destacó claramente el influjo de la mujer en la vida social y familiar. Esto se refiere especialmente a los sabinos, que estaban todavía organizados matriarcalmente y con los cuales, según la fábula, fundaron los romanos su Estado. La fábula refleja, efectivamente, el tránsito de la estructura matriarcal a la patriarcal, que tuvo lugar en la ciudad recién fundada.

Según la fábula, fundó Rómulo, en memoria del rapto de las sabinas, las *matronalia*, una fiesta femenina. Puede observarse, en efecto, la influencia matriarcal de las sabinas dentro del Estado organizado patriarcalmente por Rómulo. Típicamente matriarcal es también la liberación de la mujer—atribuida a Rómulo—de toda clase de servicio doméstico, con excepción del trabajo de la lana.

También se manifiesta un influjo matriarcal en la costumbre de ceder el paso a las matronas, en la calle, con la mayor cortesía. Quien las importunara con palabras o acciones insolentes había de comparecer ante el verdugo. El hombre que repudiaba a su mujer debía cederle la mitad de sus bienes, si no era por adulterio o por envenenamiento. Aun durante la época de la más fuerte tutela de la mujer por el hombre, mantuvieron estas leyes su vigencia. En el momento de la boda, la mujer recibía la llave, como símbolo de presidencia del hogar. No vivía encerrada en sus aposentos como la griega; tomaba parte en las comidas y en la conversación del hombre, recibía visitas y era llamada *domina* = señora, por los deudos y por el propio marido.

También evoca la época matriarcal primitiva la piedra llamada *umbilicus* = ombligo, colocada en el Foro, desde los más antiguos tiempos y considerada como centro de Roma y del orbe entero.

Bachofen menciona diversos indicios de remotas situaciones matriarcales en el pueblo romano. Detrás de las más an-



tiguas fábulas, la de la fundación de la ciudad y la del rapto de las sabinas, se ocultan, evidentemente, procesos históricos de tránsito del matriarcado al patriarcado. Según Bachofen fué ya introducido el patriarcado por Rómulo, el fundador de Roma; pero la unión con las mujeres sabinas trajo por consecuencia una fuerte inserción de índole matriarcal. El segundo rey fabuloso de Roma es Numa Pompilius, un sabino, bajo el cual es lógico que el influjo matriarcal acentuara especialmente su vigencia. A causa de la ascendencia maternal —pues las madres son todas sabinas— se llaman los romanos quirites, por la colonia sabina del Quirinal. En la más antigua ley de Numa se encuentra la expresión matriarcal *paricida* = parricida, para designar todo asesino; pues todos los hombres son hijos de la madre tierra. (*Paricidium* = asesinato de los padres, es decir, asesinato de aquéllos de quienes hemos nacido.) También existía de antiguo en Roma el culto de la madre tierra itálica *Ops-Terra*. Tan antiguo como éste era el culto de la gran diosa madre Ceres. Como sacerdotes cereales, figuran los ediles al frente de la administración de la justicia. En la misma relación que los ediles, respecto de Ceres, están los pretores y cónsules, que desempeñan la más alta magistratura del Estado, respecto de la *Bona Dea*, cuya fiesta se celebraba siempre en la casa del pretor o del cónsul. Representa esta diosa la base maternal del bienestar del Estado. En sus misterios desempeña un papel muy importante la adoración de la *κτεία*, del *sporium muliebri* (ovario?). También en la llamada *ovatio*, el triunfo menor, se encuentran resonancias matriarcales. Mientras el triunfo mayor era cosa del Senado, de los patricios, del patriarcado, tomaban parte en el triunfo menor—que tenía lugar después de guerras no declaradas legalmente, después de empresas victoriosas contra piratas, etcétera—, los caballeros y la plebe (de *πληθος* = muchedumbre) matriarcal. Como no se trataba de una verdadera guerra, según se explicó más tarde ingenuamente, sino de peticiones, como de mujeres, constituía este triunfo un triunfo de Venus. En realidad era una supervivencia del pensamiento matriarcal bajo el patriarcado predominate.

La veneración de la gran protectora de la plebe, de Ceres, equivalía a la adoración de la sagrada maternidad, de lo acen-

tuadamente matriarcal. Ni padre ni hijo podían ser nombrados por esta razón; nada debía recordar la cópula matrimonial ni el patriarcado, en sus misterios. Vemos aquí, pues, claramente, una fase previa del posterior culto de la Iglesia católica romana a María, resto también de matriarcado.

La costumbre griega de caracterizar al esclavo manumiso—como perteneciente a la madre primigenia—con el sombrero oval, encuentra en Roma su equivalente en la ceremonia de sentar a los libertos en un trono de piedra del templo de Fe-ronia, la madre fecunda (encinta) para recobrar de sus manos, bajo la advocación de Fides o Fidonia (diosa de la fidelidad maternal) su derecho natural de igualdad ciudadana.

Hemos visto, precisamente en los ejemplos romanos, con gran claridad—y lo hemos confirmado en los ejemplos griegos—, que el patriarcado era cosa de la nueva clase propietaria, que se atribuía el Poder; mientras el matriarcado se mantenía entre los miserables, los caídos, entre el proletariado de la antigüedad.

### *Cultura egipcia.*

Egipto es uno de los países cultos con mayores restos de matriarcado. Su estructura política alcanza a los tiempos prehistóricos. Se trata de un país en el cual—como en Esparta—la agricultura constituye el centro económico de gravedad; un país, por lo tanto, eminentemente conservador, donde prevalecieron obstinadamente las costumbres primitivas. (Egipto no fué nunca Estado comercial en la medida en que lo fué Atenas o Cartago.) Existe, pues, la posibilidad de un Estado femenino prehistórico. En la época histórica es tan considerable la supervivencia de costumbres matriarcales primitivas que, según la opinión de los Vaerting, «para el investigador objetivo está fuera de duda el predominio femenino».

Las describiremos brevemente. De la poesía erótica que conocemos y de los contratos matrimoniales, que han llegado a nosotros en los papiros, se deduce que la mujer representaba, tanto en el amor como en el matrimonio, el mismo papel activo y predominante que representa el hombre en la cultura tí-

pica masculina. Según Max Müller, contiene el papiro llamado «manuscrito londinense» diecinueve cantos amorosos. En quince de estos cantos aparece la mujer como parte solicitante y sólo en cuatro el hombre. Desde el punto de vista parcial de la cultura masculina, ve en ello Max Müller un signo de depravación moral y considera estos fenómenos como producto de «la fantasía masculina sobreexcitada y de su sensualidad relajada». «Encuentra el egipcio—por encima de todo—el más fuerte incentivo en la descripción de la amante como seductora, que, no contenta con correr detrás del hombre, le tiende lazos con vino y narcóticos.» También Bissing dice claramente: «Lo curioso en estas poesías es que las jóvenes suelen ser el elemento activo, las que buscan al amante o procuran apasionarle.» También confirma Reitzenstein que en Egipto aparecen las mujeres como parte solicitante.

En general, está todavía bajo la órbita de la época matriarcal la vida erótica del antiguo Egipto y aún manifiesta indicios de un acentuado predominio femenino anterior. Así como durante el predominio masculino se considera a la mujer como objeto sexual y se la representa en el arte con rasgos sexualmente acusados, así también se acusa lo sexual del hombre durante el predominio femenino. La diosa Isis fué, según Plutarco, la que instituyó la adoración del miembro viril, el culto fálico, que estaba muy extendido en el Egipto antiguo, de donde se propagó a otros pueblos. Según Herodoto, organizaban las mujeres procesiones en honor del falo en las ciudades y aldeas de Egipto, llevando en ellas imágenes del miembro viril. Es significativo que se encontrara—según los Vaerting—en el sepulcro de una mujer distinguida, en el alto Egipto, un falo embalsamado de extraordinarias dimensiones, que probablemente procedía de un animal sagrado. También en la más antigua representación erótica de Egipto, la del papiro de Milán, aparece el hombre con el sexo especialmente acusado; la mujer, en cambio, asexuada.

Ya el historiador griego Diodoro—que vivía en la época del nacimiento de Jesucristo—refiere que en Egipto, en la fórmula del contrato matrimonial, el hombre promete solemnemente obedecer a la mujer; lo mismo que, en el rito judaico cristiano del predominio masculino, promete la mujer ante el

altar sumisión al hombre. Estas noticias encuentran confirmación en los papiros interpretados por Spiegelberg y procedentes de la época egipcia antegriega. Si bien señala su fecha una diferencia de más de trescientos años, contienen las mismas cláusulas para el contrato matrimonial. En el más antiguo de los papiros declara la mujer contratante a su marido: «Si te despidiera como esposo, por aborrecerte o por querer a otro más que a ti, te devolveré la mitad de tu dote y también una parte de cuanto adquiriera contigo mientras estemos casados.» En los papiros posteriores encontramos la misma referencia al derecho exclusivo de divorcio por parte de la mujer. Pero los contratos matrimoniales que han llegado hasta nosotros no concuerdan siempre en este sentido. Según Ploss, dice Jorge Ebers: «Los contratos matrimoniales (de los papiros) nos enseñan que en la sociedad egipcia, severamente monógama desde los tiempos más remotos, se procedió en los matrimonios con gran cuidado por ambas partes. En algunos casos hasta se llegó a alianzas de prueba. Novia y novio se tendían la mano, pero con el previo acuerdo de que el matrimonio careciera de vigencia legal. El hombre se reserva la facultad de disolver la alianza; pero se compromete, antes de llevar la mujer a su casa, por medio de un contrato legal, a pagarle una indemnización en caso de repudio, y si tuviese de ella un hijo, a nombrarle heredero. Si la compañera respondía a lo que de ella esperaba, la elevaba el hombre a la categoría de esposa legal y, hecho esto, quedaba unido a ella hasta la muerte.»

En todo caso era el hombre quien decidía en el matrimonio de prueba del Egipto antiguo. Según Ploss, debía durar éste un año. Si era repudiada la mujer, se le devolvía la dote y se le daba, además, un regalo de boda y una suma de indemnización. Pero si se la elevaba a la situación de esposa, reconociéndola como «señora de la casa», se le concedían nuevos y ventajosos derechos; entre otros, al parecer, el derecho exclusivo de divorcio.

Comprueba Lincke que antes y después de Tolomeo III (247-222 a. de J. C.), la mujer se reservaba el derecho exclusivo de divorcio. El hombre debía en este caso entregarle una suma, que ella hacía inscribir preventivamente como hipoteca sobre sus bienes.

Esto parece responder a una especie de fase de tránsito entre una situación estrictamente matriarcal y el nuevo patriarcado que, por muchos motivos, aún no ha conseguido imponer su predominio exclusivo. Las contradicciones en los testimonios de los distintos investigadores se explican por la procedencia de su documentación, de épocas y lugares distintos.

Según Ploss, proceden la mayor parte de los contratos matrimoniales, de Tebas, donde, como veremos, se mantuvo obstinadamente la costumbre matriarcal. Aquí se le aseguraba a la mujer, además de la dote, una anualidad (el marido debía tener ingresos por lo tanto). Tenía también que comprometerse el marido—como garantía de paz conyugal—a no llevar a la casa otra mujer, y a pagar una multa considerable en caso de no cumplir este compromiso. Este matrimonio matriarcal se llamaba matrimonio *nobt-t-pa*. Con la época tolemeica se fué imponiendo gradualmente el matrimonio patriarcal griego.

Según Diodoro, «no se imponía a la mujer en Egipto la fidelidad conyugal». No era, por lo tanto, el hijo extramatrimonial una deshonra para la mujer, siendo, por el contrario, equiparado al legítimo. Como consecuencia de ello, estaba poco extendida la prostitución en el antiguo Egipto antegriego. Más tarde, bajo la influencia del carácter griego patriarcal y de la vida oriental, fué Alejandría la ciudad más prostituida del mundo.

Procede también, indudablemente, de la época matriarcal el matrimonio temprano de los jóvenes, que era común en Egipto, y del cual se dice, según Max Müller, en el papiro de Bulack: «Procúrate una esposa mientras eres joven, para que procee un hijo que sea tu trasunto. Si pare, siendo tú joven, eso está bien.»

Ya en los sepulcros de los faraones y altos magistrados del antiguo período de los constructores de las pirámides—cuarta dinastía (Cheops y Chefren)—, se designa a la mujer como «señora de la casa». Y en cartas de negocios de papiros procedentes de los años 300-1200 a. de J. C., habla el hombre frecuentemente de su mujer como de una «soberana», y confirma que obedece sus instrucciones. En una carta del año 1100 an-

tes de J. C., dice un arrendador, que quiere despedir a su arrendatario, pero que no lo hace por mandato de su mujer: «He regresado a la ciudad. Te he dicho que no te dejaría cultivar más. Pero he aquí que la compañera de mi hogar, esta soberana de mi casa, ha dicho: no quites el campo a Pa-neb-en-uzad; cédeselo y déjale que lo labre. Y así cuando llegue a ti mi carta, encáminate al campo...»

Se comprende, pues—por todo esto—, que el gran trágico ateniense Sófocles (496-406 a. de J. C.) se burlara—según Jorge Ebers—de «los siervos de mujeres en el Nilo».

El influjo de la mujer se manifiesta también en la estimación general de la inteligencia del sexo femenino. Y hasta en el culto religioso se refleja un concepto de la superioridad mental femenina. De las dos deidades principales en la época de florecimiento de la cultura egipcia, la femenina, Isis, era la legisladora, la representante activa de la inteligencia; su hermano Osiris, el dios bienhechor, el representante de lo sensible. Por eso estaba inscrito en la columna de Isis, según Diodoro:

«Lo que yo he elevado a ley, nadie puede disolverlo.»

En la columna de Osiris, en cambio:

«No hay un lugar en el mundo donde yo no haya ido a repartir mis beneficios.»

Desde Egipto se propagó el culto de Isis por todo el mundo antiguo y en todas partes encontraron—según Cumont—«Isis y la Cibeles asiática los más entusiastas y generosos prosélitos en las mujeres, que hicieron por ellas la más activa propaganda». También son elocuentes la leyenda referida por Plutarco de que fuera Isis la fundadora de la religión egipcia (inexacto, como veremos luego) y la noticia de Herodoto de que las hijas del fabuloso rey egipcio Danaos, las famosas Danaïdes, llevaran a Grecia los ritos de la Isis egipcia, introduciéndolos en las consagraciones de Demeter y enseñándoselos a las mujeres de los primitivos habitantes pelasgo-griegos, entre las que tuvieron aceptación, pues el mismo Herodoto dice: «Más tarde, cuando toda la población del Peloponeso hubo de emigrar ante la invasión de los dorios, desaparecieron los ritos sagrados. Sólo se conservaron entre los arcades, que fueron los únicos peloponenses que no emigraron.»

Como ya hemos dicho, se han comprobado por las modernas excavaciones que existieron relaciones entre Creta, Egipto y Babilonia y que la cultura micénica antigua y la de Orcómenos son independientes. En todas partes hubo épocas prehistóricas matriarcales con una diosa principal femenina: en la cultura egipcia, Isis; en Creta, Demeter; en Orcómenos igualmente una deidad omnimaterna (Demeter = Europa). Cuando se hicieron más vivas las relaciones entre Creta y Grecia, se adscribieron los distintos «cultos de deidades omnimaternas» a la misma diosa. En vez de suponer que el culto egipcio de Isis se introdujo en Creta y en Grecia en forma de «culto de Demeter», debemos pensar—pues es más probable—que surgieron por todas partes, en los más antiguos centros culturales, con la cultura matriarcal, «deidades omnimaternas» que más tarde, con las más fáciles comunicaciones y las relaciones más intensas, se reconocieron como distintas advocaciones de una misma diosa. La leyenda vió después en el centro cultural de más viva expansión (Egipto) el país de origen de este culto.

Bachofen ve con razón en la fábula de las Danaides, hijas del rey egipcio Danaos, un sedimento de los antiguos tiempos matriarcales egipcios. Recuerda fuertemente a la fábula lemnia (véase pág. 135). Tampoco consigue la Danaide Hypermnestra matar a su esposo. La fábula demuestra también, claramente, que los hijos de Egipto violan audaces el derecho de las doncellas a disponer libremente de sí mismas.

«El matrimonio por la violencia es lo que consideran las jóvenes como lesión de su derecho más alto y a él preferían la muerte. Habiéndoles sido impuesto, se vengan con las bodas de sangre.»

Esta fábula representa el tránsito del matriarcado al patriarcado y el triunfo de éste, pues las Danaides son castigadas por su acto—matriarcalmente justificable, pero reprobable desde el punto de vista patriarcal—a la pena eterna de sacar agua inútilmente en el Hades. También en la *Historia egipcia* del sacerdote Manetho, escriba del templo de Heliopolis, que vivió hacia el año 300 a. de J. C., se menciona el nombre de Danaos. Según él, es Aegyptus el sobrenombre del faraón Sethos (1350 a. de J. C.), y Danaos el del faraón Armais, a

quien sucedió Rhamsés II. Eusebio menciona a los hermanos Rhamsés (dinastía 18) = Aegyptus y Danaos = Armais.

La fábula se referiría, según esto, al período egipcio medio. Está, sin duda, helenizada, especialmente en la condenación del hecho de las Danaides. Pues el triunfo del pensamiento exclusivo patriarcal desdice del criterio egipcio, en el cual se mantienen con fuerte insistencia caracteres matriarcales.

No sólo en el castigo de las Danaides por su crimen imperdonable, según el criterio patriarcal, sino en el destino ulterior de Hypermnestra, se pone en evidencia el triunfo del patriarcado. De su matrimonio con Linceo proceden los fundadores del régimen patriarcal Perseo y Hércules. «Al amazonismo de las mujeres sucede el heroísmo de los hombres, que en lucha, acaba con los reinos femeninos líbicos.» (Bachofen, pág. 145.)

Muestra Bachofen preferencia especial por la idea de que la corta trayectoria del predominio femenino está determinada, según las fábulas primitivas, «por la decadencia motivada por la degeneración y el abuso sangriento del poder». Olvida que estas fábulas, en su totalidad, han llegado a nosotros en la forma de una parcial interpretación patriarcal posterior y que son, por lo tanto, falsificaciones conscientes o inconscientes. Pero es cierto que su fondo cruento puede no ser siempre una invención. Indudablemente, el poder femenino, consciente de sí mismo, no abandonó sin lucha el campo. El sedimento de estos acontecimientos trágicos cae de lleno en el país de la fábula, cuyo contenido apasionante sigue siendo tema preferido por los artistas para sus creaciones.

Sobre el indicio esencial de la época del matriarcado, la nominación según la madre, tenemos testimonios contradictorios. Según los Vaerting, la tradición evidencia, de manera incontestable, que era en Egipto costumbre dar a los hijos el nombre según la madre. Sólo después de la conquista de Egipto por Alejandro Magno (332 a. de J. C.) se impuso a los egipcios—según los Vaerting—el patriarcado griego. Sin embargo, prevalecieron obstinadamente las costumbres locales y en los documentos de aquella época se nos da la ascendencia materna en el texto egipcio y la ascendencia paterna en el texto griego. Otros investigadores se expresan con menos decisión. Dice



Erman que predominaba la costumbre de inscribir en la columna de los muertos la ascendencia según la madre. Y E. Mayer hace notar que, por lo común, se daba a los hijos el nombre según la madre. Según Ploss, en los sepulcros de las personas de calidad del antiguo imperio (dinastía 1. — 10.) se encuentra frecuentemente el nombre de la madre junto al del padre y también el nombre de la madre solo. También se ponen aquí en evidencia—como en los contratos matrimoniales—indicios de una época de tránsito.

En la época de los Tolomeos fué abriéndose camino, cada vez con mayor intensidad, el pensamiento patriarcal griego, contribuyendo a un descenso de la vigencia social de la mujer. Bajo los últimos Tolomeos debía la mujer—según Banse—hacer voto de obediencia a su marido y señor, y se acentuó la imposición de la fidelidad sexual en ambos cónyuges.

De origen matriarcal es también la costumbre egipcia de que, para los derechos legales de los hijos, decidía (según los Vaerting exclusivamente) la situación de la madre, pues si una mujer libre se casaba con un esclavo, eran los hijos libres. No me ha sido posible comprobar este dato.

Probablemente se sitúa el matriarcado en la época primitiva de la cultura egipcia. Originariamente no constituía Egipto un Estado único. Había un gran número de tribus o federaciones comarcales, que se reunieron más tarde en un Estado único. Como hace notar Brugsch, estaban estas comarcas primitivas—*nomos*—regidas por funcionarios hereditarios. Su cargo se heredaba según la ley del sobrinazgo, «del tío materno al sobrino mayor». Esta forma de derecho es típica de la sociedad matriarcal.

Por el veraz Herodoto—es decir, con cierta garantía histórica—conocemos la costumbre matriarcal que atribuye especialmente a las hijas la obligación de sostener a los padres: «Los hijos no necesitan sostener a los padres, pero las hijas deben hacerlo aunque no quieran.»

Esta costumbre se explica por las circunstancias sociológicas. Según los hábitos matriarcales era el marido y no la mujer quien traía al matrimonio la dote, que pasaba íntegra a manos de la mujer. Y esto sucedió hasta la época de los Tolomeos. En el antiguo Egipto tenía la mujer—según los

Vaerting—derecho exclusivo de propiedad (véase página 153), pues según noticias de origen griego pasaban íntegros a la novia los bienes del novio. Max Müller encuentra exagerada esta noticia. Según los Vaerting, ha sido confirmada por documentos encontrados posteriormente. La noticia no puede ser exacta en esta forma, porque es ilógica. Si sólo las mujeres tenían derecho de propiedad, ¿cómo podía pasar a la novia la propiedad del novio? Todavía en los tiempos de Darío (551-485 a. de J. C.), decía la mujer de la dote de su marido: «me pertenece». Y la palabra mujer significaba en Egipto, en su forma arcaica, «la que viste a su esposo». En todo caso, pasaba la propiedad de la casa de manos del marido a las suyas; de donde la expresión «señora de la casa». Como también tenía a su cargo—según Herodoto—el trabajo fuera del hogar, es natural que se atribuyera también la obligación de sostener a los padres ancianos.

Diversos autores griegos nos refieren la división invertida del trabajo como sorprendente curiosidad.

Así dice, por ejemplo, Edipo—en la tragedia de Sófocles *Edipo en Colonos*—a sus dos hijas:

«¡Ahl! ¡Cómo imitan las costumbres del pueblo egipcio en el sentido y en el modo de la vida!

»Allí permanece la muchedumbre de los hombres en la casa y trabaja en el telar. Las mujeres, en cambio, sin descanso, proveen afuera lo necesario para la vida.»

Herodoto refiere detalladamente que en Egipto «todo estaba invertido» entre ambos sexos; que las mujeres proveían los asuntos fuera del hogar, y los hombres hacían el trabajo doméstico. Comprueba también, como cosa curiosa, que los distintos sexos evacuaban inversamente sus necesidades: las mujeres de pie y los hombres en cuclillas. Según Bachofen, el historiador Nimfodoro, siracusano, confirma las noticias de Herodoto. Dice que se atribuye la introducción del dominio femenino al rey fabuloso Sesostris, al cual adoraban también los egipcios como inventor de la medicina y la escritura. Bachofen hace notar que, aunque generalmente se designa con el nombre griego de Sesostris al faraón Rhamsés II (1348-1281) del imperio Medio, debemos ver, indudablemente, en el fundador del derecho femenino, de la escritura y de la medicina, a

Sesostris-Sesartosis, de la tercera dinastía del antiguo imperio.

A la división invertida del trabajo, que Herodoto mismo observó en 480 a. de J. C., se refieren también las llamadas liturgias, de que nos habla Erman. Se entiende por tales las listas de cargos honorarios y trabajos públicos a que estaban obligados los egipcios. Esos cargos eran hereditarios, en parte, por línea femenina. De la época de los Tolomeos se han conservado testamentos, por los cuales heredaban hijos e hijas las liturgias. También los más antiguos cantos conocidos aluden a la división invertida del trabajo. En ellos aparecen los hombres cuidando de la colada, de los lechos, de la provisión de lienzo y aceite. Las mujeres ejercían, entre otros oficios, el de la captura de pájaros, entonces muy importante. Diodoro llega a decir: «Las mujeres desempeñaban todas las magistraturas y cargos públicos. Los hombres tenían a su cargo el trabajo doméstico, como entre nosotros las mujeres, y vivían sometidos a la voluntad de sus esposas. No se les permitía servir militarmente, ni el acceso al gobierno, ni a cargos públicos, que pudieran infundirles mayor decisión, induciéndoles a oponerse a las mujeres. Los niños eran entregados, recién nacidos, a los hombres, que los criaban con leche o con otros alimentos, según la edad.»

Se trata aquí de la eterna exageración del prejuicio patriarcal, «lesionado en su orgullo viril», que además no concuerda—como veremos—con los documentos.

También Erman nos dice que los niños de pecho estaban al cuidado de los hombres. Todavía en los principios del imperio Medio tenían los príncipes y las princesas ayos, a quienes llamaban nodrizas. «Así era el príncipe de El Kab, bajo Amenhotep I (2000 a. de J. C.), la nodriza del príncipe Uadmes y Semnut, el favorito de la reina Chnemtomun, la nodriza de la princesa Ranofre.»

También entre los Faraones imponen su vigencia los influxos matriarcales. Pero es exagerada la referencia de Diodoro de que la reina tuviera en Egipto mayor poder que el rey; pues no es prueba suficiente el hecho de que en los documentos anteriores a la época los Tolomeos se nombrara a la reina antes que al rey. De mayor peso es el testimonio

de M. Duncker, de que en las esculturas de Rhamses y su esposa están esculpidas estas palabras:

En la de Rhamses: «Llego hasta el Padre en el séquito de los dioses, que él admite siempre en su presencia.»

En la de la reina: «Ved lo que dice la diosa esposa, la madre real, la señora del mundo.»

La reina es, pues, ella misma diosa, mientras que el rey cuenta sólo en el séquito de los dioses. Pero es equivocada la afirmación de los Vaerting de que la abdicación de Thutmosis I (hacia el 1580 a. de J. C.) a favor de su hija Hatschepsut es un ejemplo de la fuerza del poder real femenino. Thutmosis I se había casado con la última princesa de la dinastía de los hicsos; y, muerta su mujer, hubo de dejar el trono, tras largas luchas, por motivos legitimistas, a su hija, que llevaba en las venas la sangre divina de los Faraones. Esto puede suceder, como lo demuestra la sucesión de María Teresa, en períodos del más acentuado predominio masculino.

En estas circunstancias es sorprendente que no estén esculpidos los nombres de las reinas en las listas de monarcas de los templos de Tebas y Abydos. Los Vaertings pretenden que se trata de una falsificación de época patriarcal posterior. Refiérense al hecho de que Manetho, el más antiguo autor egipcio—que ciertamente pertenece ya a la época de los Tolomeos—, incluye varios nombres femeninos en la lista de monarcas egipcios y de que en Tebas existieron, durante mucho tiempo, monarquías femeninas. (Es característico el hecho de que Erman, desde su punto de vista patriarcal, las llame «soberanas nominales».)

Diodoro, que dice claramente que «la reina goza de más poder e inspira mayor respeto que el rey», defiende también el criterio opuesto: «En todas las demás épocas (es decir, exceptuados los tiempos de los reyes etiópicos, pérsicos y macedónicos) han gobernado Egipto monarcas indígenas: 470 reyes y 5 reinas, de todos los cuales tienen crónicas los sacerdotes en sus libros sagrados, que desde los tiempos más antiguos han pasado de unos a otros.»

Entre las cinco reinas sobresale la primera Nitokris, en quien se extingue la sexta dinastía del antiguo imperio. Rubia y de ojos azules, fué alabada por los egipcios como la

mayor belleza y la más insigne heroína de su tiempo. De ella refiere Estrabón el siguiente mito: «Mientras se bañaba un día, arrebató un águila una de sus sandalias y voló con ella hacia Menfis, y la dejó caer en el seno del rey, cuando éste se ocupaba de sentenciar, al aire libre. Curioso el rey por las graciosas proporciones del zapato y por lo extraño del suceso, mandó que se buscara a su dueña por todo el país, haciéndola su esposa y erigiéndole, después de su muerte, la tercera pirámide, la más artística y rica.»

La situación de las reinas responde al mito de Isis y Osiris, en que no se manifiesta un predominio único de la mujer (Estado femenino), sino más bien una situación de igualdad de derechos, con alguna mayor vigencia del hombre en el gobierno y la política exterior, y con alguna mayor vigencia de la mujer en la herencia, la sucesión, en lo familiar y lo sexual.

Es característico, en este sentido, lo que Manetho refiere de los hermanos Rhamses II y Armais. Cuando Rhamses partió contra los fenicios nombró virrey a su hermano Armais, «transmitiéndole íntegro (así dice Josefo, siguiendo a Manetho) el poder real, con la excepción de que no se ciñera la diadema y que respetara a la reina, madre de los reales hijos, y a todas las concubinas reales». Como Rhamses, conquistador atrevido, se alejara cada vez más, «hizo Armais violencia en la reina y en las concubinas, ciñó la diadema y se levantó contra su hermano. Avisado Rhamses por el Sumo Sacerdote, emprendió el retorno y recobró su reino». (Es el Rhamses que lleva el sobrenombre de Aegyptus. Armais es Danaos. Véase págs. 155 y 156.)

El mito nos enseña, según Bachofen, que «el que cohabita con la reina—la madre de los hijos reales—es, por este sólo hecho, elevado a la dignidad de rey. La reina es, pues, a pesar de no gobernar directamente, la fuente del poder». Solo en caso de muerte del esposo o del hijo toma la reina las riendas del poder como monarca. «El derecho de la mujer es el de la madre primigenia Isis, que retrocede ante su hijo Osiris, mientras éste está entre los vivos, pero que después de su muerte avanza, en papel activo, a primer término. Siempre está dispuesta a retirarse ante el esposo, ante el hijo; pone en ellos su designio y su desvelo; el gobierno de ellos es el fin único que

persigue. Pero por esto constituye precisamente su deber, cuando la necesidad lo impone, avanzar a primer término, con su consejo, vindicativa y múltiple. Sólo entonces aparece la reina como verdadera Isis, la que gobierna en ausencia de su esposo, después de su muerte castiga a los asesinos y finalmente entrega, imperturbable, el poder a Horus.» (Bachofen, páginas 114 y 115.)

A una situación de igualdad de derechos de la mujer—como en la reina—aluden numerosos monumentos sepulcrales e imágenes, en los cuales la mujer—como señala Ploss—aparece junto al esposo, de pie o sentada, signo evidente de que se la equipara al hombre. En el nuevo imperio—de 1500 a 1200—abundan de tal manera estas representaciones, que han llamado la atención de los investigadores. Así señala Steindorff el hecho de que la esposa de Amenophis IV (1411-1375), Teje, que ni siquiera era de estirpe noble, aparece frecuentemente en los monumentos al lado de su esposo. «Hecho inaudito hasta entonces en Egipto» observa, con evidente desconocimiento de los antiguos tiempos matriarcales. También en los escarabajos (representaciones del escarabajo sagrado [una especie estercórea]) y en los sellos aparece, en esta época, además del nombre del rey, el de la reina. Según Steindorff alude esto al hecho de que «las reinas egipcias salen del retiro en que vivían y empiezan a tomar parte en la vida pública». También la esposa de Amenophis IV—el renovador religioso, que introdujo el culto del sol y se llamó Echnathon—la seductora Nofrete, cuyo busto incomparable se cuenta entre los retratos más perfectos de todos los tiempos, era, como su suegra Teje, de extracción humilde. También aparece siempre al lado de su esposo. Desde un parcial punto de vista masculino Schneider ve en esto el influjo de la extraordinaria Teje—que dominaba a su marido y a su hijo—y observa, mordaz: «¡Una tendencia inaudita! Admitir en la mujer los mismos derechos que en el hombre, lleva al matrimonio de amor...» Sabemos por las excavaciones llevadas a cabo—con fortuna sin precedentes—por Lord Carnarvon y Carter en la tumba del faraón Tut-ench-Amun, que también aparece la esposa al lado del segundo sucesor de Amenophis IV, el favorito real Tut-ench-Aton, a quien fué cedida la segunda hija del Faraón y que

como faraón llevó él mismo a cabo la contrarreforma y se llamó Tut-ench-Amun («Delicioso en la vida es Amun»). En el respaldo espléndido del sillón del trono, una de las obras más bellas del arte egipcio, vemos al rey sentado y ante él, de pie, con la mano puesta confiadamente sobre su espalda, con el ademán y la actitud del igual en calidad, a la reina Anches-en-paton. También Rhamses III (hacia el 1200 antes de J. C.) se ha hecho representar en el atrio del gran templo de Medinet Habu con dos figuras de mujeres adolescentes, probablemente sus hijas. Erman, que no concibe que las hijas puedan ser representadas en esta forma, pretende que se trata de mujeres de harén.

En la época del 1400 al 1200 a. de J. C., ha representado, pues, la reina un papel desconocido en otras partes por aquellos tiempos. Pero ni aun en esta época—de la que proceden también muchos papiros—puede, sin embargo, hablarse de un acusado predominio femenino, ni de un Estado de mujeres, ni mucho menos de una estructura de la sociedad puramente matriarcal. En ésta ocupa siempre el lugar preeminente la mujer más vieja. Pero cuando Echnathon murió, no le sucedió su esposa Nofrete—como tampoco sucedió Teje a Amenophis III—ni la hija mayor, sino su esposo, Sakere, que como partidario de la nueva religión fué destronado por la reacción triunfante. Nuevamente le sucedió entonces, no la hija segunda, sino su esposo Tu-ench-Aton, quien como Sakere, no era tampoco hombre de estirpe real.

Del proceso de la evolución religiosa no puede deducirse tampoco un predominio femenino claro y uniforme. La más antigua mitología alude ciertamente a una época matriarcal originaria, con deidades femeninas. La más antigua deidad egipcia femenina fué la diosa Neith o Nut. Ya la esposa de uno de los primeros faraones, Neithotep, le erigió un templo. Y en un texto, anterior a la quinta dinastía—según Bissing—se dice: «Nut, tú apareces como soberana, porque te has apoderado de los dioses, y de sus almas, y de su herencia, y de sus alimentos y de todo lo que poseían... La tierra entera yace a tus pies, ¡tú la has conquistado! Estrechas en tus brazos a la tierra y a todas las cosas... Lejos de la tierra estabas tú, sobre tu padre Sos, a quien dominas. Él te amaba, le tenías a tus

pies en todas partes. Llevaste hasta ti a todos los dioses en sus navíos; los erguiste como luminarias, como estrellas, para que no se apartaran de ti.»

En otros textos antiguos (Brugsch) se la llama: «Padre de los padres, madre de las madres, la presente, la que ha sido desde el principio.» O: «la madre del sol de la mañana, la creadora del sol de la tarde, la que fué cuando nada existía, la que ha creado lo que existió después de ella.» O: «Nut, la antigua, la que alumbró el sol y la semilla de los dioses y de los hombres. La madre de Ra, la creadora de Atun, era cuando nada existía y creó lo que existió después de ella.»

El culto de Neith como primera deidad debe haberse conservado mucho tiempo después de la introducción de las deidades masculinas; pues Platón habla de un templo de la diosa Neith—que significaba para los griegos Atenea—, en el cual, según le refirieron egipcios, había la siguiente inscripción: «Lo que es, lo que será y lo que ha sido, soy yo. Nadie ha levantado mi jítón. El fruto de mi vientre fué el sol.»

A su lado representa un papel menos importante la deidad masculina Min o Koptos. También éste pertenece a las más antiguas deidades y se le representaba fuertemente sexuado (falo gigantesco). Se nos aparece, según esto, como típica deidad sexual de una época matriarcal. También El Amon de Tebas, era representado como dios de la generación, y probablemente procede de una deidad fálica.

Cuando, más tarde, aumentó el influjo de los hombres, fué atribuída la creación del mundo a deidades masculinas y Nuth convertida en un dios.

En el templo de Abydos hay la siguiente inscripción, de los tiempos del faraón Sethi: «Nun el padre de los dioses.» También se le llama «principio primero», «el principio de lo que está siendo». En Menfis, la capital del «imperio medio» (hacia el 2000 a. de J. C.) se llama a Nun, Ptha. En el Ramesseum, templo sepulcral de Rhamses II (1348-1281 a. de J. C.), se le llama «Ptha-Nun, el antiguo». «Ptha, el padre de los principios, el creador del cielo y del sol y de la luna, el creador de todo cuanto vemos en este mundo.» En Tebas se adoró también a Nun como dios Amon (Amun). En tiempos de los Tolomeos, se le llama: «Amon, el agua primera», o Nun-



Amon, padre del dios de la luz, Ra, el dios más antiguo, el que es desde el principio.» En Elefantina, la isla de los templos, aparece como Nun Chnum y se le llama: «Padre de los dioses, el ser mismo, el que plasma a los hombres y forma a los dioses.» Mientras en las fábulas más antiguas, todavía nace el dios sol Ra de la vaca celeste o de la mujer celeste, le hace surgir la época posterior, en que aumentó el influjo masculino, del agua primera Nun. Se creó, igual que en Grecia, una cronología, una sucesión genealógica de las deidades:

Origen: Agua primera = Atum.

De donde surge: Re = Sol.

Cuyos hijos son: Schu y Tefnet.

Nietos: Ket y Nut, que aparece como nueva diosa; y

Bisnietos: los hermanos Osiris e Isis = Set y Nephtyo.

Más antiguas que estas deidades, originariamente femeninas y después masculinas, son las deidades totémicas locales de la época de la cultura urbana, en su mayoría representadas por animales, signo de la tribu, junto a las cuales aparecen ya en la más remota cultura urbana egipcia prehistórica las deidades cósmicas. Ya en las primeras dinastías se manifiesta claramente el influjo masculino, pues los reyes de la quinta dinastía se consideraban ya como descendientes inmediatos del dios-sol Re, y se designaban oficialmente en su título hijos de Re. Cuando subían al trono adoptaban un nombre compuesto con Re. En el «imperio medio» era, junto a Re, Horus—con la cabeza de halcón de Heliópolis—, frecuentemente fundido con Re, el dios principal de Egipto.

Cuando en el «nuevo imperio» ocupó Tebas el lugar de Heliópolis, se consideró como suma deidad al dios local masculino Amun, frecuentemente fundido con Re, como Amun-Re. Con Amenophis IV recobró su rango la deidad solar de Heliópolis. Declaró al sol dios principal, y le dió el nuevo nombre: Re-Harachte, que alegra el horizonte en su nombre de Schu, que es Aton. (Schu = dios solar de la segunda generación, Aton = nombre del disco solar.) Después se llamó al nuevo dios masculino sencillamente Aton, y en el sexto año de reinado fué declarado dios único, precisamente por el rey Echnathon, que exhibía solemnemente a su lado a su esposa, Nofrete, como compañera de su vida, igual a él en derechos.

Es decir, en una época en que, en imágenes y documentos matrimoniales, se manifiesta fuertemente el influjo de la mujer. El faraón se nombró entonces Echnathon = él es Aton, grato al disco solar. Refería, pues, su nombre a la única deidad masculina reconocida. Bajo su segundo sucesor tuvo lugar, como se ha dicho, la contrarreforma triunfante, que restableció los viejos dioses masculinos de Tebas, donde había habido reinas en la época más remota.

Debe notarse, pues, el extraño fenómeno de que, en esta época, encontremos al mismo tiempo que una sorprendente preeminencia de las reinas, una religión de cultura masculina típica. El antiguo general de Echnathon, Haremhab, que había permanecido fiel a la vieja religión, obligó al débil Tutench-Amun a que abdicara en él la dignidad real. Fundó la dinastía décimonona, a la que pertenecen Usertesen II y Rham-ses II, que figuran en la tradición griega como Sesostris.

Es, naturalmente, imposible—de acuerdo con el proceso que hemos esbozado—que, como dice Ninfodoro, se introdujera bajo su reinado el predominio femenino en Egipto (según los Vaerting). Se trata, más bien, como hemos dicho, del Sesostris de la tercera dinastía del antiguo imperio.

En la época de los Tolomeos, después de la conquista de Alejandro Magno, tuvo lugar la curiosa transformación de que mientras se restringían en la vida ciudadana los derechos de la mujer, pasaba a primer término en la religión egípcia el culto de la deidad femenina Isis. Se comprende así que Diodoro—no siempre digno de crédito—se refiera al absoluto predominio de la deidad femenina Isis sobre su esposo Osiris. En este hecho vió él la causa de la situación de la mujer—inaudita para un griego—que juzgó como predominio de la mujer sobre el hombre. En el culto de Isis y Osiris, es inequívoco el predominio de Isis. En un lamento de Isis a Osiris, dice aquélla: «Tu esposa es el amparo tuyo.» Otra inscripción, mencionada por Brugsch, dice: «Isis, la grande, la madre del dios, la Señora de Tartyra en el templo de Au, la áurea, nacida en la ciudad de los dorados, Pi-nubut, el nacimiento de su hermano Osiris fué en Tebas y el de su hijo Horus en Ous y el de su hermana Nephtys en la ciudad de Diospolis Menor.» Dicen los documentos de la época de los Tolomeos: «bajo la

Hieropole de la gran Isis, de la madre de los dioses». También se practicó principalmente el culto de Isis, cuando adquirió influjo la religión egípcia en Roma, en la época de la emancipación de las mujeres, en los primeros siglos del imperio.

Asimismo se pone en evidencia el predominio de la reina sobre el rey en las relaciones entre Cleopatra y Antonio. «Ella se mostraba al pueblo vestida como Isis. Antonio seguía su litera a pie. Los escudos de los guerreros romanos llevaban el nombre de Cleopatra. Como soberana sobresalía al lado de su esposo (Osiris).» Para el concepto oriental, el derecho de Antonio derivaba exclusivamente de su unión con la reina. «Como nueva Isis, era su designio dominar al capitolio romano, al mundo y a su propio esposo. En la última princesa se erigió el antiguo derecho egipcio en su más rigurosa manifestación.»

A las diversas y abundantes noticias sobre costumbres egipcias, que atribuyen a la mujer igualdad de derechos y aun prerrogativas, se oponen otras que nos demuestran que no puede hablarse de un predominio unilateral, absoluto, de la mujer en Egipto. Dice Herodoto, por ejemplo, que ninguna mujer desempeña el sacerdocio de una deidad femenina o masculina. Siendo decisivo el poder de la casta sacerdotal en Egipto durante milenios, hasta el punto de sobrepujar al del mismo faraón—como nos demuestra el corto episodio de Echnathon—, hemos de considerar errónea la teoría de un Estado de mujeres egipcio.

Hasta qué punto impuso su vigencia el mencionado influjo patriarcal en la época de los Tolomeos, lo demuestra el siguiente pasaje de Diodoro: «Entre los egipcios se casan los sacerdotes sólo con una mujer, los demás con tantas como quieren. Se cría a todo nacido, a causa de la población, porque ello contribuye al bienestar de las regiones y ciudades. A ningún hijo consideran ilegítimo, ni aun al nacido de una esclava comprada. Pues creen ellos que el padre es el origen único de la procreación (un punto de vista totalmente helénico-patriarcal y no egipcio-matriarcal) y que la madre sólo da al hijo sustento y asilo. También consideran masculinos a los árboles que dan fruto y femeninos a los que no lo dan, al revés que los griegos.»

También demuestra la poligamia de la antigua época que junto a las influencias matriarcales mantuvo siempre su vigencia el punto de vista patriarcal. Aunque más tarde se introdujo el matrimonio único, no se prohibió nunca el matrimonio múltiple. Los ricos tenían harenes (ypt), como en todo el Oriente patriarcal, y a sus mujeres, ciertamente extranjeras en su mayor parte—generalmente sirias—, las llamaban «hu'ywt», las reclusas.

Si se consideran todas estas noticias—en su mayor parte, utilizadas también por los Vaerting—sin valorización crítica y sin tener en cuenta la época, puede inferirse, desde luego, la existencia de un Estado femenino secular en Egipto, de un antiguo Egipto, en el cual «el predominio femenino está fuera de duda para el investigador objetivo». También puede defenderse un movimiento pendular: predominio masculino (época antiquísima), predominio femenino (después de Sesostris), predominio masculino (Tolomeos).

Pero ante un análisis sociológico y crítico de la cuestión, aparece la teoría de los Vaerting completamente inadmisibile. Según este análisis, vemos en Egipto—como en Esparta—un país con un centro de gravedad puramente agrario y, por lo tanto, enormemente conservador, un país que surgió—probablemente antes que ninguna otra zona de la cultura humana—de la penumbra prehistórica, siendo introducida la agricultura por la mujer, y con ella una época de matriarcado. El carácter agrario básico, permanente, fué causa de que—a pesar del avance de la influencia masculina durante el temprano, rápido y extraordinario desarrollo de la cultura urbana en pequeños Estados primero, y después en estructuración de gran potencia, con diversas épocas de expansión imperialista—las mujeres conservaran, completas o en parte, muchas costumbres de la época del matriarcado. Por ello no cayeron nunca en el papel pasivo de la mujer completamente sojuzgada, y lograron hacer valer su influjo cerca de los hombres como consejeras y colaboradoras eficaces, si bien lo esencial: gobierno, administración, trabajo productivo, mando militar y comercio, estaban más en manos de los hombres que en las suyas. Se nos presenta, pues, Egipto, con singular peculiaridad, no como Estado femenino, ni tampoco como Estado de

completa igualdad de derechos entre hombre y mujer, sino como forma estatal, cuya historia milenaria muestra diversas alternativas, unas veces de vigencia masculina, otras de preponderante igualdad de derechos entre los sexos, con tan acusados restos de matriarcado prehistórico, que la mujer, en algunos aspectos (matrimonio, economía doméstica), transitoriamente o en períodos más o menos largos, prevalece sobre el hombre. Favoreció su situación el carácter antibélico de estos pueblos, propicio a la mujer. En todo caso, no ha pasado la mujer egipcia por la existencia de inhumana esclavitud que lleva en cultura patriarcal pastoril o en Oriente.

### *Libia.*

También en Libia, vecina meridional de Egipto, existieron en tiempos prehistóricos situaciones matriarcales. También allí era común la inversión de la división actual del trabajo. Los hombres se encargaban del trabajo doméstico y de la crianza de los niños, que se les entregaban recién nacidos. Según Estrabón, mostraban los hombres una gran afición al adorno, se ondulaban la barba y el cabello, usaban muchas joyas de oro y se recortaban cuidadosamente las uñas. «El peinado de los hombres es tan artístico, que para que no se les estropee, raramente se tocan unos a otros durante los paseos. Las tropas parece que están formadas exclusivamente por mujeres (?).»

Realmente se habla con frecuencia en la antigüedad de reinas etíopes.

También el hecho de que sea una mujer—Dido—la fundadora fabulosa de Cartago, alude a situaciones matriarcales entre los fenicios, vecinos noreorientales de los egipcios.

Diodoro refiere, según Bachofen, «que existían en África, en tiempos remotos, diversos pueblos guerreros de mujeres, famosos por su valentía», a semejanza de las Amazonas del Termodon. Su reina Miria conquistó—según Diodoro—gran parte de África y del Asia occidental. Hay también noticias de situaciones matriarcales en Cyrene (Cirenaica, la actual Barka en la costa septentrional de África). Aquí estaba en

pleno vigor el culto de la Isis egípcia entre las mujeres. Igualmente representaba un papel importante en Cyrene la diosa Pallas, en honor de la cual celebraban juegos las libias a las orillas del lago Tritonis.

### *El Oriente.*

En el Oriente histórico y contemporáneo se observa el predominio masculino exclusivo y el avasallamiento de la mujer en forma especialmente acusada. Pueden, sin embargo, encontrarse claros restos de una época matriarcal prehistórica en diversos pueblos orientales.

a) *India (Tibet)*.—Según viejas fábulas de la India, la joven hindú tenía derecho a buscarse marido. Hasta el antiguo código, atribuido al fabuloso Manu—que en el mito indo representa el papel del Noé del Viejo Testamento, pero que en realidad procede de la antigua escuela Manava—, permite (según Jaeckel) a la joven elegir novio a su gusto. Tiene, sin embargo, escasa elocuencia este mezquino resto de una época matriarcal prehistórica, en los tiempos fabulosos de Manu, frente a otras disposiciones que significan para la mujer desprecio y servidumbre. Si—según Estrabón—las mujeres de las cortes hindús se instruían en el manejo de las armas y acompañaban a los hombres en la lucha, ha de referirse esta noticia a la más antigua época.

Puede considerarse como el resto más importante de una época matriarcal anterior, la poliandria extendida frecuentemente entre las tribus primitivas de la India y de Ceilán, principalmente entre las tribus pastoriles (?)—al sur de la India oriental y al este de Calcuta, en los montes de Nilgiri—de los *toda*, *nair* y *cong*; en tribus de Ceilán y entre las tribus indas del alto valle del Indo y otros territorios del Himalaya occidental. Sobre poliandria en Ladakh, al sudeste de Cachemira, dice Ujfalvy:

«Para evitar la división excesiva de la propiedad y también acaso con propósito de economía, es allí costumbre que la joven que ha contraído matrimonio con un hombre, quede libre de tomar nuevos hombres por esposos, a su voluntad.

Forman todos, sin embargo, una sola familia. Por lo general, suelen ser hermanos del primer marido los elegidos posteriormente, y por eso se oye a los hijos hablar de un padre más joven y de un padre más viejo. Puede también elegir la mujer un hombre extraño como esposo e introducirlo en la comunidad matrimonial, sin temor a encontrar oposición. No obstante, hay también casos de hombres que se casan con varias mujeres.»

Sobre la poliandria en el alto valle del Indo, dice Roussetot:

«El matrimonio de varios hombres con una mujer es probablemente el tipo de la más antigua organización social, en los pueblos primitivos del Indo y del Himalaya occidental. La gran antigüedad de esta costumbre queda demostrada por el hecho de que aún hoy la encontramos vigente en diversos pueblos, que están entre sí separados por vastos territorios poblados por gentes que practican la poligamia. Así encontramos la poliandria entre los *nairs*, en el extremo sur de la India; entre los *baiga*, en Gobwana (?); entre los *garros*, en la frontera indochina, y, finalmente, en el Himalaya occidental, en Ladakh, Rapschu y Kulu. Por lo común basta con que el hermano mayor se case para que los demás hermanos queden convertidos en esposos de su mujer... Los hijos dan indistintamente el nombre de padre a todos los maridos de la madre... Además de esta forma común de poliandria, tiene la mujer derecho a elegir uno o varios maridos (no amantes) fuera del grupo de hermanos.»

La poliandria está en vigor, desde muy antiguo, en el Tibet. Dice Wilks: «Pertenece a las más curiosas y apenas percibidas huellas de la más antigua relación del alto Dekan con el alto Tibet, el hecho de que se encuentre extendida la poliandria por todo Kovry, en el alto Dekan, y esporádicamente en las tierras altas del Dekan hasta el cabo Komarin.»

b) *China*.—También en China, donde el destino de la mujer en la época histórica es verdaderamente espantoso, se encuentran indicios aislados, alusivos a la existencia del matriarcado en los tiempos prehistóricos. El signo primitivo que designa el clan es Sin, que en la sociedad china actual todavía representa un gran papel. Está compuesto, según Müller-Lyer,

de dos signos, de los cuales uno significa mujer y el otro nacer. Originariamente eran, por lo tanto, los clanes—antes de evolucionar hacia la forma de clanes paternos—, clanes maternos. Según el mismo Müller-Lyer, refiere la más antigua tradición china que, en tiempos remotos, el pueblo no conocía príncipes, ni señores, ni conocía al padre: sólo a la madre conocía. Tenía, pues, una típica organización matriarcal. Un resto de la época matriarcal se observa en la expresión, todavía hoy en uso, hun-yin = casarse, que quiere decir tomar un hombre. Igualmente procede de la época matriarcal primitiva la costumbre de que en la ceremonia de la boda—según Grube—ocupen los sitios preeminentes los parientes maternos, quedando en lugar secundario los parientes paternos. Es, finalmente, digno de señalarse el hecho de que todavía hoy una de las tribus chinas primitivas, llamada por los chinos «Nue Kué» (que quiere decir el pueblo regido por la mujer), y especialmente despreciada, esté gobernado por una mujer. (Según Katscher.) En él está vinculada la sucesión del trono a los miembros femeninos de la familia reinante.

Viejas crónicas chinas hablan también de Estados de amazonas en las fronteras occidentales y orientales de China. Menos precisas son las noticias de los «imperios femeninos» occidentales. Las que se refieren a los Estados femeninos orientales tienen, en cambio, según Bachofen, un serio fundamento histórico, pues existió una íntima comunicación de China con sus reinas por medio de embajadores, y esos Estados fueron incorporados a China en el siglo octavo. Este país de mujeres asiático oriental había establecido colonias estables y toda su cultura descansaba sobre la base de la santidad de la maternidad. La más alta magistratura estaba desempeñada por la reina. «Encontramos, especialmente, destacadas la paz y la aversión a la violencia, sobre todo al robo.»

Se observan caracteres matriarcales en diversas costumbres de los miautse, que viven actualmente en los pasos montañosos del Himalaya oriental, en la China del Sur. Sus costumbres se asemejan mucho a las de los garos (véase pág. 72). La población aborigen de China era probablemente indoaustraliana; sus restos se encuentran hoy todavía en los «salvajes miautse», tribus de piel negra. Antes de que la ola china flu-



yera desde el Asia Central, tuvo lugar la invasión de los pueblos Thai, que ocupan una posición intermedia entre los chinos, los tibetanos y los malayos, y a los que pertenecen los principales pueblos de la India transgángética: *siameses*, *lao* y *schan* (Siam septentrional) y los *miautse* no salvajes.

Estos pueblos Thai son todos agricultores y han alcanzado una cultura apreciable. Parece que en el siglo V después de J. C. poseían los *miautse* (miaotse), entonces llamados *panhu*, ochenta mil aldeas y ciudades. Físicamente, se asemejan a los chinos y tibetanos; pero en sus organizaciones sociales tienen más rasgos malayos, entre ellos los restos matriarcales.

c) *Sumerios. Babilonios.*—Que existieron situaciones matriarcales en los más antiguos tiempos de Babilonia, puede deducirse de las tablillas de cerámica descifradas por Herbert Langdon y procedentes de la época primitiva de los sumerios, predecesores de los babilonios. En ellas es femenina la deidad en la historia de la creación. También la salvación del diluvio es atribuida a una deidad femenina. En la mitología de la época sumeria prehistórica, se distinguían dos mundos surgidos del caos: el mundo superior (universo celeste) y el mundo inferior (universo terrestre), que están—como advierte Jerusalem—unidos entre sí por el ligamento materno, por el cordón umbilical (*dur-an-ki*), siendo considerada la cúspide del universo como ombligo del mundo. La designación—matriarcal—de ombligo para el punto central del orbe, ha sido aplicada frecuentemente. (En Roma, por ejemplo.) Entre las más antiguas deidades locales de los sumerios se cuenta la Juane de Uruk, la diosa desnuda de la vida generadora, la «madre tierra», madre primigenia, de origen matriarcal. Bajo la forma de diosa Ishtar—la «gran madre celeste», *magna mater caelestis*—se la consideró más tarde, generalmente, como madre primera de toda vida y, coincidiendo con la introducción del criterio patriarcal, como hija de Anu, el señor del cielo. Las últimas excavaciones inglesas de 1923 y 1924 en las ruinas de la más antigua capital histórica de Mesopotamia, Kish, hacen esperar la próxima exhumación de la gran diosa materna sumeria, creadora de los hombres.

Más tarde fué adorada Mylitta, la esposa del dios supre-

mo Bel, frecuentemente más que Bel mismo, siendo mencionada como madre de los dioses.

Podría situarse también en la época matriarcal primitiva la fábula pérsica-griega de la reina Semiramis, de Babilonia, que hizo construir los famosos «jardines colgantes». Según la fábula, fué esposa del rey Ninus y vivió hacia el 2000 antes de J. C. Por las inscripciones—descifradas recientemente—y por otros hallazgos, ha podido confirmarse la existencia histórica de esta reina fabulosa. La Semiramis histórica, esposa de Samsi-Adad, vivió hacia el 800 a. de J. C., es decir, trescientos años antes que *Ciro*, el rey de los persas, que conquistó Babilonia, y 1400 años después del primer rey fabuloso de toda Babilonia, Hammurabbi, cuya compilación de leyes—como veremos—acusa ya claramente el predominio masculino. La Semiramis histórica no tiene, pues, la menor relación con la época prehistórica matriarcal de Babilonia.

En cambio, se encuentran indudables restos de la época matriarcal primitiva en los documentos que nos han llegado a través de las inscripciones cuneiformes. Víctor Marx ha estudiado los correspondientes a la época que va de Nabucodonosor a Dario (604-485 a. de J. C.), y ha averiguado que entonces las mujeres poseían bienes, de los que podían disponer libremente, practicaban el comercio junto con los hombres y desempeñaban oficios fuera del hogar.

La transformación de la sociedad matriarcal primitiva de Babilonia en sociedad patriarcal se refleja en el poema cosmogónico, compuesto—según Benzmann—hacia el 2000 antes de J. C. Su contenido es, según Ungnad, el siguiente: «La fábula presupone un tiempo primero en el que el mundo era un caos tenebroso y confuso; todo estaba cubierto por las dos materias primarias, aún no disociadas: el agua del mar (personificada como mujer en *Tiâmat*) y el agua dulce (personificada en *Apsû*, el esposo de *Tiâmat*). Como tercer factor aparece el principio organizador, concebido como independiente, que representa en el poema—como *Mummu*, es decir, como forma—el papel de mensajero de *Apsû*. A los dioses celestes se les consideraba como hijos de *Apsû* y *Tiâmat*, sin que se haya formado una idea—al parecer—de cómo surgieron de las potencias caóticas. Tras una lucha entre las potencias de las

tinieblas y las deidades luminosas del cielo, fué creado por una de éstas (Marduk), el mundo visible, es decir, fué construído por partes.» Constituye el punto culminante la lucha del dios celeste Marduk contra el demonio primigenio femenino Tiâmat, simbolizando la lucha entre el patriarcado posterior y el matriarcado originario:

«Cuando Tiâmat oyó estas palabras,  
Fuera de sí pareció enloquecer.  
Gritó fuertemente Tiâmat, iracunda, furiosa.

Temblando violenta en el más hondo abismo,  
Pronuncia las palabras mágicas, balbuce conjuros,  
Los dioses de la lucha acuden a las armas.

Precipitáronse una sobre otro, Tiâmat y Marduk,  
Avanzaron para la lucha, se acercaron para el combate.  
Mas el Señor abrió su red, aprisionándolos en ella.  
Soltó contra ellos al viento malo, su siervo.

Cuando abrió ella la boca, para tragarlo,  
Penetró el viento malo, tanto, que los labios no se cerraban.  
Con el viento enfurecido llena Marduk su cuerpo.  
Perdió el sentido: abrió la boca hasta desgarrarla.

Él disparó la flecha, lacerando su cuerpo,  
Desgarrando sus entrañas, hendiendo su corazón.  
La humilló, acabando con su vida,  
Tiró su cadáver, pisoteándolo.»

Después de la lucha tiene lugar la creación del mundo, considerada como obra del varón, con típica ideología patriarcal. El hombre es el principio organizador, creador, frente al principio demoníaco-caótico de la mujer.

d) *Otros restos de matriarcado en el antiguo Oriente. Árabes.*—Entre los pueblos nómadas de las estepas del Asia central y del sudeste de Europa, llamados por los griegos, escitas, las únicas personalidades que se mencionan son reinas, como la reina Tomyris, que venció al rey persa Ciro, la reina Zarina, muy venerada de su pueblo, y Artemisa II, a la que admira Herodoto más que a los héroes de las guerras médicas.

A antiguas situaciones matriarcales en Arabia alude la noticia de Estrabón de que los reyes tienen, ciertamente, mu-

chas mujeres; pero que también éstas consideran como una honra tener muchos maridos: «consideran como una desgracia tener menos de cinco». La poliandria es siempre signo inequívoco de predominio femenino. Como lo es de predominio masculino la poligamia.

En algunas tribus árabes, que viven en lugares apartados, se ha conservado el matriarcado hasta nuestros días, como en los tuaregs del Sahara, de los cuales una parte ha adoptado el mahometismo y el patriarcado, llamándose hijos paternos. Pero otra parte ha conservado el clan materno primitivo, llamándose hijos maternos.

Para Robertson Smith fué matriarcal la época primitiva de los árabes. La situación de la mujer era entonces más libre. Hasta la época de Mahoma (600 después de J. C.) rigió el matrimonio llamado beena, que supone igualdad de derechos entre hombre y mujer. Junto a esta forma de matrimonio existieron las formas típicamente matriarcales, llamadas matrimonio mota y sadíga, en los cuales tiene una mujer varios maridos. Estas formas matriarcales de matrimonio fueron sustituidas por el matrimonio patriarcal, llamado baal (señor) en tiempos de Mahoma.

También la antigua mitología árabe tiene carácter matriarcal. Según ella, era Al-lât la madre de los dioses, y sólo en tiempos de Mahoma se consideraron las deidades femeninas como hijas del dios supremo masculino.

*Judíos.*—Müller-Lyer ve restos de antigua poliandria en el matrimonio judío de deber o levirato. Según éste, el hermano del que ha muerto sin hijos debe casarse con su viuda «para fecundar su seno». Dice así el precepto, según el libro V de Moisés, cap. XXV:

«Cuando viven juntos los hermanos y uno de ellos muere sin hijos, no debe la viuda del muerto tomar un hombre extraño. Su cuñado debe acercarse a ella, tomarla por mujer y desposarla. Y al primer hijo que le nazca debe confirmarle según el nombre de su hermano fallecido, para que su nombre no se extinga en Israel.» (Esta es ya una fundamentación patriarcal. Pero originalmente es matriarcal la costumbre, que permite que varios hermanos—si bien sucesivamente—tengan una mujer por esposa.)

Más tarde se convirtió este precepto en ley también para los hermanos que viven separados: «y aunque estuviera alejado muchos miles de leguas de camino, debe acudir el tal hermano cerca de la mujer de su hermano muerto». La ley no dice si estaba obligado al levirato, aunque fuera casado, o si el precepto regía sólo para los hermanos célibes. Hay que suponer que también el hermano casado estaba obligado al matrimonio con la viuda del hermano muerto sin descendencia, sobre todo en la época en que los judíos vivían en Oriente entre pueblos polígamos. Fué el rabí Gerson quien limitó al hermano célibe esta obligación. Preceptúa: «que nadie tenga en adelante dos mujeres, tanto para evitar la querrela y el desacuerdo que suelen surgir con la poligamia, como porque las mujeres son difíciles de sustentar en este tiempo».

Si el hermano se negaba a casarse con la cuñada viuda, «debía ésta»—según preceptúa Moisés—«acercársele en presencia del más anciano y descalzarle un zapato de sus pies y escupirle y replicar y decir: así debe hacerse con el hombre que no quiere levantar la casa de su hermano. Y su nombre será en Israel el de la casa del descalzo». Con el tiempo dió esto lugar a un extraño ritual—chalitza—de descalzamiento. Jungendres lo describe así (hacia el 1700):

«Y este descalzamiento sucede de la siguiente manera: el gran rabino llama a seis notables en derecho y a otros rabinos para que estén presentes en la ceremonia y que den permiso, por medio de nuevas ceremonias, a las mujeres citadas, para que cubran su cabeza con un manto negro, que se coloca a tres varas de la mesa, ante la cual están sentados dichos rabinos. Y el hermano del muerto tiene que descalzarse antes de entrar en la cámara o aposento y lavarse bien los pies y calzarse nuevamente sólo las medias y presentarse con un saco de paño o de lienzo negro sobre la cabeza, de modo que pueda ver un poco. Y el rabino que preside, o su criado, le calza el zapato; el cual tiene que tener una correa muy larga, de diez varas y media a cada lado del zapato, y la dicha correa es anudada con 139 nudos.»

La viuda se arrodillaba ante el cuñado y tenía que deshacer los nudos sólo con el índice y el pulgar de una mano. Le quitaba el zapato del pie, le escupía y los rabinos exclamaban

tres veces: *chalutz hanaal* (se le ha descalzado). Pasado el luto podía la viuda casarse con quien quería.

Ya en la Edad Media se negaban, generalmente, los hermanos a casarse con la cuñada viuda, para poder pretender a una mujer más bella y más rica. Otros aprovechaban la ocasión para pedir dinero por su negativa a la viuda, cuando ésta era rica. Por eso los padres ricos incluían en la carta matrimonial la condición de que, en caso de muerte del yerno, el hermano superviviente dejaría libre gratuitamente a la viuda.

También puede advertirse un resto de la época matriarcal prehistórica en la fabulosa Lilith, que era originalmente una deidad matriarcal, transformada después de la introducción del patriarcado, por la tradición rabínica, en la primera mujer de Adán, madre de gigantes y espíritus malignos y después concubina del diablo. En la mitología hebraica, que en los últimos tiempos empieza a estudiarse más, y en la que se ha encontrado un sedimento de la época matriarcal prehistórica, representan un papel muy importante los espíritus, los hijos de la primitiva madre de dios, especialmente Lilith, que persigue a los niños como fantasma nocturno.

También se funda en el matriarcado prehistórico de los judíos la leyenda de que Sara era al mismo tiempo esposa y hermanastra de Abraham por línea paterna; por lo tanto, según el matriarcado, no emparentada con él.

Cuando Abraham vivía en la tierra del sur, en Gerar, y el rey de Gerar mandó que le llevaran a su mujer, Sara, dijo Dios a éste, en sueños (I, Moisés, cap. XX), que era la esposa de Abraham. Hizo llamar a Abraham, que la había presentado como su hermana, y éste reconoció que: «Además es verdaderamente mi hermana, la hija de mi padre—pero no la hija de mi madre—, y la hice mi esposa.» (I, Moisés, XX, 12.)

Las famosas palabras del libro I de Moisés (cap. II, versículo 24): «Por eso abandona el hombre a su padre y a su madre para vincularse a su mujer», parecen aludir, a primera vista, a la costumbre matriarcal de que el hombre pase, al casarse, al clan de su mujer. El pasaje es seguramente predeuteronomico; procede, por lo tanto, de una época anterior al 622 antes de J. C., en que fué compuesto el Deuteronomio, repetición de las leyes, contenida en el libro V de Moisés. En la

época de que proceden las palabras mencionadas no existía en Israel—según von Hauff—el menor indicio de matriarcado. Se interpretan generalmente estas palabras en el sentido de que «en el matrimonio el lugar de la relación filial lo ocupa la relación conyugal, aún más estrecha». Pero es sorprendente que en ninguna parte conozca la época protopatriarcal una relación tan estrecha entre marido y mujer, comparada con la relación entre padre e hijo. La regla vigente de la comunidad es la de la familia mayor patriarcal, en la cual la autoridad del patriarca no tolera «la vinculación del hijo a su mujer y al clan de ésta», antes al contrario, exige la incorporación de la nuera en el propio círculo familiar. En oposición a von Hauff, quisiera hacer constar mi opinión—apoyada en este análisis sociológico—de que en la frase citada se evidencia un resto de la primitiva época matriarcal de los israelitas.

Un resto matriarcal indudable se nos presenta en el doble matrimonio de servidumbre de Jacob con las dos hijas de Labán, su tío (hermano de su madre), Lía y Raquel, a las que sirvió siete años a cada una. Aquí encontramos también la expresión definidora del concepto matriarcal típico, cuando Labán, el hermano de su madre, dice a Jacob: «Sea, tú eres mis huesos y mi carne.» (Libro I de Moisés, 29, 14.)

También es elocuente el relato referente a la profetisa hebrea Debora, cuya victoria sobre el rey cananeo Sisera, bajo el caudillo israelita Barak, celebra el más antiguo monumento de la lengua hebrea, el «Canto de Debora», en el libro V de los Jueces. También el hecho heroico de Judit, que sedujo con su belleza al general de Nabucodonosor, Holofernes (hacia el 586), decapitándole durante la noche, nos demuestra que la mujer israelita había conquistado influencia y tomaba parte activa en las cosas públicas. Al padre le prohibía el Talmud casar a la hija mientras era menor. Y la hija, que era mayor de edad a los trece años, debía dar su consentimiento para el matrimonio. Pero este consentimiento sólo era una cosa teórico-legal, pues de ninguna manera podía la hija, como pretende Ploss, disponer a su arbitrio de su mano, ya que era necesario el consentimiento del padre, y prácticamente el matrimonio de las mujeres era un acuerdo entre los dos padres como cabezas de familia.

El único caso auténtico, la hermana de Herodes el Grande (época del nacimiento de Jesucristo), la malfamada Salomé, que presentó la carta de divorcio a su marido, Castobar, no puede considerarse como indicio de restos matriarcales en el judaísmo, como creen los Vaerting. Debe ser más bien una arbitrariedad de déspotas, propia de la casa de Herodes, o acaso deberse a influencias de la cultura egipcia.

El matiz matriarcal se evidencia sobre todo en las tradiciones de la época más antigua, la época de los patriarcas. En ellas encontramos la costumbre, descrita detalladamente en dos ocasiones, de que una mujer estéril haga que otra mujer cohabite con su marido, considerando el hijo como suyo. Claramente se comprende que la mujer estéril quiere ser «cultivada», quiere tener un hijo que se considere como suyo.

El patriarca Abraham, que se había casado con su hermosa e inteligente hermana Sara, recibió de manos de ésta, que permanecía estéril, a la sierva Agar. (I, Moisés, 16, 2: Mira, el Señor me ha obturado, para que no pueda alumbrar. Ve, pues, donde mi sierva; acaso pueda cultivarme, por medio de ella. Y Abraham obedeció la voz de Sara.) Evidentemente, se trata de una tradición de una época de tránsito del matriarcado al patriarcado, pues la mujer es quien decide y el hombre «obedece», y se considera a la mujer como reproductora del linaje, aunque rija la sucesión según el hombre.

De manera semejante procede Raquel, la mujer estéril del nieto de Abraham, Jacob. (I, Moisés, XXX, 1-24.) En forma de reclamación, habla a Jacob: «Créame hijos; si no lo haces, me muero.» «Mira, aquí está mi sierva Bilha; ve donde ella, que alumbre en mi regazo, que quede yo perpetuada a través de ella.»

Igualmente su segunda mujer Lía, cuando dejó de parir, procedió con su sierva Silpa. Bilha parió a Dan y Naphtali; Silpa, a Gad y Asser. En cambio, se dice, refiriéndose a José, el hijo de Jacob (I, Moisés, I, 23): también le nacieron hijos a Machir, el hijo de Manasés, en el regazo de José. Aquí aparece ya íntegramente el concepto patriarcal.

*Hititas.*—Parecen haber existido también situaciones matriarcales—según Banse—entre los hititas, establecidos hacia el 3000 a. de J. C. en Palestina.



*Tibetanos* (véase también pág. 172).—Pueblo de pastores avanzados son los tibetanos, entre los cuales los ricos—según Müller-Lyer—practican la poligamia y los pobres la poliandria. A los sacerdotes les está permitido el amor libre. Mientras la situación de la mujer en las capas sociales superiores—como en todas partes donde está en vigor la poligamia—es humillante, ha sabido la mujer que tiene varios maridos, imponer su vigencia y representa frecuentemente en la casa y en la familia el papel decisivo. Es muy probable que los pastores tibetanos hayan sido anteriormente agricultores, constituyendo la poliandria un resto de la época matriarcal originaria.

### *El Occidente.*

a) *Los germanos.*—Como los egipcios en la antigüedad oriental, son los germanos en la antigüedad occidental el pueblo donde encontramos los más numerosos testimonios de restos de una época de matriarcado prehistórico. Las pruebas de la vigencia originaria del matriarcado entre los germanos hemos de agradecerlas especialmente al historiador de Leipzig, Lamprecht. Muy significativo es especialmente el hecho de que los hijos llevasen el nombre de la madre. «Todavía en el poema de los Nibelungos se llama, repetidamente, a los tres reyes burgundios hijos de Ute (hijos de la madre Ute), sin mención del padre. Y en época anterior hay famosas estirpes reales—como la de los longobardos—que gustan de hacer derivar su origen, no de un fundador, sino de una fundadora de linaje.» Todavía el *Sachsenspiegel* (antiguo código sajón) del siglo XIII enseñaba que: «ningún hijo es bastardo para su madre». Hasta época tan lejana no ha conocido, pues, la Edad Media la proscripción del hijo ilegítimo. Todavía en la primera época de la dinastía merovingia franca (hacia el 500 después de J. C.) pertenecían los hijos, legítimos o ilegítimos, a la clase de la madre. En la época de Tácito (100 después de J. C.) estaba todavía extendida la costumbre de vincular en las mujeres la sucesión de los linajes. También en el derecho popular, como vemos en el más antiguo texto del *Sachsenspiegel* (hacia el 500 después de J. C.), está vinculado el orden heredita-

rio de sucesión—según Hensler—«a la cognación, al parentesco por línea materna, como único elemento determinante del derecho hereditario». También alude claramente a circunstancias matriarcales el avunculado (tutela del tío materno). Dice Lamprecht: «Entre los hermanos se consideraba al mayor como el baluarte nato de las hermanas, tan pronto como llegaba a la mayoría. Mientras era menor de edad, estaba, como su madre, bajo la protección del hermano mayor de ésta, no del padre.» Se trata de costumbres, cuya pervivencia describe Tácito en las palabras, tantas veces citadas: «Los hijos de la hermana (sobrinos) honran igualmente al tío materno que al padre. Algunos consideran este parentesco entre el hermano de la madre y el sobrino como el más íntimo y sagrado.» (Tácito, *Germania*, cap. XX.)

La antigua poesía germánica nos enseña que la mujer actuaba también como parte solicitante. Los viejos germanistas hablan en este caso de la «iniciativa de la mujer» y encuentran esta costumbre sencillamente inexplicable, pues les son desconocidos los hábitos de la sociedad matriarcal. Los germanistas Scherer y Müllenhof atribuyen a poetisas estas «estrofas femeninas»; según los Vaerting, con razón. Desde el siglo III fueron combatidas estas canciones femeninas de cortejo por los eclesiásticos como desvergonzadas. El predominio masculino, que imponía ya su vigencia, no toleraba estas cosas.

También recuerda fuertemente las épocas matriarcales la división del trabajo entre los germanos. Las mujeres cuidaban de la casa, del campo y del ganado, mientras los hombres—según Tácito—se dedicaban exclusivamente a la caza. Decir de éstos que «haraganeaban tendidos sobre la piel de oso», supone—como observan los Vaerting, con razón—un desconocimiento del orden inverso de distribución del trabajo en la sociedad matriarcal.

Es también indicio elocuente de situaciones matriarcales el hecho de que las mujeres germánicas fueran altas y fuertes (se han encontrado en los sepulcros esqueletos femeninos de siete pies), que usaran indumento semejante al del hombre, que recibieran al casarse gran cantidad de armas de todas clases y que entraran frecuentemente en batalla junto con los hombres.

Estas costumbres explican también el combate singular del pretendiente con la elegida, la cual no le seguía como esposa sino cuando había sido vencida por él. Famoso es el duelo del poema de los Nibelungos entre la valquiria Brunhilda y el rey Gunther, a quien ella venció.

De la noche de bodas de Gunther y Brunhilda dice el poema:

«Ella le ató los pies y le ató las manos.  
¡Le arrastró hasta un clavo y le colgó del muro!  
No pudo él evitarlo; muy grande era su riesgo,  
En trance de morir bajo sus fuerzas.»

Sólo la noche siguiente pudo dominarla Sigfredo, que, oculto por el manto invisible, estaba al lado de Gunther:

«Ella le derribó, pero la cólera le dió a él fuerzas  
Y tal energía corporal, que se irguió de pronto  
A pesar de ella. Pero la pugna fué terrible;  
Retumbaban en el aposento los golpes, aquí y allá.  
Chocaron con tanta violencia, que fué milagroso  
Que uno dejara al otro con vida.»

Esta costumbre primitiva de la lucha con la novia se ha conservado—según Fischer—en las llamadas noches de cortejo y de prueba, entre las campesinas de la Selva Negra y en otras partes. (*Fensterl*, en Baviera.)

«El mozo no debe entrar en la casa por la puerta. Ha de buscar el acceso a la alcoba de su elegida por la ventana; lo que a veces exige temerarios ejercicios gimnásticos. En la alcoba encuentra el mozo a la muchacha completamente vestida y tendida en la cama; pero todos sus esfuerzos no han de proporcionarle, al principio, otra ventaja que el poder conversar algunas horas con su amada. Cuando ésta se ha dormido, debe alejarse en el acto y sólo gradualmente se hacen más vivos sus diálogos. Poco a poco pasan de las noches de cortejo a las noches de prueba. En ellas da ocasión la moza a su galán—en medio de toda clase de provocaciones y bromas rústicas—de entrar en contacto con sus encantos ocultos. Se deja sorprender por él ligera de ropas, y le otorga, por fin, todo lo

que una mujer puede brindar a un hombre para satisfacer sus deseos. Pero también hay en esto su fase gradual. Con mucha frecuencia niegan las mozas a sus galanes la satisfacción de sus últimos deseos, hasta que el novio no los consigue por la violencia. Esto sucede siempre que existen dudas sobre sus fuerzas físicas.»

También alude a circunstancias matriarcales el hecho de que los germanos conocieran el matrimonio de servidumbre. Según Weinholdt, en la saga de Eyrbyzz, dice Vígstyr al Berserker Halli, que pretendía a su hija: «Como eres pobre, quiero disponerlo a la manera de los antiguos y hacerte ganar el matrimonio con grandes trabajos.»

Igualmente matriarcal es el mito de las «doncellas batalladoras», las valquirias, las cuales, armadas y bélicas, conducían al Walhall a los héroes caídos. Lo mismo puede decirse de la estimación de la inteligencia de las mujeres por los hombres. Dice Tácito que, según la creencia de los germanos, es propio de la mujer algo sagrado y profético y «que debe seguirse su consejo, deben tenerse presentes sus respuestas».

Según Weinholdt, se honraba grandemente a las sacerdotisas, adivinas y profetisas. La famosa virgen Velleda, sacerdotisa y adivina de los antiguos germanos al oeste del Ens, en el país de Münster, de la época de la sublevación de Civilis (70 después de J. C.), fué considerada en todas partes, por su sabiduría, como una diosa.

«Pueblos enteros estaban pendientes de la boca divina de estas vírgenes, o se aglomeraban a respetuosa distancia de los lugares sacrosantos en que vivían, en espera de las sentencias divinas sobre las luchas entre diversas naciones o sobre las grandes empresas.» (Meiners.) Los germanos llevaban consigo a estas profetisas en sus expediciones bélicas y obedecían sus fallos, en los que se veía la voluntad de los dioses más que los mandatos de los generales o de los reyes.

Las mujeres tomaban parte activa en todos los regocijos públicos, y aun llegaban a presidirlos. Hemos podido ver que en las situaciones patriarcales es característica la exclusión de la mujer en las fiestas.

Igualmente aluden a la época matriarcal las tres diosas del Destino en la mitología germánica: Urd (pasado), Verdandi

(presente) y Skuld (futuro). Eran llamadas Nornas, y se las situaba por encima de todos los dioses.

También es digno de notarse que todavía en los tiempos de Tácito había entre los germanos reinas que hacían la guerra a la cabeza de sus súbditos. (Dion Cassio, hacia el 200 después de J. C.)

Sobre la mitología germánica, dice Lamprecht: «Ciertamente habían adaptado ya los germanos sus sagas raciales, en su mayor parte, a las exigencias patriarcales. Ya no creían los grupos de los ingweones, istweones y hermiones, descender de madres, sino de padres de su linaje... Pero todavía se consideraba la tierra maternal como la última y más sublime madre del pueblo, en cuya creencia surge, victorioso, el antiguo pensamiento del matriarcado.»

Algunos restos matriarcales se han conservado en la lengua alemana hasta nuestros días.

Un resto de anteriores circunstancias matriarcales hemos de ver también en el hecho de que, tanto doncellas como mujeres, no sólo se mezclaban a los combatientes durante la lucha, proporcionándoles refrigerios y enardeciéndoles al combate e infundiéndoles valor, sino que combatían ellas mismas, con el indumento y las armas de los hombres, al lado de sus padres y hermanos. Según refiere Schütz, no era raro que los romanos encontraran en los campos de batalla cadáveres de mujeres con armas. Estaba generalizada la costumbre de que las mujeres, desde los carros, hicieran volver a las filas de combate a los soldados fugitivos con sus gritos de escarnio, decidiendo así a veces la lucha a favor de su pueblo.

En todos los pueblos primitivos era obligación de los sacerdotes el tratar a los enfermos y curar a los heridos. En la época del matriarcado pasó esta práctica médica a manos femeninas, y de entonces viene estando la curación de heridos en manos de las mujeres entre los germanos. Los germanos heridos acudían siempre a las madres y a las mujeres prácticas en el tratamiento de enfermos, conocedoras de la virtud medicinal de las plantas. Ellas chupaban sus heridas, las limpiaban y las embalsamaban con apósitos de plantas. (Mallet.)

Claros restos de matriarcado encontramos en las antiguas leyes alemanas, como la Lex Salía, Lex Alemannia, Lex Lon-

gobardia y Lex Bavaria. Mientras la muerte de un romano era castigada con la mitad de la pena aplicada a la muerte de un hombre libre y la de un siervo con un cuarto, en cambio la muerte de una mujer fecunda, que había tenido hijos o que podía tenerlos, era castigada con una pena tres o cuatro veces mayor que la aplicada por la muerte de un hombre libre. El que llamaba a una mujer libre prostituta o bruja, debía pagar la misma multa que si hubiera matado a un hombre. A quien descubría la mano de una mujer libre, contra su voluntad, se le obligaba a pagar quince monedas, igual que si le hubiera arrancado el dedo cordial a un hombre. El tocar un brazo costaba treinta monedas, lo mismo que arrancar el pulgar a un hombre. Si la mano pasaba del codo, costaba treinta y cinco monedas, como arrancar la nariz a un hombre. El que palpara los senos había de pagar cuarenta y cinco monedas, que era lo que costaba la pérdida de tres dedos de un hombre. El beso robado a una mujer o a una doncella contra su voluntad, se pagaba con la proscripción. Menos severos que los francos y los escandinavos eran los alemanes y bávaros; pero también ellos castigaban las faltas cometidas en las mujeres el doble que las cometidas contra los hombres. Un golpe incruento dado a un hombre, costaba una moneda; a una mujer, dos monedas. El que arrancaba el pelo a una mujer, tenía que pagar seis *sólidos*. El que la levantaba el vestido de modo que «fueran visibles las rodillas y las vergüenzas», tenía que pagar doce *sólidos*, lo que costaba una herida grave en la cabeza de un hombre.

Las prescripciones legales muestran claramente, además de las influencias matriarcales originarias que atribuyen a la mujer una más alta significación que al hombre, el criterio patriarcal que ya no aprecia a la mujer en sí y concede todo el valor a su segura posición sexual. De una manera especialmente clara evidencia esto la disposición legal que ordena que un beso recibido de una mujer, con su beneplácito, pero sin que lo sepa el padre o el marido, se castigue con tres marcos de multa. Aquí se impone claramente el punto de vista de tutela y propiedad del hombre.

Así como entre los griegos tiene el tránsito del matriarcado al patriarcado su trasunto en la fábula de Orestes, lo tiene

entre los germanos en uno de los más famosos poemas místicos, en la epopeya de los Nibelungos. La heroína del poema, Crimhilda, que está en conflicto entre el amor fraternal y el conyugal, se desentiende del antiguo poder matriarcal del clan y aniquila a sus hermanos, para vengar el asesinato cometido por ellos en su esposo Sigfredo. Según el antiguo matriarcado, debían estar para ella por encima de su marido, no consanguíneo, sus hermanos consanguíneos. Según el nuevo patriarcado, en cambio, estaba más ligada al esposo. La antigua versión, de tendencia más matriarcal, ve por tanto en ella una «diablesa», que al final es muerta por Hildebrandt en toda justicia. La «querrela de Crimhilda», compuesta posteriormente, la llama, en cambio, «pura ante Dios», por haber mantenido la fidelidad conyugal. Como hace notar Müller-Lyer, nada se sabe, en la más antigua versión, de la venganza de Crimhilda.

A Müller-Lyer le parece sorprendente la época histórica matriarcal de los germanos, pues eran criadores de ganados, y los pueblos de pastores, como veremos más tarde, tienen una decidida constitución patriarcal. Pero puede verse, por los hallazgos prehistóricos, que esto es erróneo. Los germanos practicaban la agricultura desde tiempos remotos.

Aunque los indicios de un matriarcado preshistórico entre los germanos son muy numerosos y convincentes, algunos investigadores, como Ihering, Bernhöft y Schrader, se han declarado contra la existencia de un matriarcado originario. Deducen de las investigaciones de filología comparada que los rasgos matriarcales de los pueblos arios son debidos a la influencia de una primitiva población no indogermánica, con la cual se mezclaron. Naturalmente que, considerado desde el punto de vista sociológico, es esto completamente indiferente. En todo caso han regido entre los germanos, en la época prehistórica, durante siglos, costumbres matriarcales—es secundario que sean éstas de origen propio o extraño—, y los restos de ellas se han mantenido durante largo tiempo obstinadamente.

Es inaceptable, en cambio, el deducir de estos datos un predominio de la mujer entre los germanos y pretender que hayan existido Estados germánicos femeninos. En los mismos tiempos a que se refieren los mencionados restos de la época

matriarcal, estaba la mujer bajo la tutela (Munt) del hombre, que podía venderla o jugarla. No era la situación de la mujer entre los germanos precisamente envidiable en los tiempos de su ingreso en la historia—hacia la época del nacimiento de Jesucristo—y de ninguna manera propia de un régimen matriarcal.

b) *Los celtas (britanos)*.—Entre los celtas es digna de atención la noticia de Estrabón que dice: «que los hombres y las mujeres tienen prácticas opuestas a las puestras, que son comunes a muchos pueblos». Como consecuencia de ellas, según Estrabón, los hombres ocupados en los quehaceres domésticos tendían a la obesidad. Según Ammiano—historiador romano que vivió hacia el 380 después de J. C.—, entre los galos sobrepujaban las mujeres a los hombres en fuerza, consecuencia—según los Vaerting—de la división invertida del trabajo. También Estrabón dice que entre los galos eran las mujeres más altas que los hombres. De manera semejante se expresa Diodoro. Estas noticias hacen probable una época matriarcal prehistórica entre los galos.

Mencionaremos también que, según el historiador Dio, tenían los germanos y los britanos célticos reinas que dirigían a sus súbditos en la guerra.

Según una noticia de César, entre los britanos tenía una mujer varios maridos.

«Cada diez o doce hombres tienen una mujer en común, principalmente hermanos con hermanos y padres con hijos (P); los hijos nacidos de cada una de estas mujeres figuran como del que la poseyó primero de doncella.»

Igual que entre los germanos, decidían frecuentemente las mujeres entre los celtas en las disputas de los hombres con el fallo de ellas solicitado. Según Plutarco, los galos pidieron a los cartagineses que en sus contiendas decidieran las mujeres como árbitros y que ambas partes se sometieran a su fallo.

c) *Los eslavos*.—Encontramos una alusión a circunstancias matriarcales entre los eslavos del Báltico en la noticia de Saxo-Grammático—el antiguo historiador danés que vivió hacia el 1200 después de J. C.—de que entre los eslavos—como entre los germanos—decidían las madres en todas las cuestiones públicas. Sentadas junto al hogar trazaban líneas en la



ceniza, que contaban después, y, según el número, par o impar, descifrabán la respuesta de los espíritus. Eran, por lo tanto, mediadoras entre los hombres y los dioses.

Alude igualmente a antiguas épocas matriarcales de los eslavos el hecho de que, según las sagas y tradiciones, representaran un papel muy importante entre los antiguos eslavos las mujeres, figurando a la cabeza del Estado. En algunos pueblos eslavos aparecen, en la tradición, no los hombres, sino las mujeres, como primeros regentes, legisladores, jueces y fundadores de ciudades. Entre ellas se cuenta la fundadora de Praga, Libuscha, glorificada por sagas y leyendas, fundadora también de la dinastía bohemia de los Przemyslidas. Su amiga Wlasta figura como causante de la guerra de las doncellas y fundadora del reino bohemio de las amazonas, con su baluarte de las doncellas, el Djewin. De ella dice la saga que mandó sacar el ojo derecho a todos los niños y cercenarles el índice y el pulgar de cada mano.

En el amanecer histórico del primer principado ruso de Kiev, representó, según Karamsin, la princesa Olga un papel muy importante. Ella dió al país consistencia, organización, fuerza. Introdujo el cristianismo. Gobernó después del asesinato de su esposo, que vengó en sus enemigos, hasta la pubertad de su hijo Swjätoslaw. «Con la actividad de un gran hombre» — dice Karamsin — «impuso el orden en el vasto reino nuevo; no otorgó tal vez leyes escritas, pero dictó las prescripciones más sencillas y necesarias a aquellos hombres que vivían en la infancia de la sociedad civil. Hasta Olga habían guerreado los grandes duques: ella gobernó. Convencido de su sabiduría, parece que Swjätoslaw, cuando llegó a la edad viril, dejó en sus manos el gobierno del interior. Bajo Olga fué conocida Rusia en las más lejanas tierras de Europa.»

Es también característico el que las eslavas tomaran parte activa en la guerra al lado de sus padres y esposos. Según Karamsin, se encontraron entre los eslavos muertos durante el sitio de Constantinopla, el año 626, muchas mujeres.

En las antiguas sagas heroicas representa un papel muy importante, como expresión del antiguo predominio femenino, la heroína Polenitza. De Polenitza Nastasia dice la saga que sabía tirar mejor que todos los héroes de la corte de Kiev

y que tiró tres veces a través del anillo que puso sobre su cabeza su esposo Dunay sin tocar un cabello y sin hacer caer el anillo. Otra Nastasia venció al poderoso gigante Dobrynje, jugó con él y le desposó, en vez de aplastarle entre sus manos como un buñuelo (Stern). Estas esposas heroicas vigilaban severamente la fidelidad conyugal de sus maridos. ¡Ay del hombre que se atreviese a faltar a ella! Una Polenitza amenazó así, según Stern, al infiel: «Tengo dos dagas, tengo dos puñales. Me haré una almohada con tus brazos y con tus piernas; me haré cerveza de tu sangre; me alumbraré con tu grasa.» Mantiene su palabra, mata al traidor, invita a sus parientes a una fiesta, y les dice: «Estoy sentada sobre los brazos y las piernas del amado, bebo cerveza de su sangre y su grasa me alumbra.»

d) *Los cántabros (iberos, vascos)*.—Junto a los germanos muestran en el antiguo Occidente los cántabros, pueblo montañés de España—que hasta el 25 a. de J. C. no fué totalmente sometido por los romanos—, fuertes huellas de matriarcado. (Que también se evidencian en los iberos, los primitivos pobladores de España.) Se aplica también a los cántabros el conocido criterio exagerado del Estado masculino, diciendo de ellos que estaban completamente avasallados por las mujeres. Las hijas eran las herederas únicas de los padres. Según Estrabón, entre los cántabros están todos los bienes en manos de las mujeres. «Las hermanas se casan con sus hermanos, estando obligados los hombres a procurar el equipo a las mujeres. También el cultivo de la tierra está en manos de las mujeres» (*Bachofen*, pág. 26). «En todas estas cosas—observa Estrabón—se ve un predominio femenino» (*Ginecocracia*). Por eso, cuando fueron vencidos, finalmente, en sus luchas con los romanos, éstos les exigieron rehenes femeninos. Probablemente existían, en general, situaciones semejantes entre los pobladores primitivos de España, los iberos, entre los cuales se cuentan los cántabros.

Refiere Schulten que, según una novela griega, las mujeres ibéricas entran solas en combate.

### *Culturas americanas antiguas.*

Sobre las extrañas culturas americanas antiguas de México y el Perú, estamos todavía muy insuficientemente informados. Las leyendas de los dioses entre los aztecas y mayas, parecen claramente patriarcales. Pero es, de todos modos, digno de notarse el hecho de que represente un papel muy importante, entre las figuras de los más antiguos dioses aztecas, la diosa de las cosechas, Tlasolteotl, frente al joven dios de la sementera, Xipe Totec. Se hallan, en cambio, claras huellas matriarcales en las culturas extinguidas de la meseta colombiana. En los principales lugares del culto se encuentra referida—según Krickeberg—la leyenda de Bachue, la gran madre de los dioses, que en la época primigenia surgió, con un niño, de las aguas del lago (todos los santuarios están en las orillas de los lagos), procreando con él—cuando creció—a los hombres y desapareciendo después nuevamente en las aguas del lago, convertida en serpiente.

### III. *Restos de matriarcado entre los pueblos salvajes.*

Como hemos visto, existen aún en nuestros días pueblos salvajes que se encuentran en la época de la sociedad matriarcal. Pero también pueden observarse pueblos que, habiendo introducido ya el régimen patriarcal, conservan anteriores situaciones matriarcales. Así encontramos todavía numerosas huellas de antiguos matriarcados en África, especialmente en la costa occidental. Aquí se hereda la dignidad de caudillo—y entre las clases sociales también la propiedad—, no por los descendientes del padre, sino por los hijos de la hermana. (Livingstone y Waitz.)

En Loango (Congo francés) se hereda la nobleza sólo de la madre y nunca del padre. También los hijos de príncipes sólo son príncipes si el padre los ha engendrado en una princesa. En cambio, son siempre príncipes los hijos de una princesa. Toda princesa puede elegir marido en Loango a su capricho y hasta obligarle al casamiento. Igualmente puede

repudiarle a capricho. Por lo demás, está en vigor el régimen patriarcal.

Muy fuertes son los restos de matriarcado en la más típica raza de negros africanos, los pueblos llamados bantus, que pertenecen íntegramente a los agricultores superiores. Entre ellos rige todavía la línea materna, sus clanes son clanes matriarcales, y entre algunos de estos bantus existen curiosas instituciones, en que predominan las mujeres. No existen, sin embargo, auténticas situaciones matriarcales con igualdad de derechos, ni mucho menos con predominio femenino. Están generalizadas la poligamia y la venta de mujeres, y la situación de la mujer es de opresión.

En el Estado negro de Muata Jamvos, comúnmente llamado Lunda y perteneciente a Angola y al Estado del Congo, es una mujer—la Lukokescha—la más alta personalidad del Estado después del rey (Muata Jamvo). No está casada; pero tiene como amante a uno de sus esclavos. Éste debe representar el papel de mujer y acicalarse con adornos femeninos. Ella es la procreadora simbólica de los reyes de Lunda; no debe, por lo tanto, tener hijos. En caso de embarazo y alumbramiento son muertos los hijos en el acto. (Según Pogge.) Cavazzi encontró todavía en Angola, en 1680, reinas en función activa de poder. Según una noticia de viaje de la época, en Loango (Congo) eligió «el rey en 1750 a una matrona grave y experimentada, a la que llama madre y a la que venera más que a una madre carnal. Esta mujer, que lleva el título de Makonda, tiene mucho poder y el rey debe pedir su consejo en todas las cosas importantes. Ella puede incluso hacerle matar, si la ofende o no cumple sus peticiones. Puede, si quiere, elegir marido, y sus hijos se consideran de estirpe real. Si sus amantes buscan otras mujeres, son ejecutados».

Según Livingstone, tienen las mujeres en los pueblos del Zambeze, en el África meridional del Este, una gran influencia sobre los hombres, que piden frecuentemente su consejo. Dice Schweinfurth de los monbutus del África Central—estos salvajes tienen una industria sorprendentemente desarrollada—: «Las mujeres disfrutan de extraordinaria independencia frente a los hombres. Ello se evidencia claramente cuando a éstos se les consulta sobre la venta de algún objeto

curioso, pues responden: «Pregunta a mi mujer, a ella pertenece.» No dan gran importancia los monbuttus a la fidelidad conyugal, según pude comprobar diariamente en el campamento de los nubios.» Entre los aschantis, la hermana del rey manda—según Ploss—sobre las mujeres. En el Dahomey, en cambio, las mujeres de la escolta femenina están equiparadas a los hombres. En la Senegambia del Sur poseen las mujeres—según Bertrand-Bocandé—amplios derechos políticos. Toman parte en las reuniones públicas, ejercen una gran influencia y de su fallo depende la guerra o la paz. Dice Jäckel de los aehantis que los maridos de las princesas, al fallecimiento de éstas, vienen obligados a darse la muerte. Entre las tribus en que existen fuertes restos matriarcales, encuéntranse frecuentemente mujeres de gran fortaleza, como entre los wateitas del África Oriental (según Thomson) y los andombies del Congo (según Ellis).

De origen matriarcal es también la costumbre de que los sacerdotes lleven frecuentemente—como sucede en Patagonia—indumento femenino. También es digna de notarse la antigua división invertida del trabajo entre los lapones. El hombre se encargaba de las labores domésticas, guisaba y cosía, mientras la mujer se dedicaba a la pesca.

De numerosos restos matriarcales entre los polinesios habla F. Ratzel en su conocida *Etnografía* que, por otra parte, trata muy insuficientemente estas cuestiones. En Tahiti tienen, según él, las mujeres sacerdotisas especiales.

En los pueblos pastores rige siempre una cultura completamente patriarcal. Sin embargo, también entre ellos se encuentran a veces huellas de una época matriarcal anterior. Así encontramos entre los herreros todavía clanes maternos—según Müller-Lyer—, llamados eanda. Entre los hotentotes no pueden los hombres—según Jacobowski—beber ni una gota de leche sin permiso de las mujeres. Al enemigo se le maldice «por el seno materno». A un antiguo matriarcado alude también la costumbre de la lucha con la muchacha elegida, que no corresponde con su amor y a la que sólo puede ganarse después de vencida decisivamente (según Ploss).

También entre los Marolong, tribu del pueblo de pastores de los betschuanes en África del Sur, se encuentra un

claro resto de la época matriarcal, que, como sucede siempre entre los pueblos de pastores que tienen restos matriarcales, denuncia la existencia de una época agrícola anterior: antes vivía la pareja de recién casados en casa de los padres de la mujer hasta que nacía el primer hijo. Éste quedaba luego en sustitución de la hija, que abandonaba con su marido la casa del padre, cerca de éste.

También de los Wamjamwesi (África Oriental), que practican la agricultura, dice—según Ratzel—Speke que abundan entre ellos los caudillos femeninos, y que hasta la sierva de una caudillo fué nombrada sucesora de su ama.

#### IV. *Restos de matriarcado en los pueblos cultos contemporáneos.*

Con el transcurso del tiempo desaparecieron por completo los restos del matriarcado prehistórico, que en algunas culturas de la antigüedad representan todavía un papel muy importante. Se han conservado sólo ciertas peculiaridades del lenguaje, y también algunos usos religiosos, como el llevar hábitos femeninos los sacerdotes católicos y protestantes y el culto de la Virgen María.

También se ha conservado, en muchas partes, hasta nuestros días, la costumbre matriarcal de la lucha con la novia.

A ella alude, indudablemente, la siguiente descripción de Ploss: «Cuando en Miranda do Douro (Portugal) se va a casar una muchacha, se hace la enconradiza—pocos días antes de la boda—con su novio. Éste aprovecha la ocasión para darle una buena tunda. Pero ella no permanece indiferente ante tan delicada prueba de amor, sino que procura pagarla con la misma moneda: poniendo a contribución todas sus fuerzas, la emprende a mamporros con su futuro señor. Es de advertir que ningún testigo de esta lucha hace el menor ademán de intervenir en ella.»

En cambio, tiene sólo un carácter aparentemente matriarcal el hecho de que en todos los pueblos cultos se dé al hijo natural el nombre de la madre. Trátase aquí, por el contrario, del criterio, puramente patriarcal, de no reconocer paternidad legítima más que a los hijos habidos en el matrimonio.

### III

## PERÍODO DE TRANSICIÓN POSTERIOR AL MATRIARCADO. IGUALDAD DE DERECHOS ENTRE LOS SEXOS

(TRÁNSITO DEL MATRIARCADO EN LOS AGRICULTORES INFERIORES AL  
PATRIARCADO EN LOS AGRICULTORES MEDIOS)

EL proceso revolucionario, que transformó el hombre errante en sedentario, tuvo por consecuencia, con el desarrollo de la producción agrícola, otros nuevos cambios, tan importantes que, en cierto modo, originaron una nueva actitud. Esta actitud nueva ha mantenido la vigencia de su influjo hasta nuestros días, y suele designarse, en conjunto, como cultura patriarcal, que es una cultura en la cual predomina el padre (*patér archée*) y preponderan los hombres de la vieja generación. Para el destino de la mujer esta revolución tiene un alcance insospechado. Ella, que se había desprendido penosamente de la antigua servidumbre y había logrado en la época patriarcal un privilegio de sexo, debía someterse nuevamente al hombre, servirle como a un amo, amo consciente de su designio esta vez, que disponía de todos los medios de una cultura progresiva para poner fuertes e implacables vallas a la libertad de la mujer y que así lo hizo y que, en parte—según hemos averiguado—, así tuvo que hacerlo.

Ello sucedió, como ha explicado elocuentemente Müller-Lyer, a grandes rasgos, de la siguiente manera:

Con el desarrollo técnico gradual de la agricultura y el aumento de la tierra cultivada, logróse una tal abundancia de alimentos que ya no fué indispensable concentrar todos los brazos disponibles en el cultivo de la tierra. Los labradores

de un terreno propicio dispusieron de un exceso, que les permitió hacer cambios con vecinos menos favorecidos. Hubo, pues, un grupo que pudo dedicarse a otras actividades. Al mismo tiempo, el hombre, en vista de las ventajas de la agricultura, empezó a tomar a su cargo este trabajo, haciendo poco a poco de la caza y de la pesca ocupaciones secundarias. El exceso de alimentos entre los labradores más avanzados técnicamente y los propietarios de los terrenos más ricos, excitó la envidia y la ambición de los vecinos más atrasados, dando origen a ataques de rapiña por parte de éstos. La defensa de la propiedad, lograda con el trabajo sedentario, exige medidas bélicas distintas de las campañas que los hombres errantes disponen para disputarse los más propicios territorios de caza. Había que defender la propiedad preciosa de la gran masa inamovible de la cosecha; y esto exigió renovaciones de carácter técnico, la construcción de viviendas fortificadas. Desde la época de los cazadores, mantenía el hombre su ventaja sobre la mujer en el manejo de las armas. La defensa de las viviendas constituyó el principal oficio del hombre. Para atenderlo mejor, hizo que cultivasen la tierra los esclavos. Como para ello necesitaba brazos no mató ya a los enemigos vencidos, como antes hacía, sino que los aprisionó y los convirtió en esclavos. La necesidad de valorizar el exceso de producción trajo por consecuencia el hacer más intenso el comercio de permuta, el intensificar también el tráfico y la navegación y originó igualmente la invención de una unidad básica de géneros, que aparece como la primera moneda, como la moneda natural. Mientras en la constitución acentuadamente comunista del clan, de la época matriarcal, eran tanto la tierra como la cosecha propiedad común del clan, consiguieron los hombres, traficantes y artesanos en su mayoría, imponer poco a poco la costumbre de que pasaran a su propiedad privada los géneros que adquirían como artesanos o traficantes y, sobre todo, los que conquistaban como guerreros. Así pasó la riqueza a manos del hombre. Y el hombre rico renunció pronto a servir en el clan de la futura mujer, para ganarla, y prefirió comprársela al clan. Así empezaron a socavarse poco a poco los cimientos del régimen matriarcal, introduciéndose en su lugar el patriarcado.



Müller-Lyer esboza este proceso en ocho puntos:

1. Surge la riqueza.
2. Pasa a manos del hombre.
3. Rico el hombre compra la mujer en vez de servir en su clan.
4. Consecuencia: la mujer se convierte nuevamente en sierva del hombre.
5. Del matriarcado se pasa al patriarcado. Los clanes maternos se convierten en clanes paternos.
6. El hombre disocia a la familia del clan.
7. En lugar de la herencia en el clan aparece la herencia en la familia.
8. El clan se disgrega (la familia le sustituye).

Müller-Lyer, al esbozar así este proceso, lo hace de un modo sólo parcial, desde el punto de vista económico; pero no lo define íntegramente.

He recordado ya la significación de la función defensiva del hombre contra los ataques de rapiña, lo cual le procuró, con la riqueza personal, la preponderancia sobre la mujer. Indudablemente se ha ejercitado también ésta en las prácticas bélicas, tomando parte activa en la guerra durante algún tiempo, para defender las viviendas y el agro, cuyo cultivo era principalmente obra suya. Las fábulas de amazonas son, seguramente, un eco de estos fenómenos. Poco a poco fué imponiéndose una superioridad por parte del hombre, libre de impedimentos, a través del contacto con pueblos distintos y con cosas extrañas, consecuencia de la experiencia comercial y del trato de gentes, superioridad de mediador (traficante) con mayor amplitud de visión frente a la mujer productora, atada al terruño. Esta superioridad, que puede observarse en toda la historia de la economía, trajo por consecuencia—unida a la tara sexual de la mujer con el embarazo, el parto y la crianza—de que, a pesar de los esfuerzos de algunas amazonas físicamente aptas, se impusiera un predominio definitivo del hombre en lo que, junto con la producción, constituía el problema vital: en la defensa de los frutos del trabajo, frente a las rapiñas de vecinos codiciosos. (La carga que para la madre suponen los hijos, los cuales con su inquietud eran un impedimento para la caza, es también causa de que la mujer no use armas.)

Müller-Lyer considera sólo brevemente el problema de por qué se desarrolla en este momento tan intensamente la tendencia a la propiedad, al individualismo. No me es posible hacer aquí un análisis completo de este fenómeno. Pero debemos notar, sobre todo, que pasaron a ser propiedad privada aquellas cosas conseguidas individualmente con trabajo y con esfuerzo: primero, los utensilios del trabajo; después, los productos de la tierra cultivada penosamente, y más tarde, la tierra misma. Es también esencial el hecho de que el método de trabajo en la agricultura no exigía la colaboración de muchos individuos, en la misma medida que la caza practicada con armas primitivas. Con la agricultura se desarrolló, por lo tanto, el pensamiento individualista, al mismo tiempo que con la experiencia técnica se enriqueció la vida consciente.

Al ampliarse el mundo de la razón, el concepto de lo religioso se alzó—como todo—sobre la penumbra de lo fantástico, de lo demoníaco, racionalizándose. Al culto de los espíritus sustituyó el culto de los antepasados, vinculado—como hemos visto—a la línea materna ya en la época del matriarcado. Más tarde, en la cultura patriarcal, vinculado a la sucesión paterna. La propiedad privada hubo de heredarse, para que pudieran los hijos hacer sacrificios religiosos. A los padres y abuelos fallecidos se les alargaba—con esta religión racionalizada—la existencia en el reino de las almas. Todo el mundo quiso disfrutar de esa dicha durante el mayor espacio de tiempo posible—después de una muerte generalmente temprana y violenta—merced a los sacrificios de los hijos y de los nietos. Cuando el clan perdió su influencia, sustituido por la familia, la consecuencia fué que pasara a cargo del hombre, individualmente, el sostenimiento material de los hijos, que antes corría a cargo del clan. El hombre, pues, quiso tener la seguridad de que hacía este sacrificio para los frutos ciertos de su carne y de su sangre. A las necesidades materiales se sumaron, pues, las necesidades psíquicas: el hombre necesitó la garantía de la paternidad. Influidó por el apego de la madre al hijo durante la época del matriarcado, el hombre, que en un principio había desarrollado escasamente el sentimiento de la paternidad—aproximadamente en la medida del instinto de paternidad de los animales durante la cría de los cachorros—

se convirtió en padre consciente. Así fué socavándose la estructura económica matriarcal y estimulándose el deseo del hombre de tener la paternidad garantizada. A esto hay que añadir los celos y el afán de mujeres jóvenes y hermosas por parte de los hombres mayores. Así se originó—por diversas causas—, inevitablemente, un nuevo proceso de esclavitud de la mujer.

Podría esperarse que este proceso transcurriera con un ritmo gradual, semejante al de la penosa emancipación de la mujer durante el tránsito del hombre errante al hombre sedentario. Esta opinión está representada por la mencionada teoría pendular de Vaerting, según la cual, después de una fase de predominio masculino o femenino, viene una situación de equilibrio, antes de que el movimiento del péndulo se dirija hacia el extremo opuesto: del predominio femenino al masculino, o viceversa, según los casos. No ha sido esta teoría justificada con pruebas; pues nada nos dicen en su favor los ejemplos desarticulados que se nos ofrecen de una igualdad de derechos entre los sexos, ejemplos no valorizados críticamente en su conexión con situaciones anteriores y posteriores. Es, además, muy sorprendente el hecho de que conozcamos muy pocos ejemplos de una época de transición que suceda a una clara época matriarcal, de una época con igualdad de derechos entre los sexos. En cambio, puede comprobarse, por otra parte, como veremos, que el cambio del matriarcado al patriarcado, en determinadas condiciones económicas previas, tiene lugar con bastante espontaneidad, siendo su consecuencia inmediata la servidumbre de la mujer.

El hecho de que conozcamos pocos ejemplos de una igualdad de derechos entre los sexos—época que sería posterior al matriarcado—, es también, indudablemente, un argumento en favor de la teoría de que nunca han existido auténticos Estados femeninos, constituyendo una rara excepción las situaciones de verdadero predominio femenino, con soberanía de la mujer. La estabilización sedentaria fortaleció, ciertamente, la preponderancia económica de la mujer; pero esto sólo trajo generalmente, por consecuencia, una igualdad de derechos entre los sexos, que es perceptible en el conjunto, con algunos rasgos de preponderancia femenina. Al suceder la nueva

transformación, nos encontramos, generalmente, con el hecho de una caída, relativamente rápida, de la mujer a la condición de sierva. Había sido señora sólo excepcionalmente. Existen, ciertamente, ejemplos aislados, en que se advierten rasgos de igualdad de derechos entre los sexos, como una especie de fase de transición del matriarcado de los agricultores inferiores, al patriarcado de los agricultores medios. Por ejemplo, entre los maoris de Nueva Zelanda y entre las tribus malayas. Fenómenos especialmente típicos de la época de transición del matriarcado al patriarcado son la covada del hombre y las ligas secretas de los hombres. Éstas constituían una forma organizada de la lucha masculina por el poder.

## 1.

*Los maoris (neozelandeses).*

El pueblo polinerio de los maoris, que hace unos seiscientos años emigró de las islas de Samoa a Nueva Zelanda, y que hace ciento treinta años todavía sumaba 120.000 individuos, es colocado por Müller-Lyer—según datos de Thomson y Cunow—entre los pueblos acusadamente matriarcales. Pero, en realidad, son precisamente los maoris un ejemplo típico de transición del matriarcado al patriarcado. Según Ratzel, estaban en vigor entre los maoris dos formas de estructuración de la tribu. Una, la llamada Iwi (= hueso), corresponde a la inmigración del siglo XIII, y comprende a todos los descendientes de los inmigrados en el mismo barco. Sobre la forma de atribución de la descendencia no he encontrado ningún dato. Esto es característico de las referencias poco claras que a las cuestiones del matriarcado hacen las noticias de viajes y obras de etnología. Debe suponerse que rige para la descendencia la línea femenina, y que la forma Iwi comprende a los descendientes de las madres inmigradas en el mismo barco. Junto a la forma primitiva Iwi, de cuya estructura matriarcal carecemos de datos, y en la que se veneraban en comunidad los huesos de los antepasados, conservados como reliquias, estaba en vigor—según hacen notar claramente las no-

ticias que tenemos—la nueva forma de clan materno llamada Hapu (= matriz), en la cual regía la herencia según el matriarcado.

También la división de clases, bastante desarrollada entre los maoris, demuestra que el régimen matriarcal originario—que desconoce la división de clases o sólo conoce principios de ella—había sido ya abandonado. Además de los ariki, príncipes-sacerdotes, considerados como semidioses, había una clase de sangre real, los tana; después venían los caudillos y los nobles en general; los rangatira, una clase media; los tutua, una clase inferior; los waro, y los esclavos tononga, prisioneros hechos entre los supervivientes de las tribus enemigas, en las constantes contiendas que las tribus mantenían entre sí.

Encontramos también entre los maoris una desviación de la auténtica costumbre matriarcal en el hecho de que el hombre no estaba obligado a vivir en la tribu de la mujer o a servir en ella como una especie de siervo y progenitor; y también en el hecho de que entre los hijos no se siguiera siempre la línea materna de sucesión.

Podían vivir indistintamente el hombre en la tribu de la mujer o la mujer en la tribu del hombre y, según los casos, regía entre los hijos la línea paterna o la materna. Lo esencial era la inamovilidad de la propiedad común de la tribu. Pero si morían los padres reclamaba la tribu materna su derecho sobre los hijos, aunque las madres estuvieran casadas fuera de ella. Aquí aparece, por lo tanto, la costumbre matriarcal nuevamente en vigor. Se suponía una conexión especialmente íntima entre abuelos y nietos—también entre abuelo y nieto—como demuestra el proverbio: «No pierde (el nieto) el carácter del abuelo.»

Claramente matriarcal es, en cambio, la sucesión del trono entre los ariki. Al ariki muerto no le sucedían los propios hijos, sino los hijos de la hermana. En las demás clases regían ya las costumbres patriarcales. Al hermano menor heredaba el hermano mayor en la vida pública (título), en la vida familiar heredaba al padre el hijo mayor.

Expresamente acentúa Ratzel: «que la situación de la mujer en Nueva Zelanda era, en general, muy superior a la de otras partes de Polinesia». Y considera este hecho como muy

digno de notarse: «No se prescindía de las mujeres al tratar las cuestiones públicas. Ni siquiera estaban excluidas de los consejos de guerra. A ninguna parte iba el hombre sin que ellas le acompañaran. Hasta en el combate estaban a su lado para enardecerle. Hombres y mujeres comían en común y la madre encontraba en el hijo la misma obediencia que el padre.»

También la mujer más anciana de la tribu representaba un papel muy importante—junto a la mujer principal del ariki—como adivina. Antes de comenzar una guerra, ayunaba y, durante las fiestas del triunfo, era la única mujer a quien se servía carne humana.

Hace a los maoris un pueblo extraño y aparte, el hecho de que, a pesar de algunos rasgos simpáticos y de poseer una cultura altamente desarrollada, practicaron apasionadamente el canibalismo, devorando los cuerpos de los enemigos caídos.

Los caudillos vencedores se tragaban con ansia los ojos y el corazón de los caudillos muertos por ellos, para captar su fuerza. A todo triunfo seguía un espeluznante festín de carne humana. El que se excluyera a la mujeres—con excepción de la más anciana de la tribu—del disfrute de este manjar exquisito, es también un claro indicio de carácter patriarcal.

Se ha publicado recientemente un excelente material sobre los maoris neozelandeses. Se trata del diario de Andrés Reischek, que vivió de 1876 a 1889 entre los maoris y precisamente entre el último resto de las tribus independientes entonces, en el reino misterioso, vedado a los europeos. Reischek supo captarse su confianza y fué nombrado caudillo. Aunque la tierra era propiedad común de la tribu—como en las tribus matriarcales—, caudillos y sacerdotes no eran las mujeres, sino los hombres. El caudillo máximo (ariki) era al mismo tiempo sumo sacerdote y cuidaba «del orden de las fortificaciones y de las plantaciones y de que se guardaran las vedas de caza y pesca»... Tenía a su cargo el enseñar a los jóvenes el arte de la guerra, el instruirles en la caza, en la pesca, en la navegación, en las artes de la talla y de la palabra. Tenía un poder ilimitado sobre sus súbditos, y su cuerpo—especialmente su cabeza—era tabu (invulnerable, sagrado). Los caciques tenían generalmente un gran número de mujeres, lo que es tí-

pico del régimen patriarcal; mientras los demás miembros de la tribu tenían de una a dos mujeres. Heredaba la dignidad de cacique sólo el hijo primogénito de la mujer principal, que debía ser de cuna noble. «Es interesante que si el primer hijo que nace es una niña, también hereda la dignidad de caudillo». Tenemos aquí, por lo tanto, un ejemplo típico de igualdad de derechos entre los sexos.

«Se considera al ariki como padre y a su mujer principal como madre de la tribu. La misión de ésta es enseñar a las jóvenes, instruir las en el tejido de mantos, en la cocina y en todos los trabajos domésticos. También debe vigilar el cumplimiento de los demás deberes de la mujer.» Es la suya, pues, una forma de coparticipación en el gobierno.

«Al casarse recibía la joven, de su tribu, una extensión de terreno y esclavos. Si un hombre de una tribu extraña quería casarse con una muchacha, debía ingresar en la tribu de ésta (matriarcal). O debían emigrar ambos, buscar una tierra libre y fundar una nueva tribu.»

Era frecuente que los padres acordaran el noviazgo de los hijos. Si la muchacha, llegada a la nubilidad, se aficionaba a otro, desairando a su prometido, podía éste apropiarse los bienes del amante. Esta es una costumbre típicamente patriarcal. Pero por otra parte: «Si el marido maltrata a su mujer, la reclama la tribu de ésta y se la quita.»

En esto se evidencia el influjo del clan materno. También era libre la joven—si sus padres no la habían comprometido—en la elección de su futuro esposo. «Cuando a un maori le gustaba una muchacha, la miraba, interrogante, a los ojos; si ella le sonreía, tomaba él su mano y la arañaba suavemente en la palma. Si ella replicaba con el mismo signo, le entregaba él un nudo de lino. Si apretaba el nudo—que estaba flojo—era señal de que estaba dispuesta a ser su mujer. Pero si deshacía el nudo y tiraba el lino, ya sabía el galán que le habían dado calabazas.»

Que los neozelandeses se encontraban en un punto de evolución, en el cual, de la fase de igualdad de derechos entre los sexos se pasaba ya a la situación de servidumbre de la mujer, lo demuestra el hecho de que se observe entre algunos ricos la compra de la mujer, sustituyendo al matrimonio de servi-

dumbre. El pobre sigue ingresando en el clan de la mujer (matriarcal). Dice Taylor: «Algunas veces pide el padre al yerno de clan extraño que vaya a vivir con su hija. Desde este momento se le considera como miembro del clan de su mujer, y en caso de guerra está obligado frecuentemente a luchar contra sus propios parientes. Está tan generalizada la costumbre de vivir en el clan de la mujer, que el novio, cuando se niega a ello, suele ser abandonado por su prometida. A mis oídos llegó la noticia de varios casos de jóvenes que, por haber intentado romper con esta costumbre, perdieron a sus mujeres. Dice, en cambio, S. Thomson, que los caudillos y los ricos no se trasladan al clan de la mujer, sino que la compran y se la llevan a su aldea. Toman también varias mujeres.

## 2.

*Tribus malayas.*

Como hemos dicho ya, estaba en vigor entre las tribus malayas la forma matrimonial llamada *sumando*, en la cual el hombre permanece en su clan materno y sólo visita por la noche a la mujer perteneciente a otro clan. Los hijos permanecen en el clan de la madre. Pero antes de que se le conceda el derecho de la visita nocturna a la mujer, debe el hombre servirla. Puede observarse claramente entre los malayos de Menang-Kabau cómo empiezan ya los ricos, los poderosos y los caudillos a comprar a sus mujeres al clan materno de éstas. Esta forma de matrimonio, en vigor principalmente entre los ricos, se llama *chuschur* («casamiento»). Junto a este matrimonio de los ricos y el antiguo matrimonio *sumando*, hay además una forma típica de transición, el matrimonio llamado *ambilanak* (literalmente: admitir al hijo), por el cual el hombre es admitido en el clan de la mujer, donde tiene una posición intermedia entre hijo y siervo.

Esta forma matrimonial—como la del matrimonio *sumando*—es todavía matriarcal, mientras el matrimonio *chuschur* es ya patriarcal. En éste pierde la mujer su igualdad de derechos. Cuenta ciertamente con el apoyo de su clan, en con-



flictos especialmente graves; pero es, por lo demás, sierva y propiedad del hombre que la ha comprado y que como rico muestra ya una preponderancia sobre el clan en decadencia económica. También se encuentran en fase de transición del matriarcado al patriarcado numerosas aldeas de Bali (según Krause). En algunos distritos rurales de Bali tiene la mujer todos los derechos del hombre. Es sacerdotisa y médica. El comercio y el dinero están en sus manos.

Según Kubary, puede también observarse entre los isleños de Mortlock (Carolinas) el fenómeno de transición de que el hombre pobre sirva a la mujer de su clan, mientras los caudillos y los ricos compran las mujeres y las tienen consigo.

## 3.

*Tribus micronesias (isleños de Gilbert).*

Mientras en algunos grupos de islas micronesias (islas Palaos, grupo Mortlock de las Carolinas) se han observado situaciones matriarcales, encontramos, en cambio, a los habitantes del grupo oriental de islas micronesias, las islas Gilbert, situadas al sudeste de las Carolinas, en la fase intermedia de igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, con ya marcada preponderancia del hombre.

Eso se deduce de la descripción de Parkinson, quien de los isleños de Gilbert dice lo siguiente: «La mujer es inseparable compañera del marido, desde el momento de la boda. Le sigue a todas partes. Si el marido va a la guerra, la tiene a su lado, llevando sus armas; si va a pescar, la esposa le acompaña también. En una palabra: donde está uno de los jóvenes esposos se encuentra también al otro. Sólo en una ocasión no debe acompañar la joven a su marido: cuando va a jugar y a bailar en común a la gran casa—«Te Maneape»—de la aldea. Para ella quedan prohibidos el juego y la danza desde el momento de la boda. Mientras el hombre está ausente, ha de permanecer en la choza, y si éste a su regreso no la encuentra, puede estar segura de recibir una buena tunda, sin que tenga derecho a quejarse.»

## 4.

*Tribus melanesias (isleños de Trobriand).*

Ha observado Malinowski circunstancias típicas de la transición del matriarcado al patriarcado entre los habitantes de las islas Trobriand, al este de Nueva Guinea.

Aquí se ha establecido ya una jerarquía de clanes, por lo tanto una escala social de carácter patriarcal. Cada comunidad rural pertenece a un clan y es regida por el más anciano (caudillo supremo). Si el clan pertenece al rango más alto, extiende el caudillo también su dominio sobre las aldeas vecinas que tienen clanes de rango inferior. La distinción social comprende tanto a las mujeres como a los hombres del clan superior. En todas las ventajas del rango superior existe igualdad de derechos entre los sexos, incluso en la mitología, en que aparece siempre una abuela junto al antepasado mayor, su hermano. Si una mujer de alto rango se casa con un hombre de rango inferior, debe tener ella separados sus alimentos y su ajuar de los del hombre, pues son para este «tabu». El marido debe rendirla también públicamente los honores que por su rango le corresponden. En las asambleas de las tribus tiene ella su puesto en una plataforma elevada, mientras el marido y los demás deudos del clan inferior han de sentarse en el suelo. Pero una mujer no es nunca jefe de clan, ni puede ser caudillo supremo. El caudillo supremo tiene el privilegio de la poligamia, al que no corresponde recíprocamente un derecho a la poliandria por el lado femenino. También se considera como propietario de la canoa sólo al caudillo. Derecho efectivo a las canoas lo tienen los hombres únicamente, mientras las mujeres han de contentarse con la «fama» de la participación, es decir, que tienen derecho a hablar de «su participación». El hacer la guerra es prerrogativa exclusiva del hombre; pero las mujeres intervienen en todas las ceremonias preparatorias de la guerra. Como la mujer no hace prácticamente ningún uso de la propiedad, no tiene voz en los consejos públicos. En las ceremonias funerales, en cambio, intervienen con gran algarabía, pues a ellas les co-

responde la parte principal en la exteriorización del dolor. La danza es practicada sólo por los hombres y sólo las mujeres de rango superior pueden danzar también. Pero todas las mujeres pueden presenciar la danza de los hombres, ya que no están excluidas de ninguna fiesta.

En la descendencia rige la línea femenina (línea materna). Por eso el nacimiento de una niña es recibido, por lo menos, con la misma satisfacción que el nacimiento de un niño. También la magia del clan, que sólo puede practicar uno de sus miembros, se hereda por línea femenina, aunque sólo la ejercen los hombres. Además de la magia del clan existen conjuros mágicos, que se aplican a distintas actividades y de los que hacen uso hombres y mujeres, según la división del trabajo. Los hombres se sirven de los conjuros para los campos, la pesca, la construcción de canoas, el tiempo, el viento y la guerra. Las mujeres para el embarazo, el parto, los abortos, las enfermedades y la confección de vestidos. En las cuestiones amorosas participan los dos sexos con sus conjuros. La escarada de los campos, practicada exclusivamente por mujeres, tiene una introducción solemne por parte del mago de la aldea. La brujería femenina se hereda de madre a hija.

«A pesar de la base rigurosamente matriarcal y del gran influjo de la mujer en las más importantes cuestiones vitales, es entre los isleños de Trobriand el hombre el definidor de la vida y el depositario del poder.»

## 5.

### *Tribus africanas (Yao, makonde, makua).*

K. Wenle ha observado en sus exploraciones, por el sudeste del África Oriental alemana, fuertes restos matriarcales entre los yao, makonde y makua, pertenecientes todos a la raza bantú.

Aquí encontramos un ejemplo típico de la época de transición del matriarcado al patriarcado, en el que la mujer ha conservado libertad e iniciativa.

Entre los yao está siempre situada la casa recién construí-

da del joven matrimonio cerca de la vivienda de la suegra materna. El precio de compra de la mujer, en forma de un par de gallinas y algunas piezas de tela, debe pagarse a la suegra. Es también obligación del yerno encargarse de trabajar el campo de la suegra. Según el testimonio de algunos ancianos, el padre casi no pertenecía a la familia, considerándosele como un extraño. La nueva generación no sabe ya nada de esta rigurosa medida matriarcal. Sin embargo, el hijo sigue perteneciendo al clan de la madre.

La preponderancia de la mujer se evidencia no sólo en la obligación del hombre de servir a la suegra, sino en los hábitos de divorcio. La falta de hijos suele traer por consecuencia el repudio del hombre. Se mantiene en esto todavía el criterio, impuesto por la ideología femenina, de que el hombre es el único culpable de la falta de hijos. Por eso las mujeres que no son fecundadas no tienen el menor escrúpulo en cambiar constantemente de marido. Si a consecuencia de adulterio comprobado de la mujer quiere el hombre divorciarse, ha de llamar a todos los parientes y acusar a la mujer de infidelidad en su presencia. No existe castigo para el adulterio de la mujer. Se separa el matrimonio simplemente y las provisiones que tuvieran se reparten, de común acuerdo, entre marido y mujer.

Entre los elementos más jóvenes y progresivos de los makonde, el padre del pretendiente solicita a la muchacha, dirigiéndose al padre de ésta. Cuando ambos padres están de acuerdo, lleva el novio los regalos a los suegros y se le entrega la novia.

Entre los elementos populares más conservadores debe estar presente el hermano de la madre de la novia, cuya aprobación es indispensable y que con su hermana—es decir, con la suegra—tiene participación en los regalos. Sin el consentimiento del tío materno no puede celebrarse ningún matrimonio.

Es también típicamente matriarcal la costumbre de que el niño no vuelva a la casa paterna después de la circuncisión, sino que quede en casa del tío materno, como su deudo, con el fin de casarle más tarde en la familia de éste.

También decide, entre los makua, sobre una solicitud de matrimonio, la suegra con todos sus hermanos. El joven ma-

trimonio permanece cerca de la madre de la mujer y los hijos pertenecen al clan de la madre.

El derecho de divorcio concede las mismas prerrogativas al hombre que a la mujer. El hombre repudia a la mujer cuando es gazmoña, guisa demasiado poco y es holgazana. La mujer repudia al hombre cuando le considera estéril o cuando no proporciona a la mujer y a los hijos suficientes alimentos y vestidos. Puede considerarse como un síntoma de avance patriarcal el hecho de que la mujer makua no pueda, como hace la mujer yao, cargar toda la culpa de la esterilidad al hombre, para poder así cambiar de marido a voluntad. El hombre ha logrado que se considere también a la mujer como culpable de esterilidad y puede fundarse en ello para repudiarla.

## 6.

### *Indios agricultores de Norteamérica en tránsito a la civilización.*

Ya he mencionado el caso de los indios agricultores de Norteamérica (chotkas) que, influidos por el contacto íntimo con la civilización de los inmigrados europeos, introdujeron poco a poco la costumbre de que el padre cediera al hijo en vida sus bienes, para evitar así que a su muerte pasaran a manos del clan materno. Con el mismo fin se hicieron ciudadanos de los Estados Unidos.

Lo mismo se hizo, generalmente, hacia 1850, entre los iroqueses, menominees, objibwäs y crows, según confirma Morgan: «Actualmente se inicia entre los indios de posición cierta repugnancia contra la herencia de la comunidad del clan. Algunos la han suprimido, instituyendo en su lugar la línea de herencia exclusiva de los hijos.»

Mientras al principio trabajaban la tierra las mujeres del clan—siendo el agro propiedad común del clan—y el hombre se dedicaba principalmente a la caza, originó la expansión del cultivo y la creciente participación del hombre en la agricultura, un cambio gradual en la sucesión hereditaria, a la que ya alude Müller-Lyer sin explicarla sociológicamente.

Las mujeres habían iniciado el cultivo en terrenos especialmente propicios, en claros del bosque, en las márgenes de los ríos y las lindes de las estepas, en lugares donde el cultivo era menos penoso, generalmente cerca de los poblados o en terrenos sobre los que habían existido antiguos poblados, donde se habían nivelado las irregularidades del terreno y se había fertilizado el suelo con la ceniza de los hogares y las heces y residuos enterrados. Con la expansión de la superficie cultivada comenzó la roturación penosa de monte y selva. Hemos de suponer que en este momento intervino, en primera línea, el hombre, físicamente más fuerte, en la dura labor de robar un pedazo de tierra al erial. Es comprensible que intentara, cada vez con mayor urgencia, hacer valer su derecho de propiedad sobre el terreno, cultivado con tanto sudor, con esfuerzo y sacrificio mucho mayores que los que exigía el cultivo del antiguo agro del clan. Esto puede observarse, por ejemplo, en los indios pueblos, según Morgan: «Es común entre ellos la propiedad de la tierra, que pertenece a la comunidad. Pero cuando alguno rotura una parcela puede alegar derecho a su propiedad y venderla, si quiere, a otro miembro de la misma comunidad. Si muere, pasa el derecho de propiedad a la viuda o a las hijas. Si es soltero, queda vinculado a la familia del padre.» Poco a poco sustituyeron los hijos, cuando los había, a la viuda y a las hijas.

## 7.

*La fase de transición en los pueblos de pescadores superiores.*

Representantes típicos del período de transición que del influjo femenino preponderante pasa al influjo masculino decisivo—con diversas fases intermedias de igualdad entre los sexos—, son las tribus de pescadores más altamente desarrolladas y que gozan de mayor bienestar, cuya cultura es claramente superior a la de los agricultores inferiores.

Mientras los pueblos pescadores de la costa asiática del Océano Pacífico, como los itelmenes de Kamtschatka, pertenecen a los pescadores medios, y las tribus de los wintun, de

la costa californiana, a los pescadores inferiores, han dado origen las condiciones de producción, excepcionalmente propicias, de los territorios de la costa norteamericana del Pacífico, a una fase de cultura más altamente desarrollada—la cultura de los pescadores superiores—entre las tribus de estas regiones. Aquí remonta en verano el salmón en tan enormes masas las aguas claras y poco profundas de los ríos, que la pesca no sólo proporciona alimentación suficiente para el verano, sino para todo el invierno. Esto originó el desarrollo de una técnica especial de conservación del pescado. (Preparación en secadero y preparación en aceite.) La más importante de estas tribus es la de los thlinkits, que habitan el territorio comprendido entre el Copper-River, en Alaska del Sur y el grado 55 de la costa occidental (archipiélago de Alejandro). La zona meridional ha sido invadida por los tsimschian. Los thlinkits viven, pues, en el territorio de Alaska, que pertenecía a Rusia y pertenece actualmente a los Estados Unidos. A ellos se unen por el sur los haida, que habitan principalmente en las islas canadienses de Queen-Charlotte, y cuya subtribu de los kaigani ocupa las islas del Príncipe de Gales, el grupo meridional del archipiélago de Alejandro. Al sur de los haida viven las tribus de los wakasch y de los selich. A los primeros pertenecen los nutka, de la costa occidental de la isla de Vancouver y los kwakiutl, del nordeste de Vancouver. Los selich habitan, principalmente, en las costas del estrecho de Juan de Fuca y en las cuencas del Frazer y del Columbia.

En el verano llevan estos indios una vida errante en sus canoas. En invierno viven en grandes casas de madera—decoradas con tallas de un arte extraordinario—, al frente de las cuales erigen unos mástiles con sus blasones. Todavía en 1850 sumaban, según Weniaminow, los thlinkits, llamados por los rusos kolosche, 25.000 individuos, y tenían, según Langsdorf, aldeas fortificadas de 1.300 a 1.400 individuos.

Mantienen un vivo comercio con la tierra firme, que, en ocasiones, llegaron a monopolizar. Algunos consiguieron de esta manera apreciables riquezas. Utilizaban también moneda natural, en forma de hilos de conchas y pieles, que servían de unidad general de valor. Tenían ya artesanos (tallistas, herreros, plateros, tejedoras) y una tosca división de clases,

compuesta de nobleza, plebe y esclavos, como consecuencia del comercio próspero y las guerras victoriosas. Se instituyó un caudillaje de los ricos, que poseían numerosos esclavos y disfrutaban de grandes prerrogativas.

Si bien rige, por lo general, el clan materno y la línea materna, obsérvanse también, como consecuencia de la transformación económica, numerosas fases de transición a la cultura patriarcal. Los ricos sólo conocen el matrimonio de compra. Únicamente los pobres se someten todavía al matrimonio de servidumbre, trasladándose a la casa del suegro. La mujer comprada por los ricos pasa a su propiedad. Los ricos se permiten el lujo de comprarse varias mujeres, y así desciende la mujer—originalmente igual en derechos—poco a poco a la condición de sierva del hombre.

Existe un contraste entre las tribus septentrionales de los thlinkits y los haida y las tribus meridionales de los selisch, en el sentido de que los primeros se evidencian especialmente aventajados en la construcción de las casas y en que tienen una acusada estructura totémica y de clan, mientras que entre las tribus meridionales observamos la liga de la comunidad rural con la sucesión paterna originaria.

a) *Los thlinkits y haida.*—Sobre la forma del clan entre los thlinkits estamos informados especialmente por Krause. Entre ellos rige todavía la línea materna. La novia no es comprada, sino pedida al suegro por medio de regalos a los que éste ha de responder con presentes más ricos todavía. El novio no se lleva siempre a la novia consigo. Puede, a voluntad, trasladarse también a la casa del suegro. En cualquiera de los dos casos rige—siempre—la línea materna. El hijo de la hermana es el heredero, y el hermano de la madre dirige, en parte, la educación. Según Bancroft, la situación de las mujeres es buena. Son muy respetadas y tienen un influjo notable sobre el clan. Son especialmente apreciadas las ancianas que, como magas, suelen gozar de gran veneración. En general, predomina el matrimonio único. Sólo los caudillos tienen varias mujeres. Recuerda las situaciones matriarcales la poliandria de hermanos, que aún se practica ocasionalmente, y según la cual, en ausencia del hermano mayor, tiene derecho el hermano menor a cohabitar con su mujer. Mejor dicho: es



la mujer quien exige esta libertad sexual. En caso de divorcio permanecen los hijos siempre con la madre.

Los haidas de las islas de la Reina Carlota, eran los más ricos de todas las tribus de pescadores (según Scouler) y se distinguían por su habilidad especial en el arte de la talla y en los trabajos en metales. Estaba generalizada entre ellos la compra de mujeres, la situación de las cuales era menos buena. Según Bancroft no repugnaba a los hombres el poner en venta sus mujeres. Pero rango y fortuna se heredaban siempre por la línea materna.

b) *Tribus de los selisch (nutka)*.—De las tribus de los selisch tenemos noticias contradictorias. Advierte Krickeberg que regía entre ellos originariamente la sucesión paterna, pero que como consecuencia del contacto constante con las tribus septentrionales, se adaptó la sucesión paterna a las organizaciones matriarcales. Esta explicación parece sociológicamente contestable. El hecho de que entre los selisch estuvieran ya muy desarrolladas las ligas secretas de hombres y que en una subtribu, la de los bilchula, hubiera rebasado ya el concepto religioso la creencia en los demonios, con la introducción de un sistema politeísta, al frente del cual aparecen la diosa Quaniaits y el dios-sol Seuch, hace suponer, más bien, que nos encontramos ante una fase muy avanzada de transición del matriarcado al patriarcado. Según Mayne, rige todavía la línea materna en la subtribu de los nutka. Pero la mujer es siempre comprada y sigue al hombre a la casa paterna. Según Bancroft, fortuna y rango se heredan también del padre. Según Waitz, son bien tratadas las mujeres, pero con las muchachas jóvenes se practica una verdadera trata. Bancroft asegura que los trabajos más duros están a cargo de las mujeres, las cuales están excluidas de las fiestas.

## 8.

*Transición del matriarcado al patriarcado en los antiguos pueblos cultos.*

Los antiguos pueblos cultos: egipcios, babilonios, chinos, indos, griegos y romanos, aparecen a su ingreso en la historia, sin excepción, dentro de la fase patriarcal. Pero evidencian, sin embargo, como hemos visto al tratar de los restos de matriarcado, tan claros residuos de índole matriarcal—que acababan poco a poco por desaparecer—que es lícito deducir que en la época prehistórica atravesaron una fase de matriarcado.

Como hemos tratado con toda extensión estos restos de matriarcado, renunciamos a considerarlos nuevamente aquí.

## 9.

*La situación peculiar de las tribus del Chaco.*

Constituyen un grupo aparte los numerosos pueblos del Gran Chaco, el vasto territorio de bosques, pantanos y praderas de la zona central de Sudamérica, situado entre los Andes y el Paraguay. Comprende a los guaté, en la región pantanosa del alto Paraguay, a los samuko y maskoé en el oeste, a los matakó o choroti y las numerosas tribus de guaicuros (kadinéo, abipón, payaguá), que en constantes luchas por su independencia han sido casi totalmente aniquilados (toba y pilagá). Los guató y payaguá son pescadores, habitantes de ríos y lagunas. Los demás habitan la estepa y se convirtieron en tribus de jinetes después de la introducción de los caballos europeos que se tornaron cimarrones. Son, generalmente, cazadores, pero también criadores de ganados. Como tales representan un cultura puramente masculina. Sólo encontramos escasos principios de agricultura. Los kadinéo, principalmente, tienen una agricultura adelantada, cría de ganados y alfarería. En la época de las lluvias ocupan aldeas estables formadas por una sola fila de chozas, mientras los nómadas

sólo conocen simples chozas de paja, en forma de colmena. Es digno de notarse que entre las tribus del Chaco se advierte ya una jerarquía de clases. Además de los guerreros y de los esclavos hay una milicia noble, hereditaria, surgida de la estirpe de los caudillos.

Además de los prisioneros de guerra esclavizados, hay siervos voluntarios, la mayor parte miembros de tribus más débiles, que se acogen a las tribus más fuertes, aceptando una situación de dependencia.

Los pueblos del Chaco pueden ser incluídos entre los que se encuentran en la fase de transición del matriarcado al patriarcado, pues existe entre ellos la curiosa costumbre de la covada del hombre—de que tratamos más adelante—, y se efectúa ya el matrimonio comprando la mujer, aunque ésta ha de dar su consentimiento. Para solicitarle (entre los toba), deja el hombre un haz de leña ante la choza de la elegida. Si ésta lo mete dentro, se supone que ha dado el sí. En otras tribus hacen los hombres la petición con músicas y cantos, que duran semanas enteras ante la choza de la elegida. Hemos de deducir del derecho de la mujer a otorgar o denegar su consentimiento, que su condición no es la de una sierva del hombre. También la costumbre que tienen los chamakoko de que los muchachos pasen por una especie de escuela matrimonial, constituída por viudas y mujeres casadas, evidencia que existió un matriarcado originario y que las mujeres disfrutaban todavía de cierto influjo. En los pueblos con auténtico patriarcado son las muchachas las que reciben esa previa educación para el matrimonio.

#### 10.

### *Pueblos salvajes de Centroamérica.*

Entre los pueblos que se encuentran en la fase de transición entre el matriarcado y el patriarcado, cuéntanse las tribus que habitan la vertiente atlántica de Centroamérica, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Son, en Honduras, los xincas, lencas y xicaques; en Nicaragua, los sumos y los misquitos, y en Costa Rica, la tribu de los talamanca (chiripó, bribi y

guatuso). Por lo general, son pescadores y cazadores, y practican el cultivo de la banana y de algunas especies de palmeras, sobre todo la pejivalle (*Guillemia utilis*). En el norte, bajo la influencia de la cultura de los pueblos de la costa del Pacífico, está la agricultura más desarrollada. Rige entre ellos un sistema exógamo con dos clases, o mejor dicho, un sistema de dos hermandades con sucesión materna. Las hermandades se dividen en clanes, que llevan el nombre de animales o plantas. Que se encuentran ya en la fase de transición al patriarcado, lo demuestra principalmente la costumbre, muy extendida entre ellos—entre los guatuso, por ejemplo—, de la covada del hombre.

## 11.

*La covada del hombre como costumbre típica de la transición entre el matriarcado y el patriarcado.*

Típica de la transición entre el matriarcado y el patriarcado es la tantas veces mencionada y extrañísima costumbre de la covada del hombre. Consiste en que la mujer se levanta después del parto y se entrega a sus ocupaciones domésticas habituales, mientras el marido ocupa su lugar en la cama, adopta una actitud de débil y enfermo y se hace cuidar un determinado número de días por la parida y por familiares y amigos. Durante este tiempo, le están prohibidos determinados alimentos. Según Biet, entre los galibie (caribes) de Cayena debe tenderse el hombre en una hamaca y someterse a un riguroso ayuno de seis meses, adelgazando de tal manera, que cuando abandona la hamaca parece un esqueleto. Después tiene que matar un determinado pájaro para purificarse, como hacen las paridas de los pueblos patriarcales—de los judíos, por ejemplo—. Según Tertre, los hombres sólo pueden probar durante el ayuno la corteza del pan cazabe, y después de cuarenta días de ayuno, los parientes han de comer del cazabe descortezado. Antes de hacerlo, llenan de arañazos al anfitrión, por todo el cuerpo, hasta hacerle sangre, y para atormentarle más, le lavan los rasguños con agua y pimienta. Entonces se pone enfermo de veras, vuelve a la hamaca y hasta

el séptimo mes no puede probar el pescado ni la carne de ave.

Ya hemos dicho que se observa la costumbre de la covada entre los pueblos del Chaco y los pueblos primitivos de Centroamérica. Según Ploss, se observa generalmente, no sólo en los caribes (galibie de Cayena), sino también en el archipiélago de las Perlas del golfo de Panamá, entre los guaraníes, papudus y mundrucurus de la cuenca del Amazonas y entre los marañás de Colombia. Pero no se circunscribe esta costumbre a Centro y Sudamérica. Ya Marco Polo, hace seiscientos años, denunció su existencia entre la tribu china salvaje de los miautse. Lo cual ha sido confirmado por Lockhart y Tylor. Es también elocuente su hallazgo en uno de los territorios donde se observa más acusadamente la fase de transición del matriarcado al patriarcado: en la isla malaya de Buru, perteneciente a las Molucas. Según Zuchelli, la practicaban en el siglo XVIII los negros congoleños de Cassango. Ya Herodoto se refiere a la existencia de la costumbre de la covada en África. Según Diodoro está igualmente extendida en Sicilia, y Estrabón la sitúa entre los corsos y entre los celtíberos y cántabros de España.

Entre los descendientes de los celtíberos, los vascos, el pueblo primitivo más antiguo de Europa, que habita los Pirineos occidentales en el norte de España y sudoeste de Francia, se ha practicado esta costumbre hasta nuestros días.

Han conservado numerosos restos de la costumbre de la covada los passis, omagnas y cauixanas en Sudamérica; entre los cuales, según von Martius, durante la semana de cama se privan, tanto el hombre como la mujer, de determinados alimentos y ayunan. Entre los groenlandeses—según Craz—, durante la semana de cama sólo hace el hombre los trabajos más indispensables y se le considera impuro, lo mismo que a la mujer. También entre los chewsures permanece el esposo de la parida aislado—según Radde—durante siete semanas, no toma parte en las fiestas y se le lleva a casa la cerveza y la carne que se le reserva en los festines. Según Demiê, acostumbra los estonios a ir todos al baño después del bautizo del recién nacido, con cuya ocasión la comadrona o el padrino apalean al padre del niño. Pero no es, en cambio—como pretende Ploss—, un resto de la costumbre de la covada del

hombre el que—según Riedel—en las islas malayas de Timor-laut y Tanembar, situadas al sudeste de la Nueva Guinea occidental, durante los primeros días del recién nacido, la madre, después de haberse bañado, se entrega nuevamente a sus trabajos domésticos, mientras el hombre está obligado a cargar con el niño y a cuidar de él. Se trata aquí, más bien, como hemos visto ya, de una típica costumbre matriarcal.

En cambio, son indudablemente restos de la antigua costumbre de la covada, ciertos hábitos extraños que se observan aún hoy en Alemania y en Suiza durante la semana de parida. En Turingia se cuelga una camisa de hombre en la ventana del aposento que ocupa la parida y en Argovia viste la mujer los pantalones del marido en su primera salida. En el valle del Lech se toca con su sombrero. No son estos—como pretende Ploss—restos de antiguas medidas que tenían por objeto ocultar a la parida, para librarla de los demonios de la temible fiebre puerperal; pues transcurrida la semana de cama, ya no tendrían objeto. Se trata de restos de la costumbre de la covada, en la cual, lo esencial es el simbolizar en éste—no en la mujer—al creador de la nueva vida.

Se han dado muchas vueltas a esta cuestión, buscando el sentido de la costumbre—a primera vista tan extraña—de la covada. Se trata, en todo caso, de un hábito antiquísimo, pues los que lo practican no saben ellos mismos por qué lo hacen, y al ser preguntados, dan las razones más contradictorias. Al principio, defendía también Adolfo Bastian la opinión de que la covada del hombre tenía por objeto engañar a los diábolos de la fiebre puerperal. Más tarde buscó una nueva explicación en el hecho de que durante la transición del matriarcado al patriarcado, el hombre sólo compraba al principio la mujer, mientras los hijos seguían considerándose propiedad del clan materno. Para someterlos al clan materno. Para el padre que compráseles al clan materno. Al avanzar el patriarcado creó el hombre un rito, en el que fingía, simbólicamente, los sufrimientos de la semana de parida, y por el que se atribuyó el derecho inmediato sobre el hijo recién nacido. Esta interpretación es un ensayo típico de explicación de la época del finalismo materialista. Las modernas investigaciones psicológicas nos han enseñado que estas costumbres proceden de

épocas remotísimas, en que los actos del hombre estaban condicionados menos por la reflexión finalista y por la razón que por el estado afectivo (*irratio*), originado en el temor supersticioso, en la pugna apasionada con los fenómenos incomprendidos del mundo exterior, percibidos con sobresalto. Por eso es esencialmente satisfactoria la explicación que Reik ha dado por primera vez, siguiendo el método de investigación psicoanalítica. Por de pronto, ha distinguido Reik dos formas de covada. La primera consiste en que, al nacer el hijo, el hombre se acuesta un determinado número de días y hace como si sintiera dolores y pariera, mientras la mujer se levanta inmediatamente después del parto y cuida al hombre como si éste fuera una parida. La segunda forma de covada tiene la particularidad de que durante ella el hombre ha de someterse a una dieta especial. En algunos pueblos, debe privarse de muchas clases de carne durante un año entero; en otros, no puede probar, durante meses, pescado ni aves. En algunas tribus de Sudamérica tiene, además—como hemos descrito—, que soportar toda clase de tormentos. Esta costumbre guarda una íntima conexión con el sacrificio de los hijos.

Se observa frecuentemente en la etnología, que entre abuelo y nieto se supone una más íntima relación que entre padre e hijo. El padre cree que su propio padre renace en el primer hijo. De acuerdo con el hecho, admitido por Freud, del parricidio, generalmente cometido por los hijos llegados a la nubilidad, el padre, impulsado por el miedo a la represalia, mata y devora a su primer hijo. En algunas tribus de Nueva Gales del Sur, por ejemplo, era comido por la tribu el primer hijo. Los aborígenes de la costa oriental de Nueva Guinea mataban a todos los primogénitos. Todavía a principios del siglo XIX estaba generalizada en la India la costumbre de sacrificar a los primogénitos. Tenemos referencias de que, en Uganda, el primogénito varón de un caudillo o de un hombre rico era estrangulado por la comadrona. Al padre se le decía que había nacido muerto. Cuando el rey de Moab fué cercado por los israelitas, sacrificó como holocausto a su primogénito sobre la muralla. La historia fenicia está llena de estos sacrificios. También existió, originariamente, el sacrificio del pri-

mogénito en el antiguo judaísmo. En el libro II de Moisés, 13, se dice: «Todo lo que entre los israelitas sale, lo primero, del seno materno, hombre o animal, me pertenece. El primer parto de un asno (el más valioso animal doméstico) y también el primer parto humano ha de ser redimido por otros animales.» En cambio, no debían ser redimidos los niños o los esclavos consagrados a Dios por un voto. También en el Perú, en el imperio de los incas, estaban generalizados los sacrificios de niños en las grandes fiestas del sol. Eran sacrificados niños y niñas en presencia del pueblo, ante las imágenes de los dioses principales, a los que era ofrecida la sangre de su corazón.

Según Reik tuvo lugar el proceso evolutivo de la covada de la siguiente manera: Después del parricidio, que constituye el más importante acontecimiento de la evolución primitiva—el más importante acontecimiento, tal vez, en la evolución de la humanidad—, se instituyó el clan fraterno. Los hermanos acordaron entre sí la prohibición del comercio con la madre y con los consanguíneos de ésta y tomaron una o varias mujeres no pertenecientes al totem. Los hijos nacidos de estas nuevas alianzas despertaron en el padre el recuerdo de aquel delito. La consciencia de la propia culpa se trocó en miedo a la represalia. Por lo general, el salvaje ve en el hijo al antepasado (abuelo) renacido. El padre renace en el hijo del hijo. En recuerdo del parricidio cometido por él mismo, ha de esperar que, más tarde, el hijo le matará a él. Para defender su vida y su propiedad, la mujer mata y devora nuevamente en el primogénito al padre inmortal. El arrepentimiento que surge en él y la nostalgia del padre que en él se despierta nuevamente, traen por consecuencia más tarde hondos conflictos psíquicos entre los sentimientos de hostilidad y de ternura hacia el padre renacido en el hijo. Vence finalmente la ternura, y los hijos son ya conservados. En el transcurso de la evolución se llega a sacrificar un animal en su lugar. Se impuso así la prohibición del sacrificio del primogénito, penándola severamente, y se prohibió especialmente, en el momento en que el hombre va a ser padre, el comer el animal totem, en el que se veía al antepasado (padre). En ello ve Reik la explicación de la medida prohibitiva de alimentos durante



la covada del hombre, medida que permanecía oscura en los anteriores intentos de explicación. Igualmente se aclaran así los tormentos que ha de sufrir el padre. Son un desahogo del arrepentimiento, un símbolo del renacimiento, semejante a los ritos de pubertad en que son muertos simbólicamente los adolescentes púberes, por medio de tormentos, renaciendo como hombres nuevos, que han vencido el primitivo odio al padre de la juventud núbil.

La explicación de Reik, de tan ilimitadas consecuencias, parece a primera vista algo rebuscada. En todo caso, la costumbre equivale a una anulación del alumbramiento del hijo por la madre, evidenciándose la tendencia del padre a suplantarse a la madre en el cariño del hijo. Es él y no la madre quien ha parido al hijo y a él ha de otorgársele su cariño.

También Rosa Mayreder ha reconocido que en la costumbre de la covada se trata de un fenómeno condicionado más psicológica que económicamente. Hace notar, con razón, que la explicación de Bastian es insuficiente, que la costumbre es más bien un despertar de la conciencia de la paternidad y que hasta se la puede considerar como una prueba de que la paternidad no «ha surgido del sentimiento de propiedad y del deseo de autoridad del hombre». Pues si así fuera no tendría sentido una costumbre en que el hombre, soberano, se somete a tormentos. Aparece más bien la covada como un «acto de reconocimiento de la paternidad», según Rosa Mayreder le llama, un acto del sentimiento intensificado de identidad, originado en la conciencia de la afinidad del padre con el hijo. El psicoanálisis nos da una explicación de las extrañas formas que ha adoptado esta costumbre.

En todo caso, es la covada un fenómeno típico de la transición entre el matriarcado y el patriarcado, creación de una época en que se fortalecen los sentimientos de paternidad. Los cuales en adelante se observarán, en la época del patriarcado y de su cultura masculina, junto al sentimiento de maternidad preponderante originariamente. Pero siempre, o especialmente permaneciendo bajo la paternidad asegurada, garantizada por la reclusión o la vigilancia de la mujer.

## 12.

*Circuncisión y ceremonias de pubertad de las niñas como primitivas costumbres matriarcales.*

De los sufrimientos del sexo femenino, atribuidos a su situación de inferioridad, debemos separar con todo rigor los que proceden de otras causas. Frecuentemente se ha pretendido que las dolorosas ceremonias de pubertad de las niñas son una prueba del destino de la mujer, digno de compasión, y una consecuencia de la tiranía brutal del hombre. Este criterio es completamente equivocado. No suponen un embrutecimiento de la mujer, privada de derechos, por el hombre poderoso, pues encontramos estas costumbres tanto en el sexo masculino como en el femenino. Se las consideraba como algo completamente misterioso, como usos originados de la creencia en los demonios que alienta en los pueblos primitivos. Su sentido más profundo lo encuentro captado, de la manera más satisfactoria, por las modernas investigaciones psicoanalíticas. Según ellas se trata de ritos de prueba, ejecutados por la vieja generación, en el acto de admitir a la juventud púber en su círculo, y que originariamente representaron la represión de concupiscencias execrables de los adolescentes hacia las personas mayores.

En un estudio muy estimado—«Totem y tabu»—se ha ocupado Sigmund Freud del análisis psicológico de las consagraciones de pubertad (consagraciones de adolescencia) generalizadas en casi todos los pueblos primitivos y cuyo proceso suele asemejarse en algunos detalles. La más remota parece ser la ceremonia de circuncisión de los jóvenes púberes australianos. Estos son arrastrados hasta la espesura por los hombres mayores de la tribu. Con máscaras, gritos y otros medios de atemorizamiento, se les sugiere que son tragados por un monstruo, «ngosa»—que quiere decir abuelo—. Tiene lugar después la circuncisión con la escisión del prepucio y los jóvenes son sometidos a continuación a diversos tormentos: pinchazos, golpes, apaleamientos y otras torturas. Después de esta ceremonia de la muerte, viene la resurrección con el festín

y la bebida en comunidad de sangre del caudillo; con lo que son admitidos en la liga secreta de los hombres, cuyos secretos no deben ser comunicados a las mujeres, bajo pena de muerte. Se les considera como hombres renacidos, que hasta la propia lengua deben aprender de nuevo.

Esta forma primitiva no se ha conservado en todas partes. Pero es característico que en las fiestas de circuncisión—muy alteradas—de pueblos más altamente desarrollados, como los agricultores africanos yao, makombe y makua, se diga a los muchachos después de la circuncisión, llamada unyago: «De ahora en adelante debéis trabajar rudamente en los campos.» (Weule.)

Además de esta circuncisión de los muchachos, casi universalmente extendida, conocen también algunos pueblos la circuncisión de las niñas. Tampoco esta ceremonia ha sido instituida por motivos higiénicos, como se ha supuesto falsamente en la circuncisión de los niños, o para intensificar la sensación de voluptuosidad en el hombre o en la mujer. Tampoco para corregir el defecto estético de los labios genitales excesivamente desarrollados o para reprimir la extraordinaria vehemencia del instinto sexual en las mujeres africanas, como pretende Brehm. Se funda, más bien, en el mismo motivo psicológico que la circuncisión de los muchachos; ambas son símbolo del castigo impuesto a los deseos sexuales de los adolescentes hacia los hombres y mujeres mayores y de la admisión en el círculo de éstos, bajo condición de renuncia al «viejo Adán» de la concupiscencia y rebelión contra ellos; bajo la condición también de que los jóvenes se sometan, como hombres nuevos, a las leyes constitutivas de los mayores.

Además de la circuncisión de las niñas, aparecen como costumbres fundadas en motivos semejantes—que en parte se originan en el fenómeno misterioso de la sangre y en los enigmas del parto—la reclusión de las menstruantes novicias en chozas especiales para menstruantes y parturientas. En muchos aspectos sirven estas costumbres de protección a la mujer, procurándole tranquilidad en momentos en que necesita reservarse. Sólo en el transcurso posterior de la evolución surge el concepto general de la impureza de la mujer en su actividad sexual, y con ello la tara de la mujer como un ser

inferior estigmatizado con una especial impureza periódica.

a). *La circuncisión de las niñas.*—La circuncisión de las niñas se consideró primitivamente como una costumbre específica africana. Pero pronto se averiguó que también en Asia y en América está generalizada. Se trata de una operación cruenta en los labios pequeños genitales y en el clitoris con su prepucio (escisión). En algunos pueblos se quitan completamente estas partes; en otros sólo algo de ellas. Esta circuncisión de las niñas se practica en Egipto, Nubia, Abisinia, en el Sudán, entre los gallas y en África oriental entre los árabes. Igualmente está extendida esta costumbre entre los pueblos negros de África occidental, entre los susus, bambuc y mandingos, en Sierra Leona, Benin, Congo, Loanda, en el África oriental entre los massai y wakussi y en Sudáfrica entre los betschuanes. Que no se trata de una costumbre típica patriarcal, con embrutecimiento de la mujer, lo demuestra el hecho de que también la encontramos entre los kamtschadales (itlmenes) matriarcales y entre los malayos igualmente matriarcales del Archipiélago de las Indias Orientales. En América se ha comprobado su existencia entre los indios del Perú (chunchos y tuncas), entre los panos y entre todos los indios del Ucayali. Bachofen menciona su existencia entre los egipcios, tan acusadamente matriarcales. De acuerdo con la explicación psicológica que hemos dado, puede incluso admitirse que la circuncisión de las niñas es una costumbre típica de la época del matriarcado, introducida por la generación predominante de las mujeres mayores, según el antiguo ejemplo de la circuncisión de los niños durante el predominio masculino.

El fin primitivo de esta costumbre llegó a olvidarse. Posteriormente en Egipto se consideró generalmente la circuncisión de las muchachas como una medida de belleza. Según Bruce, la prohibieron los misioneros católicos, por considerarla como una ceremonia judía. Como a los católicos coptos, recién convertidos, les inspiraba repugnancia la parte genital no circuncidada, que está muy desarrollada en su raza, preferían casarse con mujeres herejes. A propuesta de los misioneros, se ocupó de la cuestión el Colegio de los cardenales *De propaganda fide*, en Roma, y se enviaron médicos para que hicieran investigaciones. Éstos declararon que, debido al clima y a la raza,

las mujeres coptas tienen órganos genitales extraordinariamente desarrollados, que pueden inspirar repugnancia y constituir un impedimento para el matrimonio. Roma hubo de ceder y la escisión siguió practicándose, tanto entre los coptos católicos como entre los coptos no católicos.

La edad de la circuncisión—que primitivamente se practicaba al llegar la pubertad—cambió cuando se hubo olvidado el objeto de la costumbre. Sin embargo, suele practicarse generalmente entre los ocho y quince años, es decir, al iniciarse la pubertad.

Los árabes, abisinios y nubios la practicaban en el recién nacido o en los primeros años.

La circuncisión es, naturalmente, dolorosa en extremo, y a veces las niñas se desangran y mueren.

b) *Pruebas de madurez sexual en las muchachas.*—Además de la circuncisión, hay otras pruebas dolorosas a que son sometidas las muchachas al llegar a la madurez sexual. En numerosas tribus australianas, al llegar a la pubertad, se les sacan dos dientes a los muchachos y a las muchachas con grandes ceremonias. Entre los malayos está generalizada la costumbre de limar a muchachos y muchachas los incisivos en un cuarto de su tamaño a la llegada de la pubertad.

En Tahiti y entre los makalaka, así como en diversas tribus del Paraguay, son tatuadas las muchachas que han llegado a la pubertad, recibiendo, entre grandes dolores, hasta cuatro mil cortes en la piel, que se friccionan con un unguento cauterizante, coloreado con polvo de carbón (Forster).

Según Schomburgk, a las muchachas caribes de la Guayana Británica se les afeita la cabellera. Un mago les hace, transversalmente, con los dientes de un aguti, dos cortes profundos en la espalda, que se friccionan con pimienta. Durante esta operación no debe dar señales de dolor la torturada. Después se la tiende en una hamaca, con los brazos atados al cuerpo, y allí debe permanecer tres días sin comer ni beber y sin hablar una palabra. A los tres días se la libra de las ataduras de los brazos. Pero debe continuar en la hamaca durante un mes, sin probar otra cosa que raíces crudas, cazabe y agua. Al cabo del primer mes, cuando se presenta nuevamente el menstuo, se repiten las torturas y sólo al finalizar

el tercer mes se considera terminada la prueba. Entre los indios sudamericanos de la cuenca del Naupé es sometida igualmente la muchacha—según Bates—a rigurosa dieta y reclusa en la parte superior de la choza. También se la somete a otras torturas: mientras sus familiares comen y beben abundantemente, cada miembro de la familia—en intermedios de seis horas, y repitiendo cada uno cuatro veces la operación—la pega varias veces en el cuerpo desnudo con varas flexibles. A menudo el dolor hace desmayarse a las muchachas, y a veces llegan a morir. La torturada no debe dar señales de dolor, y sólo puede lamer las varas de suplicio después de tocar con ellas los manjares. Cuando han resistido todas las pruebas, son declaradas púberes y pueden comer nuevamente de todo.

Algo semejante observó Power entre los indios macusis de la Guayana Británica. Al regresar la muchacha del baño después de la primera y segunda menstruación, debía sentarse sobre una piedra y soportar los azotes que su madre le daba con varas delgadas. Pero no debía exhalar un solo grito de dolor. Aquí se ha conservado, al parecer, el primitivo carácter matriarcal.

Entre los huitotos del Amazonas, en Sudamérica, la muchacha que recibe una proposición matrimonial a la que los padres dan su consentimiento, es atada a un palo y azotada hasta que se desmaya. El desmayo se considera como signo de que el espíritu de lo pueril e impúber ha abandonado el cuerpo de la novia. Después es admitida en el círculo de las mujeres mayores. El verdadero sentido de la ceremonia no es comprendido ya, como sucede con la mayor parte de estas costumbres primitivas.

En muchas tribus, las muchachas que acaban de llegar a la pubertad tienen que abandonar juntas la aldea—lo mismo que los muchachos que han alcanzado la edad púber—e internarse en la espesura, donde son iniciadas en el comercio sexual. Allí tienen que cargar con agua y leña en circunstancias penosas, encender fuego, coger con las manos objetos ardientes y acostumbrarse a que las maltraten. (Fritsch.)

Entre los basutos llaman *pollo* a la prueba. Según Endemann y Merensky, durante ella deben las muchachas soplar el fuego, bañarse en el frío del amanecer y cargar a la espalda,

envuelta en un paño, una figura de barro erizada de espinas, que representa un niño.

De los bawenda, en el Transvaal del Norte, dice Beuster que llevan a las muchachas al río, sin que importe la estación del año e incluso en invierno; y éstas deben permanecer horas enteras en el agua mientras sus acompañantes se calientan al fuego en la orilla. Las infelices «se hielan en el agua hasta quedarse tiesas, y con frecuencia no pueden salir ellas mismas, habiendo necesidad de sacarlas».

c) *La reclusión de las menstruantes novicias.*—La reclusión de las menstruantes novicias está generalizada en muchos pueblos. Según Powell, en Nueva Irlanda (Norteamérica) se encierra a la muchacha en una especie de jaula de dos pisos (dentro de la casa) durante cuatro semanas. Se reserva para la muchacha la parte superior de la jaula, tan reducida que no puede ponerse de pie, debiendo permanecer sentada o acostada. Sólo de noche puede salir de su encierro. En Yap (Carolinias) y entre los indios ojibway de Norteamérica, es decir, en tribus claramente matriarcales, la muchacha púber ha de evacuar su primera menstruación en una choza oculta y alejada del poblado. La muchacha ojibway no recibe aquí de su familia ninguna clase de alimentos preparados y debe ayunar durante cinco días. Entre los nutka de la Columbia Británica (tribu matriarcal) son encerradas las menstruantes novicias en un reducido aposento, separadas del resto de los familiares. Allí tienen que ayunar. Durante ocho meses les están vedados los alimentos frescos, especialmente el salmón. También tienen que comer solas durante este tiempo. Entre los thlinkites matriarcales, las muchachas en que aparecen los primeros síntomas de madurez sexual, deben aislarse durante tres meses en una choza de ramas o de nieve, según la estación. Entre los koljusche matriarcales de la costa del estrecho de Bering, son encerradas las muchachas—según Ermann—de tres a seis meses en una jaula de seis a ocho pies de altura, sólo provista de una tronera enrejada. Antes se las ha tiznado la cara con hollín. Para cada muchacha se dispone una jaula.

Entre los esquimales que habitan al sur de Jukow debe permanecer la muchacha púber en un rincón de la casa, du-

rante cuarenta días, con la cara contra la pared, la capucha calada y el cabello revuelto sobre los ojos. Sólo por la noche, cuando todos duermen, puede abandonar su encierro. Durante el verano debe permanecer en un tosco albergue fuera de la casa. (Nelson.)

Entre los schushwap, en el interior de la Columbia Británica, a la primera hemorragia ha de abandonar la muchacha—según Boas—la aldea, para vivir en el monte, en una pequeña choza. Ha de prepararse ella misma los alimentos y no debe comer nada que tenga sangre. Entre los indios de la costa noroeste de América, se encierra a la muchacha—según Jacobsen—durante treinta días en un reducido aposento de la casa paterna, en donde recibe de manos de un pariente femenino (véase la anterior explicación matriarcal) los alimentos con gran escasez. Entre los coraades del Brasil deben permanecer las muchachas—según Burmeister—durante algún tiempo en un receptáculo hecho de cortezas de árbol.

Entre los passés, los tucunas del Amazonas, los collina y los manhé, ha de permanecer la muchacha durante un mes en la hamaca, en la salida de humos de la parte superior de la choza. Durante este tiempo deberá ayunar. Entre los indios macusis de la Guayana Británica, ha de permanecer la muchacha igualmente en la hamaca, colgada en la cúspide de la choza, sometida a la tortura del humo. Sólo puede descender durante la noche y en los días de la menstruación ha de someterse a un severo ayuno. Después de todo esto ha de retirarse aún diez días a la parte oscura de la choza. También en el África Occidental se encierra a la muchacha, según Wissmann, de ocho a diez días en una choza. Lo mismo sucede entre los negros bafiotés de la costa de Loango. (Pechuel-Lösche.)

En Kabinda, en la costa africana occidental, al norte de la desembocadura del Congo, se lleva a la muchacha a una pequeña choza siempre pintada de rojo. Ella misma se ocupa en pintarla de rojo. (Wolff.) Los suaheli, en el África Oriental, llevan a las muchachas a un gran edificio especial, llamado Kumbi. Allí la joven ayuna durante veinticuatro horas. Después le lleva su madre los alimentos y es iniciada por una mujer mayor—junto con otras muchachas—en las cosas se-



xuales. Sólo entonces se la despelleja simbólicamente, fricionándola fuertemente con madera de sándalo y con una piedra que no haya visto ningún hombre. Hasta aquí es la costumbre típicamente matriarcal. Las demás enseñanzas evidencian el influjo del patriarcado posterior. Consisten especialmente en la práctica del «nalgueo», un movimiento de molino de la cadera derecha a la izquierda. Este arte es muy apreciado por los hombres. (Zache.)

También entre los kaders de los montes de Anamalles, en la India, y entre los badagas de los montes Nilgiri, se encierra a las muchachas—según Jagor—durante tres días en chozas, donde sólo tienen acceso las mujeres. En la casta de esclavos de los vedas, del sur de la India, la muchacha—que ha sido casada de niña—, al llegar al primer menstruo, es encerrada, por cinco días, en una choza especial, apartada. Pasados estos cinco días, se traslada a una choza más próxima a la vivienda de su marido, donde permanece otros cinco días. Al décimo día es llevada a un río, para bañarse, por el marido y la hermana de éste. Tanto ella como el marido se someten a complicados ritos de ayuno (Schlagintweit).

En el Cambodge, debe la muchacha vivir en retiro («vivir en la sombra») desde unos días hasta un año, según su clase. Sólo hace los trabajos domésticos durante este tiempo, y no sale de casa sino en compañía de mujeres, de noche, para ir al baño (Aymonier).

Es frecuente en muchos pueblos terminar las pruebas de la madurez sexual con fiestas, en las que suele reinar un gran desenfreno. A estas fiestas precede, generalmente, una época de ayuno, como entre los indios wintun californianos, en que la muchacha debe privarse de toda clase de carnes tres días antes de la fiesta. Sólo puede comer pasta de bellotas, y debe recluirse en una choza apartada. Entre los nootka, está separada la muchacha durante las fiestas por una división de esteras, pintada especialmente, un pequeño espacio aislado, donde debe permanecer varios días.

d) *El parto en soledad y el alumbramiento en chozas de parturientas.*—La costumbre, muy extendida, de que las mujeres, solas, sin ninguna ayuda, alumbren en el bosque, a la orilla del mar o en chozas especiales, apartadas, no debe atri-

buirse tampoco a la brutalidad del hombre, que quiere librarse de ser testigo del acto penoso. El hecho de que encontremos estos hábitos sobre todo entre pueblos matriarcales o que evidencian fuertes restos de matriarcado, nos hace suponer que se trata de costumbres originariamente matriarcales. Así paren las mujeres maoris: solas, a la orilla de un arroyo, en la espesura. Lo mismo hacen las mujeres de muchas tribus malayas. También las mujeres de los iroqueses y de los sioux paren solas en el bosque. Esta costumbre está igualmente en vigor en muchos pueblos negros. Todavía las aldeanas rusas dan a luz en el baño.

#### IV

### SIGNIFICACIÓN DE LA ÉPOCA DEL MATRIARCADO EN LA EVOLUCIÓN DE LA HUMANIDAD

**E**L significado de la época matriarcal en el proceso de la evolución humana ha sido debatido desde el momento en que se planteó el problema del matriarcado. Trabajo costó aceptar el criterio de que un gran número de pueblos, si no la mayoría, han pasado por esta fase de evolución.

Por los ejemplos que he dado—y que por primera vez se reúnen en tan gran número—evidénciase en todo caso que, en casi todos los pueblos cultos importantes, encontramos restos demostrables—contemporáneos o de épocas anteriores—de un antiguo período de matriarcado. Si las circunstancias económicas son particularmente determinantes de la situación de la mujer y de su relación con el hombre, todos los pueblos que han pasado de la existencia errante del cazador a la sedentaria de los pueblos agricultores (o pescadores), a través del progreso de la técnica de producción, debido a la mujer, tienen que haber pasado igualmente por una época de matriarcado. Nuestro conocimiento de los pueblos no es hoy todavía lo suficientemente amplio para poder decidir si esto ha sucedido así efectivamente. Cabría pensar que el hombre no se conformó con seguir ejerciendo obstinadamente su actividad de cazador, la cual poco a poco iba quedándose atrasada y era cada vez más pobre en resultados, dejando, de paso, a la mujer todas las ventajas económicas, sino que más bien, antes de ser desplazado del papel decisivo que representaba, reconoció la superioridad de la nueva técnica productiva y se agarró él mismo al azadón. A esto hay que oponer que en todas las revo-

luciones de la técnica de la producción rige la regla de que la gran masa se entrega al destino de su clase y que muy pocos son capaces de arrancarse al impulso sugestivo del anquilosamiento, de ley de la inercia, cuya vigencia es universal, de la dulce costumbre, de la íntima vinculación a lo establecido, a lo conocido. Así tuvo lugar el proceso de sustitución de las clases feudales por la burguesía. Igualmente parece hoy imposible que se logre una síntesis de la burguesía y las capas sociales proletarias en proceso ascensional con el predominio del método industrial de producción. Los motivos sociológicos confirman, pues, la opinión de que la revolución del proceso de producción debido a la mujer y el paso de la vida errante a la vida sedentaria, trajeron por consecuencia su liberación de la servidumbre y su acceso al poder. No es, pues, «muy posible que la organización patriarcal del clan fuera conservada por algunos pueblos también durante la fase alta del parentesco (la de la agricultura inferior)», según pretende Müller-Lyer. Aunque éste mismo diga, con razón, que, hasta ahora, no puede demostrarse de una manera concluyente que sea «el matriarcado una fase general (histórico-universal) intermedia» de todos los pueblos, que han logrado un nivel superior de evolución. Pero, como veremos, no sólo apoyan la realidad de esta fase motivos de índole sociológica, sino motivos de índole psicológica.

Las investigaciones sociológicas hacen probable que sólo una vez, en el proceso total de evolución de la humanidad, haya tenido lugar este tránsito del predominio masculino al predominio femenino; porque una sola vez—con la estabilización sedentaria del hombre errante—pasó el manejo y la dirección del proceso productivo preponderante de un sexo al otro. Como ya hemos hecho notar, puede demostrarse lo erróneo de la teoría pendular de los Vaerting de constantes predominios alternos masculinos y femeninos o de Estados de hombres y Estados de mujeres, teoría fundada en el insuficiente examen crítico y la insuficiente valorización sociológica del material, en parte también inaceptable. Sin pararnos a considerar que al final contradicen su propia teoría, al anunciar una próxima y ya perdurable época de igualdad de derechos entre los sexos.

Por lo que hemos expuesto, puede verse que no ha sido posible comprobar en ninguna parte la existencia de un evidente predominio femenino en forma de soberanía exclusiva de la mujer, y mucho menos la existencia de un Estado de mujeres. La ley de la inercia se mostró tan fuerte, los poderes contrarios hicieron notar su influjo tan pronto nuevamente, que tampoco en esta situación—la más propicia en el penoso proceso de su destino—fué capaz la mujer de imponer su predominio en la misma medida en que el hombre lo hizo. Aun en los más claros regímenes matriarcales, conocemos la importancia especial del hermano mayor de la madre, que figura como tutor (avunculado), de caudillos masculinos y de jefes guerreros. El influjo de la mujer se evidencia, sobre todo, en la atribución de la propiedad—producto de su mano diligente—y en la línea materna, en la maternidad fuertemente acusada. Junto a esto, aparecen principios de soberanía a la manera del predominio masculino, principios que han dado lugar a los mitos de los Estados femeninos (amazonas). Pero hasta ahora no ha tropezado la investigación con una verdadera estructura social propia del Estado de mujeres. El significado de la corta fase matriarcal consiste, principalmente, en que constituye una única época clásica de valimiento femenino, no observada antes ni después, siendo para el destino de la mujer de una elocuencia sin igual, puesto que demuestra de lo que es capaz cuando pasa la preponderancia económica del sexo masculino al femenino. Junto a las condiciones previas y causas sociológicas y psicológicas de esta creación única de la época del matriarcado, debe mencionarse un motivo fisiológico, que igualmente contribuyó a que no volviera a repetirse un proceso semejante. La sexualidad impone distintas exigencias corporales al hombre y a la mujer, constituyendo una causa, no inesencial, de la diversa actitud de los sexos ante el proceso de producción. La vida sexual no constituye para el hombre impedimento físico. Sin la carga del embarazo y de la crianza, no encuentra dificultad en su apetencia de juego, en el ansia de lo nuevo, en el instinto errante, en la tendencia a moverse de un lado a otro, en el goce de nuevas impresiones. Es, como César decía de los galos: *novarum rerum cupidus* (ansioso de nuevas impresiones), o como Müller-Lyer le lla-

ma, dispuesto al cambio, amante de lo nuevo (neófilo). Desde la más remota época es su mayor placer cazar y vagar, recorrer la tierra en expediciones de rapiña, en guerras, en empresas comerciales y de navegación, como explorador, mercader, nómada, traficante, guerrero y artesano, pues nada le impide el gozar plenamente de este constante cambio delicioso del espectáculo vital. La mujer, en cambio, ha de soportar la carga física de la maternidad con su gravidez de meses; ha de cuidar al inerte recién nacido igualmente durante meses enteros, sin abandonarle una hora, llevándole consigo o cargando con él en los períodos de vida errante, de gran sufrimiento para ella. Acierta, en cambio, a procurar a su línea de vida un contenido adecuado, según su gusto y su naturaleza, cuando posa en la existencia sedentaria, en el propio hogar, junto al llar caliente. La existencia de la mujer, durante los períodos de vida errante, es de un constante sufrimiento, de una tortura que nosotros difícilmente podemos imaginar. Por eso fomentaron las mujeres toda oportunidad de vida sedentaria. Trabajaron diligentes en el cultivo de la tierra, cuya rica cosecha les procuró—frente al infierno de la vida errante—el cielo del hogar estable, donde ellas podían desarrollar todo lo que suponía dicha y contenido para su existencia de mujeres. Pero esta tendencia natural de la mujer a la vida sedentaria sólo le procuró la preponderancia general económica y social durante este período único de transición de la vida errante a la vida estable. Pues tan pronto como se empezó a producir más de lo que se necesitaba y se aumentaron las exigencias vitales, imponiéndose poco a poco la necesidad de productos de otros países; cuando se afirmaron, cada vez más, las relaciones entre distintos grupos humanos, fué nuevamente el hombre—y esta vez de manera perdurable—quien con su tendencia a vagar, a moverse, a navegar, se instituyó en mediador del cambio, pasando a sus manos el comercio, la provisión de mercancías y la técnica, que exigían las nuevas necesidades (oficios, manufactura, industria). Por eso pudo la mujer alcanzar la preponderancia sólo en esa ocasión única, para verla, muy pronto, resbalar nuevamente de sus manos.

Sería equivocado medir la importancia de la época matriarcal sólo teniendo en cuenta el corto espacio de su verdadera

vigencia. Hemos visto que los efectos y las huellas del régimen matriarcal se mantuvieron hasta bien avanzada la cultura urbana. Se desconocen con frecuencia el papel histórico cultural de la época del matriarcado y sus efectos ulteriores. Algunos pretenden que la verdadera esclavitud de la mujer sólo tuvo lugar en la época patriarcal posterior a la época del matriarcado. Otros juzgan las cosas de manera parecida, al situar la estructura de clases a partir de la época patriarcal, oponiendo a los tiempos de encarnizadas y constantes luchas de clases y desafortunados sistemas de tiranía, que se iniciaron con la introducción del patriarcado, los tiempos comunistas matriarcales y primitivos, animados por un espíritu ideal de comunidad.

Ilógicamente adoptan, con frecuencia, este punto de vista algunos que, reconociendo la evolución, admiten en realidad un proceso circular, según el cual la sociedad se inicia con el comunismo y, pasando por las distintas fases de la sociedad de clases, va a parar al comunismo nuevamente. Según ha hecho notar, entre otros, Beer, relaciónanse evidentemente con las antiguas épocas comunistas de la sociedad de clanes, es decir, con los tiempos del matriarcado, las fábulas—muy extendidas en la antigüedad—del paraíso (judíos) y de la edad de oro (griegos y romanos) de los primeros hombres. Estas fábulas se mantuvieron vivas entre los que, con la estructura patriarcal posterior, y a consecuencia del aumento de la riqueza privada individual y de la constitución de una clase predominante, perdieron la antigua libertad y la participación en la propiedad general del clan, viéndose humillados, privados de derechos y de libertad, convertidos en clase mediatizada. Ya he dicho que tampoco puede considerarse la sociedad primitiva, ni mucho menos, como una sociedad justa. Era, por el contrario, una sociedad en que imponía su despotismo la jerarquía de los hombres mayores. Tampoco era la sociedad matriarcal una sociedad sin contrastes. Era la época de la empeñada lucha entre los sexos por el influjo decisivo. Y es indudable que el hombre, hasta entonces predominante, no cedió sin lucha sus derechos a la mujer. En vez de—como se ha defendido frecuentemente—una sociedad de fuerte comunidad al principio, dividida después por constantes luchas de clases, vemos una sociedad llena de luchas económicas desde sus co-

mienzos y en la cual constituyeron, al principio, la clase predominante, los hombres mayores. En la época del matriarcado disputaron el predominio a los hombres mayores las mujeres, especialmente las más viejas. Ocuparon nuevamente su lugar, más tarde, los hombres que otra vez disponían de los medios de producción, sobre todo los hombres mayores, bajo el influjo del proceso hereditario privado y los miembros de las capas sociales propietarias, así como las hijas herederas de los propietarios. Éstas constituyeron la delgada capa superior frente a la gran masa sometida de la capa inferior.

En las hordas tuvo lugar, con el desarrollo de la técnica del proceso de producción, al mismo tiempo, un proceso de intensificación de los contenidos de la conciencia, frente a los impulsos instintivos originarios y a la omnipotencia de las pasiones del momento. El flujo y reflujo tempestuoso de imprevisibles momentos de pasión, con pausas de inerte vida vegetativa, cedieron poco a poco a una existencia con designio, reflexiva, precavida, que regía conscientemente la actividad. Esta actitud consciente hizo surgir en lo económico nuevas formas de subordinación a un fin preconcebido, que antes no se conocían. Primitivamente, los prisioneros hechos en las contiendas entre las hordas eran, sencillamente, descuartizados y devorados. Con el progreso de la agricultura y la creciente necesidad de brazos, se decidió convertir en esclavos a los prisioneros de guerra y utilizarlos en el cultivo de la tierra. También la servidumbre de la mujer pasó del impulso afectivo original a la esclavización consciente, que tenía por objeto, en primera línea, asegurar la paternidad cuando se impulsó, gradualmente, la cultura patriarcal, después de la época del matriarcado. La esclavización de la mujer adoptó diversas formas, que han de parecernos horribles. Sería, sin embargo, equivocado el suponer que, con la introducción de la nueva cultura patriarcal, se implantó una esclavización general de la mujer, en una extensión desconocida anteriormente; es decir, que a la corta reivindicación de la mujer, en la época del matriarcado, sucedió un derrumbe en el hondo abismo del más terrible desposeimiento. Como ya hemos dicho, la evolución de lo social se realiza siempre en espirales: a una revolución sigue una reacción. La estabilización sedentaria ha sido la mayor



revolución que ha conocido hasta hoy la humanidad. Trajo consigo el predominio de la mujer; y si pronto se inició la reacción triunfante del hombre, las huellas de esta revolución femenina, como las de toda revolución, no han de borrarse totalmente nunca. No es, ciertamente, una casualidad que los pueblos más importantes en la evolución de la cultura humana—especialmente de la cultura occidental—y que más influyeron en ella, sean aquellos en que ha podido comprobarse la existencia de una antigua época de matriarcado y en que han prevalecido fuertes restos de la misma.

Junto a la revolución económica, tuvo lugar en la época del matriarcado una revolución psíquica, que no ha merecido la suficiente atención: la de la maternidad consciente. El instinto materno es un instinto original de las formas de vida bisexuales. En el mundo animal superior le encontramos ya extraordinariamente desarrollado.

Como aún hoy puede observarse entre las mujeres de los pueblos errantes, la maternidad es aquí también natural-instintiva únicamente. Esto cambió cuando la estabilización sedentaria originó una notable intensificación de los contenidos de la conciencia, como se evidencia ya con la introducción de la línea materna. En la madre surge el pensamiento de la identidad: la conciencia de que madre e hijo son la misma cosa, de que les une una afinidad especial. Poco a poco se forma la conciencia de una larga cadena de generaciones sucesivas, que proceden del mismo seno materno y que por la ligazón sanguínea del cordón umbilical vienen a ser de la misma sangre y—como se creía que la sangre era la sede del alma—de la misma alma. Y la madre de todos, la madre originaria, se convierte en el más alto ser, en la «madre universal», la deidad suprema. Si bien pasó poco a poco la superioridad económica a manos del hombre, prevalece este contenido mental de lo materno y la mujer logra salvar, en el estrecho reducto de la maternidad, los restos de antigua libertad y defenderlos con obstinación. Ni la más extremada época de patriarcado logró aniquilar—por mucho que se lo propusiera—este contenido de conciencia procedente de los tiempos matriarcales.

Finalmente encontramos un significado único, de amplias consecuencias, en la época del matriarcado; y es el hecho de

que el padre se apropie este concepto de identidad consciente de la madre, en la época inicial del patriarcado.

Observamos en la naturaleza, tanto instintos maternos como instintos paternos; pero éstos suelen tener menos fuerza. En algunas aves empollan los machos cuando la hembra muere o la reclama una nueva empolladura. Entre los monos hay padres de una ternura extraordinaria. El gorila macho se conduce como protector consciente de la familia. También entre los salvajes se han observado frecuentemente instintos paternos, si bien tenemos por otra parte numerosas noticias de que los padres no muestran el menor interés hacia los hijos. Ratzel dice que en ningún pueblo primitivo alcanza tan alto grado la estimación de los hijos como entre los negros. También se refiere a la ternura y a la paciencia que muestran los australianos hacia sus hijos. Todos cuantos lo han presenciado, encomian el gran amor de los esquimales, padre y madre, hacia sus hijos. En las circunstancias primitivas de los pueblos errantes, es esta paternidad más instintiva. En la época del matriarcado se amplió espiritualmente la afinidad entre madre e hijo, y más tarde, con la institución del patriarcado, fué adoptado este concepto de lo materno y transfundido a lo paterno, como puede demostrarse en la antigüedad griega. Así el matriarcado—con su identidad entre madre e hijo—fué base del desarrollo patriarcal posterior. Pero ya no fué la sangre de la madre, sino el semen del padre el vehículo de la masa hereditaria, de generación en generación, y la sede del alma. El seno materno es sólo el receptáculo que nutre la semilla del hombre y la hace crecer al amparo del cuerpo. Con razón ha hecho notar Rosa Mayreder, por primera vez, que en la inseguridad de la paternidad puede verse una expiación del privilegio del hombre, frente a la tara sexual de la mujer. Y que con la conciencia de la paternidad, de la identidad—que Rosa Mayreder equivocadamente atribuye primera y exclusivamente al hombre—, se sintió obligado el hombre a vigilar a la mujer, a recluirla, y a esclavizarla, para garantizar su paternidad.

Vemos así que el progreso enorme, revolucionario, de la mujer en la época del matriarcado; la conciencia de la identidad entre madre e hijo, al ser adoptada por el padre, trae por consecuencia inmediata una calculada e implacable esclaviza-

ción de la mujer. Pero nunca logró eliminar el hombre de la madre la conciencia de identidad por ella conquistada. Esta conciencia despierta de la maternidad, fortificada por el poder invencible del instinto materno natural, defendiéndola la mujer, con dientes y uñas, sin entregarse en el estrecho reducto de su maternidad, indomable como la bronca y feroz madre animal. Aunque en adelante hizo pasar el destino a la mujer por las mayores humillaciones, alumbrábala el fanal de la maternidad, sin apagarse nunca. Y en ello reside el más alto sentido de la época del matriarcado, sentido de honda raíz y del que apenas nos hemos dado cuenta.

FIN

## REPERTORIO DE LAS OBRAS ALUDIDAS EN EL TEXTO

(SIGUIENDO EL ORDEN EN QUE SON CITADAS)

- Klaatsch: Der Werdegang der Menschheit und die Entstehung der Kultur. Berlin, 1920. Deutsches Verlagshaus Bong u. Co.
- F. v. Reitzenstein: Das Weib bei den Naturvölkern. Berlin, 1923. Neufeld u. Henius.
- Lévy-Brühl: La mentalité primitive. Paris, Alcan, 1925.
- F. Graebner: El mundo del hombre primitivo. Madrid, *Revista de Occidente*.
- E. Westermarck: Historia del matrimonio. (Hay ediciones inglesa y alemana.)
- J. J. Bachofen: Das Mutterrecht. Stuttgart, 1861.
- Herodoto: Historias.
- Alverdes: Tiersoziologie. Verlag Hirschfeld. Leipzig, 1925.
- Julius Lippert: Die Geschichte der Familie. Stuttgart, 1884.
- Lewis H. Morgan: La sociedad primitiva. (Hay ediciones inglesa y alemana.)
- Friedrich Engels: Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staates. 15. Auflage. Stuttgart, 1918. Verlag J. H. W. Dietz Nachf.
- August Bebel: Die Frau und der Sozialismus. 157.—161. Tausend. Stuttgart, 1918. Verlag J. H. W. Dietz Nachf.
- Dr. G. Buschan: Illustrierte Völkerkunde. Stuttgart, 1910. Verlag Strecker u. Schröder.
- H. Cunow: Die Verwandtschaftsorganisationen der Australnegers. Stuttgart, 1894. Verlag J. H. W. Dietz Nachf.
- F. Müller-Lyer: Die Familie. 2. Auflage. München, 1918. Verlag Albert Langen.
- Heinrich Eildermann: Urkommunismus und Urreligion. Berlin, 1921. Verlag A. Seehof u. Co.
- Heinrich Cunow: Zur Urgeschichte der Ehe und Familie. Stuttgart, 1912. Verlag J. H. W. Dietz Nachf.

- F. Somlo: Der Güterverkehr in der Urgesellschaft. 1909. Verlag Misch u. Thron.
- H. Ploss: Das Weib in der Natur und Völkerkunde. Leipzig, 1902. Th. Griebens Verlag (L. Fernau).
- R. Virchow in: Rodenbergs Deutsche Rundschau. III. 1877.
- H. Schulte-Vaerting: Die soziologische Abstammungslehre. Leipzig, 1923. Verlag G. Thieme.
- Leo Frobenius: Das unbekannte Afrika. München, 1923. C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung.
- Oswald Spengler: Decadencia de Occidente. Edición española Espasa-Calpe.
- Leo Frobenius: Ehe und Mutterrecht. Aus Keyserling: Das Ehe-Buch. Celle, 1925. Verlag Niels Kampmann.
- P. Krische: Die Frau als Kamerad. Bonn a. Rh., 1918. Verlag Marcus u. Weber.
- A. W. Nemiłow: Die biologische Tragödie der Frau. Berlin, 1925. Oskar Engel Verlag.
- A. Vierkandt: Mutterrecht und Männerbünde. Berliner Tageblatt 7. 12. 1924.
- B. Malinowski: Forschungen in einer mutterrechtlichen Gemeinschaft. (Auf den Trobriand-Inseln östlich von Neu-Guinea.) Zeitschrift für Völkerpsychologie und Soziologie. Leipzig, 1925.
- Dengler: Die Indianer I. Stuttgart, 1924. Franckhsche Verlagsbuchhandlung.
- F. Ratzel: Völkerkunde. Band II, Leipzig, 1888. Verlag des Bibliographischen Instituts.
- W. Robertson Smith: The religion of the Semits. London, 1907. 2. Auflage.
- Sigmund Freud: Totem und Tabu. Edición española en la editorial Biblioteca Nueva.
- Lafiteau: Mœurs des sauvages Américains.
- Francis Parkmann: Die Jesuiten in Nordamerika im siebezehnten Jahrhundert. Stuttgart, 1878.
- M. Vaerting: Die weibliche Eigenart im Männerstaat und die männliche Eigenart im Frauenstaat. Karlsruhe, 1921. G. Braunschwer Verlag.
- Th. Waitz: Anthropologie der Naturvölker. Leipzig, 1859.
- Andrew Lang: Myth, ritual ad religion. 1887.
- C. Meiners: Die Geschichte des weiblichen Geschlechtes. Hannover, 1788 bis 1800. Verlag des Helwingschen Hofbuchhandlung.
- J. W. Powell: Wyandot Government, 1881.
- J. G. Kohl: Kitschi Gami oder Erzählungen vom Oberen See. Ein Beitrag zur Charakterik der amerikanischen Indianer. Bremen, 1859.
- Bosse: Nouveaux voyages aux Indes II.
- P. Ehrenreich: Übersicht der südamerikanischen Ethnographie.

G. A. Wilken: Over de verwantschap en set huwelijks—en ufrecht bij de volken van het Maleische ras. Amsterdam, 1883.

Dr. C. A. L. M. Schwaner: Borneo Beschreving van het Stroomgebiet van den Barito. Amsterdam, 1853.

Charles Brooke: Ten Jears in Serawak. London, 1866.

v. Miklucho-Maclay: Zeitschrift für Ethnologie. 1876.

B. Hagen: Die künstlichen Verunstaltungen des Körpers bei den Batta. Zeitschrift für Ethnologie. Berlin, 1884.

H. Meyer: Verhandlungen der Berliner Anthropologischen Gesellschaft, 1883.

Vaughan Stevens: Mitteilungen aus dem Frauenleben der Orang Belendas, der Orang Djakum und der Orang Lâut. Bearbeitet von Bartels. Zeitschrift für Ethnologie. Berlin, 1896.

Joh. Gerh. Friedr. Riedel: De sluik-en kroesharige Rassen tuschen Selebes en Papua. s'Gravenhegen, 1886.

G. H. Lindschotten: Ander Teil des orientalischen Indien. Zeitschrift für Ethnologie. 1876.

Vogel: Vom indischen Ozean bis zum Goldlande. Berlin. 1877.

J. S. Kubary: Ethnographische Beiträge zur Kenntnis der karolinischen Inselgruppe und ihrer Nachbarschaft. Berlin, 1885. Leiden, 1895.

Semper: Die Palau-Inseln im Stillen Ozean.

Bastian: Inselgruppen in Ozeanien. Berlin, 1882.

Finsch: Über die Bewohner von Ponapé. Zeitschrift für Ethnologie. Berlin, 1880.

E. Dalton: Descriptive Ethnology of Bengal. Calcutta, 1872.

Dr. G. le Bon: Les civilisations de l'Inde. Paris, 1900.

Rousselot: Ethnographie de l'Himalaya occidental. Natur, 1883.

Karl Eugen v. Ujfalvy: Aus dem westlichen Himalaya. Leipzig, 1884.

Janet B. M. Mac Govern: Unter den Kopfgägern auf Formosa. Stuttgart, 1923. Verlag von Strecher u. Schröder.

Wolter: Zeitschrift «Ausland». 1884. Nr. 46. S. 916.

Kennan: Zeltleben in Sibirien. 1865.

Georg Wilhelm Steller: Beschreibungen von dem Lande Kamtschatka. Frankfurt a. M. 1774.

B. Stern: Geschichte der öffentlichen Sittlichkeit in Russland. Berlin, 1908. Barsdorf.

St. v. Wislocki: Die Stamm- und Familienverhältnisse der transsylvanischen Zelt-Zigeuner. Globus, 1888. Vom wandernden Zigeunervolke. Hamburg, 1890. Aus dem inneren Leben der Zigeuner. Berlin, 1892.

Berliner Lokalanzeiger 10, 10, 1923: Die verletzte Zigeunersitte.

S. Halusa: Die Sibylle und ihre Prophezeiungen. Graz, 1923. Styria-Verlag.

Gustav Schwab: Die schönsten Sagen des klassischen Altertums. Drei Bände. Stuttgart, 1838. Verlag S. G. Liesching.

Guyon: Geschichte der Amazonen. Leipzig, 1763.  
Friedrich Bayern: Untersuchungen über die ältesten Gräber und Schatzfunde in Kaukasien. Zeitschrift für Ethnologie. Supplement. Berlin, 1885.

Carus Sterne: Mythologie und Entwicklungslehre. 12. Amazonensagen. Vossische Zeitung, 1887. Sonntagsbeilage 10.

G. Jacob: Welche Handelsartikel bezogen die Araber des Mittelalters aus den nordisch-baltischen Ländern? Berlin, 1891.

Dr. H.: Das Land der Tätowierten und das Land der Frauen bei den alten Chinesen. Globus, 1893. (Nach Gustave Schlegel: Problèmes géographiques. Leiden, 1892.)

Condamine: Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale. Maestricht, 1778.

Rodríguez: Joao Barbosa, Exploração e estudos do Valle do Amazonas. Rio de Janeiro, 1875. Antiguidades do Amazonas. Rio de Janeiro, 1876.

O. A. Schomburgk: Robert Hermann Schomburgks Reisen in Guyana und am Orinoco der Jahre, 1835-1839. Leipzig, 1841. Reisen in Britisch-Guyana. Leipzig, 1847.

J. Chalmers and W. W. Gill: Work and Adventure in New-Guinea, 1877-1885. Globus, 1885.

P. Ehrenreich: Anthropologische Studien über die Urbewohner Brasiliens. Braunschweig, 1897. Verlag Vieweg u. Sohn. Beiträge zur Völkerkunde Brasiliens. Berlin, 1891. Verlag W. Spemann.

Bericht von M. A. v. Lützendorf: Das Geheimnis der Frauensprachen. Deutsche Allgemeine Zeitung v. 11. 3, 1925.

Herbert Kühn im Cicerone, 1924. S. 102.

Fr. Hommel: Die vorsemitischen Kulturen. Leipzig, 1882.

L. Jacolliot: La femme dans l'Inde. Paris, 1877.

Heinrich Cunow: Die Marxsche Geschichts-, Gesellschafts- und Staatstheorie. 2 Bände. Berlin, 1921. Buchhandlung Vorwärts.

Grote: Historia de Grecia.

San Agustín: De civitate Dei. 18. 9.

Estrabon: Geographia.

Plutarco: Focion.

Aristófaes: Comedias.

C. B. Roth: Griechische Geschichte. Nürnberg, 1849. S. 446.

Plutarco: Vidas paralelas.

Aus K. F. Beckers Weltgeschichte. Berlin, 1836. Verlag Duncker u. Humblot. Band I. S. 240.

Margarete Weinberg: Das Frauenproblem im kommunistischen Gemeinwesen älterer und neuerer Zeit. Archiv. für Frauenkunde, 1923. Seite 121.

Eduard Meyer: Geschichte des Altertums. 4. Auflage. 1909. Band I.  
Seite 28.

Aristóteles: Política II. 6. 6.

Eurípides: Andrómaca: Verso 596.

Karo: Vorgeschichte der Aegäis. Bericht in der Vossischen Zeitung.  
12. 8. 1925.

Theodor Däubler: Knossos. Berliner Tageblatt. 7. 4. 1925.

Otfried Müller: Die Dorier. 4 Bände. Breslau, 1844. Verlag J. Max  
u. Co.

Otfried Müller: Orchomenos und die Minyer. Breslau, 1844. Verlag  
Josef Max und Co.

Ovidio: Metamorfosis.

Giraud-Teulon: Les origines de la famille.

Bernhöft: Zur Geschichte des europäischen Familienrechts.

Wolfgang Sorge: Geschichte der Prostitution. Berlin, 1919. Verlag  
Dr. Potthof u. Co.

Clarissa Bader: La femme romaine. 3 Bände.

Max Müller: Die Liebespoesie der alten Ägypter.

W. v. Bissing: Die Kultur des alten Ägypten.

F. v. Reitzenstein: Liebe und Ehe im alten Orient. 1909.

Diodoro: Biblioteca histórica.

A. A. Lincke: Skizzen der altägyptischen Literatur. Leipzig, 1883.

Erman und Krebs: Aus dem Papyrus der königl. Museen.

Georg Ebers: Ägyptische Studien.

E. Banse: Das Orientbuch, Leipzig, 1914. Verlag Josef Singer.

Brugsch: Geschichte Ägyptens.

Sófocles: Edipo en Kolonos.

M. Duncker: Die Geschichte des Altertums I.

Wilkinson: Manners and Customs of the Ancient Egyptians.

Georg Steindorff in Howart Carter: Tut-ench-Amum.

Brugsch: Religion und Mythologie der alten Ägypter.

Wilks: Historical Sketches of the south of India. London, 1810.

Grube: Zur Pekingener Volkskunde. Veröffentlichungen des Museums  
für Völkerkunde. Berlin, 1901.

Katscher-Gray: Bilder aus dem chinesischen Leben.

A. Jeremías: Allgemeine Religionsgeschichte. München, 1918. Ver-  
lag R. Piper u. Co.

Víctor Marx: Beiträge zur Assyriologie. Band IV.

H. Benzmann: Von der Weisheit und Schönheit der altbabylonischen  
Dichtung. Kölnische Zeitung 27. 8. 1925.

F. Müller-Lyer: Phasen der Liebe. München, 1915. Verlag Albert  
Langen.

Sebastián Jacob Jungendres und Paul Christian Kirchner: Jüdisches  
Zeremoniell. Nürnberg, 1726.



- W. v. Hauff: Sexualpsychologisches im Alten Testament. Bonn. a. Rh. 1924. Verlag A. Marcus u. Weber.
- Lamprecht: Deutsche Geschichte Band I.
- Andreas Heusler: Institutionen des deutschen Privatrechts. Band II.
- Fr. Chr. Fischer: Über die Probenächte der deutschen Bauernmädchen. Zürich.
- Weinholdt: Die deutsche Frau im Mittelalter.
- Dion Cassio: Historia romana.
- Heinrich Brunner: Deutsche Rechtsgeschichte. Leipzig, 1906.
- Schütz: Über den Lehrbegriff der alten Teutschen und Nordischen Völker von dem Zustande der Seelen nach dem Tode.
- Mallet: Introduction dans l'histoire de Dannemarc: Genève, 1763.
- M. Hörnes: Urgeschichte der bildenden Kunst in Europa von den Anfängen bis um 500 v. Chr. Wien, 1908. II. Band: Mutterrecht un Mutterkult bei den Chaldäern, Ägyptern, Griechen. Römern, Germanen und Slawen.
- Bernhöft: Zur Geschichte des europäischen Familienrechts. Zeitschrift für vergleich. Rechtswissenschaft. Band 8. 1899.
- Schrader: Sprachenvergleichung und Urgeschichte. 1907.
- Ammiano Marcellino: Historia del Estado romano.
- César: La guerra de las Galias.
- Karamsin: Geschichte des russischen Reiches.
- B. Stern: Fürst Wladimirs Tafelrunde. Altrussische Heldensagen.
- Schulten: «Hispania», in Pauly's Realencyklopädie des klassischen Altertums. Band 8. 1913.
- Livingstone: Neun Missionsreisen in Südafrika. Band I.
- L. Degrandpré: Voyage à la côté occidentale d'Afrique. 1786 und 1787. Paris, 1801.
- Pogge: Im Reiche des Muata Jamvo.
- Cavazzi: Historische Beschreibung der in dem unteren occidentalen Mohrenland liegenden drey Königreichen Congo. Matamba und Angola. München, 1694.
- Schweinfurth: Im Herzen von Afrika. Leipzig, 1847.
- Bertrand-Bocandré: Notes sur la Guinée portugaise ou Sénégal méridionale. Bulletin de la société de Géographie. Paris, 1849.
- Thomson: The story of New Zealand.
- Andreas Reischek: Sterbende Welt. Leipzig, 1924. Verlag F. A. Brockhaus.
- Taylor: The Ika a Mani or New Zealand and its Habitants. London, 1859.
- S. Thomson: The Story of New Zeland. London, 1859.
- Gregor Krause: Bali. München, 1926. Georg Müller.
- J. S. Kubary: Ethnographische Beiträge zur Kenntnis des Karolinen-Archipels. Leiden, 1889.

Parkinson: Beiträge zur Ethnologie der Gilbert-Insulaner. Internationales Archiv für Ethnographie. Band II. Leipzig, 1889.

K. K. Weule: Wissenschaftliche Ergebnisse meiner ethnographischen Forschungsreise in den Südosten Deutsche-Ostafrikas. Berlin, 1908. Verlag E. S. Mittler u. Sohn.

H. J. Holmberg: Skizzen über die Völker des russischen Amerika. I. Die Thlinkitew. Helsingfors, 1856.

Bancroft: The Nation Races of the Pacific States of North America. New York, 1875.

Dr. Aurel Krause: Die Tlinkit-Indianer. Jena, 1886.

R. C. Mayne: Four Years in British Columbia.

Biet: Voyage de la terre équinoct. Bd. 8.

Du Tertre: Histoire naturelle des Antilles. Band 7.

W. Lockhart: Transactions of the Ethnological Society. 1861.

Tylor: Researches into the early history of mankind. London, 1895.

Zuchelli: Missions und Reisebeschreibungen vom Congo. 1715.

v. Martius: Zur Ethnographie Amerikas. Leipzig, 1867.

David Cranz: Historie von Grönland. Leipzig, 1765.

Radde: Die Chewsuren und ihr Land. Cassel, 1878.

Demié: Über Volksmedizin in Rusland. Übersetzt von Suchy. Klinische Wochenschrift. 1889.

Adolf Bastian: Zur vergleichenden Psychologie. Lazarus u. Steinthals Zeitschrift. V.

Reik: Probleme der Religionspsychologie. Wien, 1919. Internationaler psychoanalytischer Verlag.

Bruce: Reisen im Innern von Afrika. 1791.

G. Forster: Bemerkungen auf einer Reise um die Welt. Berlin, 1783.

O. A. Schomburgk: Reisen in Britisch Guyana. Leipzig, 1847.

Bates: The Naturalist on the river Amazonas. London, 1864. Bericht Ausland, 1864.

Fritsch: Die Eingeborenen Südafrikas. Breslau, 1873.

Merensky: Erinnerungen aus dem Missionsleben. Bielefeld, 1888.

Beuster: Von der Aussenstation Mpafudi. Berliner Missionsberichte, 1889.

Erman: Reise um die Erde.

Woldt: Kapitän Jacobsens Reise an der Nordwest-Küste Amerikas. Leipzig, 1884.

Burmeister: Reise nach Brasilien. Berlin, 1853.

E. W. Nelson: The Eskimo about Bering Strait. Annual Report of the Bureau of American Ethnology. Washington, 1899.

F. Boas: Second General Report on the Indians of British Columbia. British Association for the Advancement of Science. London, 1891.

H. Wissmann: Unter deutscher Flagge quer durch Afrika von West nach Ost. Berlin, 1889.

Pechuel-Lösche: Zeitschrift für Ethnologie. Berlin, 1878.

Wolff: Reise von San Salvador zum Kiamoo Kassongo Mitteilungen der afrikanischen Gesellschaft. 1883.

Zache: Sitten und Gebräuche der Suaheli. Zeitschrift für Ethnologie. 1899.

Aymonier: Cochinchine. Excursion et reconnaissances. Globus, 1885.

M. Beer: Allgemeine Geschichte des Sozialismus. Berlin, 1922. Verlag für Sozialwissenschaft. 4 Bände.

Rosa Mayreder: Geschlecht und Kultur. 1913.

# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.—INTRODUCCIÓN.....	9
II.—LA MUJER COMO CLASE DIRECTORA EN LOS TIEMPOS DEL MATRIARCADO (ÉPOCA CLÁSICA DE LA CULTURA FEMENINA):	
1. <i>Hipótesis etnológica de la época primitiva matriarcal</i> .....	13
2. <i>Hipótesis sociológica: ni matriarcado ni patriarcado en la época primitiva, sino línea de horda y más tarde línea materna</i> ....	19
3. <i>Complemento psicológico de la hipótesis sociológica del matriarcado</i> .....	26
4. <i>Teoría del predominio masculino originario, de H. Schulte-Vaering</i> .....	30
5. <i>Hipótesis del matriarcado en la teoría de los círculos culturales (morfología de la cultura) establecida por León Frobenius</i> ...	31
6. <i>Las notas más importantes de una sociedad organizada matriarcalmente</i> .....	36
7. <i>La situación general de la mujer en la fase matriarcal de los agricultores inferiores</i> .....	43
8. <i>Situación de la mujer en las tribus de organización matriarcal existentes aún en época reciente</i> .....	45
I. <i>Fase del matriarcado entre los agricultores inferiores</i> .....	45
A. <i>La mujer entre los agricultores inferiores de Occidente</i> .....	45
B. <i>La mujer entre los agricultores inferiores del Oriente</i> .....	60
II. <i>Fase del matriarcado entre los pescadores medios</i> ..	75
III. <i>Casos de matriarcado en otras fases de la evolución</i> ..	81
9. <i>Presuntos Estados de mujeres en la India</i> .....	87
10. <i>Supuestos Estados de mujeres en África</i> .....	88
11. <i>Las sibilas como representantes de la antigua sociedad matriarcal</i> ..	89
12. <i>Estados de mujeres con exclusión de los varones (?) (amazonas)</i> ..	91
13. <i>El lenguaje femenino como creación especial del régimen matriarcal</i> .....	99
14. <i>Restos de la época matriarcal en fases posteriores de la evolución</i> ..	102

I. Restos de matriarcado en la época de la agricultura y en los comienzos de la cultura en la prehistoria.	103
Cultura griega.....	115
Roma.....	147
Cultura egipcia.....	150
Libia.....	169
El Oriente.....	170
El Occidente.....	181
Culturas americanas antiguas.....	191
III. Restos de matriarcado entre los pueblos salvajes...	191
IV. Restos del matriarcado en los pueblos cultos contemporáneos.....	194
III.—PERÍODO DE TRANSICIÓN POSTERIOR AL MATRIARCADO. IGUALDAD DE DERECHOS ENTRE LOS SEXOS (TRÁNSITO DEL MATRIARCADO EN LOS AGRICULTORES INFERIORES AL PATRIARCADO EN LOS AGRICULTORES MEDIOS).....	195
1. Los maoris (neozelandeses).....	200
2. Tribus malayas.....	204
3. Tribus micronesias (isleños de Gilbert).....	205
4. Tribus melanesias (isleños de Trobriand).....	206
5. Tribus africanas (yao, makonde, makua).....	207
6. Indios agricultores de Norteamérica en tránsito a la civilización.	209
7. La fase de transición en los pueblos de pescadores superiores...	210
8. Transición del matriarcado al patriarcado en los antiguos pueblos cultos.....	214
9. La situación peculiar de las tribus del Chaco.....	214
10. Pueblos salvajes de Centroamérica.....	215
11. La covada del hombre como costumbre típica de la transición entre el matriarcado y el patriarcado.....	216
12. Circuncisión y ceremonias de pubertad de las niñas como primitivas costumbres matriarcales.....	222
IV.—SIGNIFICACIÓN DE LA ÉPOCA DEL MATRIARCADO EN LA EVOLUCIÓN DE LA HUMANIDAD.....	231
REERTORIO DE LAS OBRAS ALUDIDAS EN EL TEXTO.....	241

# BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

## OBRAS PUBLICADAS

- Victoria Ocampo: *De Francesca a Beatrice*, 2.<sup>a</sup> edición \* 6 ptas.  
Lord Dunsany: *Cuentos de un soñador* \* 5 ptas.  
Jorge Simmel: *Filosofía de la coquetería* \* 5 ptas. Agotada.  
A. Wegener: *La génesis de los continentes y océanos* \* 7,50 ptas. \*  
A. Schulten: *Tartessos* \* 12 ptas.  
G. Worringer: *La esencia del estilo gótico* \* 10 ptas. \*  
Bernard Shaw: *Santa Juana. Crónica dramática en seis escenas y un epílogo* \* 6 ptas. Agotada.  
Eugenio d'Ors: *Mi Salón de Otoño* \* 6 ptas. Agotado.  
Eduardo Schwartz: *Figuras del mundo antiguo* (1.<sup>a</sup> serie) \* 6 ptas.  
» » » » (2.<sup>a</sup> serie) \* 5 ptas.  
K. Dieterich: *Figuras bizantinas* \* 5 ptas.  
F. Crommelynck: *El estupendo cornudo. Farsa en tres actos* \* 4 ptas.  
Gerardo Hauptmann: *La prodigiosa Isla de las Damas. (Historia de un archipiélago imaginario.)* \* 8 ptas.  
Vsevolod Ivanov: *El tren blindado No. 14-69* \* 3,50 ptas.  
Lidia Seifulina: *Caminantes* \* 4 ptas.  
Leónidas Leonov: *Los Tejones* (novela) \* 10 ptas.  
Alfonso Paquet: *Roma o Moscú* \* 4 ptas.  
E. Zamiatín: *El farol* \* 4 ptas.  
A. von Salis: *El arte de los griegos* (con 65 fotografías) \* 20 ptas.  
Franz Roh: *Realismo mágico (Post-expresionismo)* \* 12 ptas.  
E. Zamiatín: *De cómo se curó el doncel Erasmo* \* 3 ptas.  
G. Cunningham Graham: *Santa Teresa* \* 30 ptas.  
G. Worringer: *El arte egipcio* (con 29 láminas), en rústica, 10; en tela, 13 ptas.  
G. Pittaluga: *El vicio, la voluntad, la ironía* \* 4 ptas. Agotada.  
Antonio Espina: *Luna de copas* (novela) \* 3,50 ptas.  
**WALDO FRANK: REDESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA \* 9 PTAS.**  
**W. FRANK: ESPAÑA VIRGEN. 2.<sup>a</sup> EDICIÓN \* 9 PTAS.**  
**BENJAMIN JARNES: PAULA Y PAULITA \* 5 PTAS.**  
**J. HESSEN: TEORÍA DEL CONOCIMIENTO \* 5 PTAS.**  
**E. HUSSERL: INVESTIGACIONES LÓGICAS.**  
Cuatro tomos, en rústica, a 10 ptas. cada tomo. En tela, dos tomos, 45 ptas.

## HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

POR EL PROFESOR A. MESSER

- I. *Filosofía antigua y medieval* \* 6 ptas.
- II. *Filosofía moderna* (Del Renacimiento a Kant) \* 5 ptas.
- III. *Filosofía moderna* (De Kant a Hegel) \* 6 ptas.
- IV. *La filosofía en el siglo XIX* (Empirismo y naturalismo) \* 6 ptas.
- V. *La filosofía actual* \* 7,50 ptas. Agotada.

# BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

OBRAS DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

- Meditaciones del Quijote*. Vol. I; 2.<sup>a</sup> edición \* 5 ptas.  
*Personas, obras, cosas*, 2.<sup>a</sup> edición \* 6 ptas.  
*El Espectador*, núm. I, 3.<sup>a</sup> edición \* 5 ptas.  
» núm. II, 3.<sup>a</sup> edición \* 5 ptas.  
» núm. III, 2.<sup>a</sup> edición. \* 5 ptas.  
» núm. IV, 2.<sup>a</sup> edición \* 5 ptas.  
» núm. V, 2.<sup>a</sup> edición \* 5 ptas.  
» núm. VI \* 5 ptas.  
» núm. VII \* 5 ptas.  
*La deshumanización del arte* \* 5 ptas.  
*Las Atlántidas*. (Suplemento número 2 a la *Revista de Occidente*.) \* 10 ptas. Agotada.  
*Espíritu de la letra* \* 5 ptas.  
*Triptico*. I. Mirabeau o el Político \* 3 ptas.  
» II. Dinámica del tiempo (en prensa).  
» III. Paisaje con una corza al fondo (en prensa).  
*España invertebrada* \* 5 ptas.  
*Vieja y nueva política*, 2.<sup>a</sup> edición \* 2,50 ptas.  
*El tema de nuestro tiempo*, 2.<sup>a</sup> edición \* 6 ptas.  
*Kant* \* 2 ptas.  
**LA REBELIÓN DE LAS MASAS** (En breve).

## MUSAS LEJANAS: MITOS / CUENTOS / LEYENDAS

- I. León Frobenius: *El Decamerón Negro* \* 6 ptas. \*
- II. *Cantos y Cuentos del Antiguo Egipto*. (Con unas Notas sobre el alma egipcia, por José Ortega y Gasset.) \* 5 ptas. Agotada.
- III. *Cuentos populares de China* \* 5 ptas. \*
- IV. Pablo Tuffrau: *La leyenda de Guillermo de Orange* \* 5 ptas.
- V. P. Walters y C. Petersen: *Leyendas heroicas de los germanos* \* 5 ptas.
- VI. *El cantar de Roldán* \* 5 ptas.
- VII. *Veinte cuentos de la India* \* 5 ptas.
- VIII. Pedro Salinas: *Poema de Mio Cid* \* 5 ptas. Agotada.
- IX. *Cuentos Malayos* \* 5 ptas.
- X. *Cuentos de la Edad Media* \* 5 ptas.
- XI. *Trece fabliaux franceses* \* 4 ptas.
- XII. *Cuentos y leyendas de la vieja Rusia* \* 5 ptas.
- XIII. *Leyendas polacas* \* 4 ptas.
- XIV. *Chung-Kuei, domador de demonios* \* 6 ptas.

## CENTENARIO DE GÓNGORA

- I. *Soledades*. (Editada por Dámaso Alonso, con prólogo y versión prosificada) \* 5 ptas.
- II. *Romances*. (Editados por J. M. de Cossío) \* 5 ptas.
- III. *Antología poética en honor de Góngora*, recogida por Gerardo Diego \* 5 ptas. Agotada.

# BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

## NUEVOS HECHOS / NUEVAS IDEAS

- I. Hermann Weyl: *¿Qué es la materia?* (Con un prólogo de Blas Cabrera.) \* 5 ptas. Agotada.
- II. Rodolfo Otto: *Lo Santo*. (Lo racional y lo irracional en la idea de Dios.) \* 8 ptas.
- III. H. A. Kramers y H. Holst: *El Átomo y su estructura, según la teoría de N. Bohr* \* 11 ptas. Agotada.
- IV. P. L. Landsberg: *La Edad Media y nosotros* \* 6 ptas. \*
- V. J. Von Uexküll: *Cartas biológicas a una dama* \* 5 ptas.
- VI. F. Graebner: *El mundo del hombre primitivo* \* 7 ptas.
- VII. Otto Gröndler: *Elementos para una filosofía de la religión, sobre base fenomenológica* \* 6 ptas.
- VIII. P. L. Landsberg: *La Academia Platónica* \* 5 ptas.
- IX. Max Scheler: *El Saber y la Cultura* \* 3 ptas. Agotada.
- X. K. Koffka: *Bases de la evolución psíquica* \* 11 ptas.
- XI. Conde H. Keyserling: *El mundo que nace*, 2.<sup>a</sup> edición \* 5 ptas.
- XII. F. Bendixen: *La esencia del dinero* \* 4 ptas.
- XIII. Francisco Brentano: *Psicología* \* 5 ptas.
- XIV. Lothrop Stoddard: *La rebeldía contra la civilización* \* 7 ptas.
- XV. Jorge Simmel: *Sociología*. Tomo I \* 5 ptas.  
 » » Tomo II \* 3,50 ptas.  
 » » Tomo III \* 5 ptas.  
 » » Tomo IV \* 3,50 ptas.  
 » » Tomo V \* 4 ptas.  
 » » Tomo VI \* 5 ptas.
- Se ha editado también en dos tomos.
- XVI. F. Brentano: *El origen del conocimiento moral* \* 3,50 ptas.
- XVII. Max Scheler: *El resentimiento en la moral* \* 6 ptas.
- XVIII. Hans Driesch: *La teoría de la relatividad y la filosofía* \* 3.
- XIX. A. Messer: *El realismo crítico* \* 3,50 ptas.
- XX. C. G. Yung: *Lo inconsciente* \* 6 ptas.
- XXI. Profesor Dr. Fr. Nölke: *La evolución del Universo* \* 7,50.
- XXII. H. Leininger: *La herencia biológica* \* 4 pesetas.
- XXIII. Karl Haeberlin: *Fundamentos de Psicoanálisis* \* 4 ptas.
- XXIV. Ernst Kretschmer: *La histeria* \* 5 ptas.
- XXV. A. S. Eddington: *Estrellas y átomos* \* 6 ptas.
- XXVI. W. Sombart: *Lujo y capitalismo* \* 7 ptas.
- XXVII. H. Heimssoeth: *Los seis grandes temas de la metafísica occidental* \* 12,50 ptas.
- XXVIII. Bertrand Russell: *Análisis de la materia* \* 13 ptas.
- XXIX. EDUARDO SPRANGER: **PSICOLOGIA DE LA EDAD JUVENIL** \* 13 PTAS.
- XXX. HANS MEINHOLD: **SABADO Y DOMINGO** \* 5 PTAS.
- XXXI. MAX SCHELER: **EL PUESTO DEL HOMBRE EN EL COSMOS** \* 5 PTAS.
- XXXII. DAVID KATZ: **EL MUNDO DE LAS SENSACIONES TACTILES** \* 12 PTAS.

## MANUALES DE FILOSOFÍA

- I. A. PFÄNDER: **LÓGICA** \* 12,50 PTAS.



# BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

BIBLIOTECA DE HISTORIOLOGÍA  
Hegel: *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal*.  
Dos tomos \* 13 pesetas cada tomo.

## LOS GRANDES PENSADORES

- I. *La filosofía presocrática. Sócrates y los sofistas* \* 5 ptas. Agotada.
  - II. *Platón, Aristóteles* \* 5 ptas. Agotada.
  - III. *San Agustín, Santo Tomás, Giordano Bruno* \* 5 ptas. Agotada.
  - IV. *Descartes, Spinoza, Leibnitz* \* 5 ptas. Agotada.
  - V. *Locke y Hume, Kant, Fichte* \* 5 ptas. \*
  - VI. *Hegel, Schopenhauer, Nietzsche* \* 5 ptas. \*
- Esta colección se vende también en tres tomos a 10 ptas.

- R. Wilhelm: *Laotsé y el Taoísmo* \* 5 ptas.  
R. Wilhelm: *Kungtsé (Confucio)* \* 5 ptas.  
R. Pischel: *Vida y doctrina de Buddha* \* 6 ptas.

## HISTORIA BREVE

- Arturo Rosenberg: *Historia de la República romana* \* 6 ptas.  
Enrique Finke: *La mujer en la Edad Media* \* 5 ptas.  
Eduardo Schwartz: *El emperador Constantino y la Iglesia cristiana* \* 6 ptas.  
Harold Lamb: *Genghis Khan, emperador de todos los hombres* \* 8 ptas.

## NOVANOVO RUM

- Pedro Salinas: *Vispera del gozo* \* 3,50 ptas. Agotada.  
Benjamín Jarnés: *El Profesor inútil* \* 3,50 ptas. Agotada.  
Antonio Espina: *Pájaro pinto* \* 3,50 ptas. Agotada.

VALENTIN ANDRES ALVAREZ, *TARARI!* \*  
3,00 PTAS.

## COLECCIÓN «HOY Y MAÑANA»

- I. F. C. S. Schiller: *Tántalo o el futuro del hombre* \* 2 ptas.
- II. Anthony M. Ludovici: *Lysistrata* \* 3 ptas.
- III. J. B. S. Haldane: *Calínico* \* 2 ptas.

## LOS POETAS

- F. García Lorca: *Primer romancero gitano* \* 5 ptas. 2.<sup>a</sup> edición.  
» » *Canciones* \* 5 ptas.  
Jorge Guillén: *Cántico* \* 5 ptas.  
Pedro Salinas: *Seguro azar* \* 5 ptas.  
Rafael Alberti: *Cal y canto* \* 5 ptas.

A los suscriptores de la REVISTA DE OCCIDENTE se les enviarán los libros, francos de porte, con un 20 por 100 de descuento.

*Precio: 10 pesetas*